

BIBLIOTECA ARTIGAS

COLECCION de CLASICOS URUGUAYOS

VOLUMEN 79

JOSE E. RODO

EL MIRADOR
DE PROSPERO

TOMO I

MONTEVIDEO

1965

EL MIRADOR
DE PROSPERO



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Prof. JUAN E. PIVEL DEVOTO
Ministro de Instrucción Pública

MARÍA JULIA ARDAO
Directora Interina del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 79

José ENRIQUE RODÓ
EL MIRADOR DE PRÓSPERO
-Tomo I

Preparación del texto a cargo de
José PEDRO BARRÁN y BENJAMÍN NAHUM

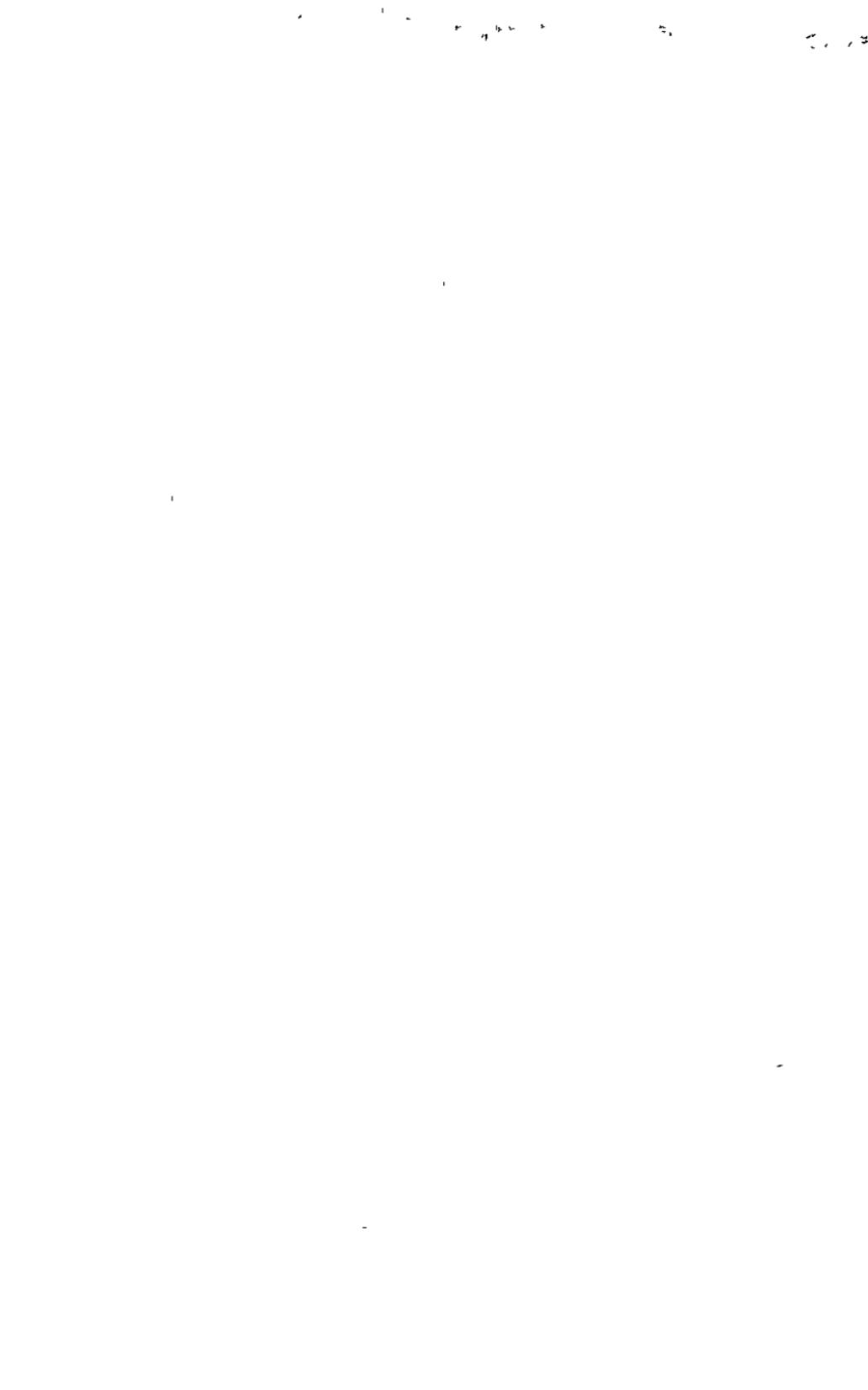
JOSE E. RODO

EL MIRADOR
DE PROSPERO

Prólogo de
CARLOS REAL DE AZUA

TOMO I

MONTEVIDEO
1965



PROLOGO

Al iniciarse la segunda década del XX, y al traspasar sus cuarenta años, Rodó era uno de los pocos escritores latinoamericanos de su tiempo — entre los de evidente importancia — que no había recogido en volumen sus páginas sueltas. Y esta omisión adquiría, hacia esos tiempos, peculiar relieve. Porque, como alguna vez se ha observado, fueron justamente textos breves y todo lo que esa brevedad conllevaba de fragmentarismo, de heterogeneidad, de impresionismo, de libertad, los que mejor caracterizan la prosa del período novecentista. Congregando notas periodísticas, Darío ya había publicado hacia ese tiempo “Los Raros”, “Peregrinaciones”, “España contemporánea” y otros conjuntos similares. De colecciones también resultaban varias obras de Manuel Díaz Rodríguez, considerado por tantos el mayor prosador de la escuela modernista. Y los “croniqueurs” de asiento parisino — era el caso de Enrique Gómez Carrillo — volcaban regularmente sobre el mercado libresco de lengua española la corriente de sus “impresiones”, sus “siluetas”, “sus visiones” y “sensaciones”. Autores más graves — y especialmente devotos de Rodó — como lo eran Francisco García Calderón y Pedro Henríquez Ureña habían marcado sus principios con este tipo de volúmenes y este también era el caso entre nosotros de Alberto Nin Frías, tan próximo igualmente al “Maestro de Ariel”.

En verdad, todo escritor que realice lo que se llama una “carrera literaria” no concibe sin resistencia dejar

PROLOGO

sus textos menores en la marginalidad relativa o absoluta, en el penumbroso semiolvido de los papeles periódicos. Y si aun esto pudiera no ser excesivamente oneroso para un escritor de alcance nacional y de interés y audiencia especializadas, la situación variaba (y varía) mucho en un hombre de letras que aspirara a la audiencia total de Latinoamérica, al mismo tiempo que desperdigaba sus páginas como Rodó lo hacía. Porque varios de los textos recogidos en "El Mirador" lo fueron en revistas juveniles, en publicaciones de vida tan corta (y aun momentánea) como es habitual; dejarlos donde estaban hubiera sido condenarlos a una virtual ineditéz.

Tampoco era difícil en aquel tiempo la edición conjunta de estos "complementarios": la baratura del libro y la fácil recepción de las editoriales españolas y franco-americanas, hacían sumamente factibles este tipo de obras. Bouret, Garnier, Sempere, "Prometeo" pusieron sus sellos al servicio de esta tarea, con hospitalidad tanto más generosa cuanto eran más cicateros, más extorsivos con el autor, sus tratos comerciales. De cualquier manera, bien o mal remunerados quienes los escribían, marchaban aquellos libros a todos los rincones de España y América, fundando reputaciones o corroborándolas; a veces haciendo mero acto de presencia y agregándose a la montaña descomunal de la hojarasca.

Como se ha registrado, desde bastante antes de 1913 planeaba Rodó un libro similar, según se apunta en su correspondencia¹ y en algunos de esos artículos que (ya más próxima la edición) discretamente Rodó —

¹ A Rafael Altamira, de 29/1/1908; a Juan Fco. Piquet, de 28/5/1911.

dentro de una "estrategia literaria" primaria pero efectiva — se las arregló para hacer publicar.²

Lejos de aquellos centros editoriales, sedentario de su Montevideo natal, Rodó, que ya había tenido tratos desapacibles y frustráneos con casas editoriales de Europa, parece haberse decidido a publicar el libro por su cuenta y riesgo. Por su riesgo: aunque seguramente éste era mucho menor del que hubiera arros-trado un escritor desconocido y, en especial, del que hoy se correría si lo apreciáramos con los costos de nuestros días para un volumen de su importancia. También la edición montevideana cabe suponer que le permitió una concurrencia de materiales mucho más amplia de la que hubiera sido factible en aquellos li-bros parisienses o españoles.

Tarea placentera pero delicada representó sin duda para Rodó —es habitual que así ocurra— escoger los textos que formarían su "Mirador". Tuvo que ma-nejar para ello criterios que no eran de fácil coinciden-cia; su afecto particular por algunas páginas o temas debió chocar con el interés que ellas u otras podían poseer para un lector no forzosamente uruguayo y el valor intrínseco de los artículos, su alcance y condi-ciones de permanencia — digamos: una calidad distin-ta de la meramente periodística — no tenía por qué coincidir inevitablemente con los anteriores.

Por lo que se conoce de la obra de Rodó hasta 1913, no resulta trabajoso estar de acuerdo con sus eleccio-nes; lo desechado es por lo regular muy secundario:

² Por ejemplo, en "Pallas", Buenos Aires N° 1, de mayo 15 de 1912, con nota de Emilio Becher; en "Nosotros", Bue-nos Aires, N° 37, año VI, tomo VII, págs. 157-160; en "Bas-konía", Buenos Aires, N° 861, de 10 de febrero de 1912; en "Ateneo", Santo Domingo, N°s 19-20, año II, de julio-agosto de 1911, pág. 32.

páginas de circunstancia, discursos breves, encomios de personajes de reputación fugaz, prólogos de cumplido, la ritual correspondencia de la "amistad intelectual". En sus estudios bisonños de la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" (1895-1897) espigó Rodó bastante, integrando en uno, cuatro de significación duradera y salvando otros íntegros o fragmentariamente. Quedaron, fuera, cierto, sus ensayos de fines de siglo, pero puede asentirse con el seleccionador en su descarte de "El que vendrá", basado probablemente en que el texto trasunta demasiado un juvenalismo trémulo e impetuoso, un acento mesiánico entre cándido y angustiado que hubieran desentonado con la ideal serenidad rodoniana de tres lustros más adelante. El "Rubén Darío" no sólo corría en ediciones de "Prosas Profanas" y era conocido a través de ellas por un extenso público: también tenía que traerle indeseables recuerdos el incidente de su publicación sin su nombre al pie.³ "La Novela nueva", otra de las partes de "La Vida nueva", escrita diecisiete años antes, era obvio que había dejado de responder a su título y, provocado por "Las Academias" de Reyles, es lógico que Rodó prefiriera el ensayo crítico que dedicó más tarde a la novela más madura que representó, en 1900, "La Raza de Caín".

En una hoja suelta de data probablemente poco anterior a la publicación de la obra,⁴ Rodó trazó la

³ "Obras completas" de Rodó (edición de Emir Rodríguez Monegal), Aguilar, Madrid, pág. 1293

⁴ Biográficos: Juan Carlos Gómez, La vuelta de Juan Carlos Gómez, Garibaldi, Bolívar, Juan María Gutiérrez, Samuel Blixen, Montalvo, Ricardo Gutiérrez; Crítica de libros: Ugarte, Frugoni, Galdós, Guido y Spano, La raza de Caín, Notas sobre crítica; Psico-Sociológico: Rumbos nuevos, Impresiones de un drama, El Rat-Pick, A Anatole France, La tradición intelectual argentina, La prensa de Montevideo, El trabajo obrero, El centenario de Chile; Pensamientos U-

PROLOGO

lista de los artículos seleccionados, fijando así un cánon provisorio que poco difiere con el definitivo.

Sólo el escrupuloso — y a veces maniaco — cuidado archivero del autor, debió hacerle fácil la reunión de tantos textos y de tan diverso origen.⁵ En casi dos

tercios. Los que callan. En el álbum de un poeta, Juan Ramón Jiménez, Rafael Barret, La lucha del estilo, Decir las cosas bien, El pegaso de Schiller, Carta a Nin Frías; *Fantastías*: Mi retablo de Navidad, El Cristo a la jineta; *Doctrina literaria*: La enseñanza de la literatura; *Pensamientos varios*: Mirando el mar, Tucumán, La España niña, Paysandú, Iberoamérica, García Godoy, France-Uruguay, Caudillos, Pallas, Río Branco, Pro-unidad, En Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, Archivo Rodó, 1A2, Armario 2. Como es visible, muchas titulaciones se hallan abreviadas y aún fueron posteriormente modificadas. "Ugarte" fue después "Una nueva antología americana", "Frugoni", "De lo más hondo", "Juan Ramón Jiménez", "Recóndita Andalucía", la "Carta a Nin Frías", "En la armonía, disonancias", "La lucha del estilo", "La gesta de la forma", "El Pegaso de Schiller", "Divina Libertad", "Paysandú", "Obras de hermanos", "García Godoy", "Una bandera literaria", "Caudillos", "Perfil de caudillo", "Galdós", "Una novela de Galdós", "Barret", "Las Moralidades" de Barret". Se advierte que sólo tres fueron las incorporaciones posteriores a lo que esta lista fija: "De litteris", "Bohemia" y "La enseñanza del idioma" y dos las exclusiones: "Notas sobre crítica" y "Pallas", página identificada, posiblemente destinada a la revista argentina del mismo nombre. Un caso especial de sustitución representa el trueque de Pro-unidad (indudable referencia a la carta "Por la unidad de América", publicada en "La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales", el 1º de abril de 1895) por el fragmento "Magna Patria".

5 ORIGEN DE LOS TEXTOS DE "EL MIRADOR DE PROSPERO". De los cuarenta y cinco textos, seis se originaban en discursos: "La vuelta de Juan Carlos Gómez", "A Anatole France", "El centenario de Chile", "La prensa de Montevideo", "Perfil de caudillo" y "Samuel Blixen". Cuatro en cartas posteriormente modificadas: "La raza de Caín", "Las Moralidades", de Barret", "Una bandera literaria" y "Recóndita Andalucía". Seis en prólogos: "De litteris", "Rumbos nuevos", "Garibaldi", "De lo más hondo", "En la armonía, disonancias" y "La enseñanza del idioma". En un informe parlamentario: "Del trabajo obrero en el Uruguay". Tres en páginas ocasionales de saludo o inaugurales: "Bienvenida", "Bohemia" y "Obras de hermanos". Uno, "Juan María Gutiérrez y su época" en la refundición de cuatro artículos de "La Revista Nacional de Literatura": "Juan María Gutiérrez", de 20 de marzo y 5 de abril de 1895; "El americanismo literario", de julio 10, agosto 10 y noviembre 10 de 1895, "El Iniciador" de 1896, de agosto 25, octubre 10 y octubre 25 de 1896 y "Arte e historia", de junio 25 de 1897 (Cf. José Pedro Segundo, en

PROLOGO

"Obras completas de Rodó", Montevideo, 1946, pág. LXXX). Uno fue compuesto para el libro mismo: "Montalvo". Dieciocho representan textos aparecidos directamente en periódicos: "Divina Libertad", "Una novela de Galdós", "Ricardo Gutiérrez", "Carlos Guido Spano", "El Rat-pick", "Impresiones de un drama", "Una nueva antología americana", "Mi retablo de Navidad", "Bolívar", "Decir las cosas bien", "La gesta de la forma", "La enseñanza de la literatura", "Iberoamérica", "La España niña", "En el álbum de un artista", "Los que callan", "Juan Carlos Gómez" y "El Cristo a la jinetes". De cinco, por fin, ni con las bibliografías publicadas ni con lo que puede rastrearse en el rico archivo de Rodó, es posible establecer la procedencia. Se trata de "Mirando al mar", "La tradición intelectual argentina", "Río Branco", "Magna Patria" y "Tucumán". Del último, sin embargo, se dice bajo el título que apareció en un álbum publicado con motivo del centenario de 1810.

Por no haberse practicado nunca la tarea y por el interés que pudiera tener la mención, vale la pena indicar las primeras publicaciones de los cuarenta textos restantes (Se respeta la clasificación antes reñtada y se sobreentiende que apareció en Montevideo lo que no tiene indicación de rigor). "La vuelta de Juan Carlos Gómez", en "El Día", de 19 de octubre de 1906; "Perfil de Caudillo", en "Rivera", N.º 1, año I, pág. 1, del 1.º de junio de 1907; "A Anatole France", en "La Razón", del 17 de julio de 1909; "La prensa de Montevideo", en "El Siglo", "El Tiempo" y "Telégrafo Marítimo", del 15 de abril de 1909; "El Centenario de Chile", en "La Razón", del 20 de setiembre de 1910; "Las Moralidades" de Barret"; en "La Razón", del 6 de agosto de 1910; "La raza de Cain", en "La Razón", del 14 de diciembre de 1900; "Una bandera literaria", en "El Uruguay", N.º 1, año I, de enero de 1913, "Recóndita Andalucía", carta a Juan Ramón Jiménez, del 17 de setiembre de 1909 (Cf. Rodríguez Menéndez "Obras completas.", pág. 1334); "De litteris", en la obra del mismo nombre de Francisco García Calderón, Lima, 1904; "Garibaldi", en "La bandera de San Antonio", de Héctor Voilo, 1904; "De lo más hondo", en la obra del mismo nombre de Emilio Frugoni, 1902; "La enseñanza del idioma", en la obra Francisco Gámez Marín, "Gramática razonada del idioma castellano", págs. 7 a 11; "En la armonía, disonancias", en "Nuevos ensayos de crítica", de Alberto Nin Frías, 1907; "Rumbos nuevos", como prólogo a la 2.ª edición de "Idola Fort", de Carlos Arturo Torres, Bogotá, 1910; "Del trabajo obrero en el Uruguay", en el "Diario de sesiones de la Cámara de Representantes", t. 223, págs. 152 a 173; "Bienvenida", en "France-Uruguay", N.º 2, año I, segunda quincena de mayo de 1906, pág. 28; "Obra de hermanos" (bajo el título "La gesta del trabajo") en "Primera Exposición-Feria de Paysandú", número único, Paysandú, 1903, pág. 9; "Bohemia", en "Bohemia", N.º 1, año I, pág. 1, del 15 de agosto de 1908; "Juan María Gutiérrez y su época" (en cuatro estudios de "La Revista Nacional", según se vio); "Montalvo", en el libro presente, con un fragmento-principio en "Nosotros", de Buenos Aires, t. 7.º, 1913; "Una nueva antología americana", "Impresiones de un drama" y "El Rat-pick" en "La Nación", de Buenos Aires, del 4 de marzo, 8 de abril y 1.º de mayo de 1907; "La enseñanza de la literatura" (bajo

PROLOGO

décadas se escalonaban, con año precisado al pie de casi todos ellos, como si, tácitamente, Rodó fijara hitos de su desenvolvimiento (discutible es hablar de su "crecimiento") espiritual. Pero la fecha de publicación (si se manejan las indagables) no coincide ne-

el título "Necesidad de un texto de literatura") en "La Razón", del 5 de junio de 1909, "Juan Carlos Gómez", en "La Revista Nacional." del 20 de mayo de 1895, "Carlos Guido Spano", como primera parte, con variantes, del artículo "Dos poetas", en "La Revista Nacional..." del 10 de diciembre de 1895, "Divina Libertad", como final, con variantes, del mismo artículo; "Una novela de Galdós", en "La Revista Nacional...", del 10 de noviembre de 1897; "Mi retablo de Navidad", en "Mundial", de París, número de Navidad de 1911, N° 8, diciembre de 1911; "Bolívar", en "Revista de América", París, año I, Vol I, agosto de 1912, págs. 205-272; "Ricardo Gutiérrez", en "El Almanaque Sudamericano", de Buenos Aires, del 25 de setiembre de 1907, "Decir las cosas bien" (con el título "En un álbum") en "Almanaque Sudamericano para 1900", Buenos Aires, págs. 47-48 (con variantes significativas); "La gesta de la forma", en "Rojo y Blanco", N° 1, año I, del 17 de junio de 1900; "El Cristo a la jineta", en "Montevideo", N° 1, año I, del 10 de junio de 1905, "En el álbum de un poeta" (con el título "En un álbum de artista"), en "Cuba literaria", de Santiago de Cuba, N° 50, año II, de junio 14 de 1905, pág. 175, "Iberoamérica", en "El Tiempo", del 25 de mayo de 1910 y en "Revista de la Unión Industrial Uruguaya", N° 176, año XIII, del 31 de mayo de 1910, pág. 2715; "La España niña", en "Hispania", de Buenos Aires, N° 264, año VI, del 16 de octubre de 1911, pág. 888, "Los que callan", en "Arte y crítica", de Buenos Aires, N° 1, año I, del 15 de abril de 1912, pág. 10. (Para el establecimiento de parte importante de estos orígenes el prologuista agradece la invaluable colaboración de sus amigos, los funcionarios del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, Antonio Praderio y Alberto F. Oreggioni).

6 1895: "Juan Carlos Gómez" y "Divina Libertad"; 1896: "En el álbum de un poeta"; 1897: "Una novela de Galdós" y "Ricardo Gutiérrez"; 1898: "Decir las cosas bien" y "Carlos Guido Spano"; 1900: "La gesta de la forma" y "La raza de Cain"; 1902: "De lo más hondo"; 1903: "Obra de hermanos", "La tradición intelectual argentina" y "De literatis"; 1904: "Garibaldi" y "En la armonía, disonancias"; 1905: "La vuelta de Juan Carlos Gómez" y "Magna Patria"; 1906: "El Cristo a la jineta" y "Bienvenida"; 1907: "El Rat-pick", "Impresiones de un drama", "Una nueva antología americana" y "Perfil de caudillo"; 1908: "Bohemia", "Del trabajo obrero en el Uruguay" y "La prensa de Montevideo"; 1909: "La enseñanza de la literatura", "A Anatole France" y "Samuel Blixen"; 1910: "Rumbos nuevos", "El centenario de Chile", "Tucumán", "Recondita Andalucía", "La enseñanza del idioma", "Iberoamérica" y "Las Moralidades de Barret"; 1911: "Mirando el mar", "La España niña" y "Mi retablo de Navidad"; 1912: "Una

PROLOGO

cesariamente con la de composición y aun entre ambas, en ciertos casos, transcurren casi diez años.⁷ Y no es dudoso que, tanto esta circunstancia como la más general recién aludida, deben haber impulsado al escritor cuidadoso que Rodó era, a retocar múltiplemente casi todas las páginas que integrarían el libro. El estudio de estas variantes, — por lo habitual terminológicas — sería ilustrativo en todo análisis de su técnica literaria; sólo sabemos de un caso en que se hayan establecido tales modificaciones⁸ pero, aún fijadas éstas, resta lo más interesante que es, sin duda, el indagar su intención múltiple o unitaria, su significación, su sentido.

En otros casos, las variantes son estructurales y significan verdaderas refundiciones; tal es lo que ocurre con el estudio sobre "Juan María Gutiérrez y su época", resultado de cuatro extensos artículos de la ya nombrada "Revista Nacional". En otras ocasiones, el texto fue extraído de un cuerpo más amplio, si bien sufriendo alteraciones fundamentales, como es el caso de "Iberoamérica" que, en forma de fragmento, se hallaba incluido en un proyectado discurso de 1909 sobre el Brasil.⁹ (Aunque también debe observarse que

bandera literaria", "Río Branco", "Bolívar" y "Los que caían"; 1913: "Montalvo" y "Juan María Gutiérrez y su época" (forma definitiva). De esta ordenación, que recoge las fechas puestas por Rodó a cada una de sus páginas, hay que observar que varias datas son erróneas: "Carlos Guido Spano" es de 1895 y no de 1899; "El Cristo a la jineta", de 1905 y no de 1906, "Recóndita Andalucía" de 1909 y no de 1910, aunque pudo llegar ese año a la forma con que penetró en el libro.

⁷ Es lo que ocurrió con "En el álbum de un poeta", de 1896 a 1905.

⁸ José Pereira Rodríguez para "Decir las cosas bien...", en "Parábolas. Cuentos simbólicos", de Rodó, Contribuciones americanas de cultura, Montevideo, 1953, pág. 1.

⁹ Vid. José Enrique Etcheverry: "Un discurso de Rodó sobre el Brasil", Revista del Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios, N° 1, 1959, págs. 5-46 y apartado.

el berrador de este discurso recogía un párrafo de "Magna Patria", página de Rodó que lleva la data de 1905). Hablando en general, era sumamente común en nuestro prosista este tipo de traspaso y la oración sobre el Centenario de Chile recoge, a su vez, pasajes de otro discurso sobre Brasil, aunque éste sí, efectivamente pronunciado, como lo fue en nuestra Cámara de Diputados el 11 de noviembre de 1909.¹⁰

Enamorado de los libros *abiertos sobre una perspectiva indefinida*, y aun de lo que más tarde se llamaría "el libro informe", Rodó trató, con todo, de lograr un equilibrio de esos materiales que, según se ve en el apunte ya mencionado¹¹ dividió en *Biográficos, Crítica de libros, Psico-sociológico, Pensamientos literarios, Fantasías, Doctrina literaria y Pensamientos varios*. Rodríguez Monegal¹² los ha clasificado en seis secciones que son *crítica literaria, ensayos históricos, ensayos literarios, ensayos morales, ensayos sociales y ensayos latinoamericanos*. Es posible, sin embargo, ordenar ese material, no tanto por el hilo temático (a veces en extremo precario) que los enhebra, sino por el movimiento discursivo y el carácter propio y más profundo de cada texto.

Puestos en este propósito, se podría señalar un núcleo de textos que representan enfoques directos de un tema importante. Es el caso de "La enseñanza de la literatura" y "la Enseñanza del idioma" — estudios de teorización o preceptiva literaria —, de las páginas

10 Idem, pág. 12 y José Enrique Rodó: "El centenario de Chile", Homenaje de la Universidad de la República a la Universidad de Chile, con motivo de la celebración de la XXV Escuela Internacional de Verano, Montevideo, Uruguay, 1980, prólogo del Dr. Eugenio Petit Muñoz, págs. 5-21.

11 Ver nota 4.

12 En su ya citada y espléndida edición de las "Obras completas de José Enrique Rodó", pág. 484.

PROLOGO

críticas sobre "Una novela de Galdós", "La raza de Caín", "Una nueva antología americana", "Carlos Guido Spano", "Samuel Blixen", "De lo más hondo" y "Ricardo Gutiérrez"; del retrato de "Bolívar", de los textos histórico-culturales sobre "La Prensa de Montevideo", "La Tradición cultural argentina" y "El centenario de Chile". Y todavía, último pero no secundario, el informe, amplio y a la vez ceñido, sobre "El trabajo obrero en el Uruguay".

Otro grupo muy considerable de textos posee una condición ambigua pero común; una condición que podría sintetizarse diciéndose que se mueven entre el "manifiesto", el "poema en prosa" y el "fortissimo", en su acepción musical. Son "la gesta de la forma", "Decir las cosas bien", "Divina libertad" y "En el album de un poeta" (tan emparentadas), "El Cristo a la jineta", "Mirando el mar", "Los que callan", "De literis", "Una bandera literaria", "Bienvenida", "Bohemia", "A Anatole France", "Tucumán", "Obra de hermanos", "Río Branco", "Magna Patria", "Iberoamérica", "La España niña" y "Mi retablo de Navidad". Una buena parte de los títulos del libro, como se ve, si bien estos encabezan textos generalmente breves: todos ellos están marcados por una común efusión admirativa, un transporte de entusiasmo que los eleva frecuentemente a cierta temperatura que cabe llamar poética.

Menos claras son las divisiones en el material que resta. "Impresiones de un drama" representa un cierto tipo de "crítica arborescente", de esa que toma la obra como pretexto para consideraciones de índole mucho más general. De alguna manera en forma paralela, "El Rat-pick" importa la trascendentalización de una sustancia en cierto modo cotidiana y periódica-

PROLOGO

tica. También trascendentalizaciones, pero en este caso de una mera trayectoria biográfica hacia una vasta significación histórico-político-cultural, representan los dos textos sobre Juan Carlos Gómez, "Garibaldi", "Perfil de Caudillo", y, particularmente, "Montalvo" y "Juan María Gutiérrez y su época". Nada de esto es el estudio "Rumbos nuevos" sino una sinfonización, un ensamble muy complejo de materia primordialmente ideológica. ¿Y significan otra cosa que confidencias, por muy veladas, por muy pudorosas que ellas sean, "En la armonía, disonancias", "Recóndita Andalucía" y "Las "Moralidades" de Barret"?

Tantos materiales, trasposos y reelaboraciones se organizaron al fin, unificándose fuertemente bajo el signo del maestro shakesperiano, amable, sabio, hábil, nuevamente convocado después de los trece años de silencio transcurridos desde "Ariel". Y en verdad que poco habían variado el acento y los prestigios que entonces aquel acataba. El de Hipólito Taine, presumiblemente recesivo, aparece aún, paradójicamente, más fuerte y siempre rondan los de Renan, Spencer y Guyau, sin caerse, empero, en aquellas zalemas devotas, aquellas reverencias explícitas que antes Rodó no desdenaba practicar. Tampoco, si bien se lee, faltan contactos temáticos entre muchas páginas de "El Mirador" y otros textos capitales del autor. Con "Motivos de Proteo", por ejemplo, los tiene sustanciales, "Sueño de Nochebuena" y su fantasía sobre las transformaciones repentinas de la voluntad. Con la famosa parábola de aquel libro, "Los seis peregrinos" se relaciona, por la solidez que va de la historia a su lección, la norma exaltada en "Rumbos nuevos" de un estilo de acción humana equidistante "del fanatismo y del escepticismo". Los mismos vínculos podrían anudarse con las

reflexiones que corren en "De lo más hondo" sobre la complejidad del alma, o con las de "Mirando el mar", sobre su movilidad, o con las explanadas en "Bolívar" sobre la tipología del genio. Y aun son rastreables parentescos menos visibles y más sutiles, como es el caso de la posible conexión entre la imagen del corcel vuelto a su brío, de "Divina libertad" y la hermosa parábola "El león y la lágrima", incluida póstumamente en "Nuevos Motivos de Proteo". Las páginas finales de "Rumbos nuevos" rozan, con su tema, el caudal argumentativo de "Liberalismo y Jacobinismo". Y aún podrían subrayarse los innumerables contactos entre todos los puntos del discurso de "Ariel" y la sustancia de medio "Mirador".

Es obvio decir que ni el cuidado de la selección de Rodó ni el nivel generalmente alto de su escritura, lograron un libro de calidad sostenida y homogénea. A la distancia de más de medio siglo y aún visualizando metódicamente el abismo irremediable de gustos y posiciones que él implica, resultan demasiado claros algunos desniveles. Con todo, es probable que, al cálculo más cicatero, una tercera parte de los textos del libro soporten la buena reputación de un escritor del 900 y ellos tal vez sean los dos esbozos histórico-biográfico-críticos del "Montalvo" y "Juan María Gutiérrez y su época", el ferviente ditirambo del "Bolívar", los esbozos ideológicos, morales o literarios de "Rumbos nuevos", "El Rat-pick", "Una nueva antología americana", "La enseñanza de la literatura" y "La enseñanza del idioma". Y todavía hay que agregar las dos sólidas piezas de ocasión sobre "El centenario de Chile" y el perspicaz y equilibrado informe sobre "El trabajo obrero en el Uruguay", la tríptica fantasía de "Mi retablo de Navidad" y las cuatro hermosas páginas breves

PROLOGO

que son "El Cristo a la jineta", "La España niña", "Recóndita Andalucía" y "Las "Moralidades" de Barret".

"El Mirador de Próspero" se publicó por primera vez (según ya se dijo) en Montevideo y a mediados de octubre de 1913¹³ y aunque, como es habitual, es difícil medir con exactitud la entidad y extensión de su acogida, no hay razones para suponer que haya sido considerado una declinación de quien gozaba ya en América verdadera aureola magistral.¹⁴ Incluso, si se atienden algunos ecos admirativos que el libro al-

13 "El Mirador de Próspero", Montevideo, 1913; José María Serrano, Librería Cervantes, 572 págs. En el colofón se estampó la fecha del 13 de octubre de 1913. La segunda y tercera ediciones están representadas por la de la Editorial Cervantes, de Valencia, 1919, 432 págs., y la de Editorial América, de Madrid, en la "Biblioteca Andrés Bello" y en dos volúmenes de 253 y 252 págs. respectivamente. La cuarta corresponde a la segunda de la Editorial Cervantes, esta vez editada en Barcelona, en 1926, con 456 páginas y la quinta es la tercera de esta editorial, también en Barcelona, y en 1928, con 466 págs. De las ediciones españolas de la Editorial Cervantes debe observarse que no sólo están plagadas de erratas e inverosímiles trabucaciones — a Francisco Gámez Marín se le transforma consecuentemente en Francisco Rodríguez Marín — sino también que excluyen el "Bolívar", el "Montalvo" y "Mi retablo de Navidad", insertando en cambio dos páginas irrelevantes sobre "El genio de la raza" y "El 14 de julio". Con las dos biografías descartadas y otras piezas, compuso la Editorial Cervantes "Hombres de América", editado por tres veces en Barcelona en 1920, 1924 y 1931. Prosiguiendo con la cuenta de las ediciones, la sexta y la séptima aparecieron en Montevideo, por diligencia de Claudio García, en 1939 y 1944, presentando las mismas deficiencias que las españolas. La octava corre como inclusión en las "Obras completas" (sic) de Rodó, editadas por Antonio Zamora, en Buenos Aires y en 1948, la novena lo fue también formando parte en la incomparablemente mejor y ya referida de Emir Rodríguez Monegal (Aguilar, Madrid, 1957), y la décima apareció componiendo el tomo IV de la muy demorada edición oficial de 1958. Con lo que la presente, salvo error u omisión, viene a ser la undécima edición de "El Mirador de Próspero".

14 Existe en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional una tarjeta del librero José María Serrano, muy inmediatamente posterior a la aparición del libro y en la que, a propósito del envío de unas botellas de champagne se habla del triunfo de "El Mirador".

PROLOGO

canzó — entre los peruanos Francisco García Calderón y José Gálvez, en el gran colombiano Baldomero Sanín Cano — es posible concluir que el prestigio de Rodó se movía por entonces en terreno más sólido que el que permite inferir la exaltación de mozos entusiastas que recibió al “Ariel”, o la muy fervorosa pero inepta crítica de devotos compatriotas que acució a “Motivos de Proteo”. Y todavía debe apuntarse que, en su fluida circulación por América, el libro cobró significaciones no puramente literarias y absolutamente inesperadas, como es el caso del *escándalo episcopal* que el entonces Arzobispo de Lima habría provocado por el presunto sentido sacrílego de “El Cristo a la jineta”, según lo comentaba el mismo Rodó en una efusiva carta a Alfredo González Prada, hijo del gran poeta y combatiente peruano.¹⁵

II

Por su misma variedad temática y por incorporar páginas de tan distinta fecha, “El Mirador” lo es, y mirador inapreciable, sobre el propio Rodó y sus más vertebrales ideas. Pues difícil no será concluir que las posiciones, los postulados que se reiteran a todo lo largo de esos dieciocho años no sean, en verdad, los que peculiarizan su actitud última, los que perfilan su ideología. Y esto, en mucho mayor grado de lo que pudiera inferirse del énfasis ocasional que se marque en un libro o en uno de los ensayos mayores no recogidos en el presente volumen.

Parece indudable que tanto por su importancia como por su situación central y menos dependiente que

¹⁵ Carta del 15 de agosto de 1915, en “Redes para cazar la nube”, Lima, Perú, 1946, págs. 63-64

cualquiera otra, el más somero examen debe comenzar por indagar qué recubre la persistente invocación al "ideal", a los valores "ideales", al "desinterés", al "ideal desinteresado" que en tantos pasajes de la obra se realiza con tal abundancia que llega a rozar peligrosamente el empalago. Establecer la noción cabal de lo que tales términos arrastran es — de seguro — penetrar en el meollo íntimo del mundo espiritual de Rodó, establecerse en ese centro desde el cual todas las vertebraciones, todas las modulaciones pueden ser seguidas con claridad y holgura.

En su excelente estudio sobre "La conciencia filosófica de Rodó",¹⁰ Ardao ha fijado con la deseable precisión las claves esenciales del "idealismo" del escritor. Allí aclara Ardao que no se trata de un idealismo ontológico asentado en la Idea sino ético y axiológico fundado en "el ideal" y "los ideales", más cierta "lontananza" de orden especulativo y estético que abre la insatisfacción de la realidad inmediata y tangible. Hasta aquí Ardao y ahora al autor de este proemio le corresponde aventurar que, pese a la dominante nota axiológica, se insinúan en varios de esos mismos textos. un difuso "ontologismo" del ideal que — lejos naturalmente de la articulación platónica o hegeliana — parece responder muy hondamente al movimiento espontáneo del pensamiento de Rodó. Aquí, como no es infrecuente en esa clase de pensadores que se mueven en los lindes entre el pensamiento filosófico fundado y la mera literatura, puede ocurrir que el acatamiento explícito a las vigencias de la época vaya por un lado y las inclinaciones del temperamento in-

¹⁰ "La conciencia filosófica de Rodó", en "Literatura uruguaya del 900", "Número", N.os 6-7-8, Montevideo, 1950, págs. 66-92 y esp. 79-85.

PROLOGO

telectual lo hagan por el otro. En suma: que lejos Rodó de todo platonismo confeso, su impulso incoercible pudo ser el deslindar un orbe ideal en cuyo valor puso el acento, en cuya superioridad jerárquica insistió con persistencia obsesiva. Y esto, por mucho que pagara conscientemente tributo al realismo de su formación positivista y al buen sentido de una inteligencia esencialmente hostil a todo repudio, a todo desdén demasiado unilateral y disonante. Por tal razón, puede ser útil recurrir más que a sus planteos formales de la cuestión a lo que sepa proporcionar el rastreo de esas expresiones sueltas, impremeditadas, en las que el autor revela mejor su pensamiento que en otras modalidades. Aunque, naturalmente, congregadas y organizadas.

En el estudio referido, destaca Ardao la importancia de aquel texto de la parte final de "Ariel" en el que Rodó explana su concepción de lo que cabe llamar su "genética de lo espiritual", en esa elaborada, majestuosa imagen en que se lo ve surgir desde los senos de la naturaleza hasta constituir *el excelso coronamiento de su obra*. Con razón filia Ardao tal pasaje en el naturalismo evolucionista pero también corre muy cerca de él, en la misma parte final de "Ariel", ese otro texto en el que, tras la referencias a las riquezas acumuladas por la actividad mercantil posibilitando los esplendores del Renacimiento, se concluye sobre *la inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal*. Y era una de las dos direcciones de esta *inducción recíproca* el fenómeno de que *la utilidad suele convertirse en fuerte escudo para las idealidades*.

El plano cosmológico, o genético se complementa de este modo con otro, histórico-social y en ambos se

apunta a una causación, o condicionamiento, o franquía de lo "ideal" o "espiritual" respecto al orden de la materia y de la naturaleza. Parecería así conceder Rodó la necesidad de un sostén natural, biológico, psíquico y social de ese orden superior, sin mayor precisión, empero, a que tipo de relación entre uno y otro plano actúa. En el presente libro varios textos corroboran esta dirección y de todos ellos se desprende una clara entonación vitalista, dentro de la cual el estrato de lo ideal es una suerte de expresión más afinada y sutil que las otras, de esa fuerza única que es la vida. Es el caso sobresaliente de "Obra de hermanos", una página capital en este rubro. Pasajes, también, del informe sobre "El trabajo obrero" subrayan explícitamente la relevancia de un buen asiento biológico y, ya en un tren de mayor generalidad, en el discurso "A Anatole France" se yuxtapone el *producir* a sus predilectos *saber, comprender, admirar*. En "El centenario de Chile" retoma la ya aludida reflexión de "Ariel" y encomia la significación del desenvolvimiento material en *la formación de los pueblos que algún día han de ser grandes por el espíritu*. Y de otros pasajes, como aquél en que se refiere al "falso idealismo" romántico y a la deseable autenticidad americana o el de "Rumbos nuevos" en que se distingue entre el "viejo" y el "nuevo" idealismo, no resulta trabajosa la inferencia de que Rodó, con su insistir en *los fueros de la realidad* tiende a circuir la vida espiritual, la esfera del ideal entre un contorno tan sólido como sea necesario. Y si se atiende que, al mismo tiempo, proclamaba el rechazo de los idealismos que adjetivaba de *quiméricos, impotentes y vagos*, "a contrario sensu" debe leerse que sólo los aceptaba si tenían la condición de precisos, realizables, respetuosos de la realidad y capaces de ali-

PROLOGO

mentarse de la *poética virtualidad de la vida*. Aunque no pueda decirse que aquí, como en la famosa fórmula de Marx, sea la realidad la que determina la conciencia, todo el pensamiento de Rodó en este punto no parecería muy inconciliable con un monismo naturalista si este es suficientemente sutil y diversificado.

Pero ya se aventuraba que a veces se hace imprescindible distinguir entre la posición explícita que un hombre de pensamiento adopta — y en la que las presiones del ambiente suelen ser decisivas — y aquella a que lo lleva, con toda la irresistible fuerza de la propia naturaleza, su temperamento, su conformación espiritual. Si este clivaje es posible y si, como decía famosamente Coleridge, todo hombre nace instintivamente platónico o aristotélico, es factible defender que Rodó era, orgánicamente, un platónico, un idealista y dualista inconfeso, para el cual lo terreno, lo material y lo vital eran, en cierto modo, una caída, un irremisible deterioro, una insanable lesión. Labios para adentro, tal vez no tengan otro sentido sus reiteraciones, sus ejemplos, su adjetivación, el implícito dualismo que subyace en todo el despliegue. Y ello se trasluce, sobre todo, cuando se trata de inventariar (dentro de lo que ello es posible), más allá de la vaguedad y la generalidad de los estereotipos, lo que esta zona del “ideal”, del “desinterés”, de la “espiritualidad” contiene.

Si del núcleo terminológico más empleado, que es indudablemente el del *ideal* y las *idealidades* se recapitula los vocablos que lo acompañan y que son *estímulo*, *lontananza*, *trascendencia*, *interés*, *ruta*, *significación*, *valoración*, *llama*, se da un amplio espectro de complementos: ellos demarcan un ámbito en el que caben lo que hoy llamamos el “significado” pero tam-

bién lo que puede entenderse como el acicate axiológico de la acción y aun su misma entidad.

Tódo ello, más algunas notas anexas, parecería implicar, ante todo, una preeminencia de "lo cultural" en su sentido más estricto de una *cultura del espíritu*, de una actividad y producción *intelectual* de índole superior, aureolándose de prestigio hasta elevarse *al culto y la fe del pensamiento*, a ideas, conceptos, principios operantes que se conciben como *normas de los humanos propósitos*. La última fórmula menta con cierta ambigüedad al idealismo entendido como conducta cimentada por lo éticamente positivo, según la interpretación, sin duda correcta de Arturo Ardao y a la que ya se ha hecho referencia. Varias expresiones hay en "El Mirador": la *idealidad nostálgica*, el *sueño de amor, de justicia y de piedad*, las *mociones superiores* que refuerzan esa interpretación. Este idealismo posee todavía elementos más estrictamente deontológicos: el trabajo, la seriedad que se puede deducir, a contrario, de su cuadro de la frivolidad y la especulación "fenicias": también la capacidad de marginación y silencio, igualmente a contramano de *la vulgaridad triunfante y ruidosa* que circunda a *los que callan*. Y si, sobre el positivismo ("Rumbos nuevos") se alzan las ideas *como normas de los humanos propósitos*, también algún designio tenía Rodó al adjuntar a esta fórmula la otra que considera a las ideas *como objetos de los humanos propósitos*. Si no es una pura sinonimia es probable que se abra aquí el posible distingo entre el idealismo moral y el intelectualismo — y aun el racionalismo — en todas sus eventuales acepciones.

Pero todavía una tercera pieza de la constelación se matizaría a través de la noción de *lo desinteresado* (*producción, aplicaciones, espíritu* y otros términos se-

mejantes). Lo *desinteresado*, que en algún pasaje del "Bolívar" se precisa — y a la vez reduce — a ser *el fácil desarrimo de egoísmos sensuales* (distinguiéndose de un apartamiento de las propias tareas que, en puridad, cabe mejor llamar "indiferencia").

Puede observarse que la superación de lo inmediato, lo sensual o lo egoísta suele ser el presupuesto de cualquier conducta ética válida, de cualquier moral determinada por pautas generales sino estrictamente universales. Puede observarse también que en el clima ideológico de nuestro tiempo, toda actividad humana cultural es "interesada" y sólo importa en qué nivel de amplitud, de impersonalidad, de inmaterialidad el interés se sitúe. Pero la misma reiteración del término autoriza la reflexión de qué lejos se halla el orbe cultural de Rodó de toda dirección que conciba a la cultura como inexorable respuesta a las acuciantes provocaciones, a los desafíos que le plantea al hombre su estar en el mundo. Y admítase que cuando decimos "cultura" pensamos regularmente en un espectro de haceres que van desde el mero afirmarse humildísimo contra el hambre y la intemperie a la exorcización de los grandes torcedores de la existencia, a la réplica a los mandatos implícitos de la finitud, la muerte, la incomunicación y el sentido o sin sentido de todo. Más dilemáticamente: o equipo para vivir o esa mirada en la noche, ese viaje a las honduras sin los cuales ni la misma vida es posible.

Comprobar estos trazos con el tipo de insistencias que en Rodó campean, hace propicio concluir sobre el carácter que la vida espiritual, la cultura asumen en él. Excesivo sería calificarlo de gratuito, decorativo o lujoso pero, seguramente no, aproximarle al modo apacible, suficiente, seguro que la actividad cultural cobra

PROLOGO

en ciertas condiciones de existencia y en estratos sociales mínimamente productivos y libres de urgencias.

Este juicio, tal vez excesivo para lo que antecede, funciona aún mejor como adelanto de otros aspectos que todavía pueden destacarse.

Uno de los más relevantes es la concepción rodonian de *vida íntima* o *vida interior*, la que no sólo aparece hipostasiada y espacializada como es habitual hacerlo sino que se idealiza, se embellece hasta hablarse del *regalado convite* de su fruición, del *paseo encantador*, la *absorción escogida*, la *voluptuosidad* de vivir — claustral, inmanentísticamente — para ella. Este plano ideal presenta su lado ético y él se vincula con la clásica norma de vivir la interioridad como autosuficiencia y libertad, como no-dependencia de las cosas, del mundo exterior y su llamado. Es una de las dimensiones de su *espiritualidad*, un término menos convocado que el de *desinterés* y el de *idealidad*, tal vez por las connotaciones religiosas que porta, tal vez por ser los otros más de moda, pero, en cierto y último modo, sinonímico de ellos. Lo cierto es que esta espiritualidad se identifica en ocasiones con su inseparable nota de libertad mientras se fija, en otras, al modo de Guyau, como un poder de *irradiación* y *comunicación*, según fórmula empleada en el ensayo sobre enseñanza de la literatura.

Más rica es su concreción del rótulo espiritual en el discurso a France, en el que Rodó lo unimisma, operacionalmente, con un ideal de conocimiento, generosidad y discriminación: el triduo de *saber*, *comprender* y *admirar*, integrándose en esa *contemplación* que juzgó *suficiente objeto de la vida*.

Tal consideración involucra una actitud en la que lo pasivo, y lo frutivo, adquieren primacia, pero si se

piensa que no existe contemplación sin un cierto grado de actividad espiritual, puede establecerse un continuo entre la noción general precedente y la simpatía, tal vez no más, *por la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la iniciativa humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve*. Se dijo simpatía, meramente. Y esto, porque hasta un término posterior a 1913, esta terquedad no parece haber movido demasiado a quien la encomia. Lo que sí se expande en "El Mirador" como reiteradas sinonimias de este *plano ideal* es cierto hincapié en una necesidad de esperanza, de creencia, de fe en todo lo que tenga calidad prospectiva, imaginativa, intangible, normativa: *idealidad nostálgica, sueño y sueños de belleza, de amor, de justicia, de piedad, de alas impalpables, desinteresados*. Y lo anterior se mezcla al evidente gusto por un tipo de afectividad, suave y hedónica, de la que son timbres la *melancolía, la tristeza nostálgica, la dulce intimidad del sentimiento*.

Pero es, sobre todo, hacia una experiencia deleitosa de lo Bello hacia donde — si se repara en las reiteraciones más notables del libro — el instinto de Rodó se dirigía, hacia donde tendía a centrar ese orbe distante de lo material y "lo vulgar", tan supremamente importante para él.

Y es que no es sólo por el buen número de evaluaciones literarias que la obra contiene que se dan con tal frecuencia en él un monocorde caudal ditirámico a la *Belleza* y al *Arte*, a las *cosas delicadas y amables de la vida*, al *divino y capitoso licor del arte*, a las *cosas bellas, cosas raras*. También a sus efectos: *encantos, atracciones, arrobos*; también a sus calidades: *levedad, refinamiento, selección, fragancia, suavidad, gracias*,

luz, color, elegancia, hermosura, gallardía, marcialidad; también a las condiciones requeridas al creador o al contemplador: *delicadeza de alma, espíritu ático, desinterés de un ideal de poesía.*

Si a la abundancia de esas expresiones nos atuviéramos, fluiría con naturalidad la conclusión de que este espiritualismo o idealidad trascendentales se plenifican de modo afectivo, se viven más allá de ineludibles concesiones doctrinales, en torno a modos de claro sesgo esteticista.

El esteticismo de Rodó ha sido un tema habitual de dilucidación desde las famosas reflexiones de "Ariel" sobre la moral como *una estética de la conducta*; un planteo de índole similar vuelve a realizarse en "El Rat-pick". En él, igualmente, las concesiones y eclecticismos suelen ser los comunes en Rodó, aun sobrenadando como conclusión general la de que en *donde lo bello es el fin o la forma de lo malo, lo malo no se cohonesto pero sí se atenúa* y es todavía mayor la *inmoralidad de lo feo* cuando su sustancia ya es inmoral por sí misma.

Pero como interesa, sin embargo, más que una ética implícita que resulte de la combinación artificial de textos, ese manojito de valores que la imantan, hay que dejar de lado pasajes de adhesión a una moral de tipo personalista y aun ciertos barruntos de perspectivismo y fértil ambigüedad. Es el pasaje en que, analizando la ambición de Bolívar, sostiene finamente Rodó, que la ambición del héroe tenía razón y los que la contrariaban la tenían también.

Si el esteticismo ético viene aquí a cuento es porque representa el plano de pasaje a un verdadero "misticismo estético". Un misticismo estético, adelantémoslo, tan declarado como vago y que hay que redondear

PROLOGO

acudiendo a otras concepciones más cabales de las que, en la misma dirección, su tiempo abundaba grandemente. En Rodó, como ocurre casi siempre, este misticismo se vierte en fórmulas tan explícitas como generales. Sólo *la religiosidad o la religión literarias, o artísticas o de la belleza, servidas por los frailes del arte, los monjes de la belleza, alcanza el misticismo del arte* que permite recibir *la luz de la belleza, vivir el sueño de lo bello o el sueño literario, participar de los dones divinos del arte*. La grandeza del artista implica una ética de la experiencia que no se hurta a *la hipertrofia de la sensibilidad y la imaginación*, con todas sus previsibles consecuencias.

Cabe preguntarse aquí si este misticismo del arte, como solía ocurrir, estaba justificado sólo por una fruición más completa, afinada y repetible que la de los sentidos — y esto es lo que parece a menudo resultar — o equivalía a esa “summa”, a esa integración cabal de la experiencia religiosa, filosófica y vital que esos “misticismos” de su tiempo querían representar.

Si el análisis sigue esta pista, es posible concluir que los resultados son inesperadamente decepcionantes. Y es que si se pone al margen la realización personal total, el cumplimiento vital que involucra para el creador la obra literaria — “la gesta” que se exalta en tres fragmentos muy conocidos — el resto es bastante magro. Porque (podada la hojarasca verbal) son relativamente modestas las funciones que se le reconocen en este libro a la literatura, al arte. Si ellas se recapitulan, resultan ser — además de la muy reiterada de significar una fruición superior — la tan romántica de constituir un bálsamo (*palabra a la duda, al desconsuelo, a la pena*) y un estímulo a la acción, a la que sería capaz de sobrelevar, eventualmente, hasta

PROLOGO

el plano heroico. En forma más amplia — y a estar a su “Decir las cosas bien” — Rodó tenía conciencia de un impacto genérico del arte y la poesía en la vida, aunque más polemizable es que poseyera una noción muy clara de en qué forma aquél se ejercía. Agréguese todavía la idea, tan común, que hace del arte un medio de comunicación entre los hombres y aun la de implicar una seguridad existencial: *la evidencia de la Belleza* frente a la incertidumbre de la Verdad.

Sería objetable esta enumeración — hay que reconocerlo — si faltara en ella la noción del arte y la poesía como “revelaciones”, como instrumentos no-discursivos de penetración en lo real, capaces de alcanzar un conocimiento inmediato y seguro de “lo más hondo”. Tal dimensión de la función estética no está ausente de los estudios de Rodó, pero también se puede decir que se reitera en ellos mucho menos de lo previsible. De cualquier manera, *arrancar notas a la música de las cosas*, desentrañar significados del mundo, reproducirlos en el lenguaje de las formas, se acompañaba con el otro y fundamental conocimiento: el del hombre mismo. Es el proceso, sobremano complejo, a través del cual el receptor siente la palabra del poeta como autorrevelación ya que éste, al asumir a todos sus semejantes, logra que, por analogía, sus lectores hagan un solo momento de la identificación y el reconocimiento. Hay ecos de un famoso texto de las cartas de John Keats en todo esto, y aun los hay mayores, en el elaborado pasaje en que se explana *que, a pesar de buscar la poesía dentro de sí mismo, el poeta íntimo llega a ser el más universal — casi diría el más impersonal — de todos los poetas*, pues, a fuerza de asumir lo común (y aun de esa “extinción de la perso-

PROLOGO

nalidad" de que hablaría más tarde T. S. Eliot) a todos hace posible que allí reconozcamos *nuestras sensaciones actuales o aquellas de que sabemos por el recuerdo*, lo que hace de la lírica y sus expresiones, *cimbras una poesía más de todos, más impersonal, más cercana a la universalidad* que todas las varias formas que en las preceptivas le acompañaban.

III

Todo lo anterior representa, en sustancia, lo explícito del "misticismo estético" de Rodó, un misticismo que, atenido al libro, no parece demasiado rico en el plano conceptual pero puede ser sin duda capaz de desbordar a una vida si es el norte ferviente de la actividad creadora y meditativa. Completa, además (pues Rodó en su "sincretismo" irreprimible no se dejaba ir con facilidad a exclusiones tajantes) ese plano de lo que cabe llamar variablemente "lo espiritual", "lo ideal" o "lo desinteresado".

Ya se ha insistido demasiado en esa ambigüedad larvada a todo lo largo del libro (y aun de Rodó entero), que comienza por esa actitud de reconocer para el orden ideal su promoción e infraestructura vital, su necesidad de sostén en lo biológico y natural, el surgimiento de los valores en la experiencia, la cercanía y vigilancia de "lo real" sobre "el vuelo de las ideas". Pero mientras la inmensa mayoría de los que destacan el condicionamiento o causación de la órbita de lo ideal es, justamente, para insistir sobre ella, en Rodó se da el movimiento inverso. Pagados los tributos de la dependencia la órbita ideal se gobierna por sí sola y por sí sola se magnifica a monumental relevancia.

PROLOGO

Llegados a este punto y puestos a señalar algunos elementos y algunas ausencias, debe sostenerse que el mundo de la trascendencia religiosa, el orden de lo divino y su inevitable implicación de un Espíritu sustancial no es lo que altera el esquema realista de su tiempo. Si se rastrea "El Mirador" tratando de seguir las eventuales ideas de Rodó en esta materia, sólo se advertirá una vaguísima afinidad entre ciertas formas de su idealismo y cualquier fe religiosa explícita. Mientras tanto son muy definidas — aunque esto represente otro plano — las manifestaciones de su adhesión y simpatía a la línea occidental de secularización socio-cultural a costa de los poderes de la Iglesia, una actitud ésta que el ensayo sobre Montalvo testimonia fehacientemente. Pero como Rodó era un intelectual y, por intelectual, hombre de matices, esto no le cerraba a juzgar nociva y disfuncional esa secularización, cuando ella llegaba al anticlericalismo en ambientes que, como su propio Uruguay, fueron tan poco marcados por cualquier poder eclesiástico en forma. Gratuito e inauténtico le pareció aquí el impulso, que en el Ecuador creía merecedor de formidable pujanza.

Más allá de lo histórico e institucional, en el círculo estrictamente teológico, no será injusto afirmar que el pensamiento de Rodó se movió entre cierta incredulidad insatisfecha y un borroso anhelo de fe, dentro de un vaivén que es muy característico de los ingenios del 900 y suele abundar en ambigüedades y aun en matices diletantescos. Así por ejemplo, en la mención a Dios que corre en "Mi retablo de Navidad", de su *justicia morosa* y su *amor inactivo* habló, en fórmula elegante y poco comprometedora, muy adecuada para lectores apacibles. Mucho más específica, auténtica y directa es en cambio la idea de un Dios "in fieri", de

un Dios identificado con el desenvolvimiento de la especie y de la conciencia humana, generado estrictamente en el curso de la aventura del hombre en el mundo, en el proceso de una humanización que acontece, sin salto cualitativo, a devenir una deificación. Es una idea de clara raíz hegeliana-renaniana (por lo menos ese es su origen en Rodó) que toca muy hondos estratos de la esperanza de la Modernidad; representa, si bien se mira, una expresión más extrema de aquella espiritualización de la Naturaleza, de aquel florecimiento del Ideal desde los senos más ciegos de la Vida que hacia el final de "Ariel" invocara.

Con todo, lo que seguramente precisa mejor el énfasis puesto en ese plano de lo genéricamente "ideal", de lo indiscriminadamente "desinteresado", es observar la fuerza simétricamente grande que se presta a sus antítesis. Porque si hay algo que se reitera en "El Mirador" hasta la saciedad es el desprecio de *lo vulgar, la vulgaridad* y de las muchas variantes a las que se echa mano: *lo prosaico, lo plebeyo, lo zafio, lo pedestre, lo grosero, la mediocridad*. Ya en "Ariel" — también — había asomado esta animadversión, dando motivo a la sobria reserva de Unamuno, advirtiéndole a Rodó contra el peligro de ser *injusto, acaso, en demasía con la vulgaridad*.

Todos los términos de reciente enumeración actúan en las ocasiones que en el libro se recurre a ellos, como explícitos antagonistas de cualquier componente del manejo de lo Ideal, como cegueras diversas para su apreciación y su experiencia. Esto es: a lo espiritual, como suficiencia y autonomía; a lo selecto, como fruto del don discriminador; a lo desinteresado, como inmunidad a lo hedónico e inmediato; a lo ideal, como orden de lo intangible, imaginable, trascendente; a los

valores éticos y también — “last but not least” — a todas las calidades del refinamiento estético y vital.

Pero lo que aquí realmente importa es tratar de penetrar en qué dimensiones se concretaban para Rodó los dos grandes antagonistas. No intentarlo es dejar el asunto en el reino de la abstracción, en el de los calificativos sin objeto a qué asirse. Porque lo ideal, lo espiritual se encarnan, signan actitudes, gentes, conductas y lo mismo hacen lo vulgar y lo plebeyo.

Las fórmulas generales abundan como es habitual, tanto para designar los modos genéricos de la vulgaridad como los depositarios de ella; sobran expresiones del tipo de *vulgo sin delicadeza de alma, ni cultura, la ambición grosera y torpe, la faz material y utilitaria de la civilización, el menosprecio de lo desinteresado, las estrechas propensiones del sentido común*. No faltan tampoco, ni mucho menos, las localizaciones abstractas de esta negatividad: el *vulgo*, ante todo, *la vulgaridad triunfante y ruidosa, el alarde inferior, el rebaño humano, las vulgaridades obscenas*. En cambio, si lo que se ha de alcanzar es la designación social de los hontanares de esta vulgaridad, la tarea no resulta fácil. Y es explicable. En determinadas contraproposiciones, lo ideal y lo vulgar parecen cortar verticalmente toda la estructura social, tocando mágicamente con su signo, a uno y otro lado, los seres individuales. *Lo vulgar ¿es lo común, entonces? ¿La multitud de los mediocres? ¿O es el pueblo, o la mayoría, o los pobres, o la masa?* No faltan pasajes para concretar en ellos *el vulgo necio, el patrón colectivo y plebeyo*, los pasantes *del cieno de las calles*, los amantes de *la libertad vociferante y callejera*, los ganables al halago *demagógico y vulgar*. En ciertas ocasiones, parece ser la burguesía de su tiempo la depositaria y emisora de

PROLOGO

lo vulgar. Pues en ella pueden inscribirse, más que en cualquier otro sector, *ese vulgo semilustrado* que hace las reputaciones, esa fuerza aplebeyizadora que impone la necesidad de dinero, esa ignorancia del *único título de superioridad legítimo* que el trabajo concede. O, como lo dice más explícitamente en "Rumbos nuevos", esa clase erigida sobre *la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo, esa burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto.*

Todo, reconocerlo es honesto, puede ser. Y esa posibilidad hará necesaria la referencia a una clave rodoniana esencial, que tal es la ambigüedad, por no decir la desorientación en la conciencia de su enclave social. Tal examen tendrá su lugar, pero vale ahora la pena señalar que el polo positivo de la antítesis: esa espiritualidad, ese desinterés, esa idealidad posee también su calificación genérica. Es un adjetivo tan empleado como *vulgar* y de tan ubícuo funcionamiento como éste. Es lo *aristocrático*. En sus "Literary currents in Spanish America", Pedro Henríquez Ureña ya apuntaba la profusión del término en los escritores del 900 y el tema de su empleo y de su exacto sentido representa una cuestión capital para la comprensión de ese brillante período de nuestra cultura. Más de una docena de veces en "El Mirador" emplea Rodó la palabra, y la cantidad no sería excesiva si cada vez no fuera usada por él, con valor de supremo encomio, con intención de decisivo fallo de excelencias. De pareja manera a su antítesis vulgar, lo aristocrático se connota en la forma variada: vital, social, frutiva, estética, éticamente. Y es así actitud moral: norma de *apartamiento y silencio frente a la vulgaridad triunfante y ruidosa, superioridad y altivez, sentido del honor, de*

la limpieza de la honra. Y es virtud biológica en las razas de las preponderantes y nobles. Y es excelencia social en la concepción de la jerarquía humana o en las ventajas del mecenazgo artístico. Y es atributo vital: refinamientos y exquisiteces de la naturaleza o intelectual y estético: templanza, delicadeza y pulcritud del gusto, sentido de los matices, forma, sentido perfecto de la belleza. A todos estos dechados hace compañía el sello aristocrático (o está implícito en ellos), pero también la adhesión de Rodó a él, toca su ápice en algunas páginas, como es el caso de las dedicadas a Guido y Spano o el pasaje, más breve, en que se evoca al Bolívar mozo.

De tal encomio de lo selecto se abre la perspectiva de las implícitas actitudes sociales que conlleva. Pero, antes de pasarse a ellas, debe registrarse la preocupación de Rodó porque el orbe de los valores positivos estuviera dotado de custodias institucionales. O, como él lo decía, *las idealidades inmanentes* podían tener y tenían — aunque no en Latinoamérica, ciertamente — las garantías que le prestan *la alta investigación científica y artística, la selección de clases dirigentes, la nobleza a que obliga la tradición.*

También al Héroe. Si “El Mirador de Próspero” contiene, como quiere Luis Gil Salguero, una teoría del héroe y de la promoción de lo heroico en América,¹⁷ no es eludible concebir al héroe como la fuerza, la dinámica de ese ideal en su incandescencia más generosa. Sobre todo en esos períodos germinales y revueltos

17 Luis Gil Salguero: “Ideario de Rodó”, Montevideo, 1943. Debe agregarse que además de los realizados sobre Bolívar y Montalvo, Rodó preparaba estudios de tipo similar sobre el Inca Garcilaso y Martí (Cf. “Crítica”, de Buenos Aires, N° I, 14 de febrero de 1914). Eran dos personajes que, por distintos motivos, debía encontrar llenos de sugestión.

PROLOGO

en los que, naturalmente, ninguna institución, ninguna valla firme son posibles. Enmarañado en la contingencia, hundido en lo inmanente, el héroe y su desmedido afán icáreo ilustra bien la concepción continuista de esa espiritualidad y esa florecida humanidad que asciende sin término desde los posos últimos de la Naturaleza.

Con todo, para mantener hasta el fin "la otra" relación entre el orden del espíritu y el orden de la vida, aquélla a la que todo su temple intelectual le arrastraba, Rodó dejó a lo largo del libro los símbolos de la góndola y el alazán. Fueron para el caso sus cisnes particulares. Ligeros, disparados, graciosos, sufren el peso de la materia y del destino. Su vocación es el "non serviam". Aunque a la góndola, como al alazán, puede ocurrirle también que sea *vendido por groseras y mercenarias manos, para faenas rústicas, símbolo de la inmediata utilidad y del orden prosaico de la vida.*

IV

Pero si hay algo inequívoco detrás de esta latitud o de otras posibles, es el lugar que al "ideal" le corresponde en la jerarquía social y en el desenvolvimiento histórico. Superior y posterior, o superior por posterior o a la inversa, la acción de *la llama del ideal, la irradiación evangélica de gracia y espiritualidad* parecen implicar regularmente una levitación definida que el orden ideal ejercería en la masa pasiva del mundo empírico. Se dijo: regularmente. Porque tampoco faltan en los ensayos del libro expresiones que involucran en forma más radical, una mediatización de toda la vida social a su servicio, a una postura reverencial a cierta esfera gratuita, lujosa, de experiencia "ideal" a

cargo y para regodeo de unos pocos exquisitos. Porque es difícil según Rodó la atmósfera para *la llama del ideal en sociedades embrionarias e inestables como las nuestras* cuando si de inversa, de servicial manera se concibiera esa ignición, las sociedades embrionarias e inestables son las más dóciles, las más propicias a la energía espiritual creadora y modeladora. Y, de similar modo, las colectividades de nuestro tipo son juzgadas inhospitalarias para el ideal, para *las cosas desinteresadas del espíritu*, puesto que *las nobles superioridades de la inteligencia son flor exquisita y tardía de la civilización*. Y aquella misma “predicación evangélica” (una expresión que mucho gustaba a Rodó) está limitada por su sólo ser *de gracia y espiritualidad*, lo que la hace específicamente difícil en *sociedades fenicias y vulgares*.

Rodó, en suma, no despeja tampoco aquí el equívoco entre una idealidad ostentosa y corolaria y otras diversas, ya viertan el impulso de una normatividad ético-social, ya expresen el afán de trascendencia del hombre, la necesidad de una experiencia espiritual que sea capaz de salir incólume de todos los condicionamientos.

Ello se hace evidente si se recapitulan los numerosos pasajes de “El Mirador” en los que se plantea, o meramente insinúa, una deontología de la inteligencia y un concepto de la función, deberes y derechos del intelectual.

Porque el intelectual también representa para él una cúspide, una flor de la civilización, *un patriciado*, una aristocracia de almas. Difíciles son sus tareas y angosto su espacio en sociedades urgidas, trabajosa — dondequiera que ella sea necesaria — la afirmación de *las legítimas aristocracias del espíritu* contra el pres-

tigio menguado, la medianía insolente, la vergonzosa autoridad y la caprichosa fortuna.

Para Rodó, el destino del intelectual, del "hombre de pensamiento", del integrante de la élite culta parecería ser, esencialmente, el de la contemplación recatada y placentera, la *voluptuosidad aristocrática* del vivirse para sí. Pero en la modificación de la circunstancia histórico-social, el deber militante — el "compromiso" de hoy — la actitud misional y de servicio cabe que asuma la primacía, sin poder dejar de observarse que es, justamente esa circunstancia, la que en determinados casos invierte la jerarquía deseable de los modos de vida. Porque aun en *el ceñirse a las realidades del mundo*, aun en la acción política le resultaba imponible dejar un rincón desembarazado para la contemplación. Y si consideraba al arte y las letras un *sublime magisterio*, no dejaba Rodó de considerarlas, últimamente, *irresponsables*.

Esta dualidad, aparentemente incapaz de llegar a una síntesis más honda o a un plano más elevado es idéntica a la que en la misma obra de arte se despliega, según lo exponía el autor en su página sobre "Una bandera literaria". Porque *la creación de belleza* posee un *valor sustancial*, el arte autonomía y soberana independencia pero — *además* — el artista, el escritor *es ciudadano, es pensador, es hombre* y puede, por ello, hacer obra militante y, dándole a su criatura una intención pragmática, ser capaz de concederle *cierta especie de belleza que sin ella carecería*.

En este planteo genérico el arte comprometido es de ese modo una mera posibilidad, si bien implique ganancias eventuales. Pero, regularmente, en determinadas latitudes de espacio y tiempo, el servicio del arte, su función social aparece como una exigencia ética,

como un deber irrecusable. El que lo desertara ya no privaría a su obra de aquella *cierta belleza* sino incluso — aunque Rodó no lo haga explícito — le agregaría una fealdad inesperada.

Tal urgencia, tal necesidad era justamente la que imponía la concreta circunstancia latinoamericana en todos los períodos recordables pero, en especial, desde que nuestras naciones asomaron a un inconcluso proceso de independencia. De ahí sale la norma suprema que para Rodó constituía la postura de devoción americana, el valor de hundir las manos en el *barro de América*. Esa osadía, esa entereza era para él la seña de todos los grandes que en el continente han vivido, la marca de esa “teoría de los héroes” en la que sólo tuvo tiempo de incluir a Bolívar y a Montalvo. Aunque, en su pensamiento, también tenía expresiones más humildes y cotidianas y tal es el caso de la faena periodística, coyunda, servidumbre, deber agotador y devorante pero, al mismo tiempo órgano de agilidad expresiva y afinación del decir, al que pocos ingenios de nuestro mundo han escapado.

En suma: que el “desinterés” básico del arte sólo es viable (éticamente viable) si existe estabilidad económica y social — plenitud histórica cabal, comunidad en forma — y es obvio que esa estabilidad, esa plenitud, el mundo americano no las ha conocido.

Por eso el escape hacia el azul, ese transporte hacia la libertad de constricciones que tenía su gran símbolo en la Europa soñada se legitima, pero sólo entonces, cuando tras las espaldas queda el deber cumplido en el contorno americano.

Como es previsible, Rodó no concebía la participación del intelectual en el orden de la sociedad como una mera concurrencia, indiscriminada en estilo y pro-

PROLOGO

pósitos respecto a los de las demás categorías humanas. Algo hay en la concepción de su operancia que la vincula a un majestuoso descendimiento del Espíritu o del Nous sobre la Jerusalén terrestre: el pensador otea desde su *atalaya* y, episcopalmente, asume *la cura de almas*, impone su dirección a la muchedumbre que se rinde, *como la cera al sello, a la palabra del poeta y a la promesa del visionario*.

En este descendimiento se involucra también un estilo de acción: es aquel equilibrio "entre el fanático y el escéptico" que expuso en "Rumbos nuevos" y que, al principio de estas páginas, se emparentó con la parábola "Los seis peregrinos". Aunque sólo se vertiera en formas que hoy nos parecen balbuceantes — el imperialismo racial anglogermánico, el "kaiserismo", la democracia radical de masas, la acción directa anárquica, la pasión polémica de los emigrados rusos — el mundo empezaba a vivir inquietamente la revivificación lalcizada de las ortodoxias. Y es un signo de su sensibilidad esta inquietud de Rodó por hallar una respuesta.

V

Se quedó, entonces, en que idealmente, el destino del hombre de pensamiento es contemplativo y frutivo, si bien, en determinadas circunstancias — como las de América, las de nuestro tiempo — ese hombre tiene que servir primero a su deber cívico aunque no sin dejar su reparo a la meditación contemplativa (si personalmente se concibe una actitud) o no sin construir refugios para *el pensamiento desinteresado, la meditación, el arte* (si corporativamente se enfoca la *cuestión*).

Pero aun en esta deontología del sector intelectual se hacen presentes, ahora, dos nuevos dualismos. Toman sobre sí la función de deslindar el área de ejercicio, de responder a la recíproca acción, al vaivén dialéctico de libertad y constricción.

Porque hay un aquí y un ahora (o un aquí y un entonces) que asumir y cuya evasión comenzaba por aparecerle a todos "los éticos" del 900 no tanto imposible — quedaba siempre el "sueño" y el "refugio" — como empobrecedora y un si es no es innoble. Aunque Rodó planteó la cuestión en el orden estrictamente literario, sus reflexiones poseen validez aunque se las transfiera al plano cultural más genérico.

Su fidelidad al contorno espacial — o lo que hoy se considera "arraigo" o "radicación" — se presentaba para él bajo el cariz de *localismo*. Ese localismo es en sus juicios siempre condición de "originalidad", pues debe observarse que la más cabal palabra "autenticidad" que al presente usamos, no entraba en su radio terminológico. Ineludible como punto de partida, como perspectiva originaria, Rodó sabía cuáles eran los síntomas que para mostrar ese localismo eran literariamente ineficaces — *colores, temas* —; más discutible, por más que no sea fácil reducirlo a receta o a norma, es que fuera capaz de indicar bien cuáles eran los que efectivamente funcionaban, en qué radicaba esa esquiua seña de veracidad espacial.

Si se los compara con lo anterior resulta claro que mucho más firme se sentía Rodó concibiendo los presupuestos de lo que — social, colectivamente, más allá de la creatividad o el mimetismo individuales — podía hacer seguro el "valor local". Por eso sabía bien lo que pedía cuando reclamaba una *personalidad*

nacional constituida y enérgica, un espíritu autónomo, una cultura propia, un carácter social definido.

Dos únicas observaciones merece este petitorio y es una, la que la posesión de tales dones ya supone la viva operación de lo que se supondría, son sus corolarios; es la otra que, a contrario sensu, Rodó planteaba un tema tan acuciantemente americano como lo es el de la sociología de la imitación.

Pero hay algo en este punto que vale mucho más la pena subrayar. Y es que Rodó, a diferencia de muchos predicadores del arraigo (americano, aquí) al modo extrahistórico y casi se diría mineral, sabía que si el hombre vive en el espacio, también lo hace en el tiempo. Doble dimensión, entonces, lo entorna y el tiempo es preciso, impositivo, invasor. Lo que en su ensayo sobre Juan María Gutiérrez llamaba *la vida de la ciudad* — una estructura genérica — y la pertenencia a *una misma civilización*, eran sus fórmulas para lo que ahora se designa como la universal sociedad industrial y las pautas de pensamiento y de conducta que allí donde se instaura, promueve. Una densa temporalidad, entonces, que determina que fenómenos técnicos o espirituales que pueden ocurrir en nuestras antípodas (¡oh ubicuas radios japonesas!) afecten más decisivamente nuestras costumbres, influyan en nuestros destinos de modo más radical que muchos meteoros que en torno nuestro se despliegan o el concreto particular pasado con que cada grupo humano cuenta.

De cualquier manera, la radicación en un tiempo y un espacio dados, es la premisa de toda correcta toma de conciencia del mundo que el intelectual realice. Desde aquí, y como de nuevo es previsible, Rodó no creía que esto pudiera implicar la desconfianza o la incomunicación con lo que suele llamarse "lo univer-

sal", esa universalidad que, como todos los hombres de su época y su clase, identificaba con las significaciones — expansivas, magnificadas — de los propios particularismos de las culturas y poderes rectores, con aquellas porciones de lo inglés, lo francés, lo alemán, lo español que por obra del éxito histórico, de la acumulación de riqueza, de la victoria sobre las constricciones inmediatas, había podido levantarse, aparentemente incondicionado, a coronar las torres del mundo.

Que supusiera la posibilidad de una imitación servil y desatentada es sobremanera evidente; cerrarse a *las influencias* le parecería un horror y una disonancia al temple americano. Hay que atender al calor con que en su discurso a France se refirió a *una patria universal que, por encima de las fronteras y las razas forman el pensamiento y el arte, a un vasto y único escenario para ellos.*

Si se piensa quién era el que estas palabras le inspiraba, el tema de las relaciones entre América y Europa, el de la "alienación" rodoniana se plantea sin escape.

Se ha visto ya que la actitud militante y la participación en los intereses de la colectividad era para Rodó — iberoamericano de una época determinada — el paso primero de toda conducta válida. Se ha visto también que el goce estético, el ejercicio contemplativo sólo eran legítimos cuando este deber se considerase cumplido. Sin embargo, allí estaba siempre el resorte de la evasión tensísimo, la nostalgia viva de lo pleno, lo exquisito, lo maduro, el apetito de *ideas*, de *sugestiones*, de *ideales*, las experiencias *enriquecedoras*. Rodó no escapa a la regla de todos los hombres de su generación (y de las precedentes, y de la que le siguió)

PROLOGO

al concebir a Europa, en general, a Francia, en particular y a París, ombligo de las dos, como encarnación material, visible y vivible, de esa antífona del deber americano. Europa es nutrición y nostalgia, premio del deber cumplido y el escape mismo cuando ese cumplimiento se hace imposible o la represión del medio es demasiado letal. También — ¿por qué no subrayarlo? — podía ser la recompensa adelantada, como lo reconoció Rodó en su estudio sobre Montalvo, este héroe del deber americano, que, tras su primer viaje volvió al Ecuador muy a pesar suyo.

Las *civilizaciones maduras*, de *serenidad superior*, las *civilizaciones seculares*, ricas de *idealidades inmanentes* constituyen el modelo, y el genérico destino de América se fija en una dialéctica de recepción y de respuesta: imitar pero digiriendo, ser tributaria pero con anhelos de *emancipación intelectual*. Construir una versión de Europa pero no una versión servil, tener conciencia de umbilicalidad pero asimismo bríos de originalidad.

Despojado de su elegante ropaje, este vaivén concesivo de Rodó (hay que confesarlo) no resultaba — aun entonces — demasiado original. Todos los moderadísimos modernistas y la mayor parte de sus sucesores, rindieron homenaje verbal a él. Y cuando el equilibrio se rompa, será más a menudo a favor del mimetismo, que de una ríspida (y proyectiva) singularidad iberoamericana. Porque el apoyo existencial de estas posturas es invariable: si América es el deber, también es el opresivo anillo del destierro, la repulsión y la caída. Su bajeza achica la estatura de sus hombres cumbres: ¡qué no hubieran sido ellos en ese escenario de París que es *la patria de adopción* para un sentir al que

pocas almas generosas (y ningún "rastacuero" sudamericano) resisten!

Situar toda esta esplendorosa zona de lo normativo y lo ideal más allá de las fronteras del hemisferio a que se pertenece es, probablemente, una de las formas de esa tan compleja "alienación" que en Marx tiene sentido relativamente preciso y hoy cubre una multiplicación casi fabulosa de situaciones y relaciones. La "extranjería" o "extranjeridad" implícita en aquella actividad es evidente, pues por mucho que se predique el deber hacia la propia circunstancia, la comprensión de sus modalidades, la necesidad de la adaptación y el ajuste a las inflexiones de la realidad entornante, las normas, los dechados, los patrones sólo son nominalmente universales y sí, en realidad, el escamoteo "ideológico", el disfraz generalizante de lo inflexiblemente condicionado y particular. Y aun puede señalarse que esto se hace más evidente si se recuerda lo postergados que aparecen en Rodó los dos extremos del espectro de la cultura que, por su naturaleza, saben escapar mejor a toda localización condicionadora. Como ya se dijo, todas las humildes, prosaicas manifestaciones del vivir común, corrían peligro de ser recubiertas con el rótulo perentorio de "lo vulgar" y tampoco, como se dijo también, por lo menos hasta este 1913, parecen haberle obsedido mucho en sus expresiones más problemáticas y hondas, las radicales cuestiones del existir y del morir, capaces, bajo el diverso condicionamiento de cada cultura, de reaparecer en todos los tiempos y latitudes del hombre.

El tema podría profundizarse más. Porque no sería imposible demostrar que Rodó (y todo latinoamericano culto con él), adoptaba ante Europa una actitud que se parece extrañamente a la que Marx, en su exa-

PROLOGO

men de la "alienación económica" y la "alienación política" sostiene que el alienado adopta ante la Merced o el Estado. Esto es: ajenidad, reverencia, ignorancia de que están hechos con su propia sustancia. Pues lejano estaba el tiempo en que se sentiría en los más diversos márgenes del mundo — y el Uruguay no era sin duda un lugar propicio para que esa conciencia naciera — que mucho del esplendor de Europa estaba tejido de una secuestrada (e irrecuperable) materia ajena.

La actitud de Rodó — no hay ni que decirlo — se hallaba muy distante de cualquier inferencia de este tipo y esto trae a colación el decisivo tema del prospecto latinoamericano en su pensamiento.

"Prospecto" latinoamericano. Porque le importó más que la Latinoamérica vigente, la Latinoamérica anhelada. El perfil de su futuro no es nunca muy rotundo, pero si se quiere presumir lo qué encierra, con qué se piensa planificarla, hay que recurrir a las concepciones políticas, sociales, históricas, culturales de cada pensador. Rodó no escapa a esta ley. Aunque, antes de todo ello ¿cómo desencadenar el proceso hacia la ansiada plenitud?

Parecería que primero que nada le era urgente integrar los patrimonios humanos y espirituales de la cultura europea y los de las culturas nacionales que más afines consideraba con el proyecto latinoamericano. No se concibe la afirmación rodoniana de la originalidad de América sin el correlativo movimiento de filiación, la de la independencia sin el previo fortalecimiento de vínculos admirativos y nutricios. Si se va de lo más amplio a lo más estrecho, se advierte que el marco de inserción general está representado para Rodó por esa *civilización cristiana que mantiene, por*

encima de las mudanzas y los siglos, la enseña capitana del mundo. Dentro de ella — haciendo más fuerte la continuidad de raza y de civilización — obraba esa genérica "latinidad" (que también incluía, prologalmente, el legado de Grecia), que era movida por un alma en la que brillaban la claridad de la razón, el sentimiento del derecho, del arte, del sacrificio y representaba una unidad étnica e histórica de vitalidad irrefutable.

Al lector contemporáneo, muy precavido en esta materia, puede sorprender la profusión con que Rodó — e igualmente todos los escritores de su tiempo — emplea el término de *raza*. En realidad, la palabra servía no sólo para designar eventuales conglomerados étnicos supranacionales sino cualquier núcleo de rasgos bio-psicológicos peculiares o de trayectoria histórica distinta. Funciona en puridad, como un simple elemento de especificación y muy lejos parece de toda pretensión de jerarquizar a los hombres en mejores y peores de modo fatal, originario y colectivo. Si, por otra parte, se analiza el contenido del concepto, se advierte que en él se imbrican *vínculos de la naturaleza y de la historia*, con cierta primacía para los últimos. Pues son *el abolengo histórico y la tradición*, fuentes de *energía insustituible*, los que dinamizan este *sentimiento de raza, de comunidad de origen, de casta*, que pudiera ser pasivo si los otros coligantes, provenientes de la acción humana, no lo actualizaran.

Podrá observarse que las formas exacerbadas del racismo — que entonces proliferaban aunque con menos publicidad que en el presente — se cohonestaban con ese empleo tan aceptado de un término tan perentorio como impreciso. Y aún hay que señalar que Rodó, como muchos iberoamericanos de su tiempo, fue

PROLOGO

muy consciente de una forma de racismo que en especial nos atañía; hay que señalar igualmente que nunca la mencionó sino para rechazarla. Porque tenían una vasta circulación las tesis de la decadencia racial que en el pensamiento nórdico — germánico anglosajón — promovió el apogeo del período imperialista. La irremediable decrepitud de los pueblos de color, o indígenas, o mestizos, o latinos (todo entraba en el mismo saco) era artículo de fe para los profetas de la expansión imperial norteamericana, inglesa o alemana del 70, 80, 90 ó 1900. Y había una larga línea de teóricos desde los mayores — Gobineau, Houston S. Chamberlain — hasta escuchados epígonos como Desmolins. Por el mimetismo intelectual previsible esas posturas eran también las de los doctrinarios de la modernización en Iberoamérica, desde Sarmiento y Alberdi para adelante. Aunque hay que decir que hacia 1913 la boga de tales ideas ya era claramente recesiva, es un síntoma de que no estaban muertas el que Rodó creyera necesario amonestar contra esa *desconfianza a lo nativo y heredado* que promulgaban esos juicios en los que se *juzgó herida de irremediable decadencia la capacidad* de los pueblos latinos.

Entre las naciones que convencionalmente se consideraba tales (pues tan enorme era el aporte germánico en ellas), la devoción de Rodó y sus esperanzas iberoamericanas iban hacia Francia y hacia España. Muchas distinciones se podrían hacer entre lo que le llevaba hacia una y otra y es evidente que su adhesión a lo francés es anterior y más sólida, más "intelectual" que su simpatía por lo español. Lo cierto es que muchos textos de su obra, nacidos de motivos circunstanciales traducen, ya una devoción filial, ya una encandilada admiración. De España habla sólo en "El Mira-

dor" como *la España niña* y sus calidades de rudeza y generosidad. Era una audaz inversión del lugar común, este convertir las admitidas flaccidez y senectud en germinación y potencia. (Por ese tiempo, también, realizó para América el mismo trastrueque: "pueblo niño" por "pueblo enfermo", a propósito de una impresionante agorería del boliviano Alcides Arguedas).

Sobre Francia hay dos textos en "El Mirador": "A Anatole France" y "Bienvenida". Al momento de la aparición del libro faltaba menos de un año para que el estallido de la guerra mundial le suscitara páginas aún más devotas que ambas. Y si se atiende que para los latinoamericanos del 900, París y su nación eran el meridiano de la cultura, la gran *patria de adopción*, la imagen de la suma felicidad, no resulta disonante el ditirambo a que se dejaría llevar Rodó cada vez que se refiriera a ellas. Prestándole ese hipotético "genio nacional" que con mucha desaprensión se maneja, acumulará sobre ella tantos dones como son la *inteligencia*, la *jovialidad*, la *vida*, la *fecundidad*, la *libertad*, el *entusiasmo*, la *benevolencia*. El lector de hoy puede llegar a la sorpresa (o al compadecimiento, o a la irritación) ante el cándido transporte de fe que levantó tal himno para los oídos de aquel Anatole France, sardónico mandarín literario de "la belle époque", con su displicencia fácil y su cortísimo poder de simpatía, que había venido a nuestras playas a embolsar sus buenos francos oro a costa de unos públicos de los que afirmaba que, para hablarles, *on doit se mettre à quatre pattes, et faire joutjou*.¹⁸

Para comprender tal aberración, hay que visualizar la situación de los americanistas del novecentismo.

¹⁸ Jean-Jacques Brousseau: "Itinéraire de Paris à Buenos-Ayres", París 1927, pág. 274.

PROLOGO

Marginales a la plenitud occidental, veían ante sí un repertorio de culturas y naciones a las que creían poder ceñir en unos trazos y condensar en unos pocos valores, por lo menos en todo lo que representara su proyección en el mundo. Tras ello, sobre ese repertorio de posibilidades, digitaban la soñada armonía americana; parecía posible una combinación de ingredientes para lograrla: tanto de lo español, tanto de lo francés, tanto de lo inglés. Y de lo griego, y de lo judeo-cristiano.

Esta inserción de elementos no se iba a practicar — claro está — sobre una tabla rasa. Ya la historia nos había dado una densidad, ya los cuatro siglos pasados nos habían modulado en lo latino, lo hispánico y lo galo. Y, grande o pequeña, acentuada o borbosa, el mundo latinoamericano y sus naciones habían esbozado una *personalidad*.

VI

Si hay un tema que en los planteos americanistas de Rodó — desde "Ariel" y aun desde antes — se reitera de manera obsesionante es éste de la *personalidad colectiva o nacional* en Latinoamérica. A estar sólo a "El Mirador", casi diez veces se le alude o desarrolla. Porque algo así como un valor supremo, incondicionado y fundante, constituía para él, esa posesión de una personalidad social *diferenciada y constante*, dotada de *sello propio*, fuerza asimiladora incrementada por *la tradición y un culto al pasado*, y susceptible de ser robustecido por una historiografía que aúne *los esfuerzos de la investigación erudita* con el calor del *sentimiento del pueblo*.

Enfrentado en "Rumbos nuevos" con lo que en "Ariel" llamó la "nordomanía", concluye Rodó que

no es posible la asimilación de los rasgos que peculiarizan a lo estadounidense, pero si todavía ello fuera *cosa que cabe en lo natural y en lo posible*, su tajante juicio le hacía verlo como el colmo de lo indeseable. Porque no había esa eventualidad sin descaracterizarse nuestros pueblos, sin *abdicación ilícita*, sin *mortal renunciamiento*.

Lo grave era que aun sin esa "nordomanía" el renunciamiento y la abdicación trabajaban en la entraña de las naciones del sur. No parece discutible que tras 1900 mucho más grave peligro que el prestigio del modelo norteamericano le resultaba *el aluvión invasor o cosmopolita, la civilización cosmopolita, el cosmopolitismo* genérico. La denuncia de esta fuerza se repite tantas veces como el encomio y la defensa de la personalidad colectiva puesto que siempre se dan juntos y contrapuntísticamente. Rodó califica — si bien de modo sumario — al cosmopolitismo y estos términos importan porque son casi el único medio con que se cuenta para establecer por qué razones, eran para él tan supremamente importante o la defensa, o la conquista, de esa "personalidad colectiva".

La cuestión posee considerable interés: esa asimilación entre la sociedad y el individuo en torno al valor de la "personalidad" es un lugar común del pensamiento histórico-político a partir del nacionalismo romántico, pero esa condición aparentemente "fundante" a que se aludió tiene que estar basada, a su vez, en determinados supuestos. Y esos supuestos, en un intelectual que no se expresa por reflejos o por instintos, han de resultar presumiblemente indagables.

En lo que a Rodó atañe, es casi seguro que en él actuaba el gusto característicamente liberal por lo vario y lo diverso; el mundo le hubiera parecido gris y

PROLOGO

horrible de imaginarlo poblado por una masa humana continua e indiferenciada. Esto también parece implicar que el valor de lo universal se le hacía más alto, más rico, si era el resultado del intercambio dialéctico de tensiones, del diálogo de las diferencias en vez de ser el simple reflejo de una sustancia única.

Todo lo anterior es deducción. Pero hay un pasaje en el que Rodó aventura que la personalidad nacional es condición de "originalidad", lo que resulta, de algún modo, que pertenecer a una comunidad con perfil es la única manera de ser auténtico, de no ser otro, de no existir, vicariamente, por los demás. Y todavía en su disgresión sobre los Estados Unidos se pueden rastrear dos nuevas razones: renunciar a la personalidad nacional significaría algo así como un suicidio colectivo, en tanto que la posesión plena de esa personalidad sería — entendiéndolo anterior "a contrario sensu" — la condición previa para el eficaz trámite de toda aculturación, de toda asimilación socio-cultural.

Muchos términos con que Rodó adjetiva al cosmopolitismo ratifican estas suposiciones. Pues le reprochaba *su vaguedad, ser improvisado, sin crisol, sin norte, implicar el abandono del pasado*. Puede pensarse, en cambio, que agrega nuevos trazos su tratarlo de *mercantil*, su identificarlo con *el materialismo del período cartaginés*, y el estilo *turbio, plebeyo, vulgar de sociedades fenicias* connotadas por una moral de *cinismo epicúreo, frivolidad sensual, engrandecimiento material y económico, utilitarismo, especulación* y desprecio por el *trabajo* cabal. Sociedades, todavía, divididas entre una burguesía *sin altivez, sin gusto, sentido patrio ni delicadeza moral* y una clase obrera formada por *elementos colectivos*, sin la solidaridad que *crea la nación*.

PROLOGO

Parec  claro que a través de todas estas expresiones Rodó identificaba la personalidad nacional con el ya tan recurrido plano de lo ideal, lo desinteresado y espiritual. Un plano, o una esfera que, siempre en su perspectiva, se unimismaban con los viejos sectores directivos cultos, de entonación romántico-patricia, y cada vez más jaqueados por la nueva burguesía ascendente y un más incipiente, pero ya amenazador, proletariado.

Si este esquema vale para la promoción de personalidades nacionales, no necesita tampoco modificaciones para fundamentar el latinoamericanismo de Rodó. Sin embargo, él distinguía netamente entre la patria, como entidad de raíz biológica y emocional — *amor a la tierra, poesía del recuerdo, esperanzas de inmortalidad, arrobamientos de gloria* — y la unidad latino o hispanoamericana. Fenómeno del orden prospectivo e ideal era ésta y por eso, mientras a la personalidad nacional no le parecía urgente darle un contenido concreto, inversamente pensaba en lo ata edero a Latinoamérica. Para “el destino del continente” era necesario ordenar la materia de la empresa común, el contorno del “telos” hacia el cual se movería armónicamente toda energía creadora. Puesto a enunciar estos puntos, Rodó es descontablemente parco  es necesario decir que poco más hay que el trasplante de la modernidad europeo-latina, aun agregándole un “plus” inédito de “originalidad” y un impreciso nimbo mesiánico? Digamos: democracia culta, educada, piedad social, desarrollo intelectual. Sólo una vez en este largo libro se hace más explícito y es para recoger una transitada idea del 800: la misión de América consistirá en realizar, en encarnar las ideas de Justicia y Libertad,

amenazadas en Europa y constreñidas por el peso de una tradición social que las es hostil.

Debe apuntarse que Rodó, en puridad, concebía el internacionalismo o el universalismo como lo estrictamente deseable — social y culturalmente — y es probable que haya pensado que el futuro, a largo plazo, estaba por ellos. Pero, al mismo tiempo, aquel instinto de patria, aureolado de modo tan persuasivo, le parecía indesarraigable. Hay que tener presente estos dos extremos puesto que el sentimiento de comunidad latinoamericana — y esto en dos explícitos pasajes — le resultaba la síntesis eficaz de ellos y permitía vencer al “nacionalismo estrecho” sin renegar del apego a la comarca, sublimando así lo negativo de una fuerte adhesión muy circunscrita y concretando lo nebuloso de otra demasiado amplia.

Pero no es un simple arbitrio lógico o pragmático. Rodó sentía religiosamente *la eterna unidad hispanoamericana, la patria grande, la magna patria indivisible*. Todo le parecía llevar a ella y por cuatro veces — lo que no es ciertamente poco — enumera a lo largo de “El Mirador” los coligantes de la unidad hispanoamericana. Y decía: *idioma, tradición, costumbres, origen, instituciones, intereses, contigüidad geográfica, destinos históricos, alma y genio propios, raza...* Importa señalar que mientras *la tradición* se mencionaba en las cuatro ocasiones y otros elementos — de algún modo sinónimos — dos o tres, *los intereses* sólo eran traídos a colación en una oportunidad.

Resultan así evidentes dos cosas. Una es que casi todos los enumerables pueden condensarse en un movimiento unitario de orden histórico, de contenido socio-cultural y del que la *raza* es enérgico aunque ambiguo símbolo, hable ya de *América española, de Hispano-*

américa o *Latinoamérica* o meramente *América*. Con la palabra última también se manejaba, como que sabía muy bien de lo que hablaba y lo que sus lectores entenderían por ella. Sólo en una ocasión se sintió llevado a precisar: *la nuestra*, la de *nuestra raza*. La advertencia, en puridad, era innecesaria. En 1913 la nitidez de las líneas de choque era demasiado grande como para que nadie se llamara a engaño. El estilo primitivo de la proyección de los Estados Unidos sobre los países del Sur, — prepotencia, atropello, desprecio, explotación despiadadas, — recién iniciaba su precario proceso de sustitución por el de la hipocresía; la trampa que para nuestra libertad y nuestros intereses representan las instituciones panamericanas de nuestros días se hallaba en conato; la “civilización occidental y cristiana” no estaba todavía en jaque y nuestras orondas burguesías de entonces, filiales de Europa, aun *sin sentido patrio*, no se sentían tan atemorizadas que estuvieran dispuestas a echarse en brazos del primero que les asegurara la supervivencia de su “status”.

Con esta reflexión necesaria se toca un punto que es capital en la significación de Rodó y cuya falta, sin embargo, se hace visible en el libro. El apóstol de la resistencia cultural a los Estados Unidos sólo se refiere aquí al asunto en “Rumbos nuevos”, haciéndolo a propósito de aquellas asimilaciones de sustancias entre pueblo y pueblo a las que juzgaba tanto imposibles como indeseables. Y agregaba que eso lo creía así por admirable que pudiera ser el modelo, que tal era justamente para él el de los Estados Unidos, tanto por su *grandeza extraordinaria* como *modelo real*, cuanto por *las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal*.

Es evidente que Rodó — y con él muchos antipe-
 rialistas de tiempo — barruntaba que la resistencia a
 lo yanki no podía afirmarse en el apego a las pautas
 de un tipo de “sociedad tradicional”, pobre, retórica,
 desarbolada, ineficiente, débil. Así lo hicieron notar
 hacia 1900 algunas contundentes demoliciones críticas
 de “Ariel” y el precedente juicio parecería abonar que
 su autor no había sido impermeable a ellas. Sin em-
 bargo, si bien se le mira, el breve elogio es una forma
 más del *aunque no les amo, les admito*. Una frase tan
 extraordinaria (permítase esta breve digresión) por
 su larga fama como por expresar mejor que ninguna
 otra el llamado “colonialismo mental” de las élites la-
 tinoamericanas, al admitir, aun sea como mera posibi-
 lidad, el “amor” — entrega, identificación, dualidad
 vencida — a otra entidad supraindividual que no sea
 la propia comunidad (y, por ampliación, las análogas
 a ella en pasado y destino.)

Si al juicio anterior se agrega que sólo en una opor-
 tunidad (y eso para referirlo a una afirmación de su
 interlocutor el dominicano García Godoy) aludía Rodó
 a la fortificación de *la conciencia de un pueblo para
 resistir a las amenazas de absorción a que dé aparentes
 facilidades la debilidad material* y si se recuerda aún
 la ya referida solitaria mención a los *intereses* que nos
 identifican, una conclusión, bastante desusada, se hace
 posible. Es la de que Rodó, si no era ciego, era sí rela-
 tivamente átono a las faces más brutales, visibles, acu-
 ciantes del imperialismo y la presencia norteamerica-
 na en Latinoamérica.

En la página dedicada a la poesía de Frugoni men-
 taba Rodó crípticamente a las pasiones colectivas que
 en 1902 no tocaban al vate, pero sí a él. ¿Tenía en vista,
 acaso, la agresión a Colombia, seguida de la escisión

de Panamá, ocurrida ese año? Lo cierto es que todavía, en un borrador de 1909 —el ya dicho nonato discurso sobre Brasil— el pasaje en que se juzga el fenómeno imperialista lleva a pensar que Rodó se atenia mucho más a las formas clásicas del imperialismo militar europeo, que a las nuevas formas que el ascenso del capitalismo monopolista le estaba imprimiendo en todo el mundo y, especialmente en América.¹⁹

Todo lo anterior tiene importancia si se reflexiona en el papel decisivo que los estudiosos norteamericanos de Latinoamérica le asignan a Rodó en la promoción del sentimiento antinorteamericano en el continente. Incapaces de concebir, en su ingenuo narcisismo, que ese sentimiento pueda originarse en los hechos mismos, presentan una irresistible proclividad a atribuir al "Ariel" y a su autor la paternidad de esta corriente y es penoso ver caer en desenfoque tal a escritores de la sagacidad de un Kalman Silvert²⁰ y otros de parecida categoría.

19 También cabría opinar que la mención a tales formas tenía especial sentido si era en Brasil que había de realizarse, puesto que esta fue la nación latinoamericana que practicó, más que ninguna otra, un expansionismo militar y territorial de módulos europeos. El texto, simplificado las variantes, es el que sigue: "Si por imperialismo entendemos un ideal de hegemonía y expansión fundadas en la superioridad de la fuerza material y de la fuerza económica, con desconsideración de todo obstáculo de moralidad o de derecho, que no se traduzca en una resistencia materialmente insuperable para el poder de las armas o el poder de la riqueza — y ésta y no otra es la esencia de los imperialismos — yo creo que ningún espíritu genuinamente americano, lealmente americano, puede ver en una aspiración semejante otra cosa que una quimera insana — no tanto por prematura en pueblos que aún necesitan poblarse y caracterizarse — cuanto por monstruosamente contraria a todas las finalidades y todas las tendencias que la naturaleza y la historia tienen preñada al espíritu de América" (José Enrique Etcheverry: "Un discurso de Rodó sobre el Brasil", pág. 43).

20 Kalman H. Silvert: "La sociedad problema", Buenos Aires, 1962, págs. 148 y ss.

PROLOGO

Pero antes de cerrar esta reflexión, hay todavía un punto que vale la pena mear. De la lectura de los pasajes antecitados, parece surgir que la entidad de lo latinoamericano se hacía presente en Rodó por vía historicista y "asociacionista": tantas convergencias, prolijamente revisadas, determinarían la unidad y la proyección de ella hacia lo porvenir. En "Montalvo" sufre este planteo un sorpresivo vuelco. Allí se sostiene que *la integridad de la conciencia americana que comprende el sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestro destino* es la que determina el sentimiento correlativo de la cabal grandeza de nuestro pasado. Sin destino, sin misión, sin futuro, todos los coligantes se desmigajarían sobre la mesa de la crítica. Es un matiz que acerca grandemente a Rodó al tipo de militancia por "la patria grande" que es característica de toda conciencia honesta en el continente de nuestros días.

VII

Buen ambiente han tenido, salvo excepciones, las ideas políticas de Rodó, esas ideas que tuvieron su formulación más orgánica, más madura, en ciertos y famosos pasajes de "Ariel". Eran los que expedían la concepción de una *democracia* moderada por el culto y el respeto de las *superioridades legítimas*.

Obsérvese, con todo, que no eran las fórmulas lo difícil y las de Rodó, como siempre, resultaron lo suficientemente airosas. Lo que entonces y hoy parece trabajoso es visualizar, concretar que régimen político-social se perfila tras ellas, salvo, naturalmente, la improbable eventualidad de que las masas llevaran cantidades masivas de sabios, pensadores, contemplativos y exquisitos estetas a los cargos electivos.

Al olfato entrenado en la historia de las ideas políticas (y más aún que en ellas en las implicaciones de ciertos lemas y pareceres) no le cuesta demasiado sorprender hasta qué punto se vinculan las concepciones de Rodó con la línea del doctrinarismo liberal de principios del XIX. Este caudal ideológico que ya había tenido su influencia en el enmarañado pensamiento de Echeverría sufrió posteriormente distintas remodelaciones: ninguna de ellas, sin embargo, la desdibujó al punto de hacer imposible su detección un siglo más tarde.

Consistían esas ideas en aceptar la legitimidad de la soberanía popular y aun el previsible empuje de apetitos — que se supuso ella vehicularía — contra el bastión de las desigualdades, los privilegios y las jerarquías tradicionales. Sólo entonces comenzaba lo realmente importante. Y lo importante era concebir las vallas, los medios, las contenciones capaces de salvar *las idealidades inmanentes, los fueros del espíritu y las legítimas superioridades*. (Que se pensaban, o por lo menos se decían, distinguibles de aquéllas y merecedoras de la supervivencia.) Esas vallas y contenciones: una miriada de instituciones intermediarias entre la masa y el Estado — de alguna manera un sistema de compuertas para domar la corriente, de parachoques para el impacto; o constituciones rígidas al amparo de mayorías ocasionales; o cuerpos no electivos dotados de funciones importantes; o normas socio-culturales (hasta la “razón” ofició en ello) que otros que los ungidos por el sufragio universal interpretarían: todos estos arbitrios y algunos más convergían hacia ese designio único. Un designio con el que se entendía salvar los valores de la Tradición, la Calidad, la Jerarquía, la Selección, la Cultura, la Disidencia, la Liber-

tad y las minorías de la marea popular. Y que esta "marea" se concebía como hostil a todas ellas tanto como incapaz de suscitarlos, a su vez, en su propio desenvolvimiento es un supuesto que muy pocos defensores de tales postulados hubieran repudiado.

Reducido a un puro esquema, este caudal de ideas — más interesante de lo que ha solido pensarse — poco significaría si se soslaya que él representaba la solución de la clase burguesa acomodada, que había capitaneado la gran Revolución, pero ya se encontraba en situación de precaverse de las presiones de la pequeña burguesía y del creciente proletariado. Y no es demasiado imprevisible que a esa clase burguesa se agregaran más adelante sectores intelectuales desilusionados de los mirajes del progreso y de la vulgaridad multitudinaria. Esto en Europa, y en América las clases doctorales urbanas que participaban en alguna medida de los dos estratos sociales.

Casi sin excepción, se filia el variado repertorio de juicios de orden político que este libro contiene en la básica fidelidad a esa línea ideológica. Esto es: una postura liberal individualista, de matiz conservador que fue — casi sin variantes — la del Rodó de todas las edades.

Porque alíniase: el horror a los apocalipsis revolucionarios, del tipo de los suscitados por los escitas de 1792 y su terror. Su aprensión ante la impura hez que deja al descubierto la resaca de las revoluciones. El repudio a toda suscitación violenta y engañadora de la multitud, la previsión de que el ejercicio de la fuerza mayoritaria sea, en esas condiciones, torpe, cruel, impositivo o anárquicamente desordenado: la saña de la demagogia, la demagogia turbulenta, anárquica, la tiranía de los muchos, la más brutal de todas

que tiene terreno fértil en *las democracias semialdeanas, mal educadas y enfermizas* y su momento mejor en los períodos de remoción violenta durante los cuales *la exacerbada insolencia de la plebe (...) recela el más legítimo uso del poder en el mismo a quien ha tentado, o tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía.*

Agréguese todavía: el ya referido gusto liberal por la variedad social contra la monotonía de toda uniformidad; el sueño de una estabilidad social que permitiría el desinterés y el sueño del arte ("La prensa de Montevideo"); la convicción indesarraigable en los poderes de promoción histórica de un individualismo heroico, por el imperio de esos *iluminados de la acción* cuya ambición se justifica por la magnitud y la altura de la propia tarea que se fijan. Y súmese todavía: la admiración devota a ciertas experiencias nacionales — ante todo la de Inglaterra, la de Chile también, *viril, austera* — que certifican las excelencias del sentido colectivo de continuidad, las virtudes de un ritmo de vida tan distante de la inmovilidad como del desasosiego, signando unos *impulsos de reforma, que modelan el porvenir con el respeto del pasado, en su persistente unidad característica.*

Todo ello involucra el valor mismo de la tradición, en cuyo prestigio confiaba para suscitar una *nobleza* que fuera custodia de *las idealidades* y una actitud ante el pasado que — según lo afirmó en "Rumbos nuevos" — distaba tanto de la negación como del tomarlo *como fin y morada* al modo de que lo hacían los partidos conservadores latinoamericanos.

Deben recordarse también los valores supremos que para él constituían el "telos" de la vida social: *libertad, justicia, orden; justicia, fortaleza, gloria*, en dos fórmu-

las que armonizan ~~sublime~~ la sensibilidad humana ~~democrática~~ y la ~~axiología~~ política tradicional, las metas personales y las transpersonales que a la existencia de una comunidad pueden serle fijadas.

Sobrenada, empero, de todo esto, hasta representar el meollo de la fe política de Rodó, la prevención de las terapéuticas que permitan salvar el orden de lo ideal y lo desinteresado de *la democracia igualitaria* y *el advenimiento burgués*, dos términos que durante el período confiado y ascensional de la clase poseedora de Occidente, le parecían casi inescindibles. Todo lo demás — y en ese resto cualquier fervor democrático de impulso igualitario — es marginal a ese cuidado aunque, en justicia, no se puede afirmar sin más ni más que él le fuera indiferente ni, menos, hostil. Lo que cabe decir es que ese proceso igualitario le resultaba asegurado por el propio curso de los acontecimientos y él, él mismo, no se sentía llamado a precipitarlo. Le preocupaban, en cambio, las amenazas a *su* concepción de la libertad, a *su* concepción de la cultura, a *su* noción de lo aristocrático, a *su* idea de lo selecto que aquel curso, imperturbable, triunfal, le parecía representar. En este punto, hay que decir que Rodó, que no era ni un pensador político ni un planificador institucional, fue menos preciso que sus antepasados doctrinarios; que se limitó, sin pensar en arbitrios, a la acuñación de fórmulas capaces de expresar sus convicciones y, sobre todo, sus cavilaciones.

Fueron fórmulas que aunaron, debidamente dosificado, lo que le parecía provenir de los distintos extremos de la rosa de los vientos de las ideas. Tal vez le esperaba que el mero ensalmo de sus rótulos optimistas representara positiva fuerza histórica de instauración o — tal vez — que lo armonizable en el pen-

samiento (o en las palabras) se armonizara también en los hechos. Así reclamó *la democracia culta no reñida* (...) *con el orden y la selección*, su versión en *formas orgánicas y cultas*, el régimen político capaz de equidistar de la *demagogia turbulenta* y de la *oligarquía reaccionaria*. Si desde la vertiente democrática, igualitaria, masificadora, actuaba el impulso, todo se reducía — aunque no era problema menudo — a erigir una fuerza *de moderación y de cultura*. En cuanto a los eventuales arbitrios que pudieran representarla, no parece dudoso que — a la altura de “El Mirador” — su confianza no fuera muy grande en el régimen representativo para asegurar *cierta selección de capacidad y decoro*. En cuanto a la otra pieza maestra de la democracia liberal, que son los partidos políticos, posee un claro regusto de desesperanza su consigna de que a *esas organizaciones colectivas, no pudiendo pensar en suprimirlas, aspiremos, en lo posible, a educarlas*.

Porque los partidos no eran por sí — ni aun temerariamente institucionalizados — *esa fuerza de moderación y de cultura*. Por el contrario: en “Rumbos nuevos” dice poco pero decisivo sobre su *falaz unidad*, la empobrecedora uniformidad de su disciplina, el contacto a que obligan *con lo bajo, con lo torpe, con lo servil*, la grosería que imprime el esfuerzo por hacer inteligible sus postulados *para los más*. Al lenguaje político, como inevitable instrumento de comunicación y movilización en sociedades tan sometidas a factores anticulturales como las nuestras, se refirió en más de una ocasión: destacó en él su vaguedad, su elusiva abstracción, su agostador poder de simplificación y empobrecimiento.

Quedaba la prensa, es cierto, y puede decirse, tal vez, que, como la conoció en su tiempo, puso sus es-

PROLOGO

peranzas menos pálidas en ella como elemento moderador y jerárquico. En la tradición liberal del Río de la Plata la exaltó como *fuerza reflexiva, culta, caballeresca, impersonal y serena*, capaz de ser intermediaria libre, desembarazada, entre gobernantes y gobernados, consejera no uncida al yugo de ninguna prepotencia ni ninguna demagogia. Así la prensa de su tiempo, compuesta de diarios de opinión, relativamente libre de presiones financieras y otras servidumbres, dirigida una pequeña clase media educada le resultaba apta para recibir encomios que ya ni a los cuerpos representativos ni a los partidos políticos se sentía en situación de tributar.

De todo este modo, Rodó expidió en "El Mirador" sus pareceres políticos y su última postura liberal y culturalista de una limitación de la dialéctica implícita en el dinamismo mayoritario. Resulta evidente, a esta altura, que su emisión de fórmulas optimistas y conciliatorias se desdice de la conciencia de contradicciones no fáciles de superar, dificultad agravada por la presumible incapacidad de Rodó para concebir distintas formas institucionales para el impulso popular y democrático de aquellas que su tiempo conocía y que tan intocables parecían.

Decir que le preocupó el destino de valores indudablemente positivos es justo. No lo sería tanto, en cambio, callar que un *estrabismo* histórico pesimista le hizo ver en el ascenso multitudinario la amenaza perenne para esos valores y jamás la eventualidad de que ese ascenso pudiera suscitarlos en un contexto menos limitado, más efusivo. Por otra parte — y como es calculable — su noción de un coronamiento de la jerarquía social, *el sentimiento de la autoridad vinculada a las legítimas aristocracias del espíritu* oculta, bajo la oque-

PROLOGO

dad de su sombra, el acatamiento a una estratificación social más ostentosa, menos útil, más decorativa que cualquiera otra, imaginable o conocida. Pues no es evitable la reflexión de que, al fin y al cabo, las aristocracias tradicionales — guerreras, señoriales, económicas, políticas — eran responsables de la marcha de cada sociedad y estaban expuestas a todas las contingencias del éxito y la derrota. De esta resbaladiza aristocracia de “clerics”, de espirituales ¿qué decir, en cambio? Porque seguramente no pensaba Rodó en los tecnócratas, que no conoció ni en los sabios de Renán, llamados a gobernar el mundo por el terror y tremenda premonición de nuestros días. Por muchas vueltas que se le dé a la expresión sólo se deshoja entre las manos la flor lujosa del “sueño”, de la contemplación, de la inanidad exquisita.

No es tal vez tan seguro como el análisis marxista lo supone, que una concepción sustancialista y trascendente de lo espiritual sea *absolutamente* inseparable de una rígida estratificación clasista; hay, con todo, que conceder que la proclividad a corresponderse de esta manera es *casi* incoercible. Pero un idealismo objetivo del tipo del platónico se corresponde con un claro esquema social; en cambio, este orbe de lo ideal y lo desinteresado que es el de Rodó se conlleva bien con esta vaga “aristocracia del espíritu”. Una aristocracia del espíritu que, si se trata de concretar, no es la de un clero, guardián de lo trascendental, ni una im-poluta casta de metafísicos o científicos ni — es obvio — esas élites funcionales — políticas, técnicas, económicas, militares — que una sociedad produce y requiere. Por eso se llega a pensar que tras la nebulosidad del lema nada se oculta como no sea una expresión

PROLOGO

igualmente airosa y sinonímica y esta suposición no es la única vez que el pensamiento de Rodó la suscitó.

VIII

Habitual es que un conglomerado de ideas políticas como el precedente se acompañe — o se cohoneste — con una actitud social clasista y aun rígidamente clasista. No ocurre así, sin embargo, en el caso de Rodó, por lo menos en todo lo que tiene que ver con la participación de las gentes en los bienes del mundo. Como se verá después, contribuía a ello la ambigüedad de su inserción social pero tampoco era ajena a tal apertura la devoción que, como intelectual pagaba a valores universales — en este caso el de la justicia — y los postulados que este homenaje imponía.

El informe sobre el proyecto de ley de las ocho horas (“Del trabajo obrero en el Uruguay”) ha sido justamente destacado por su solidez, su amplitud y su equilibrio. Un indicio, también, del potencial hombre de estado que en Rodó, tal vez, las circunstancias frustraron.

Se dijo: su equilibrio. Porque esto es lo que resalta más en él, el acostumbrado elegante vaivén de una concesión a la concesión contraria, neutralizándose ambas, a menudo, y en otras ocasiones delimitando un tan angosto sendero entre ellas que sólo en puntas de pie puede transitarse.

Sobran los ejemplos de este movimiento. Por un lado, la afirmación nítida de un claro humanismo social, de una confesa simpatía por los derechos obreros al trabajo, al ocio, al disfrute de los bienes del mundo. Y también la aceptación del carácter irreal, puramente formalista de la presunta “igualdad” entre patrono y

obrero en el contrato de trabajo. Y la admisión de la intervención del Estado en la regulación de esas materias pues no le parecía de confiar la existencia de un promedio empresario *clarividente* (en lo intelectual) ni *superior* (en lo moral), lo que se agravaba todavía por el hecho de que quien poseyera tan inusitadas virtudes patronales se encontraría en inferioridad de condiciones frente a los que careciesen de ellas. Más aún: mientras resulta obvio su pleno reconocimiento del sindicalismo — en “legitimidad” y en “necesidad” —, parece clara su antipatía al “hombre de empresa”, al predatorio animal que, en el caso de los Crocker de Reyes, le lleva al dictamen de su *perfecta y (...) antipática mediocridad*. Espécimen particular de aquel burgués *acorazado de fariseísmo* sobre el cual, como ya se ha recordado, dijo cosas más explícitas que sobre ninguna otra clase social. Que en esto debían tener su parte reacciones personales casi viscerales es evidente, pero el idealismo ariélico no le cegó lo bastante como para cerrarle a una simpatía no demasiado previsible por nuestro incipiente desarrollo industrial, al que adecuadamente vinculó *en gran parte el porvenir* de pueblos como el uruguayo. Y aún tenía reservas para barruntar que la famosa “libertad de trabajo”, tan invocada por los estereotipos reaccionarios, podía ser una franquía y un derecho muy distinto en una ordenación social menos inhumana que la de su tiempo. Porque sí, vuelto al pasado y a la entraña americana, había sido capaz de escribir páginas lacerantes sobre el indio andino y su servidumbre, su aquí y su entonces le llevaba a los labios la protesta que expidió tan sobriamente en su mensaje a Barret y a su afirmación de que *ni socialista ni anarquista* eran fuertes en él *el descontento, la inadaptación, la protesta contra la in-*

justicia, la brutalidad, la hipocresía, la vulgaridad de aquel advenimiento burgués al que creyó asistir.

No; no puede acusarse a Rodó de haber sido ciego u omiso ante el fabuloso descenso moral y cultural que significó el impacto del capitalismo en las sociedades tradicionales.

Pero, y es necesario atenderlo: si había simpatía al industrialismo, esa simpatía parece haberse dirigido en buena proporción a ese *capital industrial* distante de *sustraerse con pusilanimidad y sordidez al movimiento de la vida*. Y si decía que no era ni socialista ni anarquista decía la verdad y aun si se agrupan sus juicios no es difícil coleccionar todos los consabidos lugares comunes de la burguesía de su tiempo respecto a los movimientos obreros y a sus móviles. Allí están el ser movidos por *el resentimiento (la pasión lívida y astrosa)*, el actuar por la seducción y el engaño (*la sugestión falaz de los agitadores*) el tomar sus decisiones aconsejados por *el simplismo* y el *dogmatismo*, el representar la mayor amenaza (*sombra fatídica*) que pesa sobre el mundo contemporáneo, tan expuesto a ser *inficionado del espíritu del socialismo igualitario*.

Pero aún es posible opinar que algo más intelectualmente grave que este *esquematismo* está implicado en la suposición rodoniana de que los *conflictos* entre el capital y el trabajo *no son rasgos privativos de una sociedad* pues pertenecen *al fondo permanente (...)* de la *historia humana*. O todavía más en la apodictica afirmación de que regularmente — atiéndase bien que así se implica — el *Poder público (...)* se levanta *por encima de las disensiones de clases*.

Leído menudamente el texto de tan elogiado informe se hace posible ver con qué variedad de límites, con qué digitación de atenuaciones se llega a la conce-

sión general de la justicia de las reivindicaciones laborales. Cómo se subraya, por ejemplo, el peso de los criterios utilitarios y globales de la salud y el rendimiento del obrero, conceptuándosele (se estaría tentado de decir: cosificándosele) como un capital que hay que cuidar. Cómo se muestra la tendencia a atenuar los puntos más oscuros al sostenerse que no existía aquí competencia que compeliere a la explotación inhumana del obrero, que no era entre nosotros su vida tan precaria, que eran igualmente excepcionales las jornadas de trabajo excesivamente dilatadas; cómo aún recurría a perífrasis para aludirlos (*tareas no siempre livianas...*).

En realidad y más en junto, Rodó parece haber concedido confianza (si bien con presencia estatal) a tipos temperamentos éticos y humanitarios. Así hacía de la cuestión laboral un asunto de solidaridad y simpatía moral las que — pensaba Rodó — eran bastantes para justificar la intervención limitativa del Estado, bendita aparentemente por todos si se atendía a que los mismos conservadores la patrocinaban e, incluso, *el ilustre Quintana* argentino podía prohijarla.

Todo impulso emocional, en suma, estaba vigilado y toda la concesión central se hallaba cautelada de reservas. Advertencias contra el "sentimentalismo" no faltan, ni contra la explotación demagógica de "la cuestión social", ni insinuaciones sobre la posible ajenidad de América a los problemas laborales ni la presunción de que la misma escasa densidad del capital y del trabajo facilitaría las soluciones.

Pero aun este reflexivo planteo laboral se ilumina mejor si se le sitúa correctamente contra el trasfondo liberal, antiestatista, competitivo de las ideas sociales de Rodó. De un Rodó nunca fuera de la noción tradi-

cional de un estimable ascenso del obrero, pero del obrero que "sale" — como individuo — de su clase, nunca de la clase entera misma moviéndose globalmente hacia otra posición menos subordinada dentro de la sociedad. Por eso, supremamente importante le parecía — y supremamente nocivo su represión por vía del igualitarismo — esa eventualidad de ascenso personal del obrero, un movimiento para el que le bastaba que existiera *la posibilidad*, sin importarle demasiado lo poco frecuente que, en concreto, pudiera ser. En suma: que aquí la excepción le resultaba decisiva, mucho más decisiva que en el caso de las larguísimas jornadas de trabajo. El "quid" de esto tal vez se halle en que, individualista liberal, a Rodó le costaba mucho más aceptar el derecho del Estado que el derecho del individuo: no es inesperado que en el informe opine que para fijar límites a las libertades individuales debía demostrarse sólidamente su necesidad y tener plena certidumbre de ellos.

Y es que contra aquellos *sofismas de la falsa igualdad* rubricados por la autoridad estatal, Rodó sentía la inclinación liberal irreprimible por la competencia y el esfuerzo libre de mejoramiento, pese a que su lucidez le dijera que ese impulso era habitualmente exitoso sólo en aquellos ya bonificados con alguna sustancial y previa ventaja.

Con las mismas reticencias contempla Rodó la ampliación de las funciones del Estado: sólo le parecía justificable cuando la acción privada es *débil* o *inconducente* o cuando, en sociedades nuevas, esa misma rareza y debilidad impone la presencia de una fuerza que sea *la férula y el magisterio*. Por lo menos en el Uruguay de 1903 y en materias laborales, esto era lo que le ocurría a la acción del Estado ante el vacío de un

sindicalismo prácticamente inexistente y cuya promoción manifestó desear. Y dígase todavía que el acento paternalista de esta consideración no está muy escondido, pero esto no es un simple trazo de su postura personal ya que caracteriza profusamente toda la política laboral de aquel tiempo.

IX

Obran en "El Mirador de Próspero" varias piezas de tema histórico-biográfico de índole latinoamericana y rioplatense. Además que su "Bolívar", sobre el que existe cierto consenso en considerar uno de sus textos capitales — al tiempo que la clave maestra de su trunca teoría del "heroísmo americano" — están el artículo y el discurso consagrados a Juan Carlos Gómez, la oración sobre Rivera ("Perfil de caudillo"), el prólogo sobre Garibaldi, la pequeña conferencia sobre la prensa de Montevideo, la página dedicada a Tucumán y las reflexiones históricas generales que pueden extraerse de "La tradición cultural argentina" y "Juan María Gutiérrez y su época".

Esa abundancia de textos hace interesante rastrear qué concepción del pasado continental o regional late tras ellos y qué conexiones, qué contactos — de existir — mantiene esa concepción con otras articulaciones esenciales del pensamiento de Rodó.

Desde ya — dígase — no sería aventurado afirmar que tal concepción involucra, bajo la pulcra envoltura verbal, las ideas más generales, más aceptadas de la época. Sin embargo, aun así, vale la pena fijar esa imagen. Porque ninguna ha fluido y ha variado con tanta persistencia como la noción de nuestro pasado lo ha hecho.

Rápidamente resumido: el proceso de la independencia latinoamericana representó un conflicto racial e ideológico de los criollos contra España y de los nuevos prestigios doctrinarios emanados de la Revolución Francesa contra el conglomerado de ideas — más tácito que expreso — del Absolutismo. Sobre todo, la influencia de los sucesos de 1789, que el posterior pensamiento histórico ha tendido a minimizar en cuanto factor desencadenante, era, al parecer, para Rodó artículo de fe. Fue así, bajo el amor genérico a “la Libertad”, el quiebre de *la noche colonial*, la ruptura del *silencio colonial*, el despertar del hipnótico *sueño colonial*, la explosión de energías de *las diez* o *las cien generaciones* (Rodó calculaba hiperbólicamente) *sujetas al yugo*, hundidas en *el letargo secular*. Triunfante el impulso liberador, unánime fue la aspiración por constituir nuevas naciones independientes, *liberales, cultas, integradas, ricas*, sujetas al poder civil. Bajo el modelo inexcusable de una Europa promotora y maestra, tuvieron el apoyo de la *libre Inglaterra, ilustre madrina de óleos*. Pero ello no bastó. Tampoco bastó la acción de los grupos civilizadores, tampoco duraron episodios brillantes, veranillos de un tiempo cruento, como el de Rivadavia, durante los cuales nuestras sociedades se movieron bajo la triple acción de *la inteligencia, la austeridad y el sentimiento cívico* hacia una democracia *orgánica, liberal y culta*. En esta *niñez*, en este *arranque de la libertad* auroral se desató el oleaje letal de *las guerras civiles* y el mismo impulso liberador sufrió de imprevistas quitas: no alcanzó siquiera a *rosar al indio* en su secular abyección. Incluso, tan límpidos ensayos de promoción como el recién nombrado de Rivadavia adolecieron de limi-

taciones que Rodó a su vez recortaba a lo ambiental y a lo político: limitaciones *de ciudad y de partido*.

Resulta, de cualquier manera, que los lastres decisivos se hubieran originado no tanto por contradicciones internas del impulso civilizador como por la fuerza de su antagonista bárbaro (este esquema se mantiene sustancialmente en él). Porque sólo para la servidumbre o la anarquía preparaban *la educación colonial y la semibarbarie del desierto*. El problema "del día siguiente" acumuló a un rol agobiante de imprevistos, el *carácter heredado*, las adversidades de la geografía, las modalidades de la educación y las costumbres, las parquedades de la base económica; se conjugaron *desierta, barbarie, servidumbre, apocamiento de aldea, cultura tenuísima*. En su "Montalvo" explanó Rodó las fuerzas dominantes en el Ecuador del 70: latifundio, militares, núcleos de resistencia clerical, *república nominal*, clase dirigente *dividida, escasa*, envarada de presunción *hidalguesca*. Enumeraba, así, en pureza, los invariantes de una América, sobre todo la andina, que permanecía intocada desde la Colonia; más discutible es que él lo viera de ese modo por más que nosotros podamos hacerlo.

Moviéndose en este contorno, no parece evitable que el impulso civilizador — o modernizador — al encuentro con tantas resistencias, se frustrase temporalmente. No le resultaban inexplicables regresiones como la del rosismo: *tiranía, crueldad ganadera, y atroz ferocidad, tradición colonial, barbarie* arrastrada por el aliento *de la Pampa*. Con todo, el pabellón de *la democracia culta* no fue definitivamente abatido: *patricios y gentilhombres* se mostraron capaces de arrostrar la demagogia desatada, grupos civiles y letrados fundaron una tradición de abnegación y de coraje, la prensa desafió

PROLOGO

todas las contingencias. *La Civilización y la Libertad* continuaron iluminando los corazones. Ciertamente es que en esta lucha algunas cosas quedaron por el camino: a veces la misma entidad carnal de las patrias, fue abandonada en el ruedo de las pugnas, y aquí hay que observar que Rodó en este punto no llegaba al fallo, pues tanto se identificaba con los románticos antirrosistas que no diferenciaron *patria* de *libertad* como distingue — en el balance de la desaparición de García Moreno — entre *la causa de la libertad* y la de *la civilización, el orden y la formación de la patria*.

Hasta ahora no sería aventurado sostener que las ideas históricas de Rodó no se apartaban un punto de la media. La media, claro está, de su tiempo y de su ambiente, la de la burguesía liberal-doctoral del 900. Sin embargo, su condición de uruguayo y su estrato intelectual y social implicaba — y esto no es sólo referible a su caso — una gruesísima contradicción. Esta contradicción, como es obvio, se llamaba Artigas, la Patria Vieja, el período federal uruguayo, el propio caudillo fundador de su partido, Fructuoso Rivera.

Carlos María Ramírez, Bauzá, Acevedo y sus discípulos también se toparon con ella y con sus personeros. La historia de sus arbitrios no cabe aquí: sólo los de Rodó pueden ocuparnos.

Su concepción de “las dos revoluciones” que expuso en “Bolívar” representa, sustancialmente, su tentativa por salvar aquella contradicción o, por lo menos, atenuarla. La idea, claro está, no era totalmente original, pero Rodó le prestó esa literal “vistosidad” que hasta a los lugares comunes sabía darle. Y decía: hubo una revolución ciudadana, de una parte, movida por ideas liberales y civilizadoras aunque, como se vio, sujeta a las limitaciones de la ciudad y del partido. También,

lo que era grave, a la más onerosa restricción que representaban las propensiones "oligárquicas" de las "aristocracias" urbanas. De cualquier manera, fue esta revolución una *revolución de ideas*, determinada por la madurez del *desenvolvimiento propio*, enquistada hacia el goce de la *libertad practicable dentro de instituciones regulares*, capaz de promover y hacer realidad la idea de la patria como institución política.

Por el otro extremo, el *levantamiento de los campos*, fue una *rebelión de instintos*, extraña a toda aspiración de patria constituida y toda noción de derechos políticos.

Ideas de una parte, *instintos* de la otra surgieron, coexistieron y chocaron, sigue Rodó, con visible renuencia a la búsqueda eventual de un común denominador entre ellos y aún más a percibir bajo las ideas y los instintos, pasiones o intereses que aquéllas o éstos son factibles de enmascarar. Desatendido también — ¿por qué no? — a ver si tras *los instintos* no se expedía, al modo extrarracional, una concepción vital y social de posible validez o, por lo menos, digna de ese respeto, de ese reconocimiento que se debe a *lo que es* y puede ser vertido en formas ideológicas no mucho menos pulcras que sus antagonistas.

En otro pasaje afirmó Rodó que el levantamiento paisano *añadió a la epopeya revolucionaria la original y ruda poesía del heroísmo bárbaro*, lo que, al fin y al cabo, sólo sería una añadidura estética y dejaría toda validez significativa monopolizada por la revolución de las ciudades. Sobre este bastidor epicista y no comprometido, bordó Rodó buena parte de sus incidentales encomios al gaucho, al caudillo y a la monotonera, *originalidad heroica* de la guerra americana. El caudillo, sin embargo, le reclamaba más, si se pien-

sa que entre ellos se encontraba Artigas; fue entonces que se sintió exigido a darle (aunque sin extenderlo a otros de su especie que de tal calidad pudieran participar) el significado sustancial de haber encarnado la *democracia de los campos* contra las tendencias monárquicas y oligárquicas invisceradas en la *revolución de ideas* de ese dechado de ciudad latinoamericana que representó Buenos Aires.

Con esto — por lo menos para lo que se mueve en la esfera del presente libro — termina por borrar Rodó la original dicotomía de *las ideas y los instintos* y por tener que reconocer otra democracia que la de las ideas. Si esa democracia se actualizaría en un radio más ancho de beneficiarios no resulta claro en estos planteos, si se observa que en toda la fruición estética que el gaucho podía provocarle se advierte poco, o nada, que *el gaucho* fuera para él *el pueblo*, la multitud campesina que en verdad era, por lo menos en aquel tiempo.

Es posible pensar que, ahondando esta importante variación, todo su dualismo de las revoluciones se le hubiera invalidado y esto es más decisivo que el tener que sacar a Artigas de su adscripción al levantamiento de los campos, que hacer de él uno de esos americanos, al modo de Bolívar y de Martí, en los que lo abismal y lo espiritual, lo telúrico y lo universal se aunaban armoniosamente. En cambio, siguiendo sus inclinaciones, y como era habitual cuando la contradicción resultaba demasiado estridente, salió Rodó del paso afirmando que aquellas dos modalidades revolucionarias que el caudillo y las oligarquías civiles encarnaban no eran *antinómicas e inconciliables*.

Mérito, con todo, representa para Rodó este discutible desarrollo, pese a sus oscilaciones y aun al he-

cho de que su condición de oriental y el compromiso del artiguismo le empujaban de cierto modo a él. Sin embargo, si se rastrea qué límites, qué esfera de ejercicio tiene esta concepción del caudillo como encuadrador de la multitud paisana, elegido por *más bravo, más fuerte, más hábil, áspero fermento popular* capaz de contrastar *las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades*; si se rastrea todo ello, repetimos, se advierte que esa validez no excede mucho la capacidad de cohonestar su convencida exaltación de Rivera, el fundador de su partido, *monarca electivo, incoercible demagogo, juez-libertador y caballero-protector*.

Aunque Rodó no trazó, después del de Rivera ningún otro "perfil de caudillo"; sí, como se verá casi enseguida, eludió al otro eventual perfilable, parece evidente que el poder de su justificación del caudillismo se derrumbaba después casi verticalmente. Y llegaba a ser los caudillos postreros (léase Saravia y supuesto un cuadro de condiciones radicalmente trastocado) *fuerza de regresión y de desorden, congregante de la cita bárbara de los montoneros para la revuelta, de las pasiones para la devastación. Eran las leyendas ya mustias y descoloridas de la guerra civil*, según las calificaba en 1903 y que volverían a encontrar, al año siguiente, subidos, inusitados colores.

Con esto, el juicio de Rodó, más allá de concesiones necesarias, lograba su posición-descanso y su prospecto doctoral, urbano, idealista, intelectual, reencontraba su natural acorde. Con esto, también, como con el elogio ya referido, equilibrado y eficaz, de Fructuoso Rivera, se está en el Rodó apologista partidario.

Discretamente se vierte esta corriente en "El Mirador", armado, sin duda, para un círculo de lectores

PROLOGO

que podía ser totalmente ajeno a las pasiones políticas autóctonas. Y en lo que se recoge, matizados, ecuanimes son casi siempre los juicios, tanto en sí mismos como si se les compara con la virulenta historiografía — panfletaria en sustancia — que proliferaba en su época, la de los Pereda, Sosa, Torterolo y otros. No es eludible tampoco observar (aunque el registro en que podía moverse no era demasiado amplio) que de su tradición partidaria eligió los asuntos menos controvertidos (o que lo parecían tales). Es el caso del incontestable atractivo humano — no la sinuosa línea política — de Fructuoso Rivera, el del interés universal de la figura de Garibaldi, el de la paradójica entereza, hecha de pasividad y de heroica paciencia de Joaquín Suárez. Es, en cambio, muy de notar, la total ausencia de mención a la etapa más vituperable de la historia de su colectividad política: ni una palabra sobre 1865, por ejemplo, ni sobre la dictadura de Flores, de la que salió, al fin y al cabo, mediante la confabulación internacional y el apoyo de las bayonetas extranjeras, la hegemonía de su partido por largas décadas. Puede registrarse todavía que si al exaltar a José Pedro Ramírez se refirió Rodó a su autoría de *la histórica proclama del general Flores*, calla la condición de ministro de su gobierno al recordar al Dr. Carlos de Castro en su muerte, y aunque en un manifiesto político de 1900 mencionara las inverificables *sublevaciones populares* de la Cruzada Libertadora, notorio resulta al anhelo de eludir toda conclusión en el embarazado prólogo que destinó a una obra juvenil de Juan O'Leary sobre la masacre paraguaya. Es más que transparente de este deseo su controvertible aserto de que el crimen de la Triple Alianza *es uno de los hechos más complejos de la historia americana* (pro-

bablemente es uno de los más claros) y su argüir — si bien tímido, vergonzante — del propósito de liberación, sincero en algunos — no, ciertamente, en todas — de las voluntades que prepararon la Alianza.

Es cierto, empero, que puede causar un sentimiento cercano a la estupefacción la admiración de Rodó por la figura de Juan Carlos Gómez, de significación tan ambigua, de autenticidad tan discutible, de acción tan últimamente negativa, de tan faccioso estilo. Su devoción por aquel presunto *incomprendido*, por aquel que *no tuvo culpas*, resultaría inesperada si se tomara al pie de la letra su afirmación de ser enemigo de las *teatralidades de la acción* y de la *libertad vociferante y callejera*. Pero hay que atender a su filiación política, a su inmersión emocional en los sectores de la burguesía doctoral, a los estereotipos mentales de su época, a su remanente, tenaz romanticismo. Si todo eso se toma en cuenta no sorprende que Gómez, tan encomiado por hombres de la altura de Martí y Zorrilla de San Martín, pudiera merecerlo el enternecido rendimiento que le mereció.

X

En el comentario de sus ideas, se ha hecho en este prólogo — y esto repetidas veces — alusión a su clase social y a las determinaciones que ella le habría impuesto. El tema merece aclaración. Rodó no pertenecía a *casa antigua y rica*, como lo afirmó el Dr. Barbagelata, dando luego pie a los desenfoques de Luis Alberto Sánchez en su fértil y dudoso “Balance y liquidación del Novecientos”. Más bien, si se quiere reinterpretar en función de su situación el cuerpo de posiciones precedente, hay que comenzar por adscribirlo a una clase

media tradicional y comerciante, "burguesía" al fin, pero ciertamente ajena a una verdadera raigambre patricia y a una sustancial opulencia, rasgo este último con que él que es posible tuvo mucho que ver la temprana muerte del padre catalán (a los quince años del escritor), dejando tras sí una familia relativamente numerosa. En esto, donde hay que dejar a Rodó es en esa clase media oscilante entre los impulsos de justicia y el temor al descaecimiento social en su rencor al despiadado poder económico y su anhelo de una firme jerarquía social que la distinga claramente de "los de abajo".

Pero este encuadre sería demasiado esquemático si no se agregara que, intelectual de vocación, periodista, escritor, Rodó también tendería a identificarse (desde el lado materno, su tío Piñeyro parece haber tenido peso en ello) a ese sector doctoral o llanamente culto de la burguesía montevideana que años antes había formado el conglomerado "principista". Era el grupo que había soportado (por sí o como colaborador) la mayor parte de la responsabilidad en la gerencia de los intereses públicos desde 1865, había conocido el estrepitoso fracaso del 75, había recobrado una parte sustancial del poder político en 1886, imponiendo, por fin, su sello y estilo, bajo la dirección de los restos del patriciado colorado, a la presidencia de Julio Herrera y Obes.

Siempre la situación del intelectual en la sociedad tiende a ser ambigua pero en el Uruguay finisecular el repertorio posible de alianzas y solidaridades no era demasiado amplio para él; Rodó siguió en su destino el sendero más previsible. Debe, con todo, tenerse en cuenta que en el país de entonces actuaban varias

fuerzas y era probablemente la más considerable esa nueva burguesía ciudadana y agraria que — con la modernización del poder, el desarrollo pecuario, el robustecimiento de los vínculos con el sistema imperial inglés, el aporte humano extranjero, — marca su ascenso a la dirección política durante las presidencias de Idiarte Borda y de Cuestas. Por otra parte, los sectores inmigratorios de índole más humilde y radicación más nueva daban un sello cada vez mayor a la baja clase media y a la incipiente clase obrera. Entre las dos presiones, los herederos del viejo patriciado doctoral no hallarían espacio muy considerable para moverse si se tiene especialmente en cuenta las necesidades de una sociedad como la de entonces. Además, un nuevo estilo político-social inaugurarían estas fuerzas: la acción de los grupos de presión, un ejercicio que todavía no se atrevía a decir su nombre pero ya conocían bien “el alto comercio” y la propiedad territorial; los partidos multitudinarios (en la relativa validez que el término podía tener) con organización estable y dirección personal fueron, tras la última guerra civil, otra de las caras de esa distinta realidad.

El apacible diálogo tendido sobre las líneas partidarias, la “tolerancia” sin límites, la independencia casi total del dirigente, los frecuentes acuerdos entre “personalidades”, las oligarquías rectoras de tipo igualitario definirían un modo cívico cada vez más remanente, más amenazado. No hay en “El Mirador” páginas de atinencia directa a su carrera política pero, como ya se insinuó, los juicios de Rodó sobre los partidos mucho tienen que ver con su inadaptación a los nuevos procedimientos, a ese estilo de acción política disciplinada e imperativa que el nombre de Batlle cubrió en el país por dos décadas y media.

Pero aún más graves debieron parecerle a Rodó las transformaciones culturales que el ascenso de una burguesía económica y el paralelo de la pequeña burguesía y el proletariado inmigratorio le imprimieron al Uruguay. En esta aprensión, en esta ajenidad a lo vigente hay que situar las ya aludidas protestas contra *lo cartaginés, lo fenicio, lo cosmopolita y lo coleccionista*, las ya subrayadas cautelas ante el sector trabajador, el ya recogido y contundente juicio sobre la nueva burguesía reinante.

Es, sobre todo, en base a estos rechazos, aun no siendo él, formalmente, "un doctor", que el destino personal de Rodó tuvo que embarcarse en el de ese sector culto y tradicional que constituía la flor de la burguesía urbana. Cabe suponer que la relativa disfuncionalidad de ese grupo respecto a lo que el Uruguay necesitaba, tiene mucho que ver con su afirmación de un orden de lo "ideal" y lo "desinteresado" tan larvadamente estético, decorativo como ya se argumentó. Mucho tiene que ver, también, con sus pretensiones a una estratificación social que respetase las *aristocracias del espíritu*, cumbre excelsa de las coleccionistas, *legítimas superioridades* a las que todos habían de prestar acatamiento.

Y aquí llegados, se plantea la pregunta decisiva: intelectual cabal ¿qué destino, qué función podía pensar Rodó que, como tal, en su medio le correspondía y su medio hacía posible?

Hay numerosos pasajes de "El Mirador" que hacen menta de una actividad a la que ningún reclamo social parecía promover. Porque no es dichoso el destino de *la llama del ideal en sociedades embrionarias e inestables*. No es cómoda la flexión del espíritu en la sociedad urgida y "fenicia". No es airosa la condición

del hombre de letras en medios en los que triunfa el prestigio menguado y la medianía insolente. Posee un largo abolengo — comienza probablemente con una célebre carta de Sor Juana Inés de la Cruz — pero tiene también un desgarrado acento personal, la página del "Montalvo" en la que subrayó Rodó la inescapable soledad del escritor latinoamericano. Tan *inadaptado e incomprendido* en 1900 como en 1850, con una producción que *no responde entre nosotros, a una necesidad espiritual de la mayoría, ni siquiera de una clase poco numerosa pero de arraigada cultura*, sometido en sus estratos inferiores a miserables condiciones de trabajo, el sector intelectual creador poco más podía (puede) hacer que "lanzar botellas al mar", esperar de ese público virtual, *incógnito e incognoscible* cuyo juicio eventual a la vez le exaltaba y preocupaba. Lo *vulgar y mezquino* — tal vez lo insignificante también — de *la brega por la notoriedad* se le hacía así más notorio.

Del escritor del período colonial dijo que para él *era mudo y sin alma lo pasado, ajena la realidad actual a todo estímulo de pasión e interés, cerrado (. . .) el horizonte del porvenir*. Que aquel enclaustrado en la particularidad pudiera ser además de su antepasado *son semblable, son frère* debe haber asomado más de una vez, por lo menos como conato, en la conciencia de Rodó. Siempre que se transfieran, claro está, las fuerzas del enclaustramiento, de la particularidad del "intus" al "extra", del radio de alcance del escritor mismo a aquel que la sociedad le prescribe.

Lo cierto es que en aquel *medio mal asentado*, en esta *civilización desigual*, acuciado por *la incomprensión y el desasosiego*, sólo parecía quedar un camino posible: el del desarraigo físico, el de la fuga corpo-

PROLOGO

ral y no sólo imaginaria, esa fuga hacia la que Parí, patria de todos, espoleaba. Y en verdad que la correspondencia del Rodó de los últimos años pulsó bastante esta cuerda del *judío errante*, de la *bola de billar en la mesa de mármol*, de la *salamandra escurridiza de la leyenda* rodando y cambiando, en movimiento incesante y placentero, sobre la variada, brillante piel del mundo.

Víctima de un "status" social que promovía una cultura de importación, de consumo y reflejo, él mismo, después de participar en la devoción a "las naciones rectoras", aspiraba a ratificar con su deserción el magno desequilibrio, la misma frontal descalificación de una cultura creadora, nacida de la asumida circunstancia.

En vísperas de la primera guerra mundial, en aquel otoño espléndido de una época, en aquella hora de la *jouissance et la consommation générale*, en una próspera pequeña república sudamericana, el intelectual más notorio, el escritor mayor se sentía, así, literalmente, sin misión y sin destino. En aquella edad de *monótona prosa*, desde ningún rincón del horizonte parecía barruntarse ninguna empresa histórica con esloro capaz de darle un sentido a la tarea intelectual, ninguna tarea colectiva que no fuese menor o frustránea. Es desgarradora — si se va a sus entrelíneas — la página prologal a la revista juvenil en la que Rodó reconoce que, en condiciones de esta índole, el amor a *las cosas bellas*, a *las cosas raras* tenía que refugiarse en la inanidad de una bohemia pringosa, resentida, tristonza, plagiaria. Tal vez había sido Martí el último gran escritor iberoamericano que había gozado de la plenitud de integrar su destino en una gran causa, en una misión redentora que, por poco que se analice,

desbordaba grandemente las fronteras concretas de su patria a libertar.

De cualquier manera, él marcaba el camino o, más bien, su último hito. Porque lejos o cerca, en el exilio o en la radicación americana, en *espíritu* o en el *hecho*, sólo fueron grandes los que han *desenvuelto un pensamiento americano*. Rodó podía pensar más: sólo han existido como "hombres de espíritu" en América.

Hay que partir de esta conciencia si se quiere entender tres modalidades — dos muy notorias, otra muchísimo menos — de la actitud de Rodó.

En ocasiones, para comenzar, éste parece haber intuído la posibilidad de una inscripción social mucho más auténtica, más radical de la que tuvo habitualmente. Desembarazado en esos momentos de las pretensiones ya utópicas a una eminencia colectiva de la "intelligentsia" doctoral tradicional, llega entonces, aunque muy fugazmente, a una noción bastante clara de su situación en una colectividad de tensiones. La evolución social del continente estaba haciendo de aquella "intelligentsia" una cosa decorativa y superflua; su heredero, el intelectual incalificado, no cumplía función alguna valedera; la cultura se recibía hecha desde las metrópolis para el consumo de un sector relativamente pequeño; los estereotipos del optimismo liberal-burgués cubrían la dominación de los sectores del dinero y su inestable transacción con las fuerzas políticas y sociales de una clase media vigorosa pero últimamente bloqueada en su desarrollo. En esas ocasiones oteó la miseria de ciertos ambientes mesocráticos, apreció las condiciones de vida del proletariado intelectual. Entonces afirmó que *el escritor es, genéricamente, un obrero; y el periodista es el obrero de todos los días: es el jornalero del pensa-*

miento. Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad, o de igualdad aristocrática, ese título será el de obrero. Esta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero es, por definición, "el hombre que trabaja", es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero debe eliminarse o ser eliminado de la mesa del mundo. Entonces, también (1909), sostuvo que ningún lazo más estrecho puede unir a los hombres que la solidaridad de los intereses profesionales. Los vínculos de partido, de doctrina de secta y, alguna vez, hasta esos mismos sagrados vínculos de familia y de patria, suelen ser lazos falaces, que disimulan hondas disimilitudes y antipatías; pero el lazo de la profesión es entrañable, porque traduce, no únicamente la comunidad del interés material, que es ya fuerte por sí sola, sino también esa comunidad de costumbres, de disposiciones, de afectos, que determina la participación en un mismo género de trabajo, vale decir, en un mismo género de vida.

Por entonces, todo quedó en estas afirmaciones mondas y lirondas. Eran demasiadas las contradicciones que yacían dentro del propio Rodó y demasiado débiles las que operaban todavía en la sociedad rioplatense, para que otra alternativa hubiera podido concretarse. Todo quedará hasta su muerte en ese creciente desajuste y ese creciente asco que terminó sintiendo ante el Uruguay reinante y vigente, dos reacciones que sus textos públicos velan pudorosamente pero que en su correspondencia se vertía sin cortapisas.

De seguro que no se entiende bien la pasión contenida que empapa la prédica iberoamericanista de Rodó si no se tiene en cuenta esta asfixia que la "Inteligencia gentil" del 900 llegó a experimentar en sus respectivos ambientes. Porque la observación vale no sólo para Rodó sino para otros americanistas y posteriores "maestros de juventud". En puridad, América, — su promoción, su futuro, su unidad, su grandeza — debe haber resultado la única "causa" vacante, el único medio de respirar sobre tan estrecho cerco de constricciones, el único espacio no ocupado. La tarea de suscitar *un alma hispanoamericana* debió parecer la única no maculada de prosaísmo político o adquisitivo. La única, además, que habilitaba la constelación de poderes, ya por suficientemente vaga, ya por enderezarse ante una fuerza que no representaba todavía para las clases dominantes el puntal y el dechado que después representaría. Podrá argüirse que esta misma franquía estaba diciendo de la gratuidad y última intrascendencia de tal americanismo, aun de su precariedad. Pero era el único ensalmo que el intelectual del 900 podía invocar, el único en que se sentía el continuador de un gran proyecto histórico, el único con el que se parecía llegar, a lo largo de *la ancha y triste América*, a algunos pocos núcleos de hombres precoces y sufrientes pero reales.

En esta misma línea hay que situar el optimismo de Rodó. Ese optimismo que se ha calificado de "medicinal" porque a menudo parece una simple triaca contra la angustia, surgido, paradójicamente, de la conciencia de la sinrazón de toda esperanza. Aunque a este optimismo posiblemente no se le entiende bien si no se ve el equívoco que contiene. Y es que, por un lado, rinde con él tributo Rodó a aquella majestuosa co-

riente de ascensión sobre la que la mentalidad liberal y romántica creía llegar incólume hasta la plenitud de los tiempos. Es por ese lado que se pronuncia en él, la fe en la fuerza de las ideas y en el sentido moral de los pueblos y se dan tan peregrinas notas de candidez como su auténtica exaltación ante el gesto brasileño que tradujeron los acuerdos internacionales de 1909.

Despojado de toda esta hojarasca, el optimismo valeroso de Rodó todavía permanece entero. Es una suerte de videncia en lo que nada insinúa, una plenificación interior de lo que por ningún lado aparece. Supo advertirla en sus grandes arquetipos humanos, en Bolívar, en Montalvo. Y también le sostuvo esa espera desesperada en la unidad política latinoamericana, en esa grandeza de nuestro mundo que advenía y que poco importaba que en su hora pareciera tan prematura y utópica como un siglo antes. Pero todo lo que aun entonces y hoy se dilata más allá del horizonte visible era firme evidencia para Rodó, era realidad triunfal e ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la intuición profética de la mirada que llegó hasta él.

En pasajes como éste, u otros semejantes, la actitud de Rodó se despega de ese plano básicamente ordinario y pueril que es el "optimismo" y sube a convertirse en esas virtudes superiores que se llaman Esperanza y Fe.

XI

Considerable parte de los textos de "El Mirador" atañen a la crítica y la teorización literaria o, buena mente, las rondan. Si se hace el distinguo entre las dos direcciones, hay que decir que salvo unas pocas

páginas — del tipo de “La gesta de la forma” — el resto tiene siempre su apoyo en un autor u obra dadas. Sin embargo, aun en ese núcleo, la teorización es mucho más que implícita, dado que, consecuente con un rasgo de su carácter, Rodó siempre tendía a generalizar, a enunciar así — y repetidamente — sus ideas sobre el arte y la poesía.

Si es que ellas se quieren exponer, hay que comenzar diciendo que en este punto parece haber sido siempre fiel a una concepción dualista, dicotómica de la obra de arte. A esa concepción que arranca de las dos ilustres tradiciones representadas por las categorías aristotélicas de “forma” y “materia” y por la cosmología hebreo-cristiana con su noción de una fuerza ordenadora del caos originario.

Sin embargo, cuando esta concepción se hace la de Rodó, no es sólo en forma simple, sino doble, que lo realiza, puesto que tanto abarca los que hoy llamamos “estratos” de la obra de arte como, genéticamente, el movimiento creador que culmina en la obra hecha. Por un lado, entonces, la poesía se da como el marriage entre *la forma — pura, escogida, plena, exquisita, con sus juegos y sus músicas —* y un cierto movimiento que se contempla diversa, pero en el fondo unitariamente, ya como un *arranque*, ya como una expansión, ya como una fluencia. La primera de las tres modalidades es la que más se reitera, al concebírsela como una capacidad de despegue, de verticalidad, según la cual el “estado poético”, la fertilidad inspirada se hace una suerte de levitación sobre todo lo utilitario, lo prosaico, lo cotidiano. Imágenes del tipo de *la elevación ideal, el vuelo lírico, el arranque hace arriba*, se enfeudan plenamente a ella. El contenido expresivo entendido como expansión y crecimiento se da, corre-

PROLOGO

lativamente, en lemas como *gran alma, verbo ferviente, exaltación del sentimiento, aliento, unción, fantasía férvida, energía, fuerza*. Por último, la nota, ya no tan plenamente distinguible, de fluencia o de abundancia, se expide, sin embargo, en la mención a *la vena clásica* y aun en la más empleada *inspiración*.

Podrá observarse que varios de estos términos importan la oscilación entre una perspectiva genética y una perspectiva operocéntrica, pero el margen de imprecisión es fácilmente despejable si se tiene en cuenta la gran cantidad de matices con que Rodó fijó aquí su pensamiento. En lo referente a la poesía, su materia consistía para él en todo lo que la concepción expresivista del Romanticismo había puesto en ella: esto es, *las palabras humedecidas por el alma, las confesiones del sentimiento individual, el sentido de lo vago, lo soñado y lo íntimo, el mundo de las cosas aéreas y flotantes o el de las sentidas, ingenuas, íntimas*. Más confusa permanece la cuestión, radical y decisiva, de si lo poético representa una sustancia específica o un modo de acometimiento, ordenación y transfiguración, de toda realidad: si por un extremo hablaba Rodó de un *fondo poético* (noción ya arcaica en su tiempo), no disipa, por el otro, el equívoco su noción de la poesía como *irradiación de todas las facetas del espíritu, capaz de poseer para cada determinación del sentimiento, manifestaciones peculiares de vida y hermosura*.

En otras cuestiones que aún más hondamente dividen el juicio literario, Rodó todavía prefería las posturas a que le llevaba su indesarraigable temple ecléctico, armonista, integrador. ¿Formalista? ¿Contenidista? Difícilmente se le podría calificar de lo primero y cuando en un pasaje del "Montalvo" encarece la ex-

perencia del estrato verbal como un valor en sí (*Tenia, por amor de lo bello...*), es obvio que se está concediendo una excepción a su actitud regular e íntima. Y en verdad que sus orígenes románticos — nunca borrados, apenas debilitados — le llevaban a poner énfasis en lo que él mismo con cautela y duda, *por sujeción a los términos consagrados*, llamaba el fondo. Pero si ese era el elemento expresivo y comunicativo esencial, también es cierto que toda la vertiente esteticista de su gusto, todo lo que en su formación había sedimentado el prestigio parnasiano y el auge modernista le movieron con fuerza al hincapié de la forma.

Ahora bien: esta "forma" raro es el pasaje en que se la ve como la conclusión, el remate, ya insustituible, del proceso de objetivación. Por lo contrario, como más a menudo se la juzga y exalta es como una especie de instancia posterior y autónoma, una tarea en la que la voluntad de comunicación, concreta, precisa, poco tuviera que ver y todo se volviese un proceso de coronamiento, o lima, o *esculpido del cincel estatuario* para el que fuesen sólo imprescindibles *la habilidad, el artificio, el arreglo, la virtud viril del trabajo*. Todo este momento representa el tema de esos "fortísimos" en los que Rodó exaltara *la gesta de la forma y la poesía que hay en los afanes de esa lucha hermosa y viril que empeña con el material rebelde el espíritu enamorado de la perfección*.

Con todo, no es descartable que Rodó (en algunos textos últimos y ya en su prólogo a Frugoni) fue de alguna manera consciente de la importancia del elemento rítmico en la poesía. Difícil, sin embargo, que haya llegado a una noción cabal de toda su trascendencia como elemento organizador del "corpus" poético, intermediario entre el plano de las significaciones

PROLOGO

y la envoltura verbal y actor primerísimo de esa *sugestión* que tanto reclamaba el gusto de su tiempo.

Si escasamente se menta el ritmo menos aún se apela a la imagen como vehículo o cauce natural por el que llega a la forma el mando de la intuición eidética. Cuando Rodó se refiere — y esto sólo por dos veces — a *la imagen sobre la idea* o a *la verdad encarnada en cada imagen de las cosas* más parece situarse en la tradición hegeliana — y referirse implícitamente a la noción general de la forma — que detenerse en lo que la imagen, como concreto elemento literario significa.

La última expresión citada ha sido extraída de un juicio sobre el "Facundo" y esto sirve para recordar que no todo es poesía, por lo menos en el sentido canónico de la palabra. En lo que tiene que ver con la prosa narrativa, Rodó no se alejó nunca mucho de la concepción imitativa, de luenga antigüedad y que el realismo y el naturalismo habían revitalizado. Sobre esta línea de larga — y aún invencible — duración tampoco se peculiariza mucho Rodó — aunque las planteas de modo convincente — con sus dos exigencias de que escenas, situaciones y personajes del plano de *la representación* poseyeran, tanto la capacidad de alusión, de extensividad, de comprensividad que definen lo *típico*, como el poder de concreción e inmediatez de lo irreductiblemente *individual*. Bajo estos dos requisitos, la entretela todavía lo constituye lo imitativo y ello se hace obvio, no sólo al verse que Rodó aún creía en "lo descriptivo" sino, y más, en la fórmula (de la historia, pero aplicable a la obra de imaginación) que preceptuaba *reproducción de formas y colores y palpitación de entrañas vivas*.

Para todas las modalidades literarias, de su situación histórica en la corriente americana del modernis-

mo y en la circunstancia de ser tributaria ésta de las dos europeas que constituyeron el parnasianismo y el simbolismo, le venía a Rodó una doble exigencia frente a la tan encomiada "forma". Porque repetidamente reclamó *la musicalidad y la plasticidad*.

Por un lado, es de inocultable filiación parnasiana y sólo es comprensible dentro de esta incontinuable experiencia poética, aquella obsesión suya ya mencionada por el *cinzel y lo estatuario*, por *las artes del dibujo y la perfección plástica*, por *la arquitectura y el color*. La multiplicación de estos términos dan un claro sabor de época a muchas de sus páginas críticas. Del simbolismo provenían en cambio sus no menos reclamadas calidades (tan imprecisas, tan "comparativas") de *musicalidad*, de *melodía*, su deleite al encontrar el *don de melodía natural*, *la espiritualidad melódica*. Es obvio, con todo, que Rodó sabía que la palabra del arte no puede pretender a todos estos valores al mismo tiempo y que ellos, diversamente, actuaban a modo de teclado sobre el que podía pulsar el empeño expresivo. Así se infiere, de modo bastante seguro, cuando, situándose en la empresa modernista, decía estar entre aquellos que deseaban devolverle *a la prosa castellana color, resalte y melodía*, pretendían *henchirla de sangre y encordarla de nervios*.

XII

Fue desde esta concepción de poesía y literatura y aun desde la más arriba apuntada de las funciones del arte y la belleza, que Rodó juzgó en particular obras y autores. Y aun lo puramente enunciativo o descriptivo se le hizo, como es frecuente y hasta inevitable, enfoque axiológico.

Ocurre, sin embargo, por una parte, que todos los supuestos que aquéllas contenían las hacían más laxas y ecléticas de lo que suelen serlo; por otra, el mismo ideal de crítica que Rodó profesaba le haría abrir aún más el ángulo de sus evaluaciones.

Rodó, como ya se dijo, no integró a los materiales de "El Mirador", pese a haberlo planeado, las "Notas sobre crítica" de la "Revista Nacional". Advirtió, probablemente, que muchos pasajes de otros ensayos sostenían, en lo sustancial, idénticos pareceres. Porque son similares en éstos y en aquéllas la concepción de la crítica como capacidad de *identificación* (o "empatía", o "sinfonismo") con las obras — de *admira*ción, de *simpatía*, de *solidaridad*, de *curiosidad*, habló — condición de esa comprensión desde dentro que el crítico debía poseer, de ese poder que alguna vez distinguió de *la falsa amplitud nacida de la incertidumbre escéptica o la palidez de alma*. Esencial le parecía ella para llegar al respeto de lo que la obra es y del temperamento que la promovió, enérgico rechazo del normativismo explícito que se comprende mejor si se recuerda qué cerca quedaba éste de las espaldas del Novecientos.

Pero la actitud crítica de Rodó no se redondea de modo suficiente sin ese reclamo que vuelve por su obra de manera obsesiva y que es el de *la amplitud*, sin esa ambición de *vencer todas las limitaciones eventuales e imaginables*. Representa, al fin y al cabo, una versión más del ideal ético del proteísmo y hace especialmente arduo comprender cómo no ha de conducir fatalmente al destibramiento valorativo, a esa *incertidumbre escéptica y palidez de alma* que tan creíbles le parecían.

Todo esto no sabría fundamentar en forma cabal — como no lo hace casi nunca para ningún crítico — la variedad de las apreciaciones rodonianas de “El Mirador”. Porque ellas son, en verdad, muy diversas, tanto las que convencionalmente se suelen llamar “estéticas” como las que, de modo también convencional, se rotulan como “extraestéticas”.

Entre las primeras, dejando de lado las tan previsible de “sinceridad” y “originalidad”, tiene su interés la que se halla implícita en la expresión *conjunto orgánico y viviente*, expidiendo una apreciación siempre esencial de animación, totalidad e insularidad. Referencia al valor funcional se hace en otro lugar, si bien Rodó cubra su empleo en el concepto spenceriano de *economía dinámica*.

Mucho más abundantes son las consideraciones de tipo “extraestético”, sobre todo en sus desarrollos sobre el romanticismo hispanoamericano y esa abundancia prueba fehacientemente la tensión entre una simpatía incoercible por el período y los dictados de su conciencia crítica. A ella conduce, por ejemplo, la valoración de una obra por su *intención*, o por su contenido histórico y testimonial, o por la personalidad de quien la creó, o por lo fecunda que fue; según lo tradujera el ser imitada, completada, continuada. Más difusas, por más íntimas y contextuales, pero, de alguna manera, también en la misma dirección, se pueden colocar varias apreciaciones de Rodó que resultan dictadas por motivos de piedad, de sugestión, de veneración infantil o adolescente, de intrincamiento en su propia formación.

Como ya era tan frecuente en su tiempo, ocurría en Rodó que la estimación — positiva o negativa — del

PROLOGO

medio que entorna a una obra se reflejase sobre el juicio de la obra misma, no faltando tampoco el proceso inverso, tanto, o más, peligroso. El "sociologismo" es una tendencia muy marcada de la crítica de Rodó. ¿Podía ocurrir de otro modo en quien recibió tan fuertemente el sello de Taine? Aunque, como es natural, es más en la dilucidación que en la evaluación que el sociologismo opera, y esto, también, ocurre en Rodó. Bien claro es el caso que marca su idea del *residuo genial*, ese "quid" inefable que sólo se precisa después de despejarse todas las determinaciones ambientales. Más ambiciosamente sociologista es, fuera de la crítica literaria, su concepción de las relaciones entre "el genio" y "la ocasión" y aún lo es más — casi un reduccionismo radical — su condicionamiento a circunstancias histórico-sociales de ciertos torcedores permanentes de la vida espiritual. Eso es lo que representa su aseveración de que la angustia romántica o el pesimismo "fin de siècle" se hallaban, en buena parte, privados de sentido, en un ambiente que *no daba de sí, en tierras prometidas al porvenir, rebosantes de vida y energía*. Afirmada la premisa mayor, es evidente que ella era demasiado radical para Rodó y que trataría de atenuarla. Así lo intentó, apelando a *un fondo humano que los hacía* (a esos tornasoles de espíritu) *capaces de trascender adondequiera que se sintiese y meditase sobre el misterio de las cosas y sobre los problemas de nuestro destino*.

Tampoco posee en Rodó validez exclusivamente literaria una perspectiva que no resulta desenfocado llamar "dialéctica", si es que se entiende este tipo de pensamiento en un nivel relativamente modesto. Tiene que ver con la inclinación, tan adentrada en él, a ver el aspecto positivo de todos los fenómenos y a consi-

liar eso que de bueno poseyeran en el plano — naturalmente más alto — en que la conciliación fuera posible. Así, en un enfoque más que nada prospectivo, vio Rodó aquellos elementos con que el naturalismo podía contrarrestar las deficiencias del romanticismo hispanoamericano. De su integración sintética en el interior de la literatura en que él mismo producía pudo, tal vez, dar fe y hasta abonar sus resultados. Similar imbricación con su historia intelectual posee la distinción que, en forma harto más explícita, realizó entre el “viejo” y el “nuevo” idealismo. Como lo precisó en una de las páginas más recordadas de “Rumbos nuevos”, el último se le aparecía como la reencarnación del primero tras haber pasado el fuego — y el enriquecimiento — de la antítesis positivista.

Según ya se adelantaba, con todo este repertorio de principios y normas — también con la inevitable consecuencia que va de la teorización al juicio concreto — Rodó, como cualquier otro crítico, pudo equivocarse o acertar mucho. Más de una vez (el de Emir Rodríguez Monegal entre ellos) se ha realizado el balance de los aciertos y errores críticos de Rodó. Para circunscribirnos a “El Mirador”, se pueden considerar hoy justos los dictámenes sobre Galdós, sobre Jiménez, la reflexión lateral sobre Tolstoy, las omisiones observadas a Ugarte, el juicio sobre García Calderón y la general discriminación — escasamente revisable — con que apreció, respetando y a la vez poniendo en su lugar, a los románticos rioplatenses. Justas, igualmente, y casi siempre agudas, fueron sus caracterizaciones de movimientos y estilos y sus pareceres sobre lo positivo o negativo de su significación en América, ya fueran ellos elasicismo o romanticismo, naturalismo o modernismo.

PROLOGO

Ligeramente exageradas pueden resultar hoy las alabanzas a Montalvo que el ensayo epónimo contiene (aunque muchas de ellas estén hábilmente matizadas) y más que discutible el elogio a los personajes de "La raza de Caín", no en lo de ser interesantes sino en su verdad real; digamos: en su no dependencia a una tesis de la cual serían portavoces puntuales.

Más que exageradas, desmesurados y hasta insostenibles parecen hoy otras opiniones de Rodó. Porque pertenece al orden de lo arcano, a estar a sus conatos éditos, el que Juan Carlos Gómez pudiera haber sido un gran escritor. Al de lo fallido, pronosticar un gran futuro poético al prologado vate de 1902, al de lo erróneo, haber visto en alguien que no fuera Sánchez la fundación de un teatro nacional. Son más generalmente gustos de época, de aquellos que puede exigirse a un crítico verdaderamente agudo que no pague tributo, su devoción a Daudet (*aunque no para las plegarias grandes*) y más aún la adoración que al parecer profesaba a Anatole France y a la cual ya se ha hecho referencia. Y pertenecen, en cambio, a la fuerza de una tradición asumida desde la adolescencia, los encomios, que al sego de todas las reservas, se le escapan de algunos románticos europeos o hispanoamericanos. Le ocurrió con el Byron más perecible, con Ricardo Gutiérrez, con Andrade y su insuperable *vuela lírico*, con la *inmortal revelación* de José Zorrilla.

Tales desmesuras contrastan con ciertas cegueras al valor que Rodó sufrió, si bien es verdad que no existe crítico que no las haya tenido y Marcel Proust pudiera dejar un sabroso inédito sobre aquel Sainte Beuve que tanto el uruguayo admiraba y que, elogiando a muchas nulidades de su tiempo pasó casi sin verlos junto a Stendhal, Balzac y Baudelaire, los tres

PROLOGO

grandes que con él coexistieron. En el caso de Rodó pueden señalarse varias pero tal vez ninguna más grave que aquella en que incurrió con la poesía gauchesca (*el canto plebeyo*, como él la llamaba) y su expresión suprema del "Martín Fierro". Que era *sabrosa relación afeada por el modo de decir del hombre de campo*, fruto de una *preocupaciónseudorrealista* es todo lo que creyó tener que manifestar de este poema que al juicio más lúcido es una de las dos o tres obras cimeras de nuestra lengua, ejemplo soberano de épica popular, nutrida con la más honda savia arquetípica, trascendida expresión de la derelicción y el desarraigo humanos. la saga impar del drama de los pueblos del ancho mundo marginal y de su aplastamiento bajo el curso de la modernización europea.

XIII

Pero se dirá: hay que entrar en este mundo de sugerencias y de problemas que "El Mirador" contiene, hay que recorrer este repertorio de ideas, que tal vez no le interesaban *por sí mismas* — como anotaba de su biografiado Montalvo — sino como coonestadoras de una postura cultural, como materiales de poco desbastar.

Sin embargo, para penetrar en este ámbito y transitarlo holgadamente, el lector contemporáneo tiene que adaptar sus pulmones a una marcha estilística desusada, a una escritura que parece contrariar todos sus hábitos y chocar, en más de un punto, con normas que, en la literatura de ideas, resultan universales.

Simultáneamente irrumpe a nuestro juicio la convicción de que Rodó era un completísimo escritor y

PROLOGO

de que en su estilo obran elementos que hoy resultan disfuncionales para su plena fruición y comunicación.

Si se cree útil indagar en las razones de esa contradicción, se hace inevitable empezar calibrando ese ideal de "escritura artista" que flotaba en el aire del 900, ese deliberado situarse en las dilatadas fronteras de la ciencia y el arte, donde se entrelazan de mil modos distintos la verdad y la belleza, suscitando obras intermedias, singularmente adecuadas a nuestro gusto, a nuestras necesidades espirituales. Que ni nuestro gusto ni nuestras necesidades espirituales se inclinen hoy a esta mixtura ya es una adversidad para este flotante género; la tendencia presente al limpio deslinde de los tipos expresivos es un factor de alejamiento respecto a este señuelo que Rodó siguió tesoneramente. Sin embargo, tal vez no sea tan decisiva la senectud general de tal modalidad como la fuerza que hacen las muchas ocasiones en que se percibe demasiado transparentemente la voluntad de "vestir" las ideas y alcanzar "fortísimos" expresivos mediante símbolos y comparaciones. Pues es posible defender — aunque el tema daría para mucho — que el mayor peligro que Rodó amenazaba era esa su firmísima creencia en su *aptitud para transformar en imagen toda idea*. Los frutos de esa aptitud — y al análisis no escaparía ni el famoso pasaje final de "Ariel" — pudieran ratificar que muchas ostensibles fallas fueron hijas de aquella credulidad.

Resulta, sin embargo, lo más conspicuo del estilo rodoniano — y el libro lo muestra a través de casi veinte años — ese empaque sintáctico que sólo cree posible mantener la dignidad del tono por medio de largas cláusulas engrosadas por un movimiento irremisible de multiplicación de cada uno de los elementos. Es así habitual en Rodó que el sujeto, el verbo,

el complemento se abran en abanico y las oraciones, en función de cada uno de ellos, dilaten aún más la extensión total; cada una, a su vez se adosará formas adjetivas o adverbiales que agreguen al parecer imprescindibles matices a toda la complicada armadura del conjunto. Otras veces, lo que pudo funcionar como dos cláusulas independientes separadas por punto y mayúscula se yuxtaponen con el punto y coma; cuando ello ocurre — como muchas veces sucede — con miembros ya sobrecargados, la tensión (incluso visual) del lector llega a nivel muy alto. En ocasiones, la estructura anafórica es más flúida y clara, al reiterarse como oraciones independientes separadas por punto, el verbo de un mismo sujeto o una oración de variable función. Pero tampoco faltan las largas frases parentéticas que pueden extraviar el sentido de un párrafo entero y no siempre están bien delimitadas.

Otros elementos operan en la prosa de Rodó, sin embargo, que embarazan más el gusto del lector actual, ya que no es cánon del buen escribir la frase breve y existen tipos de pensamiento — disgresivos, arborescentes, arracimados, encarnizados con el matiz — que requieren la extensión sintáctica. Menos funcional que este posible pero justificable obstáculo, es el horror de Rodó por el final abrupto y contundente. Es un trazo regular de su prosa el cuidado por la conclusión amplia y cadenciosa que, mediante una comparación, una alusión, una duplicación, trataba de dejar el párrafo en una especie de trémula vibración ascendente.

Es claro que este fenómeno general de la duplicación no deriva de un gusto mecánico por la sinonimia: Rodó parece haber escrito tanto bajo la obsesión de la palabra exacta como bajo la desesperanza de hallarla; los dos torcedores le llevaban a multiplicar las va-

PROLOGO

riantes para que, entre todas las versiones de la idea o la impresión, el lector pudiera no perder nada del matiz buscado.

En consonancia con todo esto, Rodó gustaba de los amplios ritmos sintácticos y en ocasiones alcanzó felices efectos cuando el contenido significativo coincidía naturalmente con ellos. Atiéndase, por ejemplo, a la mención al Amazonas y al Plata en "Iberoamérica" o al hermoso pasaje que en el ensayo sobre Bolívar reseña los triunfos del personaje y la parábola de su carrera. Pero léase también el final mismo de ese estudio y se verá hasta qué punto esos "crescendos" rítmicos pueden resultar artificiosos y fallidos.

Sin embargo, en este análisis de la distancia que el lector contemporáneo es posible de sentir ante la prosa de Rodó, no debe rebajarse la significación del lenguaje. Porque hay en él, para comenzar, un gusto académico por los superlativos (en los *florentísimos*, *gallardísimos*, *lucidísimos*, *blanquísimos*, *costosísimos*, *oportunistísimos*...), pero el empaque clasicizante se expide también en un exceso de *ingentes*, *imperecederos*, *soberanos*, *gloriosos*, *magníficos e inmortales*, y en el aún más característico uso del adjetivo *grande* en anteposición (*grande tradición*, *grande ruta*, *grande amistad*...).

De distinto oriente es otra variedad terminológica que se hace difícil definir si no es con el dudoso adjetivo que es "remilgado", aunque es posible que el "mièvre" y la "mièvrerie" francesas lo ciñan mucho mejor.

Y es, en sustancia, el brío, el deleite con que se reiteran a lo largo del libro un manojo muy coherente de calificativos: *precioso*, *exquisito*, *deleitoso*, *trémulo*,

PROLOGO

voluptuoso, sutil, capitoso, blando, terso, cincelado, esbelto, donoso, gallardo, ático, refinado, gracioso...

Esta lista es de heterogénea procedencia pero no es desacertado señalar en ella una inesperada presencia del Rococó.

No tan inesperada. Porque con este gusto adjetivador Rodó se situaba muy plenamente en el Modernismo y más que casuales — aunque nunca hayan sido estudiados — son los contactos entre Rococó y Modernismo. Más en general, y como ya se ha expuesto muchas veces, resulta claro que si Rodó rechazaba la vaciedad intelectual y el decorativismo de buena parte del elenco modernista, participaba, también y en grado muy cabal, de sus valores estéticos. Rasgos, casi siempre breves, del mejor Modernismo hay en “El Mirador” — recuérdese, por ejemplo, aquella *moneda en que agoniza en oro un busto de rey*.

No dejan de tener relación con los prestigios literarios de su tiempo algunos otros rasgos, como el abuso galicista del pronombre o el manejo de expresiones francesas bastante desgastadas, mientras se relaciona mucho más directamente con las posturas ideológicas antes examinadas la otra incómoda profusión de *lo vulgar* y *lo plebeyo*, *lo grosero*, *lo ideal*, *lo aristocrático* que en el libro campea.

Todas estas modalidades, debe señalarse, se hicieron más persistentes, más voluntarias, en ciertas páginas breves de intensa voluntad estilística o en algunos textos como el “Montalvo”, en los que las características del propio escritor estudiado parecerían haber planteado a Rodó el desafío de escribir con parejo esplendor, con similar opulencia “castiza”. Otras páginas, y es el caso del discurso sobre el Centenario de Chile, el informe sobre el trabajo obrero o “Rum-

PROLOGO

bos nuevos", resultan mucho menos recargadas, más límpidas, directas y cercanas a nuestro gusto.

Claro que esto no significa plantear — ni siquiera insinuar — la existencia de un Rodó auténtico y uno desorbitado, de uno "bueno" y uno "malo". Su repertorio estilístico, como el de todo escritor cabal, era variado y tanto con la parte de él que el lector de un tiempo determinado percibe fluidamente como con la que lo rechaza, debe integrarse la esfera completa de su alta entidad literaria.

Carlos Real de Azúa

JOSE ENRIQUE RODO

Nació en Montevideo el 15 de julio de 1871, hijo de José Rodó y de Rosario Piñeiro. Cursa estudios primarios en la Escuela "Elbio Fernández", e ingresa hacia 1885 en la Universidad, que abandona sin concluir el bachillerato.

Publica sus primeros escritos en la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" (1895-1897), de la cual fue fundador y co-director. En 1897, da a las prensas *La Vida Nueva*; en 1899, *Rubén Darío*, y a comienzos de 1900, *Ariel*, de extraordinaria resonancia en el ámbito de habla española.

Dicta desde 1898 hasta 1901, la Cátedra de Literatura en la Sección de Estudios Preparatorios de la Universidad. En julio de 1900, integra la Comisión Honoraria destinada a proyectar la reorganización de la Biblioteca Nacional, y se hace cargo, interinamente, de la dirección de este instituto.

Atraído por la política, escribe en "El Orden", que apoya la gestión del Presidente Provisional Juan L. Cuestas. Forma parte en 1901, del grupo que pugna por la unificación del Partido Colorado y es fundador del "Club Libertad". Ocupa una banca de Representante por Montevideo en la XXI Legislatura (1902-1905); es reelecto y renuncia a su cargo en febrero de 1905. En 1907 preside el "Club Vida Nueva" y es nuevamente electo Representante para la XXIII Legislatura (1908-1911). Reelecto para la XXIV Legislatura (1911-1914), hacia 1912 se aparta de las directrices oficialistas de su partido, a las que combate desde el "Diario del Plata".

Mientras tanto había publicado *Liberalismo y Jacobinismo* (1906), *Motivos de Proteo* (1909), y *El Mirador de Próspero* (1913). En setiembre de 1910 asistió como Delegado Especial de la República a la celebración del centenario de la independencia de Chile. En 1912, la Real Academia Española le nombró Correspondiente Extranjero.

En 1914 pasa a colaborar en "El Telégrafo". El 14 de julio de 1916, viaja a Europa como corresponsal de "Caras y Caretas". Visita Portugal y España; en Italia enferma gravemente, falleciendo en Palermo (Sicilia), el 19 de mayo de 1917.

Aparte de los títulos citados, luego de la muerte del autor se editó *Desde Europa* (San José de Costa Rica, 1918), y la Editorial "Cervantes" publicó *El Camino de Paros* (Valencia, 1918), *El que vendrá* (Barcelona, 1920), *Hombres de América* (Barcelona, 1920) y *Nuevos Motivos de Proteo* (Barcelona, 1927), mezclando escritos que aún no habían sido impresos en libro, con otros ya conocidos. Asimismo se editó parte de su correspondencia: *Epistolario* (París, 1921). *Últimos Motivos de Proteo*, fue impreso en Montevideo en 1932, y en 1945, *Los escritos de "La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales"*. *Poesías dispersas*.

CRITERIO DE LA EDICION

El Mirador de Próspero ha sido publicado repetidas veces, siendo las ediciones anteriores las siguientes: Montevideo, José María Serrano, 1913; Madrid, Ed. América, s. d.; las varias reimpressiones de la Ed. Cervantes en Valencia y Barcelona, las ediciones de Claudio García y Cía., en Montevideo, 1939 y 1944, y la de Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública, 1958.

Para la presente edición se ha utilizado el texto de la primera de las nombradas, purificándole de alguna errata.

J. P. B. y B. N.

EL MIRADOR
DE PROSPERO

...J'aime, je l'avoue, ces sortes de livres. D'abord on peut jeter le volume au bout de vingt pages, commencer par la fin, ou au milieu; vous n'y êtes pas serviteur, mais maître; vous pouvez le traiter comme journal; en effet, c'est le journal d'un esprit.

H. TAINÉ, *Littérature Anglaise*, V, III.

JUAN CARLOS GOMEZ¹

El 25 de Mayo, el día de América, trae envuelto en sus resplandores de gloria un recuerdo de solemne tristeza, al que no debe permanecer indiferente el espíritu de los orientales. Hace hoy once años que la desaparición eterna de un hombre que era un símbolo, una personificación, la forma viva de los dolores de la historia de un pueblo y de los más caros anhelos de su alma, perseguidos en estériles luchas, acongojaba el corazón de ese pueblo en días sombríos, como el eclipse de una luz que es orientación y esperanza, y difundía por América un eco de veneración y de dolor.

La vibración sonora de la apoteosis que congregaba alrededor de la tumba de Juan Carlos Gómez a los enviados del pensamiento y la sensibilidad de ambas sociedades del Plata, para consagrar en imperecedero concurso de elocuencia la gloria de su nombre, no parece haber repercutido, al través de tan breve espacio de tiempo, en el corazón de la más cercana posteridad. Se busca, sin hallarla, una duradera sanción de ese homenaje, una manifestación sensible de esa gloria, y se espera en vano escuchar, cada vez que se levanta en el horizonte el sol del último día del tribuno, la palabra sentida de un recuerdo.

Glorificar la memoria de Juan Carlos Gómez sería, entre tanto, evocar del fondo de nuestra historia la

¹ Incluyo en la colección este lejano artículo, uno de los primeros que salieron de mi pluma, porque puede servir de complemento al discurso que le sigue.

fuerza moral e intelectual de sus días más fecundos en hermosas inspiraciones y en elevados ejemplos.

Llevaba el gran ciudadano, en el melancólico ocaso de su vida, la representación más pura de una época que asistía en él a la progresiva desaparición de sus creencias, sus hábitos y sus hombres, pero a la que su espíritu volvía con amor invencible, con inquebrantable fidelidad, presa de ese sentimiento de desolado abandono dentro del ambiente modificado por las ideas que pasan y se renuevan, que es a las ausencias del tiempo como la nostalgia a las ausencias del espacio.

Por eso en su recuerdo reviven el color y el alma de un glorioso pasado, y se identifica su existencia con la de aquella generación viril y luminosa que, nacida, como primogénita de la libertad, entre el fragor de la epopeya de América, llegó a la vida pública cuando se desplegaban las divisas de los bandos para la lucha de nueve años, y modeló su espíritu en las inspiraciones de la revolución literaria y filosófica de 1830: generación sobre la que ya es posible fijar las vistas serenas de la historia y que deja tendidas sus más nobles personificaciones a lo largo del tiempo, como grupo de bronce que empieza a revestirse, a los ojos de la posteridad, del tono luciente y realzador de la pátina.

Del despertar de las energías de su mente, ansiosa de luz; de los que representaron su pensamiento y su palabra, en días heroicos, data en realidad el abolengo intelectual de nuestro pueblo y el primer espacio franqueado, dentro de su tumultuosa actividad, para la vida del espíritu.

Faltaban a Montevideo tradiciones propias de cultura. Había dormido en la sombra, oprimida por sus

arreos de plaza fuerte, el largo sueño colonial. Había permanecido privada, en el transcurso de las luchas de la independencia, de la supremacía de la acción y del pensamiento con que otras ciudades americanas centralizaban las fuerzas de la Revolución, encauzándolas por el impulso de la propaganda escrita y la tribuna.

Con la presencia de los emigrados de las dos generaciones argentinas que representaban, frente al entronizamiento de la fuerza brutal, la una los recuerdos de la grande época de Rivadavia y los principios de su política civilizadora, y la otra el porvenir, anunciado por los entusiasmos y las iniciativas de 1837, que trazaron en la mente argentina el perfil definitivo de la nacionalidad, coincide de este lado del Plata la aparición del grupo de hombres nuevos a quienes tocaba rasgar, con la germinación inteligente de su espíritu, la áspera corteza de una cultura aun no formada.

No fue Juan Carlos Gómez el primero en anunciar la presencia de su generación en el campo de la actividad literaria ni en el de los cuidados cívicos. Adolfo Berro, levantando, bajo la inspiración de la nueva poesía, el ara de las devociones del sentimiento, y Andrés Lamas, ensayando la pluma del doctrinador y el polemista, para impugnar los preliminares de Alberdi a la exposición de Lerminier, y renovar, con *El Nacional*, el espíritu y las formas del diario, precedieron al poeta adolescente que se acercaba, en 1841, a una tumba prematuramente abierta, y reproducía allí la escena famosa que vincula el recuerdo de la muerte de "Fígaro" a una inmortal revelación.

Sólo aparece la fisonomía del poeta en este primer período de la juventud de Juan Carlos Gómez, que

termina con la expatriación en 1843. No le contó en su seno la acción de la Defensa; pero una de las páginas más llenas de interés de la historia literaria y política de su tiempo: la que se refiere a la participación de los desterrados de ambos pueblos del Plata en la vida pública de Chile, sirve de fondo luminoso a la plena manifestación de su personalidad.

La iniciativa de reforma social y de emancipación literaria que parte, como anuncio de una época nueva, del seno de la juventud congregada por el autor de *La Cautiva* bajo los pliegues de la última bandera de Mayo que debía flamear dentro de la capital argentina hasta la caída del régimen brutal que profanó sus colores, fue obligada a continuarse en el destierro y afirmó sus focos de luz en esta margen del Plata y sobre las costas del Pacífico.

Así, la fuerza de expansión y de propaganda que había sido una de las glorias de la revolución política iniciada por la generación anterior e impulsada por ella hasta llevar a latitudes remotas, dilatándose como en el sucesivo desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida; el brazo de sus héroes y la palabra de sus tribunos, realza también esta iniciativa de renovación de las ideas, que se formula en el programa de la "Asociación de Mayo", vibra en la prensa de Montevideo sus entusiasmos ardorosos y tiene su más alta expresión en las polémicas de Santiago de Chile.

A fines de 1840 atravesaba la Cordillera, después de ser befado y torturado por la "Mazorca", un prófugo de San Juan, que había llevado allí la voz del patriciado culto y de la juventud inteligente en el movimiento suscitado por la repercusión de la propaganda de Echeverría, y trazaba, en un descanso del

camino, bajo las armas de la patria que abandonaba, estas palabras de Fortoul: *On ne tue point les idées.*

Aquel proscrito, cuyo nombre debía en breve fulgurar al pie del *Facundo*, era el mensajero de una emigración que Chile vería pronto afluir a sus ciudades, donde los estremecimientos de la máquina de imprimir anunciaron ruidosamente su presencia; y aquel lema profético iba a tener la confirmación de la realidad en una propaganda de dos lustros, que hizo descender de lo alto de los Andes, sobre el suelo argentino, la voz de protesta de la cultura y la libertad vilipendiadas.

Santiago y Valparaíso reflejan, desde el terror de 1840, las luces proscriptas de su centro por la barbarie vencedora, y al amparo de su hospitalidad se continúa, en las múltiples manifestaciones de la prensa, el libro y la cátedra, la obra en que colaboran el pensamiento de Alberdi, la crítica de López, los panfletos de Frías, la investigación erudita de Juan María Gutiérrez.

Con el anatema incesantemente lanzado sobre la tiranía, comparte la actividad de esta emigración gloriosa la revelación de la nueva idea literaria. El numen del romanticismo llega envuelto en los pliegues de la bandera de Mayo al otro lado de la Cordillera, y lucha allí con la resistencia que personificaba aquel don Andrés Bello, en quien reconoce la cultura de Chile al primero de sus educadores, y cuyo espíritu, abierto a todas las luces del saber y favorecido con los dones del entendimiento más difícilmente conciliables, flexible y múltiple como el de un humanista del Renacimiento, era santuario de la tradición intelectual. En el brillante torneo que estas polémicas mantienen luce en todo su brío la gentileza literaria

de los jóvenes desterrados que el romanticismo tuvo por justadores; el generoso entusiasmo con que llevaban a aquella lucha puramente ideal todo el ardor de las luchas reales y efectivas. Impulsada por ellos, una cuestión de arte llegó a agitar los espíritus con fuerza de pasión, y una de las sociedades hasta entonces menos espirituales de América fue acaso el escenario más movido que tuvo en el continente la gran querrela literaria. La relativa incipiencia de la vida intelectual de aquella sociedad, un tanto encadenada a la tradición de la colonia, un tanto adusta y espartana en sus lineamientos, sirvió de fondo opaco para que se destacase aún más el brillo de esa propaganda, en la que nuestros románticos solían poner cierta arrogancia candorosa, cierta conciencia de su superioridad, que le comunicaba a menudo los aires de un magisterio altanero.

Pero hay todavía otra manifestación de la huella imborrable impresa por los desterrados en la vida del pueblo que les concedió generosa hospitalidad; y es su intervención en la política interna de ese pueblo, aun cuando sólo les era dado llevar a ella el concurso platónico de su palabra, desnuda del influjo vehemente y prestigioso que adquieren las ideas del publicista y el tribuno del relieve de su personalidad en la acción.

Bajo este aspecto, la figura juvenil de Juan Carlos Gómez se destaca quizás como la más activa y gallarda. Llegado a Chile en las postrimerías del primer gobierno de Bulnes, tomó de manos de Alberdi la redacción de *El Mercurio* de Valparaíso, que era la representación más alta de la prensa, y la mantuvo durante los cinco años del renovado gobierno, ya para estimular la obra de organización que llevaba éste ade-

lante, ya para defender contra él la libertad de imprenta, o para oponérsele en una campaña electoral que dio por resultado el primer triunfo que se obtuviera sobre el poder en los comicios. Por igual apartado de la demagogía turbulenta y de la oligarquía reaccionaria, sostuvo en Chile la libertad vivificada por el orden, "la política que construye y educa", como la definía y predicaba Sarmiento, y acompañó con su propaganda a preparar la solución que tuvo, en tal sentido, la lucha presidencial de 1851.

Poco después, con el fracaso de la tiranía de Rozas, llega a su término esta brillante participación de nuestros emigrados en la historia literaria y política de uno de los más interesantes períodos de la vida chilena. El renacimiento de la prensa libre y la tribuna reclama en Buenos Aires la presencia de los proscritos argentinos, al par que un horizonte nuevo parece abrirse, disipada la humareda de la lucha, de este lado del Plata; y Juan Carlos Gómez pasa entonces su pluma de *El Mercurio* a la mano de don Ambrosio Montt, el Aramis de las voluptuosidades de la ironía sutil y refinada, tan singularmente opuesto, en el género de las armas que traía a la panoplia del famoso diario, a aquella inflexibilidad de la palabra y la actitud, a aquella entonación vehemente y amplísima, que dieron contornos al "carácter de Athos", a quien venía a reemplazar en el concierto de las inteligencias.

Vuelto a la patria, asume Juan Carlos Gómez la dirección del elemento culto y pensador de uno de los dos partidos que entonces se reorganizaban para proseguir su duelo interminable; vibra su pluma de polemista en las columnas de *El Orden*, y luego en las de *El Nacional*; resuena su palabra en el Congreso

de 1853, el más ilustre y representativo que haya cooperado a nuestros ensayos de organización, al par del que reunió en su seno, bajo los auspicios de una nueva paz, veinte años más tarde, a los enviados de otra generación de noble y turbulenta historia; y termina, no sin un pasaje fugaz por las alturas del gobierno, la actividad de su civismo, con la definitiva proscripción que aun se prolonga en el sueño de la muerte.

Incorporado desde entonces a la vida argentina, mantiene, sin embargo, su fidelidad de ciudadano sobre la poderosa tentación de un escenario que le brinda éxitos y honores. Su tribuna es, de nuevo y para siempre, la prensa. El alejamiento de la acción a que le condena el voluntario ostracismo veda otras formas de manifestación a su palabra y no consiente más alto pedestal a su figura; pero en aquel que las condiciones de su vida le depararon y donde las tempestades de medio siglo le vieron descollar sin que flanquearan sus viejos bríos un momento, fijó con rasgos indelebles su parte de representación y de obra. Personifica, en los anales de nuestras democracias del Plata, el periodista, el tribuno del pueblo constantemente identificado con las palpitaciones de su corazón y atento al rumor de sus oleajes; a la manera como personifica Juan María Gutiérrez el hombre de letras, Alberdi el pensador, Sarmiento el estadista. Hubo en la prensa quienes atesoraran más caudal de doctrina, más honda reflexión, mejor sentido de las oportunidades del presente; pero su palabra se impone sobre todas y llega, como la voz altiva de su época, al recuerdo de la posteridad, por el poder de transmitir la emoción y el entusiasmo; por la avasalladora energía de la afirmación, que imprimi-

me en ella la solemnidad de la del inspirado o el apóstol; por esa fuerza de la sinceridad que no se remeda, porque es como el aliento del alma condensándose en la palabra del escritor.

Además, todas las turbulencias de la lucha en que la palabra tiende a la acción inmediata y efectiva; todas las huellas que imprime el hábito de la producción precipitada en el cauce áspero e inestable de las pasiones del momento, no alcanzaron a empañar en su alma el culto innato de la forma. Su escuela de diarista puede condensarse en las palabras, que él mismo invocaba, de Renán: "Todo es literatura cuando se habla con amor de las cosas buenas, bellas y verdaderas". Llevó la pluma como un cincel destinado a fijar en el alma de la multitud inscripciones e imágenes, y supo mantener constantemente firme ese cincel, sin que los estremecimientos de la pasión enardecida lograsen apartarle de la esbelta limpidez del contorno.

Así campea el señorío de la forma en su postrera campaña de *El Nacional* de 1879, sobre la que se tienden las melancolías de creciente nostalgia; y así se le vio resplandecer en las cartas con que defendió su sueño último, su grande y generosa quimera, en la controversia levantada alrededor del monumento de La Florida: conmovedores arranques de su alma, verdaderos modelos de literatura de polémica, páginas de las más poderosas, más vibrantes, más llenas de flúido nervioso, que hayan brotado, acaso, de la pluma de ningún escritor.

Por este don del estilo prodigado en la labor ingrata de la prensa, puede representarse en él el espíritu literario sacrificado a la necesidad-suprema de la acción y la lucha, en la existencia de sociedades forzosa-

mente inhospitalarias para las manifestaciones desinteresadas del espíritu; así como puede representarse en su faz de ciudadano, dando expresión a sacrificio aun más doloroso, la *injusta inutilidad* frecuentemente prescrita por la desorganización de nuestras democracias a la indomable porfía de la convicción, a los rasgos firmes del carácter, a la inquebrantable tenacidad de la virtud.

Junto a una apreciación más detenida de la varonil personalidad del escritor, habría interés en considerar la suave fisonomía del poeta.

La escuela literaria a que puso sello el autor de *La Cautiva* tuvo un carácter esencialmente relacionado con los heroísmos de la época, y modelóse en el concepto, que el mismo Echeverría formuló, de una literatura social y revolucionaria. La poesía cobraba nueva inspiración, después de haber flotado sobre la epopeya de la independencia y consagrado sus victorias, para ser otra vez, en medio de las luchas por la libertad, como la cincelada empuñadura del acero o como el lampo que arrojaba de sí la misma espada estremecida. Pero la cuerda heroica partió entonces su imperio con las primeras manifestaciones del subjetivismo poético y de la melancolía romántica, y el verso ahondó en la intimidad de la conciencia, al mismo tiempo que continuaba siendo un medio de acción.

No era en Juan Carlos Gómez la naturaleza del tribuno la que se imponía con superior intensidad a la entonación del poeta. En el silencioso recogimiento de la inspiración tributaria de los ensueños y las lágrimas, que desata el aura del sentimiento individual, libre de la presión niveladora e imperiosa del ambiente colectivo, y no manifestándose este sentimiento en el arranque súbito de la emoción ni con la fuerza que

estalla en el sollozo de Musset o en la imprecación byroniana, sino cuando se ha tendido sobre él el velo de una suave melancolía, y vagan sigilosas las sombras de la meditación o del recuerdo, era cómo la íntima naturaleza de nuestro poeta desempeñaba su ley, y acertaba con la nota pura, sencilla, la que llega al centro del alma, ya diese voz a las tristezas de la ausencia, ya espaciara el espíritu en los arrobos de la contemplación.

Su poesía refleja así la exquisita suavidad de los sentimientos, que constituía el fondo velado de su personalidad. Nunca entregó a las pasiones de la vida pública sino una parte de su espíritu, y supo guardar constantemente intactas del polvo abrasador de la lucha todas las delicadezas del pensamiento y la sensibilidad, el culto de las cosas íntimas, que constituye el más preciado de esos bienes del alma que el hombre perpetuamente confundido en las tempestades de la acción suele sacrificar a la devoradora intensidad de la idea que le absorbe o de la pasión que le avasalla.

He de terminar, sobreponiéndome a la atracción de un tema gratísimo; pero no será sin antes insistir acerca de la alta oportunidad con que se autoriza, en este silencio del olvido que parece ser la póstuma condenación de nuestras glorias más puras, toda palabra encaminada a una reparación.

Lucio Vicente López, en una oración universitaria que merece eterno recuerdo, señalaba, hace pocos años, como suprema inspiración regeneradora, en medio del eclipse moral que veía avanzar en el horizonte de América, la obra patriótica de fortalecer, en la mente y el corazón de las generaciones que se levantan, el amor a la contemplación de aquellas épocas en que el carácter, la personalidad nacional de nuestros pueblos y las

fuerzas espontáneas de su intelectualidad, vibraban con la energía que hoy les falta ¹ y con el sello propio de que les priva el cosmopolitismo enervador que impone su nota a la fisonomía de estos tiempos.

El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insustituible en la conciencia de los pueblos, y la veneración de las grandes personalidades en que se encarnan sus porfías, sus anhelos, sus glorias, es la forma suprema de ese culto.

Entre nosotros, merecen ser honradas las generaciones que han precedido a las que tienen la representación oscura del presente, no sólo a nombre de aquella solidaridad histórica inquebrantable, sino también por un claro derecho de superioridad. El interés del porvenir se une a la "sagrada voz de la historia", — siempre vibrante en el corazón de los pueblos que son algo más que muchedumbres, — para exigirnos, cuando se trate de esas generaciones, un homenaje de amor y de justicia, que sea, a la vez, inspiración de fecundas enseñanzas, y nos lleve a familiarizarnos con los ejemplos de su acción y las confianzas de su espíritu.

1895.

¹ Esto se escribía en 1895.

LA VUELTA DE JUAN CARLOS GOMEZ

DISCURSO PRONUNCIADO EN REPRESENTACION DEL
"ATENEOS" Y LA PRENSA DE SANTIAGO DE CHILE, EN
EL CEMENTERIO DE MONTEVIDEO, AL SER TRAI DOS
A LA PATRIA LOS RESTOS DE JUAN CARLOS GOMEZ,
EL 8 DE OCTUBRE DE 1905.

Señores:

Hace sesenta años, cuando las sombras de una legendaria tiranía se levantaban a entenebrecer el horizonte de los pueblos del Plata, doblaban las cumbres de la Cordillera, toda vibrante todavía con los ecos triunfales de la epopeya de América, los prófugos y los proscritos de una generación dispersada en la adolescencia por el trágico naufragio de la libertad.

Templada el alma en precoces pruebas e infortunios; hechos a la costumbre de lo grande y de lo heroico, como arrullados que fueron en la cuna por el estruendo de las armas emancipadoras; llenos de las inspiraciones del entusiasmo generoso que caldeaba entonces las corrientes del mundo en la más espléndida resurrección de idealidad y de arte que haya exaltado la mente humana desde los tiempos del Renacimiento, aquellos emigrados llevaban consigo a Santiago y Valparaíso, esa singular virtud de casi todas las emigraciones históricas, que, como si acrisolasen las almas por el desamparo y el dolor, infunden en ellas dobles bríos, así para el pensamiento como para la acción.

Junto a Mitre, a Sarmiento, a Juan María Gutiérrez, a Alberdi, a López, iba también en aquella luminosa pléyade, — que encontraría allí, para contender en los

torneos de la inteligencia, rivales de la talla de Bello y de Lastarria, de Bilbao y de Montt — un hijo de Montevideo, salido de las filas de la juventud que desplegaba entonces, tímidamente, las primeras fuerzas de nuestra embrionaria intelectualidad. Este joven de veinte años era Juan Carlos Gómez, y acaso era el primer ciudadano de su país que llevaba a extrañas tierras, para que irradiasen fuera del horizonte del terruño, las luces de su espíritu.

De cómo irradiaron estas luces; de cómo se destacó gallarda la figura del escritor de Montevideo, desde que tomó de manos de Alberdi la pluma de *El Mercurio*, habla, señores, la ondulación de simpatía que, cruzando los Andes, viene a incorporar al homenaje que nos congrega los recuerdos y los saludos de un pueblo.

Interpretando esta adhesión, he de hablaros de Juan Carlos Gómez. Yo no puedo traer su nombre a mis labios, representarme su personalidad subyugadora, sin que vea surgir simultáneamente con ella y ordenarse a su alrededor, a la manera de un imponente fresco histórico, un espectáculo en que se resume la febril y dramática actividad de una generación que nació destinada colectivamente a la gloria. Toda una época me parece que despierta hoy y se reanima en presencia de este cadáver venerando, como por una evocación que transfigurase de súbito nuestro ambiente amortecido, llenándole de resplandores, músicas y aromas; toda una época, con sus ideas y sus pasiones, sus rudezas y sus ensueños, sus heroicidades y sus martirios. Y es que nadie tiene, respecto del alma de sus contemporáneos, más nitidez y fuerza representativas que Juan Carlos Gómez. De nadie con tal verdad puede decirse que quedó fiel, hasta morir, a los númenes de su juventud. Así, la tristeza nostálgica de sus últimos años

no era sólo la del expatriado, sino también la del que se siente fuera de una época con la que se identificó absolutamente en espíritu. Medio siglo ha pasado ya desde que Juan Carlos Gómez partía para el destierro que debía prolongarse hasta después de la tumba. Si volviese a la vida, vería cómo el vertiginoso movimiento que impulsa hacia adelante los hombres y las cosas, ha renovado la fisonomía moral y material de su pueblo, partícipe de las transformaciones del mundo. No es ya Montevideo la ciudad humilde, ceñida por los arreos de su guerrear interminable, que él dejara al partir. En vano sus ojos buscarían aquel viejo "Fuerte de Gobierno", que él recordaba una vez, en su apenada ancianidad, con las melancolías y ternuras del proscrito; el viejo Fuerte, que los hombres de mi generación no hemos alcanzado a conocer, y entre cuyos muros de piedra se asentó el sillón presidencial de don Joaquín Suárez y se dio la norma de tanto valor y abnegación sublime. En la esfera de las ideas, si descendiera al fondo de nuestro espíritu, no se sentiría, ciertamente, menos desorientado. Derruidas o desiertas hallaría las aras de sus dioses. Esta selva que entretejen las almas se ha deshojado y ha brotado, desde su tiempo, muchas veces. Sólo como el son de una armonía lejana percibimos ya los ecos de aquella fulgurante revolución de las ideas que, en el primer tercio del pasado siglo, hechizó el pensamiento humano. Otra es hoy nuestra filosofía, otra nuestra literatura, otra nuestra concepción de infinitas cosas; otros son nuestros mentores y nuestros libros.

Pero lo que perpetúa, al través de tantos cambios, la oportunidad de homenajes como éste; lo que preserva en el tiempo la continuidad solidaria de las generaciones; lo que debe decirse, para honor de esta civiliza-

ción cristiana, que mantiene, por encima de las mudanzas y los siglos, la enseña capitana del mundo, es que todas las escuelas, todos los criterios, todas las doctrinas, que con predominante y duradero influjo se han sucedido en su seno, arriban en definitiva a una misma conclusión, cuando se trata de fijar merecimientos y sanciones, y se transmiten la misma insustituible consigna: sólo la voluntad que realiza el bien es sólido fundamento de gloria; sólo de la inteligencia, y nunca de la fuerza brutal, irradia luz y vida; sólo los hombres que han sido virtud, carácter, inteligencia, merecen el homenaje de los pueblos y el recuerdo de la posteridad!

Esas tres superioridades eternas: inteligencia, carácter y virtud, honramos en la apoteosis que hoy nos reúne. Sobre esa base triangular no hay pedestal de estatua que no resista a todas las fuerzas de la tierra. No ignoráis, señores, cómo, a pesar de ello, se ha discutido y se ha negado la razón de esta apoteosis. Quien tantas tempestades desató en vida, no podía incorporarse sobre su lecho de muerte sin provocar una vez más la tempestad. Entre tanto, hemos oído la palabra de los acusadores, y no sólo la declaramos vana e irreverente, sino contradictoria de imprescriptibles fueros de la conciencia humana. Jamás, jamás, en un pueblo libre, la profesión sincera de un modo personal de concebir la grandeza, el porvenir, los destinos de la patria, puede justificar el ostracismo, ni el anatema, ni el olvido de los más altos títulos y las más legítimas superioridades que enaltezcan a los hombres. El fecundo amor patrio es el que exige del ciudadano, no el sacrificio de la libre profesión de su pensamiento, en cuanto a las conveniencias e intereses del patrimonio común, sino la sinceridad del amor, y el desinterés

con que esa sinceridad se abona, y el cumplimiento del cívico deber. Toda otra concepción del amor patrio no será sino estrecho e irracional fetichismo.

Nuestro pueblo ha purgado su historia de leyendas falaces; hemos reivindicado memorias gloriosas que oscureciera el fallo ajeno, y los altares del culto nacional están puestos sobre granito. Quien siga el desenvolvimiento de esa empresa de reivindicación, encontrará muy a menudo opuestos a sus reparadoras conclusiones los juicios históricos del escritor a quien hoy se glorifica. Pues bien: es cierto que Juan Carlos Gómez fulminó a personalidades a quienes el pueblo oriental ha decretado estatuas; pero no es menos cierto que Juan Carlos Gómez tendrá estatuas sobre el suelo oriental; y cuando el execrador y los execrados se confunden en la fraternidad sublime de la gloria, nadie tiene derecho a recordar las impiedades que les separaron en vida. Ni el uno ni los otros son ya miserables criaturas humanas, sino estatuas que perduran sobre el paso de las generaciones; y las estatuas, señores, no se odian entre sí, los mármoles y los bronces no se odian: en su serenidad olímpica, levantados sobre el nivel vulgar de los hombres, se miran y se comprenden!

Una concepción unilateral, y por lo tanto, falsa, de los hechos históricos, propagó un tiempo, en el Río de la Plata, que la obra de los grandes caudillos y la obra de los pensadores y organizadores civiles eran antinómicas e inconciliables. Del punto de vista de una de ellas, se condenaba inexorablemente a la otra. Pero si en la perspectiva engañosa, o mejor, en la ausencia de perspectiva de los contemporáneos, no era posible hallar la oculta armonía que relacionaba para el porvenir aquellas fuerzas contrapuestas, — y por igual necesarias, — de nuestro génesis, en las rememoraciones

glorificadoras de la posteridad hay cabida para el esfuerzo heroico del caudillo y para la labor austera del pensador. Y si la desconfianza, y el odio acaso, los separó mientras vivían, pacifiquémoslos y reconciliémoslos en la muerte; para que así como la misma tierra los abraza y el mismo cielo extiende sobre ellos la bendición de su serenidad infinita, la misma gratitud los arraigue en el recuerdo de las generaciones y el mismo culto los levante sobre las aras de la inmortalidad. Esta es la filosofía del amor aplicada a la crítica de las cosas humanas, que es, en suma, también, la filosofía de la equidad y la verdad; y cuando en cercanos pueblos ella ha triunfado definitivamente sobre la inercia de los odios; cuando los patricios de Buenos Aires y los caudillos de las épicas *montoneras* se han reconciliado para el historiador en la armoniosa síntesis de la revolución de Mayo, bien podemos nosotros, al formar el trofeo de la patria, en esta hora de las póstumas justicias, bien podemos nosotros cruzar, en el trofeo de la patria, con la espada de Las Piedras y con la espada del Rincón, la pluma gloriosa de Juan Carlos Gómez!

Un día, la Convención francesa mandó que fueran quitados del Panteón Nacional los restos mortales de Mirabeau. Pasado cierto tiempo, dispuso que esos restos volvieran a ocupar su lugar entre los de los grandes hombres de Francia. Y Michelet, comentando estos dos actos, aparentemente contradictorios, declara que, si justa fue la Convención cuando expulsó de su pedestal de gloria al coloso de la tribuna, en castigo de las culpas que le imputaba, aun fue más justa cuando ordenó reponerle, porque aquella proscripción transitoria bastaba para sanción penal de tales culpas, y cumplida la severa condena, el varón preclaro debía levantar

tarse de nuevo y para siempre en los altares de la patria agradecida. Yo me atrevo a afirmar que, si en el alma de los detractores de Juan Carlos Gómez hay un fondo de piedad histórica, de esa piedad histórica, señores, sin la cual los juicios de la posteridad no serían más que una lapidación insensata de las generaciones muertas por las generaciones vivas, ellos han de convenir alguna vez, por mucho que agiganten los que consideran sus desvaríos y que deformen las que llaman sus crueldades,— ya que nadie ha podido enterarnos de sus culpas,— ellos han de convenir alguna vez en que sus treinta años de destierro y abandono, no figurado, como el de Mirabeau, sino real y rebosante de amargura, son suficiente pena para que, desarmados ya todos los odios, creamos llegada la hora de traerle a reposar en el panteón de nuestros muertos ilustres!

Hay, por otra parte, un deber de reparación que nos obliga, con doble imperio, a la glorificación de nuestros hombres de pensamiento y de carácter civil. Ellos — aun más que nuestros hombres de guerra, — padecen hambre y sed de justicia! Porque el héroe de la acción, el caudillo de alta talla, el gran conductor de multitudes, si bien pudo merecer a veces campo más amplio para su intrepidez y su heroísmo, mayores empresas que aquellas que le deparó la condición del medio social y de la época en que tocóle actuar; si pudo ser que encontrase estrecho ante su mirada el horizonte, mezquino el pedestal bajo su planta, tuvo a lo menos la compensación del valor y la obediencia de la muchedumbre; la compensación de la actividad entusiasta, febril; del triunfo ruidoso; del perfume de gloria aspirado entre el olor de la pólvora y los vahos de la sangre; la compensación del que se siente comprendido, estimulado, seguido, identificado con ese corazón

gigante del pueblo, cuyo ritmo resuena en los vítores de la plaza pública y en el estrépito marcial de las batallas. Pero los hombres de pensamiento, señores, en aquellos tiempos rudos y apenas suficientes para la acción instintiva y tumultuosa, ¡cuántas veces hubieron de experimentar las angustias del inadaptado y el incomprendido!... Teniendo fuerzas con que dominar desde las altas cumbres adonde converge la atención humana, sintieron sofocado su vuelo por la atmósfera estrecha de democracias semialdeanas, mal educadas y enfermizas; mereciendo el séquito alentador y el coro inteligente, vieron con frecuencia naufragar su palabra, cuando no en las sirtes del desconocimiento añudo, en la desolación de la indiferencia silenciosa; palparon el desvalimiento de la idea inerte frente a la pasión desenfundada; pasaron por todas las torturas de la soledad moral, de la asfixia, del desequilibrio entre la superioridad personal y la insuficiencia del ambiente; y por eso, señores, por lo que sufrieron, por lo que su tiempo les fue ingrato, la posteridad vindicadora debe traer al homenaje que tribute a estos hombres doble suma de amor, doble suma de piedad; y por eso venimos a esta apoteosis con el corazón conmovido, aquellos que, por sobre la admiración de glorias menos puras, profesamos el culto y la fe del pensamiento.

Nadie como Juan Carlos Gómez personifica en nuestro pasado ese destino doloroso e injusto: en parte, por el estoicismo abstinente en que le enclaustró, desde antes de la madurez, una filosofía política más generosa que ceñida a las realidades del mundo; pero en mayor parte, ciertamente, por la cruel fatalidad de las cosas. Pudo ser el jefe civil de un gran partido, y apenas si fue, primero, su timonel precario e

infortunado, en raras horas de borrasca, y luego, desde lejos, su tribuno sin acción, su amonestador, y casi su heterodoxo. Pudo ser un gran escritor, dotado de todas las seducciones y todos los prestigios con que la palabra que maneja el arte burila sentimientos e ideas en el corazón y el pensamiento de los hombres; y lo fue, sin duda, pero de la manera esbozada y fragmentaria como cabe serlo en la vertiginosa improvisación del diarismo. Pudo gobernar; levantar sus ideas, de la tribuna al Capitolio; gozar la satisfacción legítima del encumbramiento anhelado para hacer el bien y dejar obra memorable; y se inmoló, con abnegación antigua, en voluntario destierro, hasta morir semi-olvidado y pobre, procurando en la labor oscura de una cátedra el pan escaso de sus últimos días, pero aferrado con fidelidad inquebrantable al amor del suelo natal, a pesar de los triunfos y los honores con que brindaba a sus dotes eminentes la escena cívica de un grande y próspero pueblo.

Personificó, por la feliz armonía de sus dotes, su propio ideal de democracia culta, no reñida, sino conaturalizada con el orden y la selección. En nuestra historia, no hallo figura que con tal brillo represente al *gentilhombre*, al patricio, de una sociedad republicana. Porque él lo tuvo todo: el pensamiento penetrante y la palabra que lo esculpe en forma que no perece; el corazón generoso y la voluntad que convierte sus palpitaciones en impulsos eficaces y enérgicos; la austeridad estoica y la delicadeza exquisita; el favor de las gracias y las armas del combate: soberbio ejemplar de superioridad humana, que, en escenario más vasto, hubiera dejado esculpida su figura en el mármol que contemplan con arrobamiento las naciones y los tiempos.

Aun para aquellos que no acierten a ver la superioridad del hombre de acción y del político, siempre se destacará avasalladora la faz del escritor. Su palabra de fuego es de las que parecen capaces de conmover y entusiasmar a los mismos contra quienes van dirigidas. Yo no conozco publicista del Río de la Plata que haya tenido en más alto grado que Juan Carlos Gómez la unción del inspirado, del apóstol. Todo lo que salía de su pluma venía envuelto en ese poder magnético que se impone instantáneamente y por medios superiores a los de la reflexión y el análisis; que subyuga, más que convence; que arrebató, más que adoctrina. Lo que en otros es convicción, en él era fe; lo que en otros es raciocinio, en él era inspiración; lo que en otros es faena de crítico, en él era fervor de iluminado. Nadie más distante de aquella serenidad reflexiva, y aquella igualdad de ánimo, y aquella expresión sobria y desnuda que caracterizaron a Florencio Varela, su precursor en la propaganda de la libertad. La polémica era el campo donde se agigantaba. En cuanto polemista, sólo Sarmiento, entre los escritores que fueron sus comilitones o sus enemigos, podría disputarle el primer puesto. Pero en Sarmiento la fuerza rara vez se armoniza con la gracia y la medida escultural. Hay algo de abrupto, de desproporcionado, de inarmónico, en la formidable clava de ese Hércules debelador de monstruos y tiranos. En Juan Carlos Gómez, el golpe, no menos irresistible y certero, guarda constantemente el ritmo de la elegancia gladiatoria. Así como, ni aun en las mayores vehemencias de su alma apasionada, pierde el sentido de una caballeresca dignidad, así, aun en el ímpetu de la contradicción y el encarnizamiento de la lucha, mantiene la nota escogida del buen gusto.

Y cuando exhumamos sus escritos, por entre aquello que el tiempo ha inevitablemente marchitado, nos sorprenden a menudo un pensamiento, una imagen, una frase, de inolvidable y escultórica belleza, como en las despedazadas ruinas atrae tal vez la mirada del viajero una columna trunca o el torso divino de una estatua.

Tal fue el escritor; tal fue el luchador; tal fue el apóstol.

Señores: Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aún más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los hielos sempiternos del Sur.

Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.

Significando, pues, esa íntima solidaridad, por la cual lo que enaltece y honra a alguno de nuestros pueblos los honra y enaltece a todos; significando también el afecto y la gratitud que perpetúan en la memoria de Chile los esfuerzos con que el proscrito de Montevideo contribuyó, desde su cátedra de *El Mercurio*, a dilucidar los problemas de la organización de aquella culta y poderosa República, que hoy

JOSE E. RODO

se levanta tan alto en la civilización y la riqueza del Continente, yo, honrado con la representación de la prensa y el Ateneo de Santiago, dejo las flores que me envían para la tumba de Juan Carlos Gómez.

RUMBOS NUEVOS

Con motivo de la publicación de *Idola Fori*, de Carlos Arturo Torres.

El fanático y el escéptico, personificaciones de dos puntos extremos, entre los que oscila con inseguro ritmo la razón humana, son caracteres que presentan notas peculiares de superioridad y de desmerecimiento, de alteza y de ruindad. Caben en el fanático el prestigio avasallador del entusiasmo, la sublime capacidad de crear y aniquilar, de idolatrar y maldecir; la grandeza de la acción heroica; la suprema abnegación del martirio. Tiene, en cambio, la estrechez de juicio y sentimiento; la ceguera para cuanto no sea el punto único a que, con fatal impulso, gravita; la incomprensión, la inflexibilidad, la brutalidad. Caben en el escéptico superior la amplitud alta y generosa; la benevolencia fácil; el sentido de lo relativo y transitorio de toda fórmula de la verdad; la cultura varia y renovable; la gracia y movilidad del pensamiento. Deshúcenle, como reverso de estos dones, la ineptitud para la acción; la fría esterilidad de la duda; la limitación y pobreza de lo que exige de la realidad; la influencia enervadora y corrosiva. Entre estos dos tipos opuestos, y en su perfecta realización, extraordinarios, halla su posición y carácter el espíritu de la mayoría de los hombres que, de uno u otro modo, se interesan por las ideas; aproximándose a un extremo o al otro, pero guardando casi siempre la correlación de superioridades y defectos propios de

la naturaleza del tipo a que respectivamente se aproximan, y dejando graduar la intensidad con que adolecen de los defectos por la proporción en que participan de las superioridades. Cuanta más energía de convicción, menos virtud de tolerancia; cuanto mayor disposición de hacer, menor profundidad de pensar; cuanto más sutil inteligencia crítica, menos dinámico y comunicativo poder de sentimiento.

¿Es ésta, sin embargo, ley fatal e inflexible? ¿No pueden conciliarse, en un plano superior, las excelencias de ambos caracteres y determinar uno nuevo y más alto?... Yo creo que sí. Yo creo que es posible, no sólo construir idealmente, sino también, aunque por raro caso, señalar en la realidad de la vida, una estructura de espíritu en que la más eficaz capacidad de entusiasmo vaya unida al don de una tolerancia generosa; en que la perseverante consagración a un ideal afirmativo y constructivo se abraza con la facultad inexhausta de modificarlo por la propia sincera reflexión y por las luces de la enseñanza ajena, y de adaptarlo a nuevos tiempos o a nuevas circunstancias; en que el enamorado sentimiento del propio ideal y de la propia fe no sea obstáculo para que se reconozca con sinceridad, y aun con simpatía, la virtualidad de belleza y amor de la fe extraña y los ideales ajenos; en que la clara percepción de los límites de la verdad que se confiesa no reste fuerzas para servirla con abnegación y con brío, y en que el anhelo ferviente por ver encarnada cierta concepción de la justicia y del derecho parta su campo con un seguro y cauteloso sentido de las oportunidades y condiciones de la realidad.

Este es, sin duda, el más alto grado de perfección a que pueda llegarse en la obra de formar y eman-

cipar la propia personalidad, bajo la doble relación de la inteligencia y del carácter. Demás está decir que si el fanático y el escéptico puros, en el sentido de la pureza o simplicidad psicológicas, son tipos de excepción, aun lo es más este tipo en que se resuelve la oposición de aquellos otros, no por neutralizado y vulgar término medio, sino por participación activa y fecunda de las superioridades y capacidades de entrambos. No sólo es extraordinaria esta superior manera de ser, sino que, a diferencia de aquellas de que la deslindamos, escapa casi siempre a la comprensión y aplauso del vulgo. La mayoría del vulgo compónese de los *semifanáticos* y los *semiescéticos*, y cada una de estas especies desmedradas y borrosas siente la sugestión magnética del tipo que realiza, con plenitud eficaz, los caracteres que sólo en parte y sin eficacia tiene ella. A los semifanáticos les subyuga la bárbara energía del fanatismo personificado en un carácter uno, enterizo y presa de ímpetu ciego; a los escépticos a medias les fascina aquel como prestigio diabólico que nace, en el pleno escepticismo, de la resistencia invariable de la duda y del alarde impávido de la ironía. No queda séquito, o queda muy limitado, para el espíritu de libertad y selección, que afirma y niega, obra y se abstiene, con racional medida de cada una de sus determinaciones. Pero si su acción sobre el mayor número no es inmediata ni violenta, ni asume las formas triunfales del proselitismo, su influencia en esferas superiores a la vulgaridad es la única de que nace positivo progreso en las ideas y la que, en definitiva, fija el ritmo que prevalece sobre los desacordes impulsos de esas distintas ordenaciones del rebaño humano que llamamos escuelas, sectas y partidos.

Creo que se acertaría con una de las notas fundamentales del libro que me da ocasión para este estudio, si se dijera que es un poderoso esfuerzo en el sentido de propagar ese tipo superior de carácter que he procurado definir; y lo es porque la personalidad misma del autor, tal como se estampa, con enérgico sello de verdad, en sus páginas, realiza en sí dicho tipo, por natural disposición, y también, sin duda, por perseverante disciplina propia, y es uno de los más perfectos ejemplares de él que conozco dentro del actual pensamiento hispanoamericano.

Quien siga con atención el movimiento de ideas que orienta y rige, en el presente, la producción intelectual de la América Española, percibirá, en parte de esa producción por lo menos, ciertos rasgos característicos que parecen converger a una obra de conciliación, de armonía; de síntesis de enseñanzas adquiridas y adelantos realizados, con viejos sentimientos que recobran su imperio e ideas generales que reaparecen, con nueva luz, tras prolongado eclipse. Uno de estos sentimientos e ideas es la idea y el sentimiento de la raza. Aquel género de amor propio colectivo que, como el amor de patria en la comunidad de la tierra, toma su fundamento en la comunidad del origen, de la casta, del abolengo histórico, y que, como el mismo amor patrio, es natural instinto y eficaz y noble energía, pasó durante largo tiempo, en los pueblos hispanoamericanos, por un profundo abatimiento. Los agravios de la lucha por la emancipación y el dolorido recuerdo de las limitaciones y ruindades de la educación colonial, movieron en la conciencia de las primeras generaciones de la América independiente un impulso de desvío respecto de todo sentimiento de tradición y de raza. Parecía buscarse

una absoluta desvinculación con el pasado y pretenderse que, con la independencia, surgiese de improviso una nueva personalidad colectiva, sin el lazo de continuidad que mantienen, a través de todo proceso de regeneración o reforma personal, la memoria y el fondo del carácter. En su impaciente y generoso anhelo por agregar el espíritu de estas sociedades al movimiento progresivo del mundo, recuperando el camino que perdieran a la zaga de la retrasada metrópoli, aquellas generaciones creyeron que para emanciparse de los vínculos de la naturaleza y de la historia que estorbaban a la inmediata ejecución de tal anhelo, bastaba con desconocerlos y repudiarlos: ilusión comparable a la del que imaginara evitar al enemigo volviéndole la espalda para no verle. Este fundamental error privó de firmeza a la obra constructiva de aquellas colectividades de héroes, demasiado grandes e inspiradas en la guerra para que sea justo hacerles cargo de que no fuesen más sabias y cautas en la paz. Convirtieron en escisión violenta, que había de parar en forzosa desorientación y zozobra, lo que pudo ser tránsito ordenado, tenaz adaptación, enlace armonioso. Aun después que los rencores de la guerra se disiparon y que el instinto de simpatía por el propio linaje y por los hechos de los mayores recobró en parte sus fueros, esta reconciliación se manifestó mucho más por protestas elocuentes y jaculatorias líricas que como inspiración de una labor encaminada a restablecer la unidad interna de la historia. Los partidos liberales, sucesores directos del espíritu de la Independencia en cuanto obra de fundación social y política, persistieron en el yerro original de tomar de afuera ideas y modelos sin tener más que olvido o condenación para un pasado del

que no era posible prescindir, porque estaba vivo, con la radical vitalidad de la naturaleza heredada y la costumbre. Los partidos conservadores se adhirieron a la tradición y a la herencia española, tomándolas, no como cimiento ni punto de partida, sino como fin y morada; con lo que, confirmándolas en su estrechez, las sustrajeron al progresivo impulso de la vida y cooperaron a su descrédito. En aquellas partes de Hispano-América donde una continua y populosa inmigración, procedente de distintos pueblos de Europa, acumuló en poco tiempo, sobre el fondo nativo, elementos extraños bastantes para sobreponerse a la fuerza asimiladora de una personalidad nacional que no se sostuviese con gran brío, fue éste un nuevo factor que conspiró a nublar la conciencia de la raza propia; y ninguna enérgica acción social, ningún plan orgánico de gobierno, acudieron a levantar, por cima del aluvión cosmopolita, el principio de unidad que hubieran dado de sí los sentimientos de la tradición y de la raza, celosamente estimulados con los mil medios de educación y propaganda que el Estado es capaz de desenvolver.

Pero no hubo sólo desviación relativa a las tradiciones de raza, tomando ésta en su directo y más concreto sentido de la nación colonizadora. Momento llegó en que el desapego tendió a más, si no en la conciencia del pueblo, en la de las clases directivas y cultas. Por influjo de corrientes de filosofía histórica que tuvieron universalmente su auge y que convirtieron en desalentado pesimismo de raza la impresión de decaimientos y derrotas que coincidían con el encumbramiento intelectual, económico y político de pueblos a quienes parecía transmitirse por tal modo la hegemonía de la civilización, la desconfianza hacia

lo castizo y heredado de España se extendió a la grande unidad étnica e histórica de los pueblos *latinos*, cuya capacidad se juzgó herida de irremediable decadencia, y cuyo ejemplo y cuya norma, en todo orden de actividad, se tuvo por necesario desechar y sustituir, para salvar de la fatal condena que virtualmente entrañaban. No creo engañarme si afirmo que éste era, aun no hace muchos años, el criterio que prevalecía entre los hombres de pensamiento y de gobierno, en las naciones de la América latina; el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos: la superioridad absoluta del modelo anglosajón, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, a fin de aproximársele, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social. Los Estados Unidos de Norte América aparecían como viviente encarnación del arquetipo; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana. Absurdo sería, desde luego, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal: el genio de la raza que en aquel pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la excesiva y candorosa idealización, ni en el ciego culto, que se tributaba por fe, por rendimiento de hipnotizado, más que por sereno y reflexivo examen y prolija elección, — como en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas, de pueblo a

pueblo, de raza a raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, a los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras; que pueden emularse disposiciones heredadas y costumbres seculares, con planes y leyes; y finalmente, que, aun siendo esto realizable, no habría abdicación ilícita, mortal renunciamiento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma, dueña siempre de reformarse pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ajeno.

Me he detenido, tal vez con demasía, a recordar estas tendencias divergentes del sentido de la tradición y la raza, a fin de que aparezca el carácter de reacción que tienen sentimientos e ideas dominantes ya, y que suben con creciente impulso, en la vida intelectual de la América Española. Diríase que del misterioso fondo sin conciencia donde se retraen y aguardan las cosas adormidas que parecen haber pasado para siempre en el alma de los hombres y los pueblos, se levantan, a un conjuro, las voces ancestrales, los reclamos de la tradición, los alardes del orgullo de linaje, y preludian y conciertan un canto de *alborada*. Muchos son los libros hispanoamericanos de estos últimos tiempos en que podrían señalarse las huellas de ese despertar de la conciencia de la raza; no vinculada ya a una escuela de estrecha conservación en lo político y de pensar cautivo y receloso, sino abierta a todos los anhelos de libertad y a todas las capacidades de adelanto; henchida de espíritu moderno, de amplitud humana, de simpatía universal;

como gallarda manifestación característica de pueblos que aspiran a estampar su personalidad, diferenciada y constante, en la extensión continental cuya mitad ocupan y en el inmenso porvenir donde hallarán la plenitud de sus destinos, y que buscan para ello sentar el pie en el pasado histórico donde están las raíces de su ser y los blasones de su civilización heredada. Ni es sólo en una vaga idealidad cómo da muestra de sí este sentimiento. Cuestiones sociales y políticas se consideran por su incentivo y a su luz; y así, en reciente y notable libro, *La Restauración nacionalista*, Ricardo Rojas, argentino, refiere el problema de la educación a la necesidad de mantener los vínculos tradicionales, y lo estudia en la particularidad de la enseñanza de la historia, medio efficacísimo de simpatía y comunión en el culto de la patria.

Pues bien: *Idola Fori* se relaciona, en mi sentir, por su más íntima tendencia, con ese movimiento de *restauración*, si usamos la palabra del autor argentino, y es como la expresión generosa del sentido político que debe adquirir tal movimiento, manifestándose en el espíritu y la obra de los partidos liberales. Porque el mensaje que sus páginas llevan es mensaje de conciliación, de armonía, de evolución racional y orgánica, tan ajena de yertas inmovilidades como de vanos desasosiegos; de serenidad encumbrada sobre "los fanatismos de la tradición y los fanatismos de la revolución"; y quien quisiera reducir estas fórmulas a una, la hallaría en el mandamiento de enlazar los impulsos de reforma, que modelan lo porvenir, con el respeto del pasado, en su persistente unidad característica. Conjuraremos los ídolos del Foro; lograremos, según las palabras de Torres, "el equilibrio hermoso y estable que resulta de las mutuas concesiones

de los asociados", si cuidamos de adecuar las cosas nuevas que proponemos y adquirimos, a la realidad de nuestra vida y nuestra historia, edificando sobre el propio solar y sembrando en el propio terrón. Y así lo entiende y declara, en no pocos pasajes de su libro, el escritor colombiano. Contra el vulgar sentir de que la relación de lo pasado a lo presente es, por esencia, oposición y discordia, levanta, con Kidd, el principio de su solidaridad y continuidad indestructibles; y contra el concepto biológico que sólo ve en la evolución las desviaciones del tipo originario, reivindica, con Quintón, la ley de fijeza, constancia y unidad "que rige la intimidad del fenómeno vital, inmutable en su esencia, mudable en su estructura". Realza la sagrada eternidad de la idea de la patria, como "vinculación ideal de tradición, sentimientos y aspiraciones"; y en el sintético y hermoso capítulo final *Hacia el futuro*, encarece el valor del tesoro que aportan al presente "con sus acopios fisiológicos, la herencia; con sus acopios morales, la tradición", representando la armonía perenne que integran las generaciones humanas por las tres mujeres que, en el bajorrelieve de Frémieux, tripulantes de la misma barca, mira la una con aire melancólico a la playa que dejaron; sondea la otra, con impaciente anhelo, la opuesta lejanía, y rige la tercera, en medio de las dos, con firme y sereno pulso, los remos que las llevan adelante.

Otro de los rasgos fisiológicos del pensamiento hispano-americano, en el momento presente, es la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida; la frecuente presencia, en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales; el interés consagrado a la faz no material ni utilitaria de la civilización. Corres-

ponde esta nota de nuestra vida mental al fondo común de sentimientos e ideas por que nuestro tiempo se caracteriza en el mundo. No cabe dudar de que las más interesantes, enérgicas y originales direcciones del espíritu contemporáneo, en su labor de verdad y de belleza, convergen dentro de un carácter de idealismo, que progresivamente se define y propaga. Así lo reconoce, en más de una ocasión, el escritor colombiano; ya refiriéndose, al empezar, a la "sutil esencia de idealismo" que se evapora del conjunto de la actividad filosófica y científica de nuestra época, ya finalizando con la afirmación de la existencia de un "renacimiento idealista" que aspira a producir una "superior conciencia de la humanidad", como resultado de una múltiple corriente de revaluación de valores intelectuales y morales.

Si retrocedemos a señalar el punto de donde esta universal revolución del pensamiento toma su impulso, en parte como reacción, en parte como ampliación, lo hallaremos en las postreras manifestaciones de la tendencia netamente positivista que ejerció el imperio de las ideas, desde que comenzaba hasta que se acercaba a su término la segunda mitad del pasado siglo. Expone Taine que cuando, en determinado momento de la historia, surge una "forma de espíritu original", esta forma produce, encadenadamente y por su radical virtud, "una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia", y agreguemos nosotros, una concepción de la vida práctica, una moral de hecho, una educación, una política. El positivismo del siglo XIX tuvo esa multiforme y sistemática reencarnación; y así como en el orden de la ciencia condujo a corroborar y extender el método experimental, y en literatura y arte llevó al realismo natu-

ralista, así, en lo que respecta a la realidad política y social, tendió a entronizar el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único o supremo objetivo del interés común. La oportunidad histórica con que tal "forma original de espíritu" se manifestaba, es evidente; ya en el terreno de la pura filosofía, donde vino a abatir idealismos agotados y estériles; ya en el de la imaginación artística, a la cual libertó, después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras; ya, finalmente, en el de la práctica y la acción, a las que trajo un contacto más íntimo con la realidad, contribuyendo, por ejemplo, a vencer el espacio que en Francia separa la vana agitación de la segunda República, de la sabia firmeza del oportunismo republicano que llegaba al poder confesándose, por labios de Gambetta, "libre y desinteresado servidor del positivismo".

Es indudable, además, que si el espíritu positivista se saborea en las fuentes, en las cumbres, un Comte o un Spencer, un Taine o un Renán, la soberana calidad del pensamiento y la alteza constante del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las más altas aspiraciones. Pero sin detenernos a considerar de qué manera y en qué grado pudo el positivismo degenerar o estrecharse en la conciencia europea, como teoría y como aplicación; y volviendo la mirada a nuestros pueblos, necesario es reconocer que aquella revolución de las ideas fue, por lo general, entre nosotros, tan pobremente interpretada en la doctrina como bastardeada en la práctica. El sentido idealista y generoso que comtianos como Lagarrigue infundieron en su predicación, más noblemente inspirada que bien comprendida y eficaz,

no caracteriza la índole del positivismo que llegó a propagarse, y aun a divulgarse, en nuestra América. Fue éste un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común. Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supersticiosa de la ciencia empírica, como potestad infalible e inmutable, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha a los hombres. En lo tocante a la acción y al gobierno de la vida, llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio, o la falsa comprensión, de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo *práctico* y lo *útil*.

Éstas dos nociones, tan interesantes y necesarias dentro del orden y trabazón de ideas en que se encuadra una voluntad bien regida, son ídolos groseros si se las observa campear, sueltas y emancipadas de todo principio superior, en la conciencia del vulgo. En general, nada debe temerse más que los efectos de la deformación de ciertas ideas arriesgadas y confundibles, o ya originariamente viciosas, cuando se apoderan de ellas la mediocridad de espíritu y la mediocridad de corazón, para disfrazar de conceptos capaces de sostenerse y propagarse a plena luz, las condiciones de su personal inferioridad. Esto, de que puede señalarse actualmente un ejemplo en la deplorable boga del egoísmo aristocrático de Nietzsche, conver-

tido en patente de corso para la franca expansión de la desatinada soberbia de los necios y de la miseria de alma de los viles, pasó también con la difusión entusiástica de la idea de utilidad. Las medianías ineptas, por su pobreza de vida espiritual, para comprender aspiración más alta que las que circunscribe el interés positivo, acogieron con júbilo un criterio que interpretaban como la confirmación de que, allí donde nada veían ellas, nada existía sino vanidad; y creyendo predicar la filosofía que habían aprendido, predicaban la imitación de su propia naturaleza. Imaginaron que descubrían un mundo, y que este mundo era la tierra misma: el suelo firme y seguro de la realidad, de donde las generaciones anteriores habían vivido ausentes, y que era menester rehabilitar como habitación de los hombres. La energía interior, la *facultad dominante*, que para ello preconizaban era un *sentido práctico* abstraído de toda noción ideal que lo refiriese, como instrumento o medio de hacer, a algún supremo término de desinterés, de justicia o de belleza; *sentido práctico* que orientándose, como el buen sentido de Sancho, en exclusiva persecución de lo útil, si alguna vez padecía quiebras y eclipses había de ser, como en el inmortal escudero, para desviarse en dirección de esos qui jotismos de la utilidad que fingen ínsulas y tesoros donde el qui jotismo de lo ideal finge Dulcineas, castillos y gigantes.

Relativamente a la peculiar situación de nuestros pueblos, estas tendencias encerraban peligros que no era bastante a compensar el efecto de saludable eliminación que, por otra parte, producirían (ya que no falta nunca alguna relación benéfica en lo fundamentalmente pernicioso), sobre idealismos quiméricos y sueños impotentes y vagos. Desde luego, toda obse-

sión utilitarista; todo desfallecimiento de las energías que mantienen el timón de la nave social en derecha a un objeto superior al interés del día que pasa, habían de ejercer tanto más fácil y avasallador influjo en el espíritu de democracias nuevas, donde la marea utilitaria no encontraría la resistencia de esas poderosas fuerzas de idealidad inmanente que tienen fijadas, en los pueblos de civilización secular, la alta cultura científica y artística, la selección de clases dirigentes y la *nobleza* con que *obliga* la tradición. A esto hay que agregar, todavía, circunstancias de época. Comenzaba en estas sociedades el impulso de engrandecimiento material y económico, y como sugestión de él, la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo; la avidez de oro, que, llevando primero a la forzada aceleración del ritmo del trabajo, concluía en el disgusto del trabajo, como hartado lento prometedor, y lo sustituía por la audacia de la especulación aventurera. Eran los años en que las líneas enérgicas y airovas de la tradicional personalidad colectiva empezaban a esfumarse, veladas por un cosmopolitismo incoloro, y en que, en medio de la confusión de todo orden de prestigios y valores sociales, se apresuraba la formación de una burguesía adinerada y colectiva, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto. El gran Sarmiento, que alcanzó en su titánica vejez al despuntar de esos tiempos, los llamó *la época cartaginesa*. En semejante disposición de las conciencias y las cosas, una corriente de ideas que ya llevaba en sí misma cierta penuria de energías enaltecedoras, no podía menos de empobrecerse y de extremarse en sentido utilitario y *terre à terre*; y no fue otro, en efecto, el carácter de nuestro positivismo.

Entre tanto, generaciones nuevas llegaban. Educadas bajo el dominio de tales direcciones, se asomaban a avizorar fuera de ellas, con ese instinto que mueve a cada generación humana a separar de lo anterior y aceptado, alguna parte de sus ideas. Ponían el oído a las primeras vagas manifestaciones de una transformación del pensamiento en los pueblos maestros de la civilización; leían nuevos libros, y releían aquellos que habían dado fundamento a su criterio, para interpretarlos mejor y ver de ampliar su sentido y alcance. Hay en *Idola Feri* un capítulo donde se indican algunas de las fuentes de la transición que siguió a esto, comentándose el estudio que de la evolución de las ideas en la América Española, hizo, no ha mucho, Francisco García Calderón, en trabajo digno de su firme y cultivado talento. La *lontananza* idealista y religiosa del positivismo de Renán; la sugestión inefable, de desinterés y simpatía, de la palabra de Guyau; el sentimiento heroico de Carlyle; el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergsón y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tolstoy y de Nietzsche; y como superior complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas e inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana, fueron estímulo para que convergiéramos a la orientación que hoy prevalece en el mundo. El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental

del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos a restituir a las *ideas*, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebató estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas, o procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda.

También por esa parte se enlaza el libro que me da pie para estas observaciones, con la fisonomía general que la literatura de su índole presenta en la actualidad americana. Es el libro de un idealista, y es el libro de un hombre que sabe de la realidad por la cultura y por la acción. El consorcio fecundo del

sentido de lo ideal y el de lo real luce en la armonía y madurez de esta obra y es de las excelencias de espíritu de su autor. No le abandonan un punto ni la inspiración de altas ideas ni el cuidado del modo como cabe arraigarlas en el polvo del mundo. Y asistido de ambas facultades, penetra a señalar en el carácter de la actividad política, principalmente tal como ella suele ser en nuestros pueblos, los *ídolos del Foro*, las supersticiones que persisten contra la sentencia de la razón o que se adelantan a su examen sereno.

¿Quién que alguna vez haya participado de esa actividad, en su habitual manifestación de los *partidos políticos*, no recuerda, si tiene alma un tanto levantada sobre el vulgo, las torturas de la adaptación; la resistencia de su personalidad a las uniformidades de la disciplina; aquella angustia intelectual que produce la imposibilidad de graduar y depurar las ideas en la expresión grosera de las fórmulas inteligibles para los más; las repugnancias del contacto forzoso con lo bajo, con lo torpe, con lo servil; la sensación vivísima de las profundas diferencias de sentir y pensar que cautelaba la unidad falaz de un programa y un nombre?... Y sin embargo, esas organizaciones colectivas, a las que no en vano se tiene por nervio de las democracias, son fatales necesidades de la acción. No pudiendo pensar en suprimirlas, aspiremos, en lo posible, a educarlas.

Denuncia Torres la sinrazón de los impulsos fanáticos y la vanidad de las convicciones absolutas; enseña cómo la constancia y unidad de una vida enderezada a un fin ideal puede avenirse con las racionales modificaciones de la inteligencia, y cómo los partidos, conformándose con esta misma ley de variedad, se readaptan y transforman, a menos de disolverse o des-

virtuarse; protesta contra repulsivas glorificaciones del egoísmo y de la fuerza; discierne el genuino concepto de la democracia de los sofismas de la falsa igualdad; flagela la ilusión aciaga de la guerra civil como medio de arribar a algún orden; y con franco optimismo y fundada altivez, que yo aplaudo y comparto, sostiene que, fuera de las superioridades individuales de excepción, "el nivel medio intelectual y moral de la humanidad civilizada en nuestros jóvenes Estados no es, ni con mucho, inferior al de las viejas sociedades europeas". En todo esto muestra el autor de *Idola Fori* admirable acierto, penetración y equilibrio. Sólo me parece a mí que, al impugnar la superstición aristocrática, no reconoce todo su valor de oportunidad a la obra de instituir, en el alma de estos pueblos, el sentimiento de la autoridad vinculada a las legítimas aristocracias del espíritu, para la orientación y el gobierno de la conciencia colectiva. Yo entiendo que ésta no es tarea de mañana, sino de hoy; porque si en unas partes de América, el desenvolvimiento material, que es el carácter del presente y del inmediato porvenir, trae en sí los declives de una igualdad utilitaria contra la que urge reaccionar, en otras partes, y en las mismas quizá, urge desarraigar y sustituir tanto prestigio menguado y tanta vergonzosa autoridad como han recogido de botín, en los saqueos del desorden, la energía brutal, la medianía insolente o la caprichosa fortuna.

Atinadísima observación apunta el escritor colombiano en el capítulo *Corrientes políticas de la América Española*, cuando, al hablar de pasiones que subsisten sólo por el poder de la costumbre, encarece la necesidad de que fijemos el centro de las fuerzas políticas en el terreno de "los nuevos problemas que

surgen, de las nuevas necesidades que apremian, de los nuevos peligros que amenazan", es decir: de aquellos motivos de atención que, en nuestras tierras y en nuestro tiempo, guardan correspondencia con la realidad. Los más funestos *ídolos del Foro*, (si bajo este nombre comprendemos toda superstición política), no son los ídolos cuya falsedad es más patente porque consiste en grosera ilusión o bastardo interés, sino aquellos otros que se refieren a ideas y objetivos que alguna vez tuvieron real fundamento y oportunidad imperiosa, y que los conservan hoy mismo en ciertas partes, pero que en otras, donde se les mantiene, han perdido, por ya resueltos y logrados o por desviados del sentido que lleva el desenvolvimiento de la vida, toda razón de ser, lo que no es obstáculo para que una maquina inercia o una galvanización artificiosa los represente con el carácter de lo actual, y motiven proselitismos, y susciten pasiones, y defrauden de esta manera energías que se sustraen a la aplicación eficiente y fecunda de los problemas de la realidad. Muchos podrían ser ejemplos; yo no citaré sino uno.

En algún pueblo hispanoamericano, la libertad y la tolerancia religiosas han culminado hasta un punto que, seguramente, ningún otro pueblo supera, dentro de la civilización contemporánea; no sólo porque, en el terreno de la ley, ha tiempo que se han reivindicado ampliamente, y con arraigo incommovible, todas las libertades de ese orden que pueden ser objeto de limitación por la intolerancia o la parcialidad del Estado, sino porque en la sociedad, en las costumbres, en la vida doméstica, el sentimiento religioso no incide sino por raro caso en pasión perturbadora y fanática, y tiende a contenerse en su inviolable santuario de la conciencia individual. A pesar de ello, la

sugestión de campañas anticlericales, que, en los pueblos de Europa de donde se las reflejaba, tenían acaso natural impulso en las peculiares condiciones de la realidad, fue bastante, (y no escribo historia antigua), para traer al primer plano de la atención y el apasionamiento político un género de propaganda que estaba lejos de ocupar el mismo rango en el orden real de las necesidades sociales; retrocediéndose, sin ventaja visible, a la conmixti3n abominable y anacr3nica de las m3s delicadas cuestiones de conciencia con las pasiones violentas de los bandos. Y apenas me parece necesario advertir que si abomino de esa conmixti3n, all3 no la haga forzosa el desequilibrio de un r3gimen de intolerancia, s3lo quiero negar la oportunidad del debate religioso en los estrechos l3mites de la vida pol3tica, en las disputas de la plaza p3blica; de ning3n modo en el intercambio espiritual, en la verdadera comunicaci3n del pensamiento, donde la controversia de esa 3ndole responde a un perdurable inter3s humano y donde siempre ser3 oportuno y siempre ser3 noble propender, por los medios de la raz3n y de la simpat3a, a emancipar las conciencias capaces de libertad, del yugo de los dogmas que tenemos por falsos y tir3nicos.

Pero ser3a tarea interminable la de indicar todas las particularidades y todos los problemas de la vida actual de nuestros pueblos a que puede tener aplicaci3n el profundo sentido de esta obra, destinada, sin duda, a realzar la ya justa fama de su autor.

Por la 3ndole de sus facultades y la orientaci3n de sus tendencias, Carlos Arturo Torres es de los escritores hispanoamericanos que mejor responden a las necesidades actuales de nuestra sociedad y de nuestra cultura, en lo intelectual como en lo moral; de los que

están en condiciones de hacer mayor bien con la pluma; de los que en más alto grado merecen ejercer *cura de almas*. Es, además, de los que, por sus cualidades de forma y de gusto, y por la variedad y elección de sus lecturas, manifiestan una personalidad literaria más emancipada de las *sugestiones* caprichosas de la novedad. El equilibrio superior, la amplitud simpática y benévola, la alta y noble equidad de su pensamiento, encuentran adecuado medio de expresión en la severa elegancia de un estilo inmune de toda vana retórica. Como escritor y como pensador tiene por carácter la selección desdeñosa del vulgar efecto; la elevada sinceridad, que, en el pensar, es justicia fundada sobre propia y personal reflexión, y en el escribir, es sencillez escogida. Y este espíritu tan encumbrado sobre la vulgaridad no participa de las limitaciones de caridad ideal que suelen venir juntas con las excelencias y ventajas de los espíritus de selección: el desprecio por la muchedumbre, la soberbia egoística, la tendencia al atesoramiento de la verdad como patrimonio de pocos. Siente la mayor obligación de amor humano que toda superioridad espiritual determina, y aspira a que la parte de verdad que no alcance a ser comprendida por los más, sirva, a lo menos, para aplicarse al bien de todos.

Hay libros de bien como hay hombres de bien. El libro de que hablo es uno de aquéllos. Y cuando a la viva voluntad del bien se une, en el hombre o en el libro, el sentimiento delicado y el superior discernimiento de él y la facultad de expresarle con las palabras de belleza y simpatía que le abren fácil paso en el corazón de los otros, entonces la superioridad moral

adquiere sus más nobles complementos. *Idola Fori* ofrece ejemplo de esa cumplida superioridad. ¿De cuántos libros hispanoamericanos podrá decirse otro tanto? . . .

1910.

LA GESTA DE LA FORMA

¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista!... Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga a que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoo en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone a menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatársela, para que convoquéis a otra, que llega, huraña y esquiva al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada a vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo, como la tierra estremecida por la fragorosa palpación de la batalla. Como en el campo donde la lucha fue, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios. Dejáis en las ennegrecidas páginas algo de vuestras

entrañas y de vuestra vida. — ¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone a la influencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia; ninguna altiva terquedad a la rebelión de la palabra que se niega a dar de sí el alma y el color?... Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos... ¡Oh Iliada formidable y hermosa; Iliada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durara en ti el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

1900.

EL RAT-PICK

Una vez, en tiempo que, como todos los pasados, "fue mejor"; cuando estrenaba mis armas literarias, se requirió mi parecer en una encuesta relativa a si debía o no levantarse la prohibición de las corridas de toros. Pasaba yo entonces por esa crisis de *dilettantismo*, desdeñoso de la acción y de las ideas, ebrio del arte puro, que suele ser como el prurito de la dentición en los espíritus de naturaleza literaria, (aunque en mí nunca caló muy hondo). Por aquel tiempo había descubierto a Gautier, y este sol me tenía deslumbrado. Con tales antecedentes no será difícil comprender que hiciese hasta cierto punto, la defensa de la pintoresca barbaridad, en nombre de la belleza, del color y de la originalidad característica de tradiciones y costumbres. No necesito decir que hoy mi respuesta sería otra.

Recordaba esto, ha pocos días, volviendo de satisfacer mi curiosidad en cuanto al espectáculo que, con el nombre de *rat-pick*, anuncian los carteles y que ya goza de cierta popularidad. ¿En qué consiste el *rat-pick*?

El *rat-pick* no es sino la caza de la rata por los grifos rateros que llaman *fox-terriers*. Esta caza da pretexto a un juego de *sport*. Frente a las gradas de los espectadores, un recuadro, cercado de madera, sirve de palenque. Tres *fox-terriers* aguardan encerrados en otras tantas casillas, cuyos colores distintivos corresponden a los de las boletas del juego. Abrense las casillas, simultáneamente con la trampa en que

traen a la rata, la cual, despavorida, busca huir, mientras los perros se lanzan en competencia sobre ella: el que primero la atrapa es el ganador. Veces hay en que la rata se resiste y muerde; pero claro está que no llega el caso de que escape a las mandíbulas de sus perseguidores. Pronto los canes, disputándose, arrancándose uno a otro, la truecan en piltrafas sangrientas: dase, con esto, por terminada una tanda, y a los breves minutos se entra a otra.

El *rat-pick*, como casi todo espectáculo de *sport*, es invención de ingleses y ocasión frecuentemente elegida entre ellos para despuntar el vicio de la apuesta, por la gente del vulgo y también por la ociosa juventud aristocrática. Excluiré, desde luego, de mi comentario, lo que se refiere a esta intervención del juego de azar; no sólo porque nos llevaría a moralidades muy triviales, sino porque confieso que no es la nota reprochable que más subleva mi espíritu en esta baja diversión. Mis soliloquios de espectador repugnado fueron de distinto género, y voy a ponerlos ahora por escrito. Razonemos acerca de las cosas pequeñas, puesto que no nos favorecen con su presencia las grandes.

Inútil me parece advertir que si ya va tiempo que me despedí del *dilettantismo* indiferente, dispuesto a perdonar y consagrar de lícita toda apariencia amable, no he renegado de la religión de la belleza, ni he dejado de comprender las inmunidades y exenciones que ésta regiamente instituye para los seres y las cosas que señala con su favor. Y en su relación con la moral, no sólo en los dominios del arte propendo a conceder a cuanto es bello una irresponsabilidad olímpica, sino que, dentro de la misma realidad y de la misma acción, concedo que allí donde lo bello es el fin o la forma de lo malo, lo malo no se cohonesto,

pero sí se atenúa. Si esto es resabio de *dilettantismo*, yo me declaro impenitente. El sentimiento que nos dominaría ante la Bacante en furor, inspirada y bella, que desgarraba entre sus manos convulsas las entrañas crudas de las víctimas, no se confundirá jamás con el que experimentaríamos en presencia de un acto semejante realizado sin el encrespamiento orgiástico y de modo vulgar. La apariencia bella es hechizo que, aun en la contemplación de la maldad y del odio, brinda gratas mieles; como, en las representaciones plásticas o poéticas de la sensualidad, la belleza es la sal que evita la mal oliente podredumbre y separa una página de Lucio o de Petronio del fangal de las vulgaridades obscenas. La perversidad pagana, que imaginó las crueldades del Coliseo, nunca olvidó revestirlas de belleza; y esta preocupación no falta, aunque depravada y retorcida, ni aun en las más atroces demencias de Nerón. Una pasión de lo bello, de lo magnífico y lo raro, que, como la que concurrió a inspirar las invenciones satánicas del circo, pasa por encima de toda valla de moral y de todo instinto de humanidad y simpatía para realizar su inaudito sueño de arte, es cosa que impone un asombro rayano de la admiración, y aun cierto sentimiento de respeto, como toda energía avasalladora y soberbia que corre arrebatada en dirección a un fin único. Las escenas que el *velarium* de púrpura cobijó en la pista enorme, enrojecida por oleadas de sangre: las hecatombes, los suplicios, las cacerías monstruosas, los encuentros de gladiadores, constituían un espectáculo perverso, pero no mezquino. Y cuando los seiscientos leones que Pompeyo echó una vez a la arena, hacían temblar, de un trueno espantable, los cimientos del circo, se

comprende que este trueno tuviese fuerza para ensordecer la protesta del sentido moral.

Algo semejante cabe decir, guardando distancias, de algunos de los espectáculos de crueldad que todavía duran. Las corridas de toros son fiestas de brutal barbarie; pero el sentimiento artístico encuentra en ellas dónde detenerse. Prescindo de que exista un arte de torear, que tiene su técnica y sus entendidos. Quiero sólo ver en la lidia de toros la fiesta circense, el espectáculo de decoración grandiosa y ruda, pintoresca *epifanía* de un ambiente y de una imaginación y una sensibilidad colectivas; el espectáculo en que naturaleza y público entran por tanta parte como lo que ocurre en la arena; en que el prestigio fluye, en suma sinfónica, del sol y el cielo abierto; de los colores y marchas de la cuadrilla; de la alegre música y el clamor popular; del valor temerario, la agilidad y la destreza; de los ojos negros, las mantillas y las rosas: y acaso también de la relación *dionisiaca*, si recordamos a Nietzsche, entre el desborde de tanta sensualidad y tanta vida y el vaho embriagador de la sangre. Y digo que, para quien no tenga alma de cuáquero o anabaptista, esto encierra un interés estético, y que no hay que extrañar que, vencidas las primeras repugnancias, la sugestión del espectáculo lleve, si no a sobreponerse absolutamente al recto juicio, sí a producir una escisión de la personalidad, en que la conciencia moral, que reprueba, quede de una parte, y de la otra la imaginación fascinada se incorpore al himno triunfal, al coro estrepitoso y ardiente, que estalla, en música de Bizet, como la sangre que salta de la arteria rota: "*La voici, la voici la quadrille!*"

En las riñas de gallos no falta su migaja de esté-

tica, y ello se concibe con sólo recordar al gallardísimo animal, como modelado plásticamente para el alarde y el combate. El aspecto armado y soberbio; la reluciente pluma; el ojo centelleante; la cola que se alza en arco pomposo; la pata toda nervio con que dar empuje al espolón, y en la altanera cabeza la roja insignia heráldica, vuelta más roja por la ira: todo esto compone un admirable conjunto, al que la actividad del combate agrega, en actitudes, ímpetus y acometimientos, un arte gladiatorio capaz de interesar a la mirada que atesora belleza. Cuando Temístocles, en vísperas de batalla, quiere excitar la bravura de la juventud, en aquel mundo donde el sentido de la belleza plástica no se apartó jamás de ninguna manera de pensamiento o acción, la imagen que pone ante sus ojos es la del gallo de pelea, apercebida y vibrante.

En cambio, este abominable *rat-pick* no se ilumina con el más tenue rayo de gracia o hermosura. En tan bajo espectáculo, todo es feo, todo es desagradable, todo es ruin. Fea es la víctima, feo el victimario, feo el aspecto de la lacha, o más exactamente, de la caza. Y la inferioridad estética no está compensada por ninguna ventaja de orden moral. En las lidias de toros no es posible negar que la barbarie tiene cierta atenuación de nobleza, que consiste en la exposición que el hombre hace de su vida. Cualesquiera que sean la vulgaridad y el insufrible amaneramiento del lidiador de toros, considerado fuera de la arena, como *arquetipo* chulesco, como modelo que polariza, con sugerencias de gustos y costumbres, la admiración popular, es indudable que el desafío oficioso del peligro, la voluntaria vecindad con la muerte, reflejan sobre él alguna luz de simpatía, cierto prestigio mar-

cial, cierta elegancia heroica, que en antiguos tiempos tentó a que se probasen en el hoy plebeyo ejercicio los brazos más capaces de sublimes empresas, desde Rodrigo de Vivar, si hemos de creer a la fama, hasta el propio César Carlos V. Y con un poco de imaginación, cabe percibir en el arte del toreo un valor significativo o representativo de ese triunfo de la destreza humana sobre la fuerza bestial, que inspira, cuando el despertar de las energías y potencias del hombre, las leyendas de las victorias de Herakles sobre el jabalí de Erimanto y el león de Nemea. En las riñas de gallos el hombre es pasivo espectador, sanguinario a mansalva, y esto contribuye a envilecerlas; pero, cuando menos, la competencia se entabla allí entre fuerzas proporcionadas por naturaleza y por ley del juego. Al espolón se opone el espolón; al pico, el pico; y el mismo interés venal del deporte interviene para que, antes de la riña, se comparen cuidadosamente las fuerzas de los combatientes y se depure, en lo posible, la decisiva superioridad de mérito o fortuna.

Pero en la lucha entre los dientes ratoniles y la mandíbula del *fox-terrier*, la víctima está indicada de antemano. Es la inmolación del débil por el fuerte; del condenado, por el verdugo; es decir: lo más antipático que cabe como objetivo del sentido moral. Y quien arguya que en este caso el débil es una alimaña repulsiva y dañosa, demostrará no darse cuenta del carácter de la inmoralidad, la cual procede, no del exterminio en sí mismo, que puede ser necesario o útil, sino del exterminio abstraído de la utilidad y convertido en juego; de la indignidad del goce que se obtiene en la contemplación del exterminio. Aun ateniéndonos a la pura consideración de gusto con que

nos autorizamos a tildar de repulsiva a la rata, más repulsivo y de perverso gusto es el espectáculo de su sacrificio. Por lo demás, en esto de distribuir repugnancias y reprobaciones entre los seres que tripulan, junto con nuestra aristocrática especie, la nave del mundo, ha de andarse con tiento. La víbora, que nos repugna, era el animal mimado de Goethe; el escarabajo pelotero tuvo en Egipto adoradores; las orejas del asno fueron, durante siglos, en Oriente, el venerando emblema de la sabiduría...

Hay una forma o especie de la imaginación creadora, que bien merecería ser estudiada por Ribot, y mejor aún, por quien reuniese la potencia analítica y los cálidos colores de un Taine. Es la imaginación aguijoneada e inspirada por el sentimiento de crueldad, para desarrollar la fuerza inventiva que crea castigos, suplicios, máquinas de tormento y de muerte, y también juegos, fiestas y deportes en que el dolor ajeno es motivo de deleite. ¡Qué interesante historia sería ésta! Cuando se piensa que en la Roma de los Antoninos, dentro de uno de los más espléndidos florecimientos de la cultura de espíritu y las ideas liberales que presente la historia de la humanidad, la arena del circo se teñía, ante un concurso en gran parte aristoerático, con la sangre de los gladiadores y las fieras, y por fin del espectáculo, algunos de los espectadores, para mostrar su *archicorazón*, como diría Gracián, solían bajar a la arena, y metían la mano en las heridas de las víctimas, y les arrancaban las entrañas palpitantes, no puede menos de conceder el más optimista que las exterioridades de benevolencia y pulcritud con que la civilización decora la naturaleza del hombre, son una corteza muy liviana, y que por bajo de ellas, pronta a incorporares

al más leve rasguño, la fiera duerme o dormita... ¿La fiera? No. ¿Por qué hemos de calumniar a las fieras? Esto de la crueldad como espectáculo, como deleite inútil, como "finalidad sin fin", según la célebre fórmula del arte, es privilegio humano; y toca a la materna Roma el triste honor de haberlo asimilado a las costumbres y embellecido con las pompas de la civilización, comunicando a la maldad un carácter de *diletantismo* que no tuvo en los más sangrientos delirios del Oriente. El animal es cruel. La fatalidad universal de la lucha no admite exención ni tregua, y la eterna dualidad de la víctima y el victimario se manifiesta en la naturaleza con rigores a menudo atroces; por más que sea justo agregar que la observación humana se ha detenido hasta ahora, casi exclusivamente, en este aspecto de las relaciones entre los seres vivos, y no en los rasgos de mutua cooperación y mutuo auxilio entre aquellos seres: rasgos que atenúan la crudeza de la guerra natural con toques de piedad y simpatía. Pero en las mayores crueldades de la bestia el acicate es la necesidad individual, o bien el estímulo de las necesidades de la especie, cuya sugestión se acumula y asienta en odios instintivos. Cuanto puede acontecer de más es que, en el ejercicio de la caza de que se alimenta, el animal a quien la obtención de su presa cuesta menos gasto de energías que las que es capaz de desplegar, emplee el exceso dinámico en prolongar y complicar la caza como diversión o juego, ocasionando así la angustia y padecimiento de la víctima.

De observación común es el juego del gato, cuando, ya atrapado el ratón, lo revuelve mañosamente entre las uñas, y le concede escapatorias precarias y fugaces alientos, solazándose en atraparlo cien veces antes

de comérselo. Pero si el animal llega a cultivar la crueldad como activo juego, no llega, como el hombre, a hacer de ella objeto de contemplación merosa, objeto de ese juego inactivo o contemplativo que denominamos *espectáculo*. Esta maldad pasiva y cobarde, esta maldad de contemplación, es, lo repito, propia del fuero humano. Acaso tan innoble placer germina ya en emociones que aparentemente se confunden con las que proporciona el arte, como las que el vulgo incapaz de poesía experimenta en la lectura de truculentos novelones y crónicas de criminalidad. Cuando se ha dicho que entre el placer del espectador de una tragedia y el del criminal por temperamento, en el instante de ensangrentarse con su crimen, no hay más que diferencia de grado, se ha dicho verdad, pero a condición de que en el ánimo del espectador no asista el sentimiento de lo bello, que todo lo purifica y ennoblece. Siendo axiomático en psicología que toda imagen trae consigo una fuerza elemental de ejecución, un cierto impulso a realizarse, se sigue que, si apartamos de las imágenes del crimen y la sangre el timón con que las guía, al través de nuestra sensibilidad, la emoción realmente artística, desviándolas de toda innoble excitación, — a la manera como, conducido por el pararrayos, el fluido eléctrico atraviesa sin peligro la pólvora, — aquellas representaciones tenderán a ejercer un influjo desmoralizador; por lo menos, cuando no las inhiben la natural delicadeza de alma y la cultura de que el vulgo carece. Y si el conjuro de la ficción teatral y de la simple lectura es suficiente para provocar, en las almas no muy desbastadas, el hormigueo de la afición sanguinaria, ¿cuánto más no lo serán aquellas espectáculos en que la muerte no se representa,

sino que se consuma de verdad?... Cuando la penúltima exposición de París, en uno de los simulacros de lidias taurinas que se realizaban, con toros y *diestros* verdaderos, llegada la ocasión en que el *espada* señalaba la acción de matar, se vio que doña Isabel II salía a la barandilla de su palco para gritarle, ardiendo de impaciencia: "¡Mátalo, mátalo!". Y "¡mátalo!" coreó la alborozada muchedumbre, y el lidiador no se hizo de rogar, y las cañas se volvieron lanzas, a despecho de la ley Grammont y de las conveniencias de la oportunidad y del ambiente. No es dudoso que hay en estas cosas una manifestación degenerada de ese extraño placer de la crueldad, de esa terrible sensualidad del derramamiento de sangre o del sufrimiento impuesto a otro, que nos repugna en las demencias feroces de las degollaciones de vencidos, en el frenesí de los tiranos sanguinarios, en el encarnizamiento de los capataces de esclavos y de los carreteros y arrieros, y que monstruosamente se complica con la misma voluptuosidad de amor, en aquellas perversiones del instinto genésico a que el marqués de Sade vincula su cantaridada memoria. Y después de todo, entre estos impulsos de excitación brutal, pero venida del fondo inconsciente e irrefrenable de la sensibilidad, y la frialdad repugnante de los que, en los circos de gallos, ya terminada la riña, traban nuevas apuestas, según he oído referir, sobre el número de convulsiones que tendrá el gallo moribundo antes de rendir el último aliento, me quedo cien y cien veces con aquellas palpitaciones de franca y viril ferocidad. He hablado con quien, en los combates de gallos, confesaba participar de la excitación, de la calentura de la pelea, hasta el punto de retirarse ebrio y extenuado y de atribuir a la frecuen-

cia de este linaje de emociones el origen de un mal cardíaco. Lo comprendo. Sin perjuicio de comprender también que hubiese quien, con un látigo en la mano, llegase a las gradas del reñidero o a la *mosquetería* del *rat-pick*, y atropellase, azotase y desparramase a latigazos al concurso que goza de su día o su noche de honesta diversión. Esto sería quijotesco, admirablemente quijotesco; y no tengo duda de que, presenciando Don Quijote escena tal como la de los últimos pasos de una riña, cuando el gallo vencido cláva el pico y el vencedor, con gran complacencia de la muchedumbre, se obstina en humillarlo y rematarlo, él, que desbarató los títeres de Maese Pedro por socorrer a Don Gaiferos, promovería la más sonada y ejemplar de las suyas. ¿Por qué el maestro de la buena locura no hará de vez en cuando alguna providencial aparición en nuestro mundo de gentas cuerdas y chiquitas?...

Por lo que toca a las relaciones con el irracional, bien puede decirse que la torpeza y la crueldad humanas son cosa más característica de la civilización y la cultura que del estado de naturaleza. Es posible que, según aquel verso de Ovidio parafraseado por Montaigne en su capítulo "De la crueldad", la primera hoja de hierro que salió forjada de mano de los hombres haya servido para teñirse en la sangre de la bestia; pero, sin embargo de ello, en el hombre aun no apartado de las sugerencias leales del instinto, el reconocimiento de su vinculación fraternal con los seres vivos que halló a su lado al despertar del sueño misterioso que precede a la vida, ha debido imponerse por sobre la fiera de su condición; y la idea o el sentimiento de ese vínculo se manifiesta, efectivamente, en hechos tales como las zoolatrías, la creen-

cia en las metamorfosis y transmigraciones, el vegetarianismo de que hay huella en los Vedas, y la efusión de piedad por los sufrimientos de los animales, de que aun dura testimonio en el célebre hospital de Surata. Si, por una parte, la necesidad de la caza, o de la inmolación del animal domesticado, y por otra, los artificios de la vida de civilización, que aleja al hombre del seno de la naturaleza, han podido relajar aquel lazo de hermandad, la civilización, en su más alto punto, por obra del conocimiento científico, lo restablece, teóricamente por lo menos; y en esto, como en otras muchas cosas, las conclusiones de la sabiduría vienen en confirmación de los vislumbres del primitivo candor. La investigación científica, reduciendo considerablemente la distancia que el orgullo humano imaginara entre nuestra especie y las inferiores; patentizando entre una y otras las similitudes de organización y el parentesco probable, tiende a rehabilitar aquellas simpatías, nacidas del natural instinto, por cuanto ofrece, como ellas, fundamento para la piedad y compasión respecto de seres que reconocemos dotados de todas las capacidades elementales de nuestra sensibilidad, muy ajenos del automatismo sin alma que en un tiempo se atribuía al animal, identificado casi por los cartesianos con los muñecos de resorte.

En esta parte del mundo hay razón para conceder a las cosas de que conversamos especial interés. Como descendientes de pastores, y pastores hoy mismo, adaptados a la labor cruenta en que la bestia perece, nuestra sensibilidad para con el irracional está embotada por la herencia y la costumbre. Cuando las invasiones inglesas, un viajero europeo hacía resaltar, en página que se transcribe en la "Historia de Belgra-

no", el contraste entre la lenidad con que el criollo de Buenos Aires trataba a sus esclavos, y la crueldad de que hacía gala con el animal. Es la huella de la ferocidad del *matadero*; el sedimento de los usos brutales que fomenta esta industria de impiedad y *matanza*, a diferencia de los suaves hábitos que maduran, con la dorada mies y el dulce fruto, en la vida del agricultor.

No en balde aquel manso y sedentario pueblo de Egipto, donde el respeto por el animal llegó a los extremos de la superstición zoolátrica, profesaba a los ganaderos y pastores el odio que conocieron duramente las espaldas del israelita. De las faenas pastoriles vino Rozas a la ciudad, y es circunstancia de que supo sacar razones el autor del *Facundo*. La puñalada que parte la garganta de la res se transporta al *modus operandi* de la "Mazorca"; y los excesos de la guerra civil, que han alimentado las leyendas trágicas de medio siglo, se iluminan de un relámpago revelador cuando consideramos, en una *estancia* al uso antiguo, los procedimientos, los hábitos y el ambiente afectivo que ellos crean. El valor de estas relaciones sólo será dudoso para el que ignore que el pueblo, como el niño, son sonámbulos naturales, en cuanto a su docilidad para la sugestión que, mediante un acto imitado y repetido, funda la ciega fatalidad de la costumbre.

En suma: la prohibición que pesa sobre las riñas de gallos y las lidias de toros, no hay razón para que no se extienda a este repulsivo deporte del *rat-pick*; que a todas las condiciones de inmoralidad propias de aquellos espectáculos, une su inferioridad estética, su exhibición de lo feo; la cual no deja de ser, si se desmenuzan las cosas, otro género de inmoralidad.

Por mucho que teóricamente y como ideal propendamos a un libérrimo individualismo, sería insensato que en la práctica quitásemos de manos del Estado estos resortes de higiene moral, que, como las demás aplicaciones de su atribución educadora, se justifican e imponen doblemente en pueblos nuevos, necesitados de consolidar sus cimientos de civilización. Tratándose de sociedades tales, las insignias de la autoridad han de tener mucho de la férula del magisterio; y bien lo conoció y aplicó aquel enorme argentino que después de haber empuñado en su mocedad la palmeta del maestro de párvulos, supo hacer, — maestro de muchedumbres, — de su bastón presidencial, algo así como una palmeta hercúlea y gloriosa. Y este magisterio, lo mismo comprende la faz afirmativa de fomentar lo que educa, lo que civiliza, lo que dignifica la sensibilidad y forma el gusto, que la faz negativa de proscribir o dificultar lo que embrutece, desmoraliza y deprava.

1907.

LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Uno de los intentos meritorios en que podrían probarse el desinterés y la abnegación de un espíritu de alta cultura literaria, sería el de escribir, para los estudiantes, un texto elemental de teoría de la literatura. Extiende la observación a todos los idiomas, a todos los pueblos cultos, hasta donde yo alcanzo a saber de ellos: en parte alguna ese humilde libro que sueño se ha hecho tal como lo imagino, y como sólo podría realizarlo quien, teniendo el criterio, el sentimiento y el gusto de un verdadero entendedor de la belleza literaria, tuviese al propio tiempo la vocación *evangélica* de hacer a las almas nuevas e ignorantes esa obra de misericordia que consiste en abrir los ojos ajenos a la luz de lo bello. Y no en vano he hablado del desinterés y abnegación que tal empresa importaría, a lo menos en cuanto a la ambición de nombre y fama. No sólo la producción de obras didácticas se considera, en general, tarea subalterna y adaptada a un mero fin de utilidad, sino que suele ocurrir que el género de popularidad que alcanza el autor de ellas por el hecho de que su libro corra, año tras año, en manos de preceptores y estudiantes, tienda a sobreponerse a la reputación que merece por obras más altas y fundamentales, cuando, además de un autor didáctico, hay en él un verdadero hombre de ciencia o un verdadero escritor. El concepto común que se tiene formado en América de Víctor Duray es el de juzgarle un meritorio ordenador de textos de historia para los párvulos de las escuelas y

los jóvenes de los liceos. La fama de su obra de investigador y crítico de la historia, permanece ensordecida por el estrépito de su formidable popularidad escolar, y alguna vez me ha pasado que se me objetase la autoridad de un juicio de Duruy con la displicencia irónica que provocaría la apelación a una cita de los beneméritos compendios de Drioux.

Tratándose de textos de literatura, la *diminutio capitis* que, en el criterio vulgar, apareja el oficio de autor didáctico, se manifiesta aún más patentemente. El nombre de cualquier preceptista de retórica suscita, por inevitable asociación, en nuestro espíritu, la figura de don Hermógenes, o por lo menos, la figura de Hermosilla... Esta particular prevención tiene su fundamento, y es que no existe género de obras didácticas donde la pobreza, la insipidez, la frialdad, la inmovilidad rutinaria, que suelen desvalorizar los libros de esa índole, aparezcan con tan desconsoladora plenitud como en los textos de retórica y teoría de la literatura.

Hay en esto uno de los casos más curiosos que pueden señalarse de la inercia de ideas y costumbres que, proscriptas de todas partes donde circulan libremente el aire y el sol, permanecen adheridas, sin embargo, a ciertos rincones de la vida intelectual o social, de donde nadie se cuida de desterrarlas. Para los tratadistas de retórica, el arte literario no se ha modificado esencialmente desde Boileau, Luzán y La Harpe. Cederán, no lo dudo, a la influencia de una crítica menos estrecha y mezquina, en muchos juicios, en muchas particularidades; pero, en general, el tipo de literatura de que nos hablan es el que prevalecía hace más de un siglo (y que ya entonces era convencional y artificioso), y tiene muy pocas co-

responsabilidades con la literatura que cultivamos y sentimos. El escritor vive en un mundo; el retórico vive en otro distinto. El escritor aprende, se rectifica, se transforma. El retórico es impenetrable e inmutable. Víctor Hugo se jactaba, en algún verso de *Las Contemplaciones*, de haber puesto al diccionario de la lengua francesa el gorro frigio. Nadie puede jactarse de haber puesto a un tratado de retórica, no ya el gorro simbólico de la libertad, pero nada que sustituya al bonete del dómine.

Ningún retórico se ha detenido a pensar, por ejemplo, que, variando la importancia relativa de los géneros literarios según las condiciones de las diferentes épocas, caducando o decayendo unos, suscitándose o realzándose otros, las clasificaciones de las retóricas clásicas deben ser revisadas y adaptadas al orden de la realidad literaria actual. Graduará el retórico la importancia de cada género, no por lo que representa para nuestro espíritu, sino por el lugar que tiene en la "Poética" aristotélica o en la "Epístola a los Pisones".

La epopeya es un género muerto, a lo menos en su forma clásica; las actuales condiciones de la sociedad lo repudian; nadie lo cultiva; nadie puede soñar en cultivarlo...; pero el retórico consagrará largas y nutridas páginas a estudiar la construcción orgánica de la epopeya, el desenvolvimiento de su acción, los caracteres de sus personajes, las condiciones de su estilo y de su forma métrica, como si en todo esto pudiera haber algo más que un interés de erudición o de arqueología literaria. La épica inexhausta y proteiforme de nuestro tiempo es la novela, orbe maravilloso donde caben todo el infinito de la imaginación y todo el infinito de la realidad, — con su abreviada

imagen: el cuento, que es una novela menor, más alada, más leve, más primorosa...; pero para el retórico la novela y el cuento seguirán siendo especies secundarias, porque lo son dentro de la jerarquía que tiene por tipo supremo a la epopeya; y para legislar sobre aquellas dos especies prescindirá, o poco menos, de la experiencia inagotable en originalidades y rectificaciones, que ofrecen la evolución romántica y la evolución naturalista, aun sin contar las tendencias que han venido después.

La magnífica explosión de subjetivismo poético que es uno de los grandes caracteres literarios de la pasada centuria, desde Leopardi y Musset hasta Verlaine, ha dado a la lírica una extensión y una variedad que nunca tuvo, en formas y en sentimientos, y las clasificaciones de la lírica clásica resultan notoriamente mezquinas para encauzar esa caudalósima corriente; pero el retórico no ensayará una clasificación nueva y tan fiel como lo consienta la multiplicidad incoercible de las modificaciones líricas, sino que se atendrá a las divisiones que bastaron para la homogeneidad y sencillez de la lírica del Renacimiento o del siglo XVIII, y nos hablará de la oda, de la anacreóntica y del madrigal como de formas típicas y florecientes todavía. El convencionalismo pastoril y bucólico está tan muerto y sepultado como las novelas de caballería; pero para el retórico existe, sólo porque alguna vez existió. En cambio, en esas dilatadas fronteras de la ciencia y el arte, donde se entrelazan de mil modos distintos verdad y belleza, el pensamiento moderno ha suscitado riquísimos modelos de obras *intermedias*, singularmente adecuadas a nuestro gusto y a nuestras necesidades espirituales; obras que, como las de Quinet, como las de Guyau,

como los *Diálogos* de Renán, como cien otras, anticipan acaso las formas que tendrán preferencia en la literatura del porvenir...; pero el retórico no se sentirá tentado a penetrar en este campo inmenso y floritísimo, y se excusará de ello señalando el oscuro rincón que dedicará en su tratado a hablar de las obras *didácticas y doctrinales* concebidas a la antigua manera.

Abatir esa armazón vetusta de clasificaciones y jerarquías; probar a distribuir el variadísimo contenido de la actividad literaria propia de la civilización y la cultura modernas, según un orden fundado en las formas que realmente viven y en la subordinación que les señala su grado de importancia actual, su mayor o menor adaptación a las condiciones de nuestro espíritu y de nuestro medio; podar la parte convencional y estrechamente *retórica* de la preceptiva, y vigorizar la que reposa sobre alguno de los dos seguros fundamentos de la ciencia estética y de la historia de las literaturas; adaptar a la exposición didáctica los principales resultados y adquisiciones de esa labor inmensa y prolija que la crítica del pasado siglo ha realizado en el estudio de la obra literaria y de sus vinculaciones con el ambiente social y físico en que se produce: tales serían los lineamientos generales de un texto de teoría literaria que hablase al estudiante, no, como los textos actuales, del concepto clásico de las letras, sino del tipo de literatura que el natural desenvolvimiento de la vida ha modelado para nosotros.

Pero inútil parece añadir que todo eso no constituiría sino el molde o el esqueleto de la obra; porque siendo, tal como yo la concibo, libro de verdadera *iniciación* literaria: libro, no sólo de *instrucción*, sino

también de *educación* de la sensibilidad estética y del gusto, habría que infundir en él el *espíritu*, vale decir: la virtud sugestiva, el don de interesar, la simpatía pedagógica; y cuando así fuese realizado, su campo de acción podría traspasar los límites de la cátedra y servir de lectura popular que difundiese la buena nueva de lo bello y preparase el espíritu de la generalidad para recibir la influencia civilizadora y dignificadora de las buenas letras.

Agregaré que la perfecta realización de tal obra implicaría la de otras dos que la complementasen: una "Antología" compuesta con objeto y plan esencialmente didácticos y ajustada al ordenado desenvolvimiento del libro de teoría, para corroborarlo con la eficacia irremplazable de los ejemplos; y un texto de historia literaria, parco en nombres y en juicios bibliográficos, y en el que se atendiese debidamente a la relación de la actividad literaria con los caracteres de raza, de país, de sociabilidad, de instituciones, que concurren a imprimir el sello en la literatura de cada nación y cada época.

Pero tratar de esas obras complementarias excede del propósito de este artículo. Sólo he querido en él indicar una vez más la deplorable insuficiencia y *petrificación* de los textos usuales de literatura, y apuntar ligeramente la idea de ese libro humilde y benéfico con que sueño y que se escribirá cuando alguno de los que son capaces de escribirlo tenga la abnegación de quererlo escribir.

1909.

GARIBALDI

Prólogo a la obra *La Bandera de San Antonio*, de don Héctor Vollo.

Un trabajo de investigación sobre la autenticidad de una reliquia histórica: reliquia de una historia que parece un mito; de un hombre que parece un numen...

¿Para contribuir, acaso, a reducir la leyenda a los términos de la realidad? ¿Para quitar a aquélla alguna parte de su hechizo? ¿Es la obra implacable del análisis que reivindica los fueros de la razón, pasado el poder fascinador de la leyenda?

No; la crítica que se hace en estas páginas se concreta a la realidad del objeto material. La sustancia del glorioso episodio queda intacta.

Intacta e incommovible, la leyenda garibaldina, en la que está engarzado, como una piedra fulgurante, ese episodio, desafía los embates de la negación y de la duda. Afortunado caso, en que la investigación, trocando su oficioso papel propicio al desencanto, no hace sino confirmar y aislar las maravillas de la realidad, transfigurada esta vez, no por resplandores ajenos, sino por su luz propia e infusa.

Cuando el héroe legendario, dominador de la imaginación popular, se pierde en la esfumada vaguedad de remotos tiempos, este maligno crítico que se complace, dentro de cada uno de nosotros, en destejer la tela de nuestra fe y nuestro entusiasmo, nos argumenta con la idealización de la realidad en la mente

candorosa del pueblo; con la obra lenta e instintiva que libra al personaje real de las escorias de lo insignificante y de las sombras de lo impuro, y lo levanta a la esfera de lo ideal y semidivino, como en las alas que nacen con la transfiguración de la larva en mariposa. De esta manera, el Cid de la leyenda se convierte, por la impiedad del análisis, en el caudillo que lidiaba por su yantar; quizá cruel y perjuro; quizá aliado alternativamente de moros y cristianos. Aquiles, el de los pies ligeros, no es sino el reyezuelo semibárbaro que arrastra el cadáver del vencido Héctor e injuria soezmente a Agamenón. Guillermo Tell tal vez no existió nunca.

Pero en el héroe de la Italia nueva la legendaria realidad triunfa de la contradicción por su proximidad en el tiempo y por la lucidez de una vida franqueada, del uno al otro extremo, a las miradas pertinaces.

Es la verdad y es la leyenda, que concurren en un mismo punto; es la leyenda que aparece delante de nosotros, viva, cortando la realidad como un claro que se abre entre dos rocas, en la travesía de la montaña, sobre el cielo luminoso e inmenso; es la alucinación dotada de la consistencia del bronce, del latido y el calor de las entrañas humanas, verificable por la experiencia de todos, a plena luz del mediodía.

¡Admirable leyenda real! una de las últimas y más radiantes apariciones de *lo heroico* en la historia. Nos asombra aún más, en el tiempo en que vivimos, por lo que se aparta y disuena de las condiciones de la realidad circunstante. El pasado siglo, que empezó entre los fuegos de la epopeya napoleónica, es rico de esos formidables nombres en que Carlyle y Emerson cifraron su filosofía de la historia. El nuestro

empieza como en un vago estupor, como en una fría reserva; apáganse los luminare que orientaron la marcha de otras generaciones, y no se ve encenderse los que los sustituyan. ¿Estará cercano el día en que podamos decir con más exactitud que Rémusat: "Nuestro tiempo carece de grandes hombres"?...

Así como sobre la tumba de Hugo pudo inscribirse: "Aquí yace el último Poeta", si este nombre de *poeta* ha de tomarse en sentido homérico o dantesco: de algo hierofántico, épico, secular, así sobre la tumba del libertador de Italia yo inscribiría: "Aquí yace el último Héroe". Pero entiéndase la acepción que yo doy a tal palabra. Mi concepto del *Héroe* no se identifica con el de hombre superior por su voluntad y su brazo; no porque exprese siempre, dentro de este género, una mayor intensidad y grandeza, sino en razón de una *calidad* distinta. El *Héroe* es, para mí el *iluminado* de la acción. La acción heroica es la que toma su impulso en aquellos abismos insondables del alma, de donde vinieron el demonio de Sócrates, la convulsión de la sibila, la visión del extático; en donde se engendra todo lo que obra de un modo superior a la razón: la palabra que avasalla, el gesto que electriza, el golpe que abate o levanta por instantánea y portentosa fuerza. Bolívar es *Héroe*; San Martín no es *Héroe*. San Martín es grande hombre, gran soldado, gran capitán, ilustre y hermosísima figura. Pero no es *Héroe*. Falta para que lo sea, a su alrededor, la aureola deslumbradora, el relámpago, la vibración magnética, el misterioso soplo que, ya se le tome en sentido sobrenatural, ya en sentido puramente humano, pero instintivo e inconsciente, es, de todas maneras, algo que viene de lo *desconocido*.

Garibaldi: tipo de héroes; personificación, la más cumplida y fiel, del *quid* heroico.

Después que pasa nuestro entusiasmo de los quince años por las *teatralidades* de la acción y las garrulerías de la libertad vociferante y callejera, ¡cuántos ídolos de barro vemos caer de los altares de nuestra devoción! ¡cuántas glorias efímeras pierden la fuerza con que nos atrajeron y el brillo con que nos deslumbraron! La solidez del fondo heroico se reconoce en que el hechizo del héroe y su leyenda sobreviva, fuera de nosotros, a los acontecimientos en cuya esfera se circunscribieron; y dentro de nosotros, a la obra del tiempo, que nos alivia el alma de ese sobrante de entusiasmo que, no encontrando objeto propio, lo crea fuera de la realidad: el tiempo, que nos enseña a separar el oro de la alquimia. Así, si dejáis a la intemperie la imagen vestida de trapos de colores y ornada de abalorios, pronto el viento y la lluvia la desnudarán, y bajo las galas destrozadas descubrirán un pedazo de madera. Pero la estatua de desnudo y firme mármol mantiene imperturbable, al aire libre, su gesto augusto; el sol la bruñe, el agua del cielo la lava, y después de cada tempestad la estatua aparece más resplandeciente y más hermosa.

Tal pasa con la épica figura del más universal de los modernos héroes. A pesar del abuso de su efigie y de su nombre en litografías coloreadas y en invocaciones liberalescas a lo Homais, entero y fascinante dura su prestigio. Yo lo comparo con la virtud de esa sublime "Marsellesa", que, profanada de mil maneras por la vulgaridad, torturada en las músicas de los festejos, humillada en el cieno de las calles, guarda intacta la frescura de su estupenda melodía, y aún nos estremece, y nos levanta, y nos arranca lá-

grimas, como cuando surgió de la copa desbordante de Rouget de Lisle para inflamar al mundo en la embriaguez de la libertad y de la gloria.

Pero además del Garibaldi universal; de aquel que está tan alto que de todas partes se divisa su sombra veneranda, erguida, como un genio benéfico, sobre la esperanza de los oprimidos y el miedo de los opresores, hay el que los hijos de esta parte de América conocemos y sentimos; el evocado gloriosamente en nuestra memoria por el nombre de este opúsculo; el Garibaldi conciudadano nuestro y general de nuestro ejército; el soldado de la inmortal Defensa; el que peleó contra Rozas; aquel a quien recordamos como a un gran viejo de la casa y nombramos con orgullo,

Yo nunca fui *chauvinista*. No ha mucho tuve ocasión de indignarme, a solas, leyendo la noticia de que un gran diario parisiense había propuesto a los más altos y escogidos espíritus de Francia una *enquête* que formulaba en estos términos: *Entre la humanidad y la patria ¿a cuál preferís?* Me indignaba por el solo hecho de que se hubiera propuesto tal cuestión. Me parecía increíble que, en el centro del mundo, en la capital del orbe civilizado, pudieran aún plantearse, dirigiéndose a los grandes espíritus, problemas de esa especie. Pasados pocos días, leí la crónica de una entrevista de Tolstoy con un periodista que fue a verle para saber lo que pensaba de la guerra de Oriente. El gran anti-patriota, después de maldecir los odios y egoísmos nacionales que hacen posible la ignominia de la guerra, confesaba que, a pesar de sus esfuerzos, no lograba arrancar del todo, de su espíritu, el sentimiento que le llevaba a considerar, dentro de la humanidad, a su tierra y su pueblo como cosas *suyas*. Y esto me sirvió después de

justificación, de defensa de mí mismo ante aquella odiosa parte de nuestro ser que, según Benjamín Constant, hace de espectadora de la otra; porque un día tomé de mi biblioteca las *Memorias* de Garibaldi, y al llegar a cierta página me descubrí experimentando ese cosquilleo de la espina dorsal y ese relámpago que pasa tras la frente, — cosas que todos habréis experimentado, leyendo, alguna vez, — cuando leí de nuevo lo que el Héroe decía de la ciudad en que nació... ¿Alcanzará algún día nuestro humanitarismo a suprimir estas *vejeces*, estas *preocupaciones*, estos *estigmas atávicos* de nuestra naturaleza?... Glorifiquemos en buen hora, y en primer término, al Garibaldi de la humanidad; pero comprendamos que los que ven en el Héroe la personificación de su Italia resucitada y redimida, se extasíen ante esta faz de su gloria; y déjese me a mí entusiasmarme con el Garibaldi que vistió a la usanza del gaucho.

Una vez que se me encomendó escribir una convocatoria con objeto de que el pueblo de Montevideo adhiriese a la conmemoración anual de la unidad italiana, recordé ya, no sólo lo que Garibaldi representaba para ese pueblo, sino lo que él había representado para Garibaldi. Recordé que con tal conmemoración se glorificaba la memoria del que, hablando con orgullo del compañerismo que le unió a los nuestros, llamó al Montevideo de la Defensa "*la ciudad de los milagros*", "*asombro y admiración del mundo*"; del que afirmó que su resistencia heroica "*serviría de norte en las generaciones venideras a todos los pueblos que no quisieran rendirse a la voluntad de los poderosos*", y del que dirigiéndose a la juventud italiana, en días de amarga incertidumbre, cuando aún faltaba consumir la obra emancipadora, ins-

tábala a inspirarse en la enseñanza y el ejemplo del pueblo oriental, "en su valor sublime", para saber al precio de qué sacrificios sobrehumanos conquistan los pueblos dignos de mejorar de suerte los bienes de la libertad.

Y partiendo de esta indeleble impresión que la grandeza guerrera y moral de la Defensa dejó, como un sello de fuego, en el espíritu del Héroe, y teniendo en cuenta, además, la inmensa parte que a su prestigio personalísimo hay que atribuir en los sucesos preparatorios de la unidad y la libertad italianas; no se forzaría ciertamente el alcance de las relaciones históricas si se afirmara que hubo influencias de la Defensa de Montevideo en el movimiento liberal de 1848, que hizo levantarse a Italia de su tumba; que hubo recuerdos de la defensa de Montevideo en cada página de la leyenda garibaldina y en las abnegaciones espartanas de Caprera; que hubo plomo de la Defensa de Montevideo en los fuegos de los mil de Marsala, en la campaña homérica de las Sicilias, en Voltorno, en Aspromonte, en Mentana; en todo lo que abrió camino al episodio que consagró definitivamente la realidad de la utopía secular, con la reivindicación de Roma intangible para la Italia una.

Gracias sean dadas al libro que nos da oportunidad de remover tan gloriosísimos recuerdos; o mejor, sin traslación retórica, gracias sean dadas al autor de ese libro. Bien está *la bandera de San Antonio* (aquella que existió sin duda: la de tela inmaterial e invisibles colores) en manos del que la sustenta en las páginas que van a leerse.

Es seguramente Héctor Vollo uno de los espíritus más cultos y mejor dotados entre aquellos con que su país ha contribuido a las fuerzas activas de nues-

tra sociedad, en lo que se refiere a la labor del pensamiento. Por el entusiasmo de sus convicciones liberales y la pasión generosa con que adhiere a cuanto signifique adelanto, cultura, mejora moral o material, es un valioso obrero de toda noble propaganda. Consagra además a esta segunda patria suya hondo y sincero afecto: afecto en que intervienen, sin duda, no sólo los vínculos formados en la larga y amigable estadía, sino también un sentimiento que debe estar, que acaso está, en el corazón de todos los liberales italianos: un sentimiento de cariñosa predilección por el pueblo donde el Héroe recogió tan altos ejemplos, y los pagó con tantos heroísmos, y dejó para la historia las más bellas páginas de cuantas trazó fuera de su patria *concreta*.

Ha encauzado Vollo su actividad en la única forma que el ejercicio de la pluma tiene de profesional en nuestro ambiente: el diario. Más de uno de los nuestros guarda en sus columnas la huella de su producción, abundante, ágil, fácil siempre de reconocer, aunque el anónimo o el seudónimo velen su origen. No importa que esta producción sea aquella que concibe la mente mientras hay que hacer *trotar la pluma*, usando un decir de Mad. de Sévigné. Con frecuencia en Vollo el periodista deja paso, sin quererlo, quizá sin saberlo, al hombre de real preparación y al escritor de forma artística. Hace lo que suele hacer el transeúnte en su Venecia, donde, — como las casas tienen indistintamente acceso por tierra y por agua, por la calle y por el canal, — para donde quiera que el transeúnte vaya y en el momento en que quiera, puede tomar, en el canal cercano, la góndola, y continuar, romancescamente embarcado, su camino, que empezó vulgarmente a pie. Vollo, a mitad de un

artículo de ocasión, de una crónica efímera, de una reseña trivial por su objeto, toma de improviso su góndola, y concluye en disertación espiritual y primorosa literatura el tema que empezó en prosa pedestre.

¿Cómo es que este verdadero escritor, este iniciado de la escogida minoría a que fueron concedidas las gracias del estilo; este temperamento de artista y de estudioso, no se ha arrimado al yunque y ha cuidado de dar plena razón de su valer, en obras que vivan? Culpad de ello a muchas causas. Quizá a su natural modestia. Quizá a esa *non curanza* de la notoriedad y de la fama, que es una de las influencias con que el ambiente poco propicio a cosas de arte embarga al espíritu que en él se sumerge, a la manera como la perspectiva desolante del desierto lleva en sí el germen del fatalismo musulmán... Pero atribuid la mayor responsabilidad a la labor en que el diario le ha tenido *secuestrado* y sometido a la necesidad de ganar el pan de cada día, si no con el sudor de su frente, con el sudor, al menos, de la pluma... ¡Ah periodismo, periodismo! ¡de cuántos secuestros de esa especie tendrías que dar cuenta si se te llamara a juicio ante el tribunal donde se examinasen, para distribuir responsabilidades y penas, las vocaciones perdidas y las aptitudes malogradas!...

Pero no se perderán ni malograrán la vocación y las facultades de Vollo. Desde luego, éste es un libro que lo comprueba. No aparece en él plenamente la faz del estilista, pero aparece sí la del investigador concienzudo, y, lo que vale más que la aptitud investigadora, aparece también el sentido crítico que realza y fecunda los resultados de la investigación. Quien sin prejuicio lea este trabajo, no podrá menos

de considerar definitivamente resuelto el interesante punto histórico sobre que versa.

La obra futura sobre Garibaldi, que Vollo prepara con amor y dedicación dignos de tan magno tema, manifestará de cuerpo entero la personalidad literaria del autor, y será un título más que le vinculará a la ciudad de que es ciudadano, más que huésped.

Hemos decretado a Garibaldi una estatua. Pero para completar el homenaje que la ciudad de la Defensa, la ciudad de Suárez y Pacheco, debía al general de sus tiempos heroicos; al que le dio una Legión, levantando sobre ella, — porque la Italia estaba muerta, — una enseña de luto; al que venció en San Antonio; al que peleó en Europa con el *punch* oriental y la camiseta de los Legionarios, — era preciso que un libro sobre Garibaldi se escribiese en Montevideo.

Se escribirá ese libro, y será la extensa leyenda de la estatua de mármol.

Cuando murió Horacio Greely, los publicistas norteamericanos resolvieron erigirle una estatua, y desechando el mármol y el bronce, determinaron que ella fuera de plomo y que, para fundirla, cada diario de Nueva York contribuyese con tipos de su imprenta. Funda el autor de este opúsculo la estatua de su Héroe, de nuestro Héroe, en el mismo noble material.

1904.

EL CRISTO A LA JINETA

Después del Cristo de paz, hubo menester la humana historia del Cristo guerrero, y entonces naciste tú, Don Quijote. Cristo militante, Cristo con armas, implica contradicción, de donde nace, en parte lo cómico de tu figura, y también lo que de sublime hay en ella.

Atribuyeron a Cristo casta real, dijeron que era de la sangre de David; y tú conjeturaste que había de pasar igual cosa contigo: "Podría ser, ¡oh Sancho! — dijiste — que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto o sexto nieto de rey". Nació Cristo en aldea humilde, a la que para siempre levantó de la oscuridad su cuna. Lugareño fuiste también tú, y sólo por ti vive en la memoria del mundo tu Argamasilla. Cuando se aludía a él por su nacimiento, no se vinculaba a su nombre el de su pueblo, sino el de su región: *el Galileo* se le llamaba; como tú tomaste para añadir a tu nombre el de la comarca de que eras, el del viejo Campo Esportuario: la *Mancha* de los moros. El, antes de poner por obra nuestra redención, quiso ser consagrado por manos del Bautista; como tú, antes de arrojarte a no muy menores empresas, quisiste recibir, del castellano de tu castillo, la pesczada y el espaldarazo. Cuarenta días y cuarenta noches pasó él en el retiro del desierto; y tú, en tu penitencia de Sierra Morena, pasaras otros tantos, a no sacarte de allí maquinaciones de los hombres. Rameiras hubo a su lado y las purificó su caridad; como a

tu lado, y transfiguradas por tu gentileza, maritornes y mozas del partido. El dijo: "Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia"; y tú, pasando del dicho inaudito al hecho temerario, trozaste la cadena de los galeotes. El atraía y retenía a su cohorte con la promesa del reino de los cielos; como tú a la cohorte tuya, — unipersonal, pero representativa del pululante *coro* humano, — con la promesa del gobierno de la ínsula. Si enfermos sanó él, tú valiste a agraviados y menesterosos. Si él conjuró los espíritus de los endemoniados, a ti te preocupó el remediar encantamientos. Ni a él quiso reconocerle el sentido común como Mesías, ni a ti como andante caballero. Burla y escarnio hicieron de su mesianismo como de tu caballería; y si la madre y los hermanos del Maestro le buscaban para disuadirle y él hubo de decir: "No tengo madre ni hermanos", bien se te opusieron y te obstaculizaron en tu casa, tu ama y tu sobrina. Cuando desbaratas el retablo del titiritero, donde lo heroico se rebajaba a charlatanería de juglar, haces como el que echó por tierra las mesas de los mercaderes y las sillas de los vendedores de palomas. Indígnanse los sacerdotes de Jerusalén, porque ven que festeja la multitud a Cristo; y porque a ti te festejan en casa de los Duques, se indigna un ensoberbecido y necio clérigo... Y es tu Jerusalén la casa de los Duques: allí, después de festejarse, padeces persecución; allí te befan, allí te llenan de ignominia. Como Pedro al Maestro, Sancho, hechura tuya, te niega, cuando con cobarde sigilo llega a confesar a la Duquesa lo que el vulgo llama tu locura. El letrado que en Barcelona cosen a tu espalda, es el "*Este es Rey de los Judíos*", con que se te expone a la irrisión. Sansón Carrasco es el Judas que te entrega. Un publicano, San Mateo, es

cribió el Evangelio de Cristo; y otro publicano, Miguel de Cervantes, tu Evangelio. Dos naturalezas había en ti, como en el Rodentor: la humana y la divina; la divina de Don Quijote, la humana de Alonso Quijano el Bueno. Murió Alonso Quijano, y para otros quedaron su hacienda, y las armas tuyas, y el rocín flaco y el galgo corredor; pero tú, Don Quijote, tú, si moriste, resucitaste al tercer día: no para subir al cielo, sino para proseguir y consumir tus aventuras gloriosas; y aún andas por el mundo, aunque invisible y ubicuo, y aún deshaces agravios, y enderezas entuertos, y tienes guerra con encantadores, y favoreces a los débiles, los necesitados y los humildes, ¡oh sublime Don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo-León, Cristo a la jineta!

1906.

IMPRESIONES DE UN DRAMA

Dejé de las manos el drama de Payró, y mirando a través de los cristales, el aire, en que una lluvia triste se destejía en trémulos hilos, me pareció como si el agua lenta y menuda dijera el alma musical, el lírico acompañamiento, de aquel poema de dolor y miseria.

Se llama *El triunfo de los otros*, y es el cuadro conmovedor de los sufrimientos de una vida en que la vocación, desamparada por el medio, el pensar y soñar por oficio, es castigo que hiere como las negras elecciones de la Moyra trágica. Es la historia de un alma escogida, generosa, ingenua, que pasa en el trabajo a que la estimulan sus sueños los años de la juventud; que llega a la madurez sin fama ni fortuna, y que, tras de gastar lo mejor de su espíritu en avalorar con su ayuda la obra de otros, siente apagarse su razón, vencida por la constante tensión del pensamiento y por las angustias de la lucha en que el enemigo es el hambre.

Se trata, pues, del interés dramático contenido en el precario vivir que suelen llevar las gentes que, contraviniendo o sofisticando el precepto de Dios, ganan el pan, no con el sudor de su frente, sino con el sudor negro de la pluma... El tema, universalmente interesante, lo es en doble grado si se le concreta a la relación de nuestro ambiente con las cosas del espíritu y con los devotos de estas cosas, a quienes llamamos escritores y artistas. Excelente ocasión para filosofar. Filosofemos. Filosofemos ahuyentando la

elegía sentimental que se nos entraba en el alma bajo el ala gris de la lluvia, y guardando, mientras podamos, la serenidad olímpica, que no descompone las líneas del estilo. Imaginemos que el mismo Alcibíades y el propio Chármidas nos escuchan.

En pasados tiempos ¡oh atenienses que oís! cuentan que el problema económico del escritor se resolvía merced a la generosidad del Mecenas individual y aristocrático. El príncipe o magnate dado a letras, ya por sincera vocación, ya por amigo de lisonjear su vanidad con el cortejo del ingenio famoso, pagaba la vida, cuando no el decoro de la vida, al hombre herido de la divina invalidez de ser poeta. A la sombra de esta protección palatina, más o menos frondosa, dieron su flor muchos de los más gloriosos espíritus que han contribuido al tesoro de verdad y belleza de la humanidad; y si Mecenas vive en versos de Horacio, y Carlos Augusto de Weimar se ilumina del reflejo de Goethe, el *Ingenioso hidalgo* sirve de zócalo a la memoria del conde de Lemos y el *Morgante* de Pulci perpetúa un eco de los convites de Lorenzo de Médicis. Desde que los príncipes de la sangre han dejado de presidir en muchas de las cosas del mundo, los príncipes del ingenio se enorgullecen de haber dejado de ser sus vasallos, y la afirmación de que los Mecenas han pasado a la historia suele vibrar con entonación de libertad, y aun de regocijo, no sé si un tanto retórico, no sé si otro tanto irónico, en labios de los pobres artistas. Sobre esta emancipación de la pluma respecto del protector encumbrado se ha escrito y filosofado mucho, y el adusto Alfieri tiene páginas en que se desentraña la moralidad de tan preciosa liberación, y en que, a la luz de la dignidad humana, se manifiesta la vergüen-

za de la condición del áulico poeta, pájaro enjaulado al que se alimenta con cañamones de oro para que regale el oído de los grandes.

Sin negar yo lo que tan generosas declamaciones tienen de justo y oportuno, me doy a sospechar, recordando una página de don Juan Valera, y lo diré aunque sólo sea de paso, que los inconvenientes de los Mecenas de antaño se han exagerado no poco, y que el sacrificio de libertad en el pensar o de audacia en gusto y estilo, que la protección aristocrática haya impuesto al espíritu del poeta, es cosa más aparente que real. La obligación del protegido por Mecenas solía saldarse con la dedicatoria pomposa e inocente, tanto más inocente cuanto más pomposa, después de la cual Pegaso soltaba el vuelo a su albedrío, y, si la ocasión era propicia, la vengadora ironía quedaba en libertad de urdir sus telas sutiles. Pero sea de esto lo que quiera, pasó el Mecenas individual y aristocrático y vino a sustituirlo el colectivo y plebeyo. A la pensión que se cobraba en la mayordomía del palacio, ha sucedido el manuscrito descomulgado en el mostrador del librero. La multitud lectora alimenta a sus elegidos. Fama y dinero llegan juntos. Si las cosas pasaran absolutamente así ¿podría llamarse a esto una emancipación? Ciertamente, en el sentido en que puede ser una emancipación política pasar de la tiranía autocrática u oligárquica a la tiranía de los muchos. Así como la democracia pura, la democracia del Agora y el Foro, significa en realidad la más brutal tiranía, el discrecional dominio del gusto vulgar en la esfera del arte sería, para el artista, una tiranía tan dura, por lo menos, como la del magnate protector, con la diferencia, en desventaja de la primera, de la natural inferioridad de cultura y gusto

en el amo de múltiples cabezas. Sólo que, del mismo modo que a la democracia política hémosle puesto modernamente el límite o contrapeso del sistema representativo, tendiendo a que el gobierno de la voluntad popular pase por tamiz que garantice cierta selección de capacidad y decoro, así la democracia literaria tiene, en los pueblos cultos, el contrapeso de la autoridad de la crítica, cuyo ministerio de censura y dirección respecto de las predilecciones literarias del público, es, si no tan eficaz como fuera de desear, suficiente, por lo menos, para mantener cierto relativo orden, cuando no en la proporción de las ganancias de dinero, en la proporción del crédito y la fama. Si Ohnet levanta millones, también los levantan Zola y Víctor Hugo; y los millones de Ohnet no tienen magia con que forzar el "¡sésamo ábrete!" de la gloria, ni siquiera de la *gloriola* del momento.

El problema económico de las letras no se diferencia, pues, modernamente, del relativo a cualquiera industria o trabajo que se apoye en la demanda común. Bien es verdad que ni la gloria ni el provecho llaman al reparto de sus recompensas sino después de un proceso de selección que puede considerarse como una de las más terribles formas sociales de la *struggle for life*. Por cada nombre que se alza a la luz, caen a la urna opaca del anónimo cientos de ellos con las alas quebradas; y aquel mismo nombre electo que surge, deja acaso tras sí una juventud amargada por la lucha cruel, una salud perdida en el esfuerzo, un tejido de afectos desgarrado por la envidia... ¡Cuán a menudo se ofrece ocasión de recordar la enérgica imagen con que Southey deploró la arrebatada muerte de Kirk White: "El caballo ganó, pero murió después de la carrera"! A pesar de todo: oficio, aunque

duro, es el de escribir, allí donde se escribe para ser leído; y entre el tugurio en que muere de frío y de hambre Imberto Galloix y el palacio resplandeciente que hace de marco a la ancianidad de Víctor Hugo, queda ancho campo donde dedicarse a parafrasear el *aurea mediocritas* de Horacio.

Pero todo esto pasa en un mundo apartado de nosotros; todo esto pasa en un mundo que nuestra gente de letras puede contemplar, océano por medio, un poco a la manera cómo, calle por medio, contemplará el pobre diablo de la buhardilla el baile que reluce tras los balcones del señor... Desde el momento en que el problema se transporta a tierra americana; desde que se le considera en relación con nuestro ambiente y nuestras cosas, sus condiciones se modifican fundamentalmente, y su solución favorable se aleja en términos que va a ocupar la región de los sueños de color de rosa. Como la producción literaria no responde, entre nosotros, a una necesidad espiritual de la mayoría, ni siquiera de una clase poco numerosa pero de arraigada cultura y con medios para sostener, a modo de las viejas aristocracias, su *clientela* de artistas, aquel género de producción carece casi por completo de valor económico. No hay lugar a temer que la codicia de dinero lleve a nuestros autores a un aplebeyamiento reprehensible; no es el caso de recordar que "el vulgo es necio, y pues lo paga...", etc. No porque se trate de un vulgo que haya dejado de ser necio, sino porque se trata de un vulgo que no paga. Libre queda el escritor, de manera que pueda gustar la voluptuosidad aristocrática de escribir para sí y de sentir que su altivo y remontado espíritu vive emancipado del espíritu vulgar, contentándose con esto, mientras resuelve cómo podría con-

sumarse también su emancipación respecto de aquellas imposiciones de la naturaleza que obligan a poner la olla al fuego, y de aquellas imposiciones de la sociedad que excluyen de la realidad de la vida el desnudo estatuario.

Cierto es que los que triunfan — con el triunfo ideal de la reputación *ad honorem*, — suelen hallar la solución, si no dentro de las letras, por el camino de las letras, mediante la adaptación a la política, la cual tiene cómo recompensar a los espíritus que le hacen don de su belleza. Pero, ¿son tan pocos los que triunfan! La perseverancia de la vocación ¡tan difícilmente subsiste, sobre obstáculos e indiferencias, hasta obtener la madurez del renombre!... Y lo que importa más: la política, mujer celosa, rara vez deja de exigir el absoluto olvido de la novia que se tuvo antes que ella. ¿Diréis que queda el periodismo? En sus rangos de retribución alentadora, el periodismo no es más que una manifestación de la política. En inferiores rangos, no constituye solución. Cuando se habla de la vida difícil, de la necesidad que ronda con su gesto de angustia, la imagen que acude a nuestro pensamiento es la del obrero de blusa y manos callosas. Justo es este recuerdo, aun tratándose de tierras donde el menestral no vive precisamente en círculos del Dante; pero ¡ay! (y ya sospecho que bajé de mi Olimpo): ¿y los obreros que no llevan blusa: el pequeño empleado, el periodista subalterno?... el pequeño empleado, sostén quizá de su casa, que, con la palanca de su sueldo humildísimo, ha de levantar la carga, ajena al obrero, de una dignidad social que le obliga en el modo de vestir y en el modo de alojarse; y el periodista subalterno, en quien la pluma no es más que la herramienta de un trabajo

oscuro y precario, tras del cual no es infrecuente que se oculte un alma de escritor malograda y nostálgica...

El Julián de Payró sabe de estas tristezas. Ha derramado en la corriente de tinta de imprimir que huye con el paso de cada día, la savia de sus años mejores: los de entusiasmo, los de empuje, al cabo de los cuales sólo tiene la obscuridad y la pobreza. Y cuando sacude el yugo de esta esclavitud, hartado desencantado para poner su esperanza en el libro, que no se vende; hartado desconocido e inexperto para llevar a los altares de la política su pluma, Julián recurre a este arbitrio de suicida: renunciar a su personalidad, escribir para otros, convertirse en el proveedor de la mediocridad y la ambición necesitadas de palabras, en el *memorialista* de la ignorancia presuntuosa, de la ineptitud que busca toga de guardarrópia con que representar en la comedia del mundo... Y la veta de oro mental, de que el poseedor inocente no ha sabido sacar provecho, encuentra cateadores que la olfateen y utilicen. Porque esta facultad del estilo, esta potestad de domeñar la palabra, que en el verdadero escritor es vocación ideal, amor entrañable, la codicia el ambicioso embaucador por lo que ella puede tener de instrumento con que captar voluntades y esgrimir mentiras, y la envidia el inficionado de falsa vocación literaria, por el halago de la vanidad. Ambos móviles de parasitismo esquilador del talento llaman a las puertas del escritor miserable, con Bermúdez, que es el aspirante político, y con Cienfuegos, que es el falso literato. Bermúdez apela a la pluma de Julián por manifiestos y discursos. Cienfuegos, por un poco de alma para las *mariornetas* de sus dramas. Que la ayuda los ponga en buen

camino no es razón para que la paguen de otro modo que con míseras dádivas y amistosas protestas: conducta que, por lo demás, no arguye un grado de maldad que exceda en mucho del vulgar egoísmo. En Bermúdez no ha querido caracterizarse a un malvado. No es seguro que lo sea el mismo Cienfuegos. Ni siquiera es forzoso suponer que una ilusión de vanidad contribuya a que no reconozcan su valer legítimo al favor que reciben. Bien puede mediar sólo para ellos la creencia sincera del ningún sacrificio que el favor importa, lo que encuadra muy bien en el modo de ver de la generalidad. El criterio común rara vez atribuye su verdadero equivalente de tiempo y energía a la obra de la inteligencia. ¿Qué puede costarle el escribir y pensar al que lo profesa por oficio? ¿No ha nacido con el don de estas cosas? ¿No lleva dentro de sí mismo la mina? Si escribe para otro, ¿hará más que dar algo de lo que le sobra?...

Quien no debe de opinar así es la inflexible naturaleza, que castiga con la enfermedad todo esfuerzo sin medida prudente. Porque Julián, extenuado, se enferma... y he aquí otro interesante sesgo para nuestras filosofías. Nadie niega, en tesis general, que el abuso en el esfuerzo del escritor implique una laceración orgánica; de donde vienen pérdidas de salud tan calificables de profesionales como las que determina el exceso del obrero en el género de trabajo que acostumbramos a llamar material. Pero el hecho es que, cuando el pobre trabajador de la pluma se rinde a la enfermedad que lo acecha, la índole de su mal no aparece, a los ojos comunes, tan clara y patentemente vinculada al resultado de la dura labor, como los males profesionales del obrero, ni obliga,

por lo tanto, a igual conmiseración e igual piedad. No hay quien desconozca, por ejemplo, que la tuberculosis de los tejedores a brazo tenga por causa la posición forzada de su cuerpo; que la caquexia de los cigarreros sea debida a la acción lenta del tabaco; que la inflamación de los ojos de los fogoneros proceda del fuego de la máquina; que el *esputo negro* de los que trabajan en la hulla venga del polvo del carbón; que el cólico de los molenderos de colores y los fabricantes de objetos de plomo se deba a la intoxicación saturnina; que los picapedreros se vuelvan tísicos por la inhalación de las partículas de piedra, y las lavanderas reumáticas por el contacto con el frío del agua. En cambio, el jornalero del pensamiento que, tras el exceso de labor mental y la tortura implacable del espíritu en busca del señuelo con que interesar la sensibilidad ajena, cae herido de mal que lo mismo puede ser la neurastenia de su vecino el ocioso burgués, que la locura de Maupassant o la parálisis de Heine, ése no suele lograr siquiera que su infortunio se dignifique, en la conciencia de los demás, con el reconocimiento de que es realmente la herida noble adquirida en lides del trabajo. ¡Cabe atribuir tantas otras causas a las neuropatías del pobre artista; a la locura del mísero escritor, exprimido y lacerado! Por ejemplo: el vivir bohemio, los paraísos artificiales, los vampiros del vicio, o, simplemente, la negra elección de la fatalidad, que sumerge en las mismas aciagas sombras a tantos que no son artistas... Y luego, el argumento que está a menudo en labios de Mr. Bouvard y de Mr. Pécuchet: — “¿Se volvió loco a fuerza de forjar quimeras, o será más bien que se dio a forjar quimeras porque ya era medio loco?”

Pero Payró no se ha propuesto hacer de su Julián un puritano: Julián aparece, por ráfagas, desordenado y bohemio; el círculo que le rodea suele precipitarle consigo, de modo que la noche de borrascoso placer alterna a veces con la de sus nobles insomnios; y éste es rasgo de verosimilitud y de lógica humana que concurre a acentuar el carácter genérico del tipo. La vida del artista miserable, amargado, abandonado, no es ni puede ser, por regla común, un ejemplo de austeridad. La *bohemia* sigue prevaleciendo en la real existencia de los vencidos del arte y de los perturbados por la perfidia de este divino y capitoso licor; por más que esté ya despoetizada y marchita como motivo de figuración poética. Sabido es que ella tuvo su edad de oro, cuya vibración aún suena en los más finos cristales de poesía con la amargura trágica del *Chatterton* y con la gracia melancólica de Mürger. La disipación era admitida y justificada entonces, casi como una necesidad, en aquel que teniendo por mandato exprimir, en la copa de la forma bella, la quinta esencia de la vida, precisaba conocer la vida en sus más intrincados laberintos y gustarla en sus más quemantes sabores. Por otra parte, una concepción aristocrática de la jerarquía humana de la gente de letras, llevaba a facilitar su emancipación respecto de la ley moral. "Todo le es permitido al genio", se decía. Y así como en los primitivos tiempos cristianos hubo sectas heréticas que predicaron la ascensión a la suprema virtud por el camino del vicio cínico y perverso, porque del extremo del vicio se pasa al arrepentimiento, padre de la santidad, y al hastío de los goces, fiador de la perseverancia, así la gloria literaria era, para los bohemios románticos, presea que sólo se alcanzaba al

costo de una existencia aventurera, orgiástica y rebelde. Esto pasó, y ya el bohemio no se nos aparece consagrado por una elección fatídica, ya no es el "personaje reinante"; y la fe en la virtud viril del trabajo, la confianza en la voluntad rítmica y fuerte, en la eficacia de la disciplina de la vida para todo género de aplicación mental, han recuperado sus fueros. Pero librémonos de extremar esta reacción, que confina con las más antipáticas limitaciones del sentimiento y el juicio. Librémonos de negarnos, con rigidez fría y necia, a la comprensión de lo que la *bohemia* tiene de interesante, de conmovedor y de humano. Y esta comprensión estriba en reconocer las fuerzas que atraen al artista, con superior intensidad que al hombre común, fuera de la órbita regular de la vida. En primer término, la profesional hipertrofia de la sensibilidad y la imaginación, con sus excitaciones, con sus desequilibrios, con sus hiperestesias, y con la correlativa reducción de toda aptitud de gobierno práctico y de orden, ya que es ley de economía orgánica que nuestras facultades se desenvuelvan a expensas las unas de las otras. Luego, el anhelo de exceder en la competencia de originalidad y verdad, mediante la aplicación de un experimentalismo artístico que opere, con el corazón y los sentidos propios, en los hornillos del sentimiento y en los alambiques de la sensación. Y además, las mismas condiciones precarias del oficio, que, si por una parte niegan a la vida el eje consistente a cuyo alrededor ordenarla, por otra parte tientan a la angustiada busca del olvido y al apresamiento de la hora de forzada, violenta y fugitiva dicha.

Salpicado de barro, nos interesa más el mártir que Payró nos presenta con cruda y bella realidad... Y

a medida que la acción avanza, vemos cómo la miseria estrecha su cerco, cómo la usura aprieta sus anillos, cómo la enfermedad madura su ponzoña. El drama que Julián envía al empresario; la obra compuesta, al fin, por cuenta propia, para la reputación, para la vida, escolla en la repulsa. Y es la hora en que los parásitos, los *otros*, triunfan, en el parlamento y en el teatro, con la savia quitada al ingenio inhábil y convertida en fruto por su habilidad sin ingenio. De los parásitos sólo llega, en esta hora, para el árbol caído, la ingratitud procaz o la compasión tardía y vana. La expresión dramática luce a menudo, en el drama de Payró, toques de real inspiración y energía. “¡Soberbio gusano devorador de cadáveres!” dice Julián al pseudo escritor que, tras de alimentar sus falsos triunfos con el auxilio obtenido de las últimas fuerzas que quedan al escritor verdadero, se yergue ante él, en actitud de orgullo. Cuando Julián, ya en los umbrales de la imbecilidad, habla con Ernesto, el *débauché* imbecil sin mal del cerebro, imbecil como el cualquiera que pasa, Inés prorrumpe en este grito de angustia: “¡Qué horror! ¡Ahora se parecen!”.

El desenlace llega. En el abandono que culmina, se aceleran los pasos de la vesanía: lo de Maupassant, lo de Feval: la pluma que se inmoviliza en la mano, la atención que se esfuerza y se disipa, y en pos del escape de excitación falaz, la indiferencia, el estupor, y luego el aniquilamiento, la abolición casi absoluta de la inteligencia y la sensibilidad. “—¿Es para siempre?” preguntan al médico. — Para siempre, sí... — ¿Podrá siquiera desempeñar un empleo? — Muy modesto, casi mecánico, nada intelectual...” — Murió, pues, el artista, murió de la más negra muerte... Pero vive Inés, el amor, la voluntad, la discreción

que le sostuvieron en la lucha, que recogerán ahora su ideal abatido; y en manos de Inés queda el inédito drama en que él cifraba sus anhelos de rescatar su personalidad usurpada por la vanidad y ambición de los mediocres. “—¡Oh — dice ella, dirigiéndose al pobre enfermo. — Tu pensamiento vivirá, yo te lo juro. Tu “Anónimo” rasgará la noche, será luz. ¡El triunfo de los otros es el tuyo, Julián!” — Así termina el drama, como entreabriendo un horizonte de reparación y esperanza. Sí; no dudemos de ello: merced a Inés, el “Anónimo” tendrá nombre y se llamará Inmortalidad. Pero ¿y los que caen vencidos como él, sin dejar el hada benéfica que vele por su nombre y sus sueños? ¿Y los que sucumben después de dispersar sus fuerzas, sin haber alcanzado a concretar la obra que, desconocida o desdeñada hoy, pueda revelarse un día como la “botella del naufrago” en el poema de Vigny: la botella en que el naufrago encierra, antes de hundirse con su nave, la revelación de los secretos que ha arrancado a lo desconocido, arrojándola a las olas que acaso la depositarán en playa habitada?... ¡Encarna, encarna, alma encantadora de Inés, en infinitos avatares, para animar el divino fuego de la esperanza en el alma del artista que duda; para alentar la apelación que envía a la justicia del porvenir el trabajador que se rinde sin gloria!

Todas estas cosas pasaron por mi mente, mientras la lluvia triste caía en hilos menudos, después que admiré el pedazo palpitante de vida que ha desentrañado, en su última obra dramática, ese fuerte y noble espíritu que honra a la intelectualidad argentina y se llama Roberto Payró.

1907.

DIVINA LIBERTAD

Al margen de "Bajorrelieves" de Leopoldo Díaz.

"¡Culto del verso por el verso; adoración estéril de la forma!" — siento clamar, condensándose las voces de reprobación y de desvío que he oído levantarse al paso de este libro nuevo. — "¿Dónde está la palabra que nos adoctrine en nuestras dudas, que nos consuele en nuestras penas, que nos estimule con sus esperanzas, en esta poesía de contornos perfectos, que sólo deja en nuestros labios, ansiosos del licor refrigerante, el contacto glacial del vaso cincelado y vacío?... El poeta, abanderado en nuestras luchas, pertenece a la idea, pertenece a la acción, y la poesía que merece los triunfos y la gloria es aquella que aspira a representar, como algún día, en la vida de las sociedades humanas, una fuerza fecunda, una fuerza civilizadora". — Yo, que he participado, y aún participo, de esta fe en el sublime magisterio de la palabra de los poetas, creo, antes que en ninguna otra cosa, en la libertad, que Heine proclamó *irresponsable*, de su genio y de su inspiración. Cuando veo que se les exige, con amenazas de destierro, interesarse en lo que llama la Escritura *las disputas de los hombres*, recuerdo a Schiller narrando la historia de *Pegaso bajo el yugo*. El generoso alazán, vendido por el poeta indigente, es uncido por groseras y mercenarias manos a las faenas rústicas, símbolo de la inmediata utilidad y del orden prosaico de la vida.

El se revuelve primero para sacudir el yugo que desconoce, y desmaya después de humillación y de dolor. En vano se fatigan sus amos: le desuncen, convencidos de la imposibilidad de domeñarle, y le arrojan con desprecio como cosa inútil. Pero el antiguo dueño, que vagaba triste como él, lo encuentra un día en su camino; sube, lleno de júbilo, entre sus alas desmayadas, y entonces un estremecimiento nervioso hace hervir el pecho del corcel rebelde a la labor; se despliegan sus alas, sus pupilas flamean, y tiende el vuelo hacia la altura con el soberbio brío, con la infinita libertad de la inspiración levantada sobre las cosas de la tierra...

Hermoso símbolo de la soberana independencia del arte! Comprendiéndolo en su sentido profundo, dejemos al corcel alado la voluntariedad de sus vuelos, a la poesía la fuerza de su libertad, y seamos siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, ya se nos aparezca, como deidad armada y luminosa, en nuestras luchas; ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento; ya extinga en sí la llama de la vida, como adurmiéndose sobre lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la *caricia helada* de la forma!

1895.

BOLIVAR

Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica.

Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía, en el medio y la hora en que aparece, se piensa que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el color escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y una conciencia única. Virtualidad infinita, el genio está perennemente a la espera en el fondo de la sociedad humana, como el rayo en las entrañas de la nube. Para pasar al acto, ha menester de la ocasión. Su sola dependencia es la del estímulo inicial que lo desata y abandona a su libertad incoercible; pero ese estímulo es la condición que se reserva el hado, porque la trae a su hora el orden de la sociedad que tienta y solicita el arranque innovador. Larga sucesión de generaciones pasa, acaso, sin que la extraordinaria facultad que duerme velada en formas comunes tenga obra digna en que emplearse; y cuando, en la generación predestinada, el rebosar de una aspira-

ción, la madurez de una necesidad, traen la ocasión propicia, suele suceder que la respuesta al silencioso llamamiento parta de una vida que ha empezado a correr, ignorante de su oculta riqueza, en un sentido extraño a aquel que ha de transfigurarla por la gloria.

Algo de esta súbita exaltación hay en el heroísmo de Bolívar. Desde que su conciencia se abrió al mundo, vio acercarse el momento de la Revolución, participando de los anhelos que la preparaban en la secreta agitación de los espíritus; pero ese vago hervor de su mente no imprimió carácter a una juventud que, en su parte expresiva y plástica, tuvo un sello distinto del que se buscaría como anuncio de las supremas energías de la acción. Su primer sueño fue de belleza, de magnificencia y de deleite. Si las fatalidades de la historia hubieran puesto fuera de su época la hora de la emancipación, habría llevado la vida de gran señor, refinado e inquieto, que prometía mientras repartió su tiempo entre sus viajes, el retiro de su hacienda de San Mateo y la sociedad de la Caracas palaciana y académica de los últimos días de la colonia. Algún destello del alma de Alcibiades parece reflejarse en el bronce de esa figura de patricio mozo y sensual, poseedor inconsciente de la llama del genio, en quien la atmósfera de la Europa inflamada en el fuego de las primeras guerras napoleónicas excitó el sentimiento de la libertad política, como una inclinación de superioridad y de nobleza, llena del tono clásico, y hostil, por su más íntima sustancia, a toda afición demagógica y vulgar. Aún no anunciaba en aquel momento la gloria, pero sí el brillo que la remeda allí donde no hay espacio para más. Uníanse en la aureola de su juventud el lustre de la cuna, los medios del pingüe patrimonio, todos los dones de la inteligencia y de la

cortesanía, realizados por el fino gusto literario y la pasión del bello vivir. Y esta primera corteza de su personalidad no desapareció enteramente con la revelación de su profunda alma ignorada. "Varón estético", como se dijo de Platón y como puede extenderse a toda una casta de espíritus, continuó siéndolo cuando el genio lo llevó a sus alturas; y héroe, tuvo la elegancia heroica: la preocupación del gesto estatuario, del noble ademán, de la actitud gallarda e imponente, que puede parecer histrionica a los que no hayan llegado a una cabal comprensión de su personalidad, pero que es rasgo que complementa de manera espontánea y concorde la figura de estos hombres de acción en quienes el genio de la guerra, por la finalidad visionaria y creadora que lo mueve, confina con la naturaleza del artista y participa de la índole de sus pasiones. — ¿No ha asimilado Taine, en riguroso análisis de psicología, la espada de Napoleón al cincel escultórico de Miguel Angel, como instrumentos de una misma facultad soberana, que ejercita el uno en las entrañas insensibles del mármol y el otro en las animadas y dolientes de la realidad?...

Así aparece desde el día en que selló sus esponsales con la vocación, que ya le enamoraba e inquietaba; cuando, de paso por Roma, sabe, como arrebatado de un numen, a la soledad del Aventino, a cuyos pies mira extenderse el vasto mar de recuerdos de libertad y de grandeza; y como hablando a la conciencia de esta antigüedad, jura libertar un mundo. Así aparece luego, en Caracas, cuando, entre el espanto del terremoto que despedaza la ciudad en vísperas de la Revolución, levanta, sobre las ruinas convulsas de la iglesia de San Jacinto, su figura nerviosa y altanera, y allí, en presencia de un español despavorido, prorrumpi-

pe en las soberbias palabras, a cuyo lado palidece la imprecación famosa de Ajax de Telamón: "¡Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la someteremos!" — En la batalla, en el triunfo, en la entrada a las ciudades, en el ejercicio del poder o entre las galas de la fiesta, siempre luce en él el mismo instintivo sentimiento de esa que podemos llamar la forma plástica del heroísmo y de la gloria. Concertando la febril actividad de una guerra implacable, aún queda huelgo en su imaginación para honrar, por estilo solemne, la memoria y el ejemplo de los suyos, en pompas como aquella procesión, semejante a una ceremonia pagana, que llevó triunfalmente el corazón de Girardot, en urna custodiada por las armas del Ejército, desde el Bárbula, donde fue la muerte del héroe, hasta Caracas. En la memoria de sus contemporáneos quedó impresa la majestad antigua del gesto y el porte con que, constituida Colombia, penetró al recinto de la primera asamblea, a resignar en ella el mando de los pueblos. Ante las cosas soberanas y magníficas del mundo material experimenta una suerte de emulación, que le impulsa a hacer de modo que entre él mismo a formar parte del espectáculo imponente y a señorearlo como protagonista. En su ascensión del Chimborazo, que interpreta la retórica violenta pero sincera, en su énfasis, del "Delirio", se percibe, sobre todo otro sentimiento, el orgullo de subir, de pisar la frente del coloso, de llegar más arriba que La Condamine, más arriba que Humboldt, adonde no haya huella antes de la suya. Otra vez, se acerca a admirar la sublimidad del Tequendama. Allí su espíritu y la naturaleza componen un acorde que lo exalta como una influencia de Dionysos. Cruzando la corriente de las aguas, y en el preciso punto en que ellas van a desplomarse,

hay una piedra distante de la orilla el justo trecho que abarca el salto de un hombre. Bolívar, sin quitarse sus botas de tacón herrado, se lanza de un ímpetu a aquella piedra bruñida por la espuma, y tomándola de pedestal, yergue la cabeza, incapaz de vértigo, sobre el voraz horror del abismo.

Era la continuación, transfigurada según conviene a la grandeza heroica, de aquel mismo carácter de su juventud que le hizo escribir, mientras deshojaba en las cortes europeas las rosas de sus veinte años, esta confesión de una carta a la Baronesa de Trobriand: "Yo amo menos los placeres que el fausto, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria". Y esto venía tan del fondo de su naturaleza que, en rigor, nunca hubo carácter más inmune de todo amaño y remedo de afectación. Nunca le hubo, en general, más espontáneo e inspirado. Todo es iluminación en sus propósitos; todo es arrebató en su obra. Su espíritu es de los que manifiestan la presencia de esa misteriosa manera de pensamiento y de acción, que escapa a la conciencia del que la posee, y que, sublimando sus efectos muy por arriba del alcance de la intención deliberada y prudente, vincula las más altas obras del hombre a esa ciega fuerza del instinto, que labra la arquitectura del panal, orienta el ímpetu del vuelo, y asegura el golpe de la garra. Así, para sus victorias le valen el repentino concebir y el fulminante y cierto ejecutar. Y en la derrota, una especie de don *anteico*, como no se ve en tal grado en ningún otro héroe; una extraña virtud de agigantarse más cuanto más recía fue y más abajo la caída; una como asimilación tónica de los jugos de la adversidad y del oprobio; no en virtud del aleccionamiento de la experiencia, sino por la reacción inconsciente e inmediata de una

naturaleza que desempeña en ello su ley. Su fisonomía guerrera tiene en este rasgo el sello que la individualiza. Bien lo significó el español Morillo en pocas palabras: "Más temible vencido que vencedor". Sus campañas no son el desenvolvimiento gradual y sistemático de un plan de sabiduría y reflexión, que proceda por partes, reteniendo y asegurando lo ya dejado atrás, y proporcionando las miras del arrojado a la juiciosa medida de las fuerzas. Son como enormes embestidas, como gigantescas oleadas, que alternan, en ritmo desigual, con tumbos y rechazos no menos violentos y espantables, desplomándose de súbito el esfuerzo que culminaba avasallador, para resurgir muy luego, en otra parte, y de otro modo, y con más brío, hasta que un impulso más pujante o certero que los otros sobrepasa el punto de donde ya no puede tomar pendiente el retroceso, y entonces la victoria persiste, y crece, y se propaga, como las aguas de la inundación, y de nudo en nudo de los Andes cada montaña es un jalón de victoria. Nadie ha experimentado más veces, ni en menos tiempo, la alternativa del triunfo con visos y honores de final, y el anonadamiento y el desprestigio sin esperanzas — para los otros, — de levante. Revolucionario fracasado y proscrito, falto de superior renombre y de medios materiales de acción, se alza de un vuelo al pináculo de la fama militar y de la autoridad caudillesca con aquella asombrosa campaña de 1813, que inicia a la cabeza de medio millar de hombres, y que le lleva, en ciento y tantos días de arrebatado triunfal, desde las vertientes neogranadinas de los Andes hasta el palacio de los capitanes de Caracas, donde, sobre lo transitorio de honores y poderes, vincula para siempre a su nombre su título de Libertador. Aún no ha transcurrido un año de esto, y las costas del mar

Caribe le miran fugitivo, abandonado y negado por los suyos; vuelta en hume, al parecer, toda aquella gloria, que ni aun le defiende de la ira con que le acusan y de la ingratitud con que le afrentan. Y cuando se busca adónde ha ido a abismar su humillación, vésele de nuevo en lo alto, empuñando el timón de la Nueva Granada que desfallecía, entrando con la libertad a Bogotá, como antes a Caracas...; y apenas se ha doblado esta página, aparece otra vez desobedecido y forzado a abandonar en manos de un rival obscuro las armas con que se aprestaba a entrar en Venezuela; y entonces su reaparición es en Haití, de donde, con el mismo propósito, sale acaudillando una expedición que por dos veces toma tierra cerca de Caracas y las dos veces acaba en rechazo, y la última, en nueva ruina de su poder y de su crédito, entre denuestos de la plebe y altanerías de la emulación ambiciosa.

Pero la natural autoridad que emana de él es una fuerza irresistible, como toda voluntad de la Naturaleza, y poco tiempo pasa sin que aquella grito se acalle, sin que sus émulos le reconozcan y obedezcan, sin que los destinos de la Revolución estén de nuevo en sus manos, desde la Guayana, donde Piar ha asegurado el respaldar de las futuras campañas, hasta los llanos del Apure, donde hierven las montoneras de Páez. Funda gobierno, guerra, sofoca todavía rebeliones de los suyos; la adversidad le persigue implacable en La Puerta, en Ortiz, en el Rincón de los Toros; y una noche, después de la última derrota, un hombre, sin compañero ni caballo, huye escondiéndose en la espesura de los bosques, hasta que, a la luz de la aurora, reúne una escolta de jinetes dispersos, con los que orienta su camino. Es Bolívar, que, perdidos su ejército y su autoridad, marcha — ¿qué mucho, siendo

él? — a forjarse nueva autoridad y nuevo ejército. No tardará en conseguir lo uno y lo otro: la autoridad, robustecida por la sanción de una asamblea que le da el sello constitucional; el ejército, más regular y organizado que cuantos tuvo hasta entonces.

Este es el momento en que su constancia inquebrantable va a subyugar y volver en adhesión firmísima las desigualdades de la suerte. La iluminación de su genio le muestra asegurados los destinos de la Revolución con la reconquista de la Nueva Granada. Para reconquistar la Nueva Granada es menester escalar los Andes, luego de pasar ciénagas extensas, ríos caudalosos; y es la estación de invierno, y tamaña empresa se acomete con un ejército punto menos que desnudo. Otros pasos de montaña puede haber más hábiles y de más ejemplar estrategia; ninguno tan audaz, ninguno tan heroico y legendario. Dos mil quinientos hombres suben por las pendientes orientales de la Cordillera, y bajan por las de Occidente menor número de espectros, y estos espectros son de los que eran fuertes del cuerpo y del ánimo, porque los débiles quedaron en la nieve, en los torrentes, en la altura donde falta el aire para el pecho. Y con los espectros de los fuertes se gana Boyacá, que abre el camino de la altiplanicie donde Colombia ha de fijar su centro, y de vuelta de la altiplanicie se gana Carabobo, que franquea hacia Oriente el paso de Caracas, y desde ese instante el dominio español ha perecido en cuanto va de las bocas del Orinoco hasta el istmo de Panamá. Desde ese instante, a los altibajos de aquella guerra de angustiosa incertidumbre, sucede como un declive irresistible que la victoria, rendida y hechizada, hace con sus brazos, inclinados al Sur, para que el torrente de las armas emancipadoras corra a confundirse con aquel otro que avan-

za, desde los Andes argentinos, anunciando su avenida por los ecos de las dianas triunfales de Chacabuco y de Maipo. Colombia ha completado sus fronteras, después que ha puesto bajo "el manto del iris" los volcanes del Ecuador, y es libre para siempre. Pero aún queda para Bolívar lidiar por América, que es más su patria que Colombia. San Martín está frente a él, lauro para lauro. La gloria de lo que falta por hacer no es ambición compartible. Cuando se trata de determinar cuál ha de gozarla de los dos, bastan, de una parte, la conciencia de la superioridad, y de otra parte, el leal y noble acatamiento de ella. Bolívar será quien corene, como las campañas del Norte, las del Sur. Y como en Bogotá, como en Caracas, como en Quito, entra en Lima, en el Cuzco, en La Paz, el libertador de América; y mientras el último ejército español, numeroso y fuerte, se apresta a esperarle, y él se consagra a aparcibir el suyo, enferma, y doliente todavía oye que le preguntan: — "¿Qué piensa usted hacer ahora?" — "Triunfar", contesta con sencillez de esparciata. Y triunfa; triunfa después de cruzar las gargantas de los Andes, a la altura del cóndor, como en las vísperas de Boyacá, que ahora reproduce Junín; y con el impulso de Junín triunfa, por el brazo de Sucre, en Ayacucho, donde eatorce generales de España entregan, al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera, trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando. Cumplida está la obra de Bolívar, pero aún reboean sobre ella la aspiración y los heroicos alientos. Aún sueña el héroe con más; aún querría llegar a los márgenes del Plata, donde padece bajo la conquista un pueblo arrancado a la comunidad triunfante en Ayacucho; ser, también para él, el Libertador; arrollar

hasta la misma corte del Brasil las huestes imperiales, fundar allí la república, y remontando la corriente del Amazonas, como Alejandro los ríos misteriosos de Oriente, cerrar la inmensa elipse de gloria en suelo colombiano, e ir a acordar y presidir la armonía perenne de su obra, en la asamblea anfictiónica de Panamá.

El conjunto de este tempestuoso heroísmo es de un carácter singular e inconfundible en la historia. Lo es por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha e indisoluble de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. Y ésta constituye una de las desemejanzas que abren tan ancho abismo entre Bolívar y el que con él comparte, en América, la gloria del libertador. San Martín podría salir de su escenario sin descaracterizarse, ni desentonar dentro de otros pueblos y otras epopeyas. Su severa figura cambiaría, sin inconveniencia, el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes o los Rocallosos. Imaginémoslo al lado de Turena: valdría para heredero de su espada previsor y segura y de su noble y sencilla gravedad. Transportémosle junto a Washington: podría ser el más ilustre de sus conmillitones y el más ejemplar de sus discípulos. Pongámosle en las guerras de la Revolución y del Imperio: llenaría el lugar del abnegado Hoche, cuando se malogra, o del prudente Moreau, cuando sale proscrito. Es, considerado aparte del gran designio a que obedece, el tipo de abstracción militar que encuentra marco propio en todo tiempo de guerra organizada, porque requiere, no la originalidad del color, sino el firme y simple

dibujo de ciertas superiores condiciones de inteligencia y voluntad, que el carácter humano reproduce sobre las diferencias de razas y de siglos. En cambio, la figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada o trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente... todo a una y todo a su manera, es una originalidad irreducible, que supone e incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso. Ni guerra como estratégico europeo, ni toma, para sus sueños de fundador, más que los elementos dispersos de las instituciones basadas en la experiencia o la razón universal, ni deja, en su conjunto, una imagen que se parezca a cosa de antes. Por eso nos apasiona y nos subyuga, y será siempre el héroe por excelencia representativo de la eterna unidad hispanoamericana. Más grande y más por lo alto que los caudillos regionales, en quienes se individualizó la originalidad semibárbara, personifica lo que hay de característico y peculiar en nuestra historia. Es el barro de América, atravesado por el soplo del genio, que trasmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalarse de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad.

La revolución de la independencia suramericana, en los dos centros donde estalla y de donde se difunde: el Orinoco y el Plata, manifiesta una misma dualidad de carácter y de formas. Comprende, en ambos centros, la iniciativa de las ciudades, que es una revolución de ideas, y el levantamiento de los campos, que es una rebelión de instintos. En el espíritu de las ciudades, la madurez del desenvolvimiento propio y las in-

fluencias reflejadas del mundo, trajeron la idea de la patria como asociación política, y el concepto de la libertad practicable dentro de instituciones regulares. Deliberación de asambleas, propaganda oratoria, milicias organizadas, fueron los medios de acción. Pero en los dilatados *llanos* que se abren desde cerca del valle de Caracas hasta las márgenes del Orinoco, y en las anchurosas *pampas* interpuestas entre los Andes argentinos y las orillas del Paraná y el Uruguay, así como en las *cuchillas* que ondulan, al oriente del Uruguay, hacia el Océano, la civilización colonial, esforzándose en calar la entraña del desierto, el cual le oponía por escudo su extensión infinita, sólo había alcanzado a infundir una población rala y casi nómada, que vivía en semibarbarie pastoril, no muy diferentemente del árabe beduino o del hebreo de tiempos de Abraham y Jacob; asentándose, más que sobre la tierra, sobre el lomo de sus caballos, con los que señoreaba las vastas soledades tendidas entre uno y otro de los *hatos* del Norte y una y otra de las *estancias* del Sur. El varón de esta sociedad, apenas solidaria ni coherente, es el *llanero* de Venezuela, el *gaucho* del Plata, el centauro indómito esculpido por los vientos y soles del desierto en la arcilla amasada con sangre del conquistador y del indígena; hermosísimo tipo de desnuda entereza humana, de heroísmo natural y espontáneo, cuya genialidad bravía estaba destinada a dar una fuerza de acción avasalladora, y de carácter plástico y color, a la epopeya de cuyo seno se alzarían triunfales los destinos de América. En realidad, esta fuerza era extraña, originariamente, a toda aspiración de patria constituida y toda noción de derechos políticos, con que pudiera adelantarse, de manera consciente, a tomar su puesto en la lucha provocada por

los hombres de las ciudades. Artigas, al Sur, la vinculó desde un principio a las banderas de la Revolución; Boves y Yáñez, al Norte, la desataron a favor de la resistencia española, y luego Páez, allí mismo, la ganó definitivamente para la causa americana. Porque el sentimiento vivísimo de libertad que constituía la eficacia inconjurable de aquella fuerza desencadenada por la tentación de la guerra, era el de una libertad anterior a cualquier género de sentimiento político, y aun patriótico: la libertad primitiva, bárbara, crudamente individualista, que no sabe de otros fueros que los de la naturaleza, ni se satisface sino con su desata incoercible en el espacio abierto, sobre toda valla de leyes y toda coparticipación de orden social; la libertad de la banda y de la horda; ésa que, en la más crítica ocasión de la historia humana, acudió a destrozar un mundo caduco y a mecer sobre las ruinas la cuna de uno nuevo, con sus ráfagas de candor y energía. La sola especie de autoridad conciliable con este instinto libérrimo era la autoridad personal capaz de guiarlo a su expansión más franca y domeadora, por los prestigios del más fuerte, del más bravo o del más hábil; y así se levantó, sobre las multitudes inquietas de los campos, la soberanía del *caudillo*, como la del primitivo jefe germano que congregaba en torno de sí su vasta familia guerrera sin otra comunidad, de propósitos y estímulos que la adhesión filial a su persona. Conducida por la autoridad de los caudillos, aquella democracia bárbara vino a engrosar el torrente de la Revolución, adquirió el sentimiento y la conciencia de ella, y arrojó en su seno el áspero fermento popular que contrabateó las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades, al mismo tiempo que imprimía en las formas de la guerra el sello de origina-

lidad y pintoresco americanismo que las determinase y diferenciara en la historia. Frente al ejército regular, o en alianza con él, aparecieron la táctica y la estrategia instintivas de la *montonera*, que suple los efectos del cálculo y la disciplina con la crudeza del valor y con la agilidad heroica; el guerrear para que son únicos medios esenciales el vivo relámpago del potro, apenas domado y unimismándose casi con el hombre en un solo organismo de centauro, y la firmeza de la lanza esgrimida con pulso de titán en las formidables cargas que devoran la extensión de la sumisa llanura.

Bolívar subordinó a su autoridad y su prestigio esta fuerza, que complementaba la que él traía originariamente en ideas, en espíritu de ciudad, en ejército organizado. Abarcó dentro de su representación heroica la de esa mitad original e instintiva de la Revolución americana, porque se envolvió en su ambiente y tuvo por vasallos a sus inmediatas personificaciones. Páez, el intrépido jefe de llaneros, le reconoce y pone sobre sí desde su primera entrevista, cuando él viene de rehacer su prestigio perdido con la infausta expedición de los Cayos; y en adelante las dos riendas de la Revolución están en manos de Bolívar, y la azarosa campaña de 1817 a 1818 muestra, concertados, los recursos del instinto dueño del terreno y los de la aptitud guerrera superior y educada. En los extensos llanos del Apure, el Libertador convive y conmilita con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la vanguardia con que vencerá en Carabobo. Tenía, para gallardearse en ese medio, la condición suprema, cuya posesión es título de superioridad y de dominio, como es su ausencia nota de extranjería y de flaqueza: la condición de maestrísimo jinete, de

insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto a escape, tras el venado fugitivo, o por la pura voluptuosidad del arrebatado, tras la fuga ideal del horizonte. El Alcibíades, el escritor, el diplomático de Caracas era, cuando cuadraba la ocasión, el gaucho de las pampas del Norte: el llanero.

Este contacto íntimo con lo original americano no se dio nunca en San Martín. El capitán del Sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto a edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acrisolar la constancia del amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde en la más honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento e indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado. La accidental cooperación con las *montoneras* de Güemes no acortó estas distancias. En el Sur, la Revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Belgrano o Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes o López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula a su prestigio personal y profético, y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil.

En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos ministerios se confunden. Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aún faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno. Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus

inciertos albores, la abre camino como conspirador y como diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ella los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político.

Valióle para tanto su natural y magnífica multiplicidad de facultades. El genio, que es a menudo unidad simplísima, suele ser también armonía estupenda. Veces hay en que esa energía misteriosa se reconcentra y encastilla en una sola facultad, en una única potencia del alma, sea ésta la observación, la fantasía, el pensamiento discursivo, el carácter moral o la voluntad militante; y entonces luce el genio de vocación restricta y monótona, que, si nació para la guerra, guerrea silencioso, adusto e incapaz de fatiga, como Carlos XII, el de Suecia; si para el arte, pasa la vida, como Flaubert, en un juego de belleza, mirando con indiferencia de niño las demás cosas del mundo; y si para el pensamiento, vive en la exclusiva sociedad de las ideas, como Kant, en inmutable abstracción de sonámbulo. La facultad soberana se magnifica restando lugar y fuerza a las otras, y levanta su vuelo, como águila solitaria y señera, sobre la yerma austeridad del paisaje interior. Pero no pocas veces, lejos de obrar como potestad celosa y ascética, obra a modo de conjuro evocador o de simiente fecunda; para su confianza y complemento, suscita vocaciones secundarias que rivalizan en servirla, y como si tras el águila del parangón se remontaran, de los abismos y eminen-

cias del alma, otras menores que la hicieran séquito, la potencia genial se despliega en bandada de aptitudes distintas, que rompen concertadamente el espacio en dirección a una misma cúspide. A esta imagen corresponden los genios complejos y armoniosos; aquellos en quienes toda la redondez del alma parece encendida en una sola luz de elección; ya ocupe el centro de esa redondez la imaginación artística, como en Leonardo; ya la invención poética, como en Goethe; ya, como en César o Napoleón, la voluntad heroica. Tanto más gallardamente deacuella la arquitectónica mental de estos espíritus múltiples, cuando la vocación o facultad que lleva el centro en ellos, — el *quilate-rey*, si recordamos a Gracián, — halla cómo orientarse, de manera firme y resuelta, en una grande y concentrada obra, en una idea constante que le imprima fuerte unidad y en la que puedan colaborar a un mismo tiempo todas las aptitudes vasallas, de suerte que aparezca operando, en el seno de aquella unidad enérgica, la variedad más rica y concorde.

De esta especie genial era Bolívar. Toda actividad de su grande espíritu, toda manera de superioridad que cabe en él, se subordina a un propósito final y contribuye a una obra magna: el propósito y la obra del libertador; y dentro de esta unidad coparticipan, en torno a la facultad central y dominante, que es la de la acción guerrera, la intuición del entendimiento político, el poder de la aptitud oratoria, el don del estilo literario. Como entendimiento político, nadie, en la revolución de América, lo tuvo más en grande, más iluminado y vidente, más original y creador; aunque no pocos de sus contemporáneos le excedieran en el arte concreto del gobierno y en el sentido de las realidades cercanas. El, con más claridad que el presente,

veía el porvenir. Desde Jamaica, en 1815, aún lejano y obscuro el término de la Revolución, escribe aquella asombrosa carta, ardiente de relámpagos proféticos, en que predice la suerte de cada uno de los pueblos hispanoamericanos después de su independencia, vaticinando así la vida de ordenado sosiego de Chile como el despotismo que ha de sobrevenir en el Plata con Rozas. El sistema de organización propuesto en 1819 al Congreso de Angostura manifiesta, a vuelta de lo que tiene de híbrido y de utópico, la crítica penetrante y audaz de los modelos políticos que proporcionaba la experiencia, y una facultad constructiva, en materia constitucional, que busca su apoyo en la consideración de las diferencias y peculiaridades del ambiente a que ha de aplicarse. Esta facultad toma aún mayor vuelo y carácter en la constitución boliviana, extendida luego al Perú, obra del apogeo de su genio y de su fortuna, donde los sueños de su ambición forman extraño conjunto con los rasgos de una inventiva innovadora que ha merecido la atención y el análisis de los constitucionalistas, como la idea de un "poder electoral", seleccionado del conjunto de los ciudadanos, en la proporción de uno por diez, al que correspondería elegir o proponer los funcionarios públicos.

Con estos planes constitucionales compartía la actividad de su pensamiento, en los días de la plenitud de su gloria la manera de realizar su vieja aspiración de unir en firme lazo federal los nuevos pueblos de América, desde el Golfo de Méjico hasta el Estrecho de Magallanes. No concurre en el Libertador merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispanoamericanos y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar con-

sagrada su unidad ideal por una real unidad política. Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada a los términos de Venezuela ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vio en la entera extensión del Continente el teatro indivisible de la Revolución; nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó, desde el primer momento, a su espíritu, como una indisoluble confederación de pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia o de una alianza dirigida a sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantara a común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinos. En el Istmo de Panamá, donde las dos mitades de América se enlazan y los dos océanos se acercan, creía ver la situación predestinada de la asamblea federal en que la nueva anfictionía erigiese su tribuna, como la anfictionía de Atenas en el Istmo de Corinto. Desde que, ocupando a Caracas después de la campaña de 1813, gobierna por primera vez en nombre de América, asoma ya en su política esta idea de la unidad continental, que ha de constituir el supremo galardón a que aspire cuando vencedor y árbitro de un mundo. La realidad inmediata negóse a acoger su sueño: mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo a pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el

mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el grande pensamiento, que aún hoy se dilata más allá del horizonte visible; y ni siquiera la unidad parcial de Colombia alcanzó a subsistir. ¿Qué importa? La visión genial no dejaba de anticipar por ello la convergencia necesaria, aunque haya de ser difícil y morosa, de los destinos de estos pueblos: la realidad triunfal e ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la intuición profética de la mirada que llegó hasta él. En lo formal y orgánico, la unidad intentada por Bolívar no será nunca más que un recuerdo histórico; pero debajo de esta corteza temporal está la virtud perenne de la idea. Cuando se glorifica en Mazzini, en D'Azeglio o en Gioberti, la fe anunciadora y propagadora de la Italia una, no se repara en las maneras de unión que propusieron, sino en el fervor eficaz con que aspiraron a lo esencial del magno objetivo. Con más o menos dilación, en una u otra forma, un lazo político unirá un día a los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que habrá resurgido y triunfado, y será su nombre el que merecerá, antes que otro alguno, cifrar la gloria de tan alta ocasión. El régimen del consulado vitalicio, que Bolívar preconizaba, no podía resolver, ni el problema de la confederación de estos pueblos, ni el de su organización interior. Era un desvirtuado simulacro de república; pero en este punto debe decirse que si Bolívar no llegó a la aceptación franca y cabal del sistema republicano, con su esencialísimo resorte de la renovación del cargo supremo, sostuvo siempre — y es indisputable gloria suya, — el principio republicano en oposición a la monarquía, de cuyo lado lo solicitaban las opiniones más prudentes y valiosas, y que era el

ideal de gobierno con que venía del Sur, en cumplimiento del programa político de Buenos Aires, la triunfadora espada de San Martín. La república íntegra y pura tuvo en la América revolucionaria, y desde el primer momento de la Revolución, un partidario fidelísimo y un mantenedor armado: nada más que uno, y éste fue Artigas; pero aún no se sabe bien, fuera del pueblo que vela dentro de su alma esa tradición gloriosa, porque acontece que algunos de los aspectos más interesantes y reveladores de la revolución del Río de la Plata, o no están descritos o no están propagados. Yo lo pensaba hace poco leyendo el resumen, admirable de perspicuidad y precisión, que de los orígenes de la América contemporánea hizo, en sus recientes conferencias de Madrid, el alto y noble talento de Rufino Blanco Fombona. Dícese allí que la revolución del extremo Sur nació y se mantuvo en un ambiente de ideas monárquicas; y es relativa verdad, porque no se cuenta con Artigas, y la revolución del extremo Sur, es, en efecto, una revolución monárquica, sin la acción excéntrica de Artigas, el removedor de la democracia de los campos, hostilizado y perseguido, como fiera en coso, por la oligarquía monarquista de los Posadas y los Pueyrredones, y despedazado e infamado luego, en historias efímeras, por los escritores herederos de los odios de aquella política oligárquica. Una fundamental revisión de valores es tarea que empieza en la historia de esta parte del Sur; y cuando esa revisión se haya hecho, mientras pasarán a segundo plano figuras pálidas y mediocres, se agigantará, como figura de América, la del caudillo de garra leonina que en 1813 levantaba, por bandera de organización, íntegra y claramente definido, el sistema republicano, que Bo-

lívar opuso luego, aunque en menos genuina forma, al programa monárquico de San Martín.

Tratándose del Bolívar político, llega de suyo el tema de su ambición. Este rasgo es capital e inseparable de su imagen. Siempre formaré tan pobre idea del discernimiento histórico de quien se empeñe en presentar a Bolívar inmune de la pasión de mandar, como del grado de comprensión humana de quien le inicie por tal pasión un proceso que tire a empequeñecerle o macularle. Importa recordar, desde luego, que la perfección negativa, en el orden moral, no puede ser la medida aplicable a ciertas grandezas de la voluntad creadora, de igual manera que no lo es, en el orden estético, cuando se está delante de aquella fuerza de creación que da de sí *La Divina Comedia* o las estatuas de Miguel Angel. La naturaleza no funde en sus moldes caracteres como los que cabe obtener por abstracción, eliminando y añadiendo rasgos, para componer el paradigma a un cuerpo de moral que satisfaga las aspiraciones éticas de una sociedad o de una escuela: funde la naturaleza caracteres orgánicos, en los que el bien y el mal, o los que luego ha de clasificar como tales el criterio mudable y relativo de los hombres, se reparten según una correlación en que obra una lógica tan cabal e imperiosa como la lógica del pensamiento discursivo, con que se construyen los sistemas de ética, aunque la una y la otra no se asemejen absolutamente en nada. Y si bien el análisis del criterio moral puede llegar lícitamente al carácter que modela la naturaleza, para señalar lo que halle en él de imperfecto, transportado al mundo de la libertad,

nunca deberá extremarse en ese fuero cuando se encuentre frente a los grandes temperamentos personales, de eficacia avasalladora, ni deberá aspirar a ver desintegrada o enervada por un molde ideal de perfección facticia esa original estructura del carácter, cauce de piedra de la personalidad, donde reciben el pensamiento su troquel, y la acción el impulso con que se desata. Hay una manera de heroísmo en que la ambición es natural atributo. Quien dijera que la energía genial y el desinterés no caben en un centro, afirmaría una oposición sin sentido entre dos vagas abstracciones; pero quien dijera que cierto género de energía genial y cierto género de desinterés son términos naturalmente inconciliables, pondría la mano en una relación tan segura como la que nos autoriza a sentar que ningún animal carnicero tendrá los dientes ni el estómago de los que se alimentan de hierbas, o que nunca pudo haber una especie en que se unieran, como en el grifo mitológico, la cabeza del águila con el cuerpo del león. Y si la energía genial es de aquel temple que supone, como condición específica, la fe indomable en la virtud única y predestinada de la propia acción, y si con el nombre de desinterés se clasifica, no el fácil desarrimo respecto de egoísmos sensuales, sino el apartamiento de la obra cuando está inconclusa, y el desdén de la autoridad que trae en sí los medios de desenvolver la parte de obra que aún esté oculta y recogida en las virtualidades de una iluminación visionaria, entonces es lícito afirmar que la convivencia de ambos caracteres implica contradicción. Un Bolívar que, después de la entrevista de Guayaquil, abandonara el campo a su émulo, o que, una vez consumada su obra militar, renunciara a influir decisivamente en los nuevos destinos de América, sería un

contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana. En cambio, estos desenlaces de renunciamiento son cosa espontánea y congruente en los héroes de la especie moral de San Martín. Espíritus de vocación limitada y reflexiva, la abnegación de un poder al que no les atrae ningún alto propósito que realizar viene después de la segura constancia con que han dado cima a un pensamiento único y concreto; y aquella condición encima de ésta cae como esmalte. Así, nada más natural, en uno y otro de los dos capitanes de América, que el voluntario eclipse y el mayor encendimiento de gloria con que resuelve sus opuestos destinos la histórica entrevista de 1822. Tiene el alejamiento de San Martín explicación en su noble y austera virtud, pero, en no menor parte sin duda, tiénela en las indeliberadas reacciones del instinto y la había anticipado Gracián en el "Primor" décimocuarto de *El Héroe*, donde define el "natural imperio" y dice: "Reconocen al león las demás fieras en presagio de "naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas: así a estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demás, sin aguardar la "tentativa del caudal". Fuera de la actividad de la guerra, en la aspiración o el ejercicio del gobierno civil, la ambición de mando de Bolívar deja más libre campo a la controversia y a la crítica; pero aun en esta parte, nunca será legítimo juzgarla sino levantándose a la altura de donde se alcanza a divisar, infinitamente por encima de egoísmos vulgares, al héroe que persigue, con el sentimiento de una predestinación histórica, un grande objetivo, que estimula y realza su ambición personal. No significa este criterio que toda voluntad y todo paso del héroe hayan de concordar necesariamente con el fin superior que él trae al mundo, sin que

la fe en sí mismo pueda inducirle a aberración. No significa tampoco sostener la irresponsabilidad positiva del héroe ante la justicia de sus contemporáneos, ni su irresponsabilidad ideal para el fallo de la posteridad. Significa sólo conceder todo su valor a la indivisible unidad del carácter heroico, de modo que aquella parte de impureza que se mezcla acaso en el fermento eficaz no se presente a juicio abstraída de las otras, como el elemento material que, disociándose de un conjunto donde es virtud o sazón, para en crudo veneno. La muchedumbre que, válida de su instinto, a veces tan seguro como el mismo instinto del genio, se encrespa frente al héroe y le cruza el paso; el grupo de hombres de reflexión o de carácter, que opone a las audacias de la voluntad heroica las previsiones de su sabiduría o las altiveces de su derecho, tendrán o no razón contra el héroe: frecuente es que la tengan; pero el historiador que luego tienda la vista por el proceso de acciones y reacciones que entretejen la complejidad del drama humano, verá en la voluntad disparada del héroe una fuerza que, con las que se la asocian y las que la limitan, concurre a la armonía de la historia, y jamás confundirá los mayores excesos de esa fuerza con la baldía o perturbadora inquietud del héroe falso, que disfraza una ambición egoística y sensual en la mentida vocación de un heroísmo, simulando las guedejas del león sobre el pelo atusado de la raposa.

Tan interesante como la aptitud política es, entre los talentos accesorios del Libertador, la facultad de la expresión literaria. Su nombre, en este género de gloria, vive principalmente vinculado a la elocuencia ar-

diente y pomposa de sus proclamas y arengas, las más vibrantes, sin duda, que hayan escuchado, en suelo americano, ejércitos y multitudes. Pero ya, sin negar nuestra admiración a tan espléndida oratoria, muchos somos los que preferimos gustar al escritor en la literatura, más natural y suelta, de sus cartas. Las proclamas y arengas, como cualquiera análoga especie literaria, en que el énfasis del acento y el aparato de la expresión son caracteres que legitima la oportunidad, tratándose de solicitar el efecto presentáneo y violento en la conciencia de las muchedumbres, se marchitan de estilo mucho más que la obra acrisolada y serena y que la íntima y espontánea. Por otra parte, en la trama de esos documentos oratorios suele mezclar sus hebras desteñidas y frágiles el vocabulario de la retórica política, que es la menos poética de las retóricas, con sus vaguedades y abstracciones y sus maneras de decir acuñadas para socorro común en las angustias de la tribuna; y así en las proclamas y arengas del Libertador, el relámpago genial, la huella leonina, la imagen, la frase o la palabra de imperecedera virtud, resaltan sobre el fondo de esa declamación pseudo clásica, adaptada al lenguaje de las modernas libertades políticas, que, divulgándose en los libros de Raynal, de Marmontel y de Mably y en la elocuencia de montañeses y girondinos, dio su instrumento de propaganda a la revolución de 1789 y lo dio después, de reflejo, a nuestra revolución hispanoamericana. Este inconsistente barro, en manos de Bolívar, es material que modela un artífice de genio, pero barro al fin. En cambio, en las cartas la propia naturaleza del género mantiene un aire de espontaneidad, que no excluye, por cierto, ni la elocuencia ni el color. Ya abandonadas y confidenciales; ya acordadas a un tono algo más líri-

co u oratorio, si la ocasión lo trae de suyo; ya dando voz a las concentraciones de su pensamiento, ya a los aspectos de su sensibilidad radiante o melancólica, las cartas forman interesantísimo conjunto. La imagen nueva y significativa realza a menudo la idea: — “Estábamos como por milagro (escribe en 1826) sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas, apoyada una de otra, y en una calma que parece verdadera, aunque instantánea: los navegantes han visto muchas veces este original”. — Hay soberanos arranques de personalidad, como éste de la carta en que repudia la corona real que le ha propuesto Páez: — “Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo. Tampoco quiero imitar a César; menos aún, a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo”. — Otras veces, subyuga la atención el brío con que está sellada la sentencia: “Para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores, es preciso observarlas muy de cerca y juzgarlos muy de lejos”. — “Sin estabilidad, todo principio político se corrompe y termina por destruirse.” — “El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas.”

Pérdidas de que nunca nos consolaremos han mermado este precioso tesoro de sus cartas; pero tal como se le conserva, es, no sólo el indeleble testimonio del grande escritor que hubo en Bolívar, sino también el más entero y animado trasunto de su extraordinaria figura. El poema de su vida está allí. Y en verdad ¡qué magnífico poema el de su vida, para esa estética

de la realidad y de la acción que hace de una vida humana un poema plástico!... Nadie la vivió más bella, y aun se diría, en sublime sentido, más dichosa; o más envidiable, por lo menos, para quien levante por encima de la paz del epicúreo y del estoico su ideal de vivir. Los ojos de la virgen fantasía, por donde llega la luz del mundo a despertar la selva interior, abiertos en el maravilloso espectáculo de aquella aurora del siglo XIX, que desgarrar la continuidad realista de la historia con un abismo de milagro y de fábula; para temple del corazón, un amor malogrado, en sus primicias nupciales, por la muerte: una pasión insaciada, de esas que, dejando en el vacío el desate de una fuerza inmensa, la arrojan a buscar desesperadamente nuevo objeto, de donde suelen nacer las grandes vocaciones; venida de aquí, la revelación íntima del genio, y para empleo e incentivo de él, la grandiosa ocasión de una patria que crear, de un mundo que redimir. Luego, el arrebató de diez años de esta gigantesca aventura, mantenida con satánico aliento: la emoción del triunfo, cien veces probada; la de la derrota, cien veces repetida; el escenario inmenso, donde, para imagen de esas sublimes discordancias, alternan los ríos como mares y las montañas como nubes, el soplo calcinante de los llanos y el cierzo helado de los ventisqueros; y al fin, el flotante y fugitivo sueño que se espesa en plástica gloria: el paso por las ciudades delirantes, entre los vítores al vencedor; las noches encantadas de Lima, donde un lánguido deliquio entreabre la marcialidad de la epopeya, y la hora inefable en que, desde la cúspide del Potosí, la mirada olímpica se extiende sobre el vasto sosiego que sigue a la última batalla... ¿Queda más todavía? La voluptuosidad amarga que hay en sentir caer sobre sí la Némesis de

las envidias celestes: la proscripción injusta e ingrata, de donde sabe exprimir la conciencia de los fuertes una altiva fruición: cuerda de ásperos sonos que no pudo faltar en esa vida destinada a que en ella vibrase la más compleja armonía de pasión y belleza. Almas para estas vidas trajo aquel asombroso tiempo suyo, que renovó con un soplo heroico y creador las cosas de los hombres y dio a la invención poética el último de sus grandes momentos que merezcan nota de *clásicos*. Cuando la explosión de personalidad y de fuerza halló cómo dilatarse en el sentido de la acción, suscitó los prodigios del endiosamiento napoleónico, con sus reflejos de soldados que se coronan reyes. Cuando hubo de consumirse en imágenes e ideas engendró el ansia devoradora de René, la soberbia indómita de Harold, o la majestad imperatoria de Goethe. Jamás, desde los días del Renacimiento, la planta humana había florecido en el mundo con tal empuje de savia y tal energía de color. Y el Renacimiento ¿no se llama, para la historia americana, la Conquista? Y entre los hombres del Renacimiento que conquistaron a América, o la gobernaron todavía esquiva y montaraz, ¿no vinieron hidalgos del solar de los Bolívars de Vizcaya, cuyo blasón de faja de azur sobre campo de sinople, había de trocarse, en su posteridad, por un blasón más alto, que es la bandera de Colombia?... Cuando se ilumina este recuerdo, la vocación heroica lanzada a destrozarse el yugo de la Conquista se representa en la imaginación como si el genio de aquella misma sobrehumana gente que puso por sus manos el yugo despertase, tras el largo sopor del aquietamiento colonial, con el hambre de la aventura y el ímpetu en que acaba el

desperezo felino. El Libertador Bolívar pudo llamarse también el Reconquistador.

Corría el final de 1826. En la cúspide de los encumbramientos humanos, numen y árbitro de un mundo, volvía Bolívar a Colombia para asumir el mando civil. Pronto la embriaguez del triunfo y de la gloria había de trocarse en la "embriaguez de absintio" de que hablan los trenos del Profeta. Todo lo que resta de esa vida es dolor. Aquella realidad circunstante, que él había manejado a su arbitrio mientras duró su taumaturgia heroica; plegándola, como blanda cera, al menor de sus designios; sintiéndola encorvarse, para que él se encaramara a dominar, como sobre el lomo de su caballo de guerra, y viéndola dar de sí la maravilla y el milagro cuando él los necesitaba y evocaba, se vuelve, desde el preciso punto en que la epopeya toca a su término, rebelde y desconocedora de su voz. Antes las cosas se movían en torno de él como notas de una música que él concertaba, épico Orfeo, en armonía triunfal: ahora quedarán sordas e inmóviles, o se ordenarán en coro que le niegue y denigre. Lógica y fatal transición, si se piensa. Esa realidad social que le rodeaba, esa América amasada a fuego y hierro en las fraguas vulcánicas del Conquistador, escondía, cuando sonó la hora de su revolución, bajo el aparente enervamiento servil, un insondable peso de voluntad heroica, de virtualidades guerreras, acrisoladas por su propio letargo secular, como el vino que se añeja en sombra y quietud. Apenas llegó quien tenía la palabra del conjuro, toda aquella efervescencia adormida salió a luz, capaz de prodigios: en el genio agitador

y guerrero halló entonces la realidad el polo que la imantase según las afinidades de su naturaleza; y allí adonde el genio fue, la realidad le siguió y obedeció con anhelo filial. Pero, consumada la parte heroica, la obra que esperaba al héroe, a la vuelta del triunfo, como las preguntas de la Esfinge, era la manera de asimilar, de organizar, el bien conquistado: de desenvolver, por la eficacia del valor civil y de la sabiduría política, aquel germen precioso, aunque en pura potencia, que el valor militar y la inspiración de las batallas habían conquistado, menos como premio disfrutable que como promesa condicional y relativa. Y para semejante obra no había en la realidad más que disposiciones adversas; no había en el carácter heredado, en la educación, en las costumbres, en la relación geográfica, en la económica, más que resistencia inerte u hostil. Fundar naciones libres donde la servidumbre era un tejido de hábitos que espesaban y arreciaban los siglos; naciones orgánicas y unas, donde el desierto ponía entre tierra y tierra habitada más tiempo y azares que la mar que aparta a dos mundos; infundir el estímulo del adelanto donde confinaban con la hosquedad de la barbarie el apocamiento de la aldea; formar capacidades de gobierno donde toda cultura era una superficie artificial y tenuísima; hallar resortes con que mantener, sin la represión del despotismo, un orden estable: tal y tan ardua era la obra. El conflicto de fin y medios que ella planteaba, a cada paso, en la realidad externa, no perdonaba al mismo espíritu del obrero, del Libertador, mucho más predestinado para héroe que para educador de repúblicas; mucho más grande, en sus designios políticos, por la iluminada visión del término lejano y la soberana potencia del impulso inicial, que por el esfuerzo lento y oscuro

con que se llega de éste a aquel extremo en las empresas que son de resignación, de cautela y de perseverancia. Junto a estos obstáculos esenciales, quedaban todavía los que accidentalmente encrespaba la ocasión: quedaba aquella impura hez que deja al descubierto la resaca de las revoluciones: las energías brutales que se adelantan a primer término; los calenturientos delirios que se proponen por ideas; la ambición, que pide el precio usurario de su anticipo de valor o de audacia, y la exacerbada insolencia de la plebe, que recela el más legítimo uso del poder en el mismo a quien ha tentado, o tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía.

Desde sus primeras horas de gobierno, Bolívar tiene en torno suyo la desconfianza, el desvío, y muy luego, la conspiración que le amaga; mientras en el fondo de su propia conciencia él siente agitarse aquella sombra que, excitada por la hostilidad prematura y violenta, pone en sus labios la confesión viril del mensaje en que ofrece al Congreso su renuncia: "Yo mismo no me siento inocente de ambición". No habían pasado de esto dos años y la autoridad que investía no era ya el mandato de las leyes, sino el poder dictatorial. La organización política que dejara fundada, con el omnipotente prestigio de sus triunfos, en el Perú y Bolivia, se deshace en su ausencia; los intereses y pasiones toman allí otros centros, que tienden al desquite de aquella sumisión servil a las ideas y las armas del Libertador, encelando el espíritu de autonomía, y la guerra estalla entre Colombia y el Perú. El había soñado en congregar las naciones creadas por su genio, en nueva liga anfictionica; y aún no bien constituidas, peleaban entre sí, como desde el vientre de la madre pelearon los hijos de Rebeca. Entre tanto, en Colom-

bia, la exacerbación de la discordia civil llegaba hasta armar el brazo de los conjurados que, en la noche del 25 de setiembre de 1828, asaltando la casa de Bolívar, intentan dirigir sus puñales al pecho del Libertador. Y mientras la frustrada conspiración de sus enemigos deja en su pecho, si no la herida sangrienta, la amargura de tamaña iniquidad, el conciliábulo de sus propios parciales hace relucir afanosamente ante sus ojos tentaciones monárquicas que él sabe rechazar con imperturbable conciencia de su dignidad y de su gloria. Merced a esta firmeza, no surge de tanto desconcierto una completa ruina de las instituciones democráticas; pero persiste la aciaga fatalidad de la dictadura, donde por fuerza había de amenguarse la talla del héroe, en ministerio indigno de su altura moral. La rebelión contra el gobierno de hecho se desata en Popayán, con López y Obando; más tarde en Antioquía, con Córdoba; y no es reducida sino a costa de sangre, que fomenta los odios. Ni acaban las calamidades en esto. En 1829, lograda ya la paz con el Perú, cosa aún más triste y cruel sucede a aquella guerra fratricida: Venezuela se aparta de la unión nacional que, diez años antes, completó los laureles de Boyacá; la unidad de Colombia perece, y el grito de esa emancipación llega a los oídos de Bolívar coreado por el clamor furioso y procaz con que, desde la propia tierra en que nació, ennegrecidas muchedumbres le acusan y exigen de la Nueva Granada su anulación y su destierro. La estrella de Bolívar ha tocado en la sombra que la anegará; su ruina política es, desde ese momento, inconjurable. En enero de 1830 abría sus sesiones la asamblea llamada a restaurar el orden constitucional, y el Libertador abandonaba el poder y se retiraba, aunque todavía sin franco ánimo de obscure-

cerse, a su quinta de las vecindades de Bogotá, de donde salió muy luego para Cartagena, en alejamiento que había de ser definitivo. Ni la salud ni la fortuna iban con él, como prendas salvadas del naufragio. Flaqueábale el cuerpo, herido de irremediable mal del pecho, que estampaba ya en su exterior los signos de una vejez prematura. De la heredada riqueza no quedaba nada: toda la habían consumido entre la abnegación y el abandono. En cuanto a penas del alma, cruzaban sus dardos sobre él las del dolor desinteresado, como de padre o de maestro, y las del dolor egoístico de la ambición rota y afrentada. Y ni aun en el pensamiento del porvenir había refugio a tanto dolor, porque lo más triste de todo es que Bolívar vivió el escaso resto de sus días en la duda de la grandeza de su obra y la desesperanza de los destinos de América. Por si alguna chispa de fe pudiera alentar bajo estas cenizas, no tarda mucho tiempo en persuadirse de que su ostracismo no tendrá siquiera la virtud de restablecer el sosiego. Harto a menudo, un ruido de armas removidas, allí donde hay guarnición de soldados, anuncia, no, como un día, la gloria de la guerra, sino la vergüenza del motín: los restos del ejército que había libertado un mundo se disolvían en esa agitación miserable. De los vecinos pueblos hispano-americanos llegaba el eco de parecidas turbulencias. Y como si todo este espectáculo de la América anarquizada y en delirio, necesitara, para herir a Bolívar más de agudo, condensarse en un solo hecho atroz, que colmase las ingratitudes y las subversiones y le traspasara a él en el centro de sus afectos, pronto había de saber el vil asesinato de Sucre, el preclaro mariscal de Ayacucho, cazado, como un vulgar malhechor, en un desfiladero de los Andes, sin que fuese escudo a

la saña de la demagogia la gloria militar más austera y más pura de la revolución de América. Amarguísima carta escrita en aquella ocasión por Bolívar trasluce hasta qué punto extremó su desaliento ese crimen. Tal es la situación de su ánimo, cuando se oye llamar de Bogotá, donde el gobierno de Mosquera ha sido derribado y el motín triunfante quiere la vuelta del Libertador. Un último encrespamiento de su instinto de dominación y de su fe en sí mismo le estremece, y por un instante vuelve los ojos a los que le llaman; pero luego que advierte como es la sedición militar que, sin conocida sanción de los pueblos, le tienta con un poder arrebatado a sus poseedores legítimos, recobra su voluntad de apartamiento y su actitud estoica, y altivo arranque de su dignidad le libra de romper aquel solemne ocaso de su vida con las vulgares pompas de un triunfo de pretor. Agravado su mal, trasládase en el otoño de 1830 a Santa Marta. Allí, donde dieciocho años antes tomó el camino de sus primeras victorias, allí, arrullado por el trueno del mar, espera la cercana muerte, epilogando, como el mar, con la tristeza de una calma sublime, la sublimidad dinámica de sus desates tempestuosos. Su espíritu, purificado y aquietado, sólo tiene en aquellas últimas horas, palabras de perdón para las ingraticudes, de olvido para los agravios, y votos de concordia y amor para su pueblo. Pocos hombres vivieron, en el torbellino de la acción, vida tan bella; ninguno murió, en la paz de su lecho, muerte más noble. Comenzaba la tarde del 17 de diciembre de 1830 cuando Simón Bolívar, Libertador de América, rindió el último aliento.

Había dado a los nuevos pueblos de origen español su más eficaz y grande voluntad heroica, el más espléndido verbo tribunicio de su propaganda revolu-

cionaria, la más penetrante visión de sus destinos futuros, y concertando todo esto, la representación original y perdurable de su espíritu en el senado humano del genio. Para encontrarle pares es menester subir hasta aquel grupo supremo de héroes de la guerra, no mayor de diez o doce en la historia del mundo, en quienes la espada es como demiurgo innovador que, desvanecida la efímera luz de las batallas, deja una huella que transforma, o ha de transformar en el desenvolvimiento de los tiempos, la suerte de una raza de las preponderantes y nobles. ¿Qué falta para que en la conciencia universal aparezca, como aparece clara en la nuestra, esa magnitud de su gloria? Nada que revele de él cosas no sabidas ni que depure o interprete de nuevo las que se saben. Él es ya del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda. Falta sólo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros, y que con nuestros hombros encumbreados a la altura condigna, para pedestal de estatua semejante, hagamos que sobre nuestros hombros descuelle junto a aquellas figuras universales y primeras, que parecen más altas sólo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso. Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.

Y por lo que toca a la América nuestra, él quedará para siempre como su insuperado Héroe Epónimo. Porque la superioridad del héroe no se determina sólo por lo que él sea capaz de hacer, abstractamente valoradas la vehemencia de su vocación y la energía de su aptitud, sino también por lo que da de sí la ocasión en que llega, la gesta a que le ha enviado la consigna de Dios; y hay ocasiones heroicas que, por tras-

condentes y fundamentales, son únicas o tan raras como esas celestes conjunciones que el girar de los astros no reproduce sino a enormes vueltas de tiempo. Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruidas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos a prefigurar, miriadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen: todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar.

1911.

UNA NOVELA DE GALDOS

A Eduardo Ferreira.

La más excelsa de las facultades del artista es la que, haciéndole solo partícipe, entre los hombres, de un sublime atributo de la Divinidad, le convierte en generador de seres vivos, sobre los que no tiene poder la codiciosa mano de la Naturaleza y que no han de ser gobernados por otra ley que la que en el instante de la concepción les fija e impone el creador impulso de su albedrío. Arrebatarse el fuego sagrado que enciende la llamarada de la vida será siempre la insaciable aspiración, la martirizadora inquietud del arte grande, titán rebelde para quien la Naturaleza, dueña de la vida, desempeña el papel del tirano Júpiter del mito. Si se concede que las almas de artistas componen, dentro de la humanidad, una aristocracia, un patriciado de las almas, la aristocracia mejor, la superioridad jerárquica entre esas almas, fuerza es reconocerla a las que crean, a aquellas a quienes ha sido concedido el don genial de la invención. Hay las que alcanzan a crear un héroe inmortal, o una acción imperecedera en la que intervienen varios héroes, dotados todos ellos de eterna vida; y hay, por encima de éstas, las que vivifican series enteras de ficciones, "multitudes de almas"; las que realizan, con su inmensa obra, un mundo dentro del mundo; aquellas que parecerían inspiradas por una sublime envidia de la Naturaleza y de su infinita capacidad creadora.

Comunicar individualidad y ser inextinguible a un

alma distinta de la nuestra, en la que no reproduzcamos, al idearla, ni nuestro carácter ni nuestras pasiones, y cuya vida ficticia haya de ser tan palpitante y tan intensa como la de las criaturas de la realidad, y aun, sin llegar a tanto, volcar el alma propia en la envoltura de un héroe imaginado que la perpetúe y la levante sobre la miserable fragilidad de la arcilla de que estamos hechos, como se perpetúa el alma satánica de Byron en sus Corsarios y sus Laras, — es ya ser un creador. Pero llamarse Shakespeare, Molière, Walter Scott, Dickens, Balzac, y dar ser y movimiento, con soberano empuje, a una multitud entera, en la que, como en abreviada imagen o compendio del conjunto humano, aparezcan, con todos los caracteres de lo real, las fases luminosas de la existencia y sus sombras, la virtud y el vicio, el odio y el amor, las pasiones buenas y las malas, es para mí tan alto y portentoso triunfo, que pienso que el orgullo humano no puede aspirar a una más completa y deslumbradora realidad de la tentación del Paraíso: *Seréis como dioses*, porque dentro de nuestra condición no cabe mejor ni más cumplida manera de crear.

Dos clasificadores laboriosos, — Mrs. Cristophe y Cerfberr, — penetraron, no ha mucho tiempo, en la profundidad de la obra inmensa del creador de *Eugenia Grandet* y *El padre Goriot*, y presentaron luego a los dos mil personajes que tejen la trama de aquella inmortal epopeya de la realidad, cuidadosamente ordenados, estudiados y descritos, como en los diccionarios biográficos de hombres célebres, en un voluminoso *Repertorio de "La Comedia humana"*. Algo semejante se hará en el futuro ordenando la multitud varia y enorme de *Les Rougon Macquart*; algo semejante se ha hecho ya acaso con Dickens; y análoga

tarea de clasificación y de estudio realizará algún día la erudición española con ese otro mundo formidable e inmenso de Galdós, que abarca, desde la pintoresca muchedumbre de los *Episodios*, hasta el revuelto mar de la vida contemporánea, palpitante en la cavidad de cien novelas.

¡Mundo verdaderamente inmenso y formidable! Respecto de Galdós, y limitando esta observación a los contemporáneos nuestros, yo sólo me atrevería a señalar en Zola y en Tolstoy (invertid, si os place, el orden en que he escrito esos dos nombres, y acaso haréis justicia), ejemplos de una superioridad de fuerza creadora. Y avanzando más, yo no me comprometería a encontrar en la novela contemporánea, nombre que, fuera de esos dos, merezca estar más alto. Es cierto que esta superioridad podría ser victoriosamente impugnada, valga el ejemplo, por los adoradores de Daudet (ídolo mío, aunque no para las ocasiones de las plegarias grandes), en cuanto a la espiritualidad, a la gracia, a la fineza, al hábil arte de contar, a todas esas condiciones que, dentro de la novela española, podríamos llamar *alarconianas*, consagrando de nuevo un calificativo que ya tiene su significación distinta y peculiar en la tradición del viejo teatro; pero para mí es indudable que el arte de Galdós respira en un ambiente más amplio y más abierto que el del autor de *Nouma Roumestan*; en un ambiente donde se escucha más cercano aquel soplo de augusta y bienhechora libertad que azota las ásperas cumbres de Cervantes y Shakespeare. — Es cierto, también, que en su filosofía de moralista y de *sociólogo* echará acaso de menos el lector devoto de Tolstoy, la originalidad profunda, la innovadora audacia, el sello personal, la profética intuición de lo distante; pero hay en ella un hermoso

sentimiento de amor, un grande instinto de justicia, y hay un criterio constantemente límpido, un criterio ecuánime y sereno, en el que el *buen sentido* deja de ser vulgar y se convierte en fuente de sana y apacible hermosura. — Es cierto, todavía, que fuera vano buscar, en los procedimientos de su estilo, la cultura preciosa, el estudio hondo y sutil de los secretos musicales de la expresión, ni de la plasticidad virtual de la palabra; o aquel trabajo de perfección y exactitud que conduce, por ejemplo, a la prosa tersa y transparente de *Madame Bovary* o de *Pepita Jiménez*; pero sería difícil hallar, entre los contemporáneos, quien tuviera más identificado con la esencia de su naturaleza literaria, ese grande arte de la "naturalidad exterior", no concedido a muchos de los más jurados naturalistas; el arte de la grande, humana y conmovedora sencillez, que habla a todos embelleciendo el lenguaje de todos, y que llega a inspirar, aun a los refinados y los exquisitos, el envidioso sentimiento de Diógenes, cuando arrojó de sí la copa hermosamente trabajada, viendo al pastor beber el agua en el hueco de su mano.

Y en la grandeza cuantitativa, y en el inmenso efecto de conjunto, de la obra, sólo el maestro de Medina puede reivindicar, sobre Galdós, el primado entre los contemporáneos. Con nunca interrumpido impulso, la ciudad interior de esa estupenda fantasía se puebla de nuevas torres y de nuevas gentes. La fecundidad, que es la más relativa de las cualidades literarias, equivale a la posesión de un don altísimo cuando escribir significa crear. Mediana condición en el viejo Dumas, es maravilla en Balzac y en Dickens. La fecundidad de Galdós es de la alta calidad de la de estos últimos; es de las positivas y las grandes, porque es de las que responden a esa irresistible necesidad de producción que

se manifiesta con el poderoso empuje de un organismo que desempeña la ley de su naturaleza.

Plantea uno de los personajes de *L'Immortel* de Daudet esta cuestión interesante: — Si acaso Robinson hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera creado en la soledad, hubiera producido? — Y al doblar de la página, otro de los personajes de la novela, — el artista Vedrine, — resuelve la cuestión contestando a quien le pregunta por qué trabaja si no ama el aplauso ni la gloria. “—Pues por mí, dice el noble escultor, por mi gusto personal, por la necesidad de crear, de espontanearme.” — He ahí la brava respuesta de un artista de raza. Imaginad al autor de los *Episodios* en la isla desierta, y su vena asombrosa podría agotarse por la imposibilidad de la observación social, perenne venero de su arte, pero no por falta de estímulos creadores. — Don Pedro Antonio de Alarcón personificó en el triste ocaso de su vida, y personifica Tamayo en las contemporáneas letras de España, ese raro dominio de la voluntad sobre la energía instintiva de la vocación, que es necesario para que se condene o se resigne a la inactividad y al silencio el artista que todavía es capaz de producir. Perdamos el temor de que Galdós, aun cuando un día la decepción llegue a su espíritu, encuentre en su voluntad la misma fuerza. ¡Ah, no! El grande y querido maestro no se llevará consigo a la tumba, — como se jactaba de hacerlo, en su retraimiento soberbio y melancólico, el autor de *El sombrero de tres picos*, — personajes íntimamente delineados que no se hayan hecho carne en el papel. Galdós se acompañará siempre de nosotros, los lectores, para las confidencias de su fantasía.

Aún duraba en nosotros la vibración de la lectura de *Nazarín* y de *Halma*. Y he aquí que un grupo nuevo

y pintoresco, lleno de resalte, de color y de vida, desciende ahora de las fraguas del gran novelador, a incorporarse en el conjunto de su muchedumbre imaginada. Observémoslo.

Señala un crítico sagaz, a propósito también de *Misericordia*, y entre las similitudes que enlazan el genio del profundo observador de las *Novelas contemporáneas* con el de las *Escenas de la vida parisiense*, el interés concedido por ambos grandes artistas de la realidad al problema de las dificultades materiales de la vida, como anchuroso campo de observación y rica materia novelable, siempre fecunda en dramática virtualidad. Muchas son, efectivamente, las novelas de Galdós que giran alrededor del problema económico en la vida burguesa. *Misericordia* puede contarse entre las más originales y más hermosas novelas de este grupo; pero, además, están comprendidos, en la extensión de realidad en que se desarrolla, ciertas extremas regiones de la inferioridad social, ciertos círculos del infierno de la humillación y el abandono, a que había descubierto pocas veces el espíritu del autor de *La Desheredada*.

Considerándola con el criterio realista, es el poema prosaico de la escasez y la miseria; de la miseria, en sus manifestaciones, moral y materialmente, más despiadadas y más duras: desde la osada y franca que se personifica en *Almudena*, en *Pulido*, en la tía *Burlada*, — en la turba familiar “que acecha, a la puerta de los templos, el paso de la caridad”, — hasta la tímida y vergonzante que se oculta en el desolado retiro de doña Francisca Juárez de Zapata, — la empobrecida señora

que vive, sin saberlo, de la caridad que implora para ella a los feligreses de San Sebastián una criada compasiva; — o se parapeta tras la elegancia marchita y la mal simulada distinción de don Francisco Ponte, curiosísimo ejemplar de *lyon* caduco, tragicómico traicionado de la fortuna, galán venido a menos, que disfraza los rigores de su decadencia lastimosa salvando con esfuerzo heroico las apariencias de su dignidad pasada y recordando, melancólicamente, sus aventuras de mundano y sus buenos éxitos de declamador en las románticas tertulias de los tiempos de *Flor de un día*.

Pero, además de llevar en sus entrañas la prosa verdadera de la pobreza miserable, lleva también la nueva novela de Galdós la balsámica poesía de la misericordia. Encarna esta poesía en la figura, a veces vulgar, a veces sublime, de una anciana humilde y piadosa, que, con la abnegación del oscuro y anónimo soldado para quien no se cosechan, después del combate, los laureles, es heroína y mártir en la batalla de la vida. Yo no vacilo en poner esta grande alma imaginada en el número de las más preciosas creaciones de quien ha dado al arte tantas otras que no morirán. Sí; la *Nina* de Galdós es una figura que yo igualaría, sin vacilaciones, a las más originales, a las más nuevas, a las más llenas de interés y más radiantes de hermosura, que sea dado encontrar en el *santoral* realista; . . . porque también tiene el realismo su santoral: el de los héroes moralmente hermosos que han sido amasados con el barro de la verdad y la vulgaridad humanas. Como en la "Félicité" de Flaubert, la vulgaridad tiene en ella el artístico precio que da valor a la tosquedad del material en que ha de trabajarse, cuando esa tosquedad es necesaria o conveniente al efecto que se procura. La ignorancia de la propia sublime abnega-

ción; la naturalidad en la práctica del sacrificio, como en la de cualquier acto trivial y usado de la vida; la conformidad, de mártir o de inconsciente, para admitir la ingratitud y resignarse a la injusticia de la pena, son otros tantos elementos que, empequeñeciendo intelectualmente la figura de Nina, la realzan, por lo mismo, y la engrandecen moralmente, hasta tocar en los límites de la sublimidad.

Nunca de manera más oportuna que a propósito de esta figura de Galdós podría señalarse — como Menéndez Pelayo en la del *Pae Apolinar* que imaginó el gran novelador de la Montaña — “aquel sello de primitiva grandeza que realza a la fuerza del bien cuando se desenvuelve sin conciencia de sí propia”. Y la absoluta y constante sencillez, la nunca interrumpida llaneza del cauce prosaico en que esta mansa onda de belleza moral se desenvuelve, hacen que ella penetre y se insinúe de tan suave y tan callada manera en el ánimo del lector, que no es sino después de haber avanzado un tanto en la acción de la novela, cuando él repara que ha debido adorar, desde las primeras páginas, la adorable santidad del alma de Nina. ¡Arte grande y hermoso, — aun para los que nos encontraríamos, haciendo examen de conciencia, un poco amigos de lo refinado y de lo extraño, — el que consiste en obtener y realizar, sin salirse de los medios sencillos que ofrecen los aspectos comunes de las cosas, las grandes energías dramáticas y los grandes efectos! ¿No ha definido Galdós uno de los caracteres y uno de los secretos peculiares de su talento poderoso, cuando habla, a propósito de la singular fachada del templo en que comienza la acción de su novela, de la necesidad de encontrar y percibir “el encanto y la simpatía que fluyen, a modo de tenue fragancia, de las

cosas vulgares, o de algunas de las infinitas cosas vulgares que hay en el mundo”?

Después de la de Nina, la figura dominante del cuadro es, sin duda, la del moro ciego y mendicante, para quien ella, en medio de las angustias con que atiende al socorro de su propia ama desvalida, encuentra todavía tesoros de amor, tesoros de caridad, en su infinita espontaneidad piadosa. Bien trazado está este personaje, aparentemente fácil de presentar y virtualmente rico en fuerza e interés, pero, en realidad, difícil y de delicado empeño, si se atiende a la obra magistral que ha sido necesaria para conciliar, en su sencillo carácter, con la exactitud del estudio la belleza moral y la simpatía, y en su propio informe lenguaje, la naturalidad y la verdad con el efecto artístico que no marra nunca en la pintoresca incorrección de sus palabras. El nuevo libro llega así a valer tanto, en las páginas que Nina y Almudena motivan, como la obra de su grande estirpe novelesca a que más íntimamente se parece: tanto como *Nazarín*. Y la pasión del ciego por la anciana misericordiosa, — de la que sólo puede adorar el alma abnegada, a la que acaso imagina dueña de una envoltura digna de ella por la juventud y la hermosura, — hace pensar en la idea de que fluye la profunda belleza ideal de *Marianela*. Como Pablo Penáguilas, el moro de *Misericordia* cree instintivamente en la armonía necesaria de la belleza del alma y la del cuerpo. Y ciego para la realidad corpórea, la sombra eterna de sus ojos se convierte para él, como para el enamorado de *Marianela*, en la dicha de poder amar plenamente, — con el alma, con los ojos, únicos en él sensibles, del espíritu, — lo que sólo para el espíritu es amable.

Son, sin duda, esos dos magistrales caracteres, lo

más hermoso, lo más profundamente interesante, lo de mayor empeño en el libro; pero además, en lo accidental, en lo formal, en los episodios, en el diálogo, en las descripciones, — lo diré antes de señalar el mérito y verdad de algunas de las figuras secundarias — ¡cuánto hay que notar y que aplaudir; cuánto hay que irresistiblemente detiene la atención de la crítica *escudadora* de bellezas! Admirable es, en las primeras páginas, la descripción de la estampa caricaturesca de la iglesia de San Sebastián, “fea y pedestre como un pliego de alhuyas, o como los romances de ciego”; risible preciosidad arqueológica, ante la cual el Galdós que recibió en herencia del “Curioso Parlante” la pasión local y la manía escudriñadora del viejo Madrid, encuentra, para abogar por la conservación de aquella vieja reliquia, la razón ingeniosa de que “la caricatura monumental también es un arte”. Prodigiosos, como imitación artística del lenguaje zafio y plebeyo, son algunos de los *parlamentos* de las mendigas, y están divinamente trazadas sus figuras. Hay grande habilidad en el relato del pavoroso descenso de la estopobrecida ama de Nina. Tiene un brillante colorido, legendario y fantástico, la relación de las visiones y las ceremonias supersticiosas del moro. Y admirables de estudio y de observación, y llenas de gracia, entre melancólica y burlesca, son las páginas en que Ponte alienta los nostálgicos *anhelos* de opulencia de Obdulia, y ambos disfrazan, en sus coloquios, la miserable realidad, gracias a los sueños dorados tejidos con las reminiscencias de los tiempos buenos y las vanas esperanzas de un futuro imposible... *Naturalidad* gloriosa! Para la realidad de esta manera reflejada; para la observación que de tal manera penetra en las entrañas de la realidad, y para el arte poderoso que con

semejante energía la representa ¿quién se atreverá a decir que haya pasado la oportunidad, o que haya de pasar alguna vez; ni quién dejará de sentirse — cuando así se entienden las cosas, — tan enamorado de lo real y verdadero como en los tiempos en que equivalía pronunciar, en literatura, esas palabras, a reivindicar un derecho y a desafiar para una lucha? — Porque es realista de la realidad inmortal y porque nunca vinculó su arte con lo que en el naturalismo de escuela hubo de exclusivo, de falso y transitorio, e hizo de ese naturalismo una de las más inexplicables, — iba a decir una de las más odiosas y más absurdas, — entre las intolerancias humanas, nada tiene que temer el arte de Galdós de las *oportunidades nuevas*, de las reacciones justicieras y fatales del criterio, el sentimiento y el gusto; y puede ahora conciliar perfectamente con la consecuencia a su firme *tradición* de realismo, el “espíritu nuevo” que penetra todas sus últimas creaciones y las comunica una alta significación ideal.

Creo haber aludido, en alguna parte de este artículo, a la profunda verdad de observación y al arte primoroso que hay en algunas de las figuras secundarias que en la obra intervienen. La de Doña Francisca Juárez y la del a un tiempo lastimero y graciosísimo Ponte, no pueden quedar sin un encarecimiento excepcional, por mucha que sea la superficialidad y rapidez del examen que se haga del conjunto. Ambas rivalizan en vida y en relieve, y están armónicamente enlazadas en el cuadro por la identidad de los motivos de que adquieren su interés novelesco y por el fondo común sobre que sus caracteres se destacan, sombreado por los reveses de la suerte y la infidelidad de la fortuna tornadiza. Para pintar estas fases prosaicas y des-

consoladoras de la vida burguesa: las que proceden de los efectos morales de la escasez en las almas formadas en el hábito de la abundancia, o torturadas; por la tentación, con la ansiedad febril de poseerla, fue siempre maestro el pincel del gran observador a quien debemos los dos magistrales estudios de *Lo Prohibido* y *La de Bringas*. En tal intento, la figura de Obdulia tiene también rasgos felices. Y magistralmente dibujado está, asimismo, el carácter de Juliana, cuya mediocridad burguesa de virtud presta a la abnegación de Nina el realce de su contraste con las poco simpáticas limitaciones del "prudente equilibrio" y del "término medio", y cuya entrevista — tan admirable y concisamente narrada, — con la criada misericordiosa, en la escena final, es de una intensa sugestión y de un hermoso sentido. Aun en las figuras más subordinadas del cuadro, — v. gr., las de los mendigos que aparecen en las páginas primeras, sobre el fondo de aquella tan donosa descripción de la Iglesia de San Sebastián, — rara vez deja de poner la mano del maestro el trazo primoroso que la denuncia.

Pero el grande interés y la escogida belleza, el perfume de íntimo encanto que se desprende de esta novela de Galdós, y la significación peculiar que la hará destacarse dentro del grupo novelesco que mantiene, a partir de *Realidad* y de *La Incógnita*, una tendencia nueva en la constante transformación de su talento, están en esa admirable creación de Nina: ejemplo, que será inmortal, de cosas grandes obtenidas en el arte por medio de cosas vulgares y pequeñas; ejemplo de *lo sublime en lo vulgar*, que, a la manera de la vieja criada candorosa de *Un cœur simple*, parece iluminado por una sonrisa evangélica, piadosa, del arte grande y humano, al inclinarse, desde las alturas, para

reflejar un rayo de su luz sobre los pobres, sobre los débiles y los humildes; sobre aquellos cuya virtud es opaca y cuyo bien realizado no aparece; sobre los desamparados y los ignorados del mundo!

1897.

DECIR LAS COSAS BIEN...

Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la immaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?... La caridad y el amor ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el "beso en la frente" de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?...

La ternura para el alma del niño está, así como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlos oído. Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paul. Barba-Azul ha hecho a los párvulos más beneficios que Petalozzi. La ternura para nosotros, — que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos enteramente de parecernos a los niños, — suele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y como la Hermana, el artista cumple su obra de misericordia. Sabios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: pintad a Dios con pincel amable y primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el

encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán.

Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad.

1899.

EL CENTENARIO DE CHILE

DISCURSO PRONUNCIADO, EN REPRESENTACION DEL URUGUAY, EN LA SESION SOLEMNE CELEBRADA POR EL CONGRESO CHILENO, DURANTE LAS FIESTAS DEL CENTENARIO, EL 17 DE SETIEMBRE DE 1910.

Señores:

La solemnidad de esta ocasión, la dignidad de esta tribuna, la calidad de este auditorio, hacen que nunca, como en este instante, haya deplorado que, en vez de tener el hábito de fijar mi pensamiento en los signos fríos e inanimados de la forma escrita, no tenga la vocación ni la aptitud de expresarlo en esa otra forma que brota, cálida y sonora, de los labios, como emanación directa del espíritu, y conducida por las ondas del aire, llega a lo más íntimo de los corazones para enlazarlos en un acorde unísono de simpatía.

Yo debiera ser aquí la voz de un pueblo. Yo debiera ser capaz de infundirla y contenerla en mi palabra, para trasmitiros toda la intensidad de la emoción con que mi pueblo participa de los entusiasmos de este centenario: por lo que este centenario tiene de americano, y por lo que tiene de chileno.

Por lo que tiene de americano: permitidme que conceda preeminencia a este carácter sobre el otro. Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de Méjico, yo siento y percibo el centenario de la América Española. En espíritu y verdad de la historia, hay un solo centenario hispanoamericano; porque en espíritu y verdad de la historia, hay una sola revo-

lución hispanoamericana. Y la unidad de esta revolución consiste, no sólo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron a realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fue alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva.

Estos son, pues, en América, los días del magno centenario que, único y múltiple, ha de prolongarse por más de dos decenios, evocando, hora tras hora, en cada pueblo americano, los recuerdos de la independencia y la organización: aquel género de memorias que quedan, para siempre, como las más altas y sagradas, en la historia de las naciones.

Diríase que un concurso imponente nos mira y atiende incorporándose desde el pasado: el concurso de las generaciones que crearon, para el porvenir eterno, la América libre. Y en tamaña ocasión, las generaciones del presente pueden hacer, ante ese heroico pasado redivivo, dos afirmaciones que las satisfagan y conforten.

Testimonio de la primera de ellas son lo universal y lo solemne de las adhesiones internacionales que el centenario americano provoca: hoy en Chile, ayer en la Argentina; y consiste esa afirmación en decir que esta América Española, tan discutida, tan negada, tan calumniada por la ignorancia y el orgullo ajenos, y

aun por el escepticismo de sus propios hijos, empieza a existir para la conciencia universal; empieza a traer a sí la atención y el interés del mundo: no todavía por el brillo y la espontaneidad de su cultura, ni por el peso de su influencia política en la sociedad de las naciones; pero sí ya por la virtualidad y la realidad de su riqueza, por el brío y la pujanza de su desenvolvimiento material, lo que no constituye, ciertamente, un término definitivo de civilización, pero es, cuando menos, el sólido cimiento, y como la raíz tosca y robusta, en la formación de pueblos que algún día han de ser grandes por el espíritu.

Mucho tiempo después de emancipados, el mundo nos desconocía, o, conociéndonos mal y desdeñando conocernos mejor, dudaba de nosotros. Quizás, alguna vez, amargados por la aparente esterilidad de tantos esfuerzos angustiosos y tantos sacrificios oscuros, dudábamos de nosotros mismos; y esta duda cruel no perdonó, en el Gethsemaní de Santa Marta, al alma lacrada del Libertador. Pues bien: hemos domeñado a la duda. Hoy nuestra esperanza en el inmediato porvenir es firme y altiva, y la fe del mundo empieza a recomendarla y confirmarla. Eramos, hasta ayer, poco más que un nombre geográfico: empezamos a ser una fuerza. Eramos una promesa temeraria: empezamos a ser una realidad.

Otra alentadora afirmación permite hacer la manera como este primer siglo concluye. Y es que los pueblos hispanoamericanos comienzan a tener conciencia, clara y firme, de la unidad de sus destinos; de la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende a lo infinito de su porvenir. Augusto Comte expresaba su profunda fe en la futura conciencia de la solidaridad humana, diciendo que la

humanidad, como ser colectivo, no existe aún, pero existirá algún día. Digamos nosotros que América, la nuestra, la de nuestra raza, principia a ser, — como persona colectiva consciente de su identidad. Congresos que se reúnen, vías férreas que se tienden de nación a nación, litigios internacionales que se resuelven, vínculos intelectuales que se estrechan: todo concurre a esa manifestación de una plena conciencia americana.

Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo: cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre de Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico porque contesten con el nombre de América.

Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir y no se ajuste a la preparación de esa armonía, será una política vana o descarriada.

Renuevo aquí lo que dije en ocasión reciente: cuando América surgió a la vida de la historia, no fue sólo una nueva entidad geográfica lo que apareció a la faz del mundo. Debemos pensar que surgieron con ella un

nuevo espíritu, un nuevo ideal: el espíritu, el ideal del porvenir. La Europa civilizadora, que nos ha adoc-trinado, que nos ha amamantado en sus ideas de liber-tad y de justicia, fruto de su experiencia y de su genio, tiene el derecho de esperar que nosotros, aliviados de la carga abrumadora de la tradición, hagamos algo más que repetirlas: tiene el derecho de esperar que las encarnemos en la realidad, o por lo menos, que ten-damos enérgicamente a realizarlas. Si esta originali-dad no cupiese en nuestra civilización: si nada hubié-ramos de agregar, en el orden real de la vida, a lo imitado y heredado, ¿qué significaría, en definitiva, la revolución de 1810, sino una convulsión superficial, indigna de tales glorificaciones? ¿Qué sería esto sino seguir siendo colonias por el espíritu, después de ha-berlo dejado de ser en la realidad política?...

Los que consideran milagro irrealizable que los pue-blos se relacionen alguna vez según otras normas que las de la tradición internacional fundada en el dolo y en la fuerza, y que sea en América donde ello se logre, olvidan que un milagro mayor está, vivo y tangible, en el hecho de este centenario. Si hace poco más de un siglo, es decir, si antes de la emancipación norteamer-icana y de la Revolución francesa, se hubiera asegu-rado que la democracia y la república, como formas permanentes de organización social y política, no sólo se realizarían en naciones poderosas y grandes, sino que se extenderían por todo un continente, y que este prodigio surgiría de las oscuras colonias europeas, sumergidas entonces en el sueño soporoso de la prime-ra infancia, la afirmación hubiera parecido a los más risible paradoja. Pues bien: cuando la virtualidad de las ideas y la energía de razas jóvenes y fuertes han tenido eficacia para transfigurar colonias oscuras en

naciones dueñas de sí mismas, y para implantar, del uno al otro extremo de un continente, las formas avanzadas de organización y de gobierno que, hace poco más de un siglo, parecían al sentido común de los hombres vanas utopías ¿por qué dudar de que esa misma virtualidad de las ideas y esa misma energía de razas jóvenes y fuertes, alcancen en América a realizar, en la vida internacional, lo que los escépticos de hoy tienen por sueños y quimeras opuestos a leyes fatales de la historia: una magnificación de la idea de la patria; un porvenir de paz y de amor entre los pueblos; una armonía internacional fundada en el acuerdo de los intereses de todos por el respeto leal de los derechos de cada uno?

Esta es, en mí, la más intensa sugestión del centenario americano. Pero hay en los recuerdos que glorificáis, junto al carácter continental, el nacional; junto a lo que es gloria de América, lo que es gloria de Chile; y si lo primero me ha dado pie para afirmar la unidad hispanoamericana, la comunidad de nuestras tradiciones y nuestros destinos, esto otro me impone la grata obligación de decir de la labor nacional de vuestro pueblo lo que, sin mengua de la justicia, no podría callarse en ocasión como ésta.

Celebráis vuestro centenario con algo más que con el orgullo de los recuerdos heroicos de que procede vuestro ser de nación: lo celebráis con el orgullo de haber realizado, por la labor perseverante y eficaz, las promesas y las esperanzas de vuestro glorioso abolengo de héroes.

Anhelar la libertad es un instinto humano. Tener la energía suficiente para conquistarla, es hermoso y grande, sin duda, pero es, todavía, una energía del instinto. Poseer el carácter necesario para mantenerla,

arraigarla, justificarla como un bien merecido, y hacerla noble y fecunda, es lo difícil y lo verdaderamente superior. Hay la voluntad heroica, la voluntad que gana batallas, y es un atributo de todo pueblo digno de este nombre, y todos los pueblos de nuestra raza la tienen al par vuestro. Pero hay otro género de voluntad, disciplinada, rítmica, paciente; hay un género de voluntad que es como la mano firme y segura de la razón: la voluntad que construye, que organiza, que educa, que siembra, que legisla, que gobierna. Este es el género de voluntad con que se edifican naciones, y éste es el género de voluntad en que os reconocen preferentemente maestros.

Mediante él, llegásteis a constituir, con anterioridad a los demás pueblos hispanoamericanos, una nación de orden, un organismo de nación. Durante mucho tiempo, en América, en medio de las turbulencias de nuestro duro aprendizaje de la libertad, cuando la severidad del juicio extraño, o la inquietud de la propia conciencia, nos tentaban al desaliento sobre los resultados de nuestros esfuerzos y la madurez de nuestros destinos, el ejemplo que primero acudía a nuestra mente, queriendo afirmar la aptitud de nuestra raza para la vida de las instituciones regulares, era el ejemplo de Chile.

Ninguna ocasión mejor que ésta para recordar y agradecer ese ejemplo. Vuestra historia es una gran lección de energía y de trabajo. Vuestro desenvolvimiento nacional tiene la ascensión graduada y armónica de una amplia curva arquitectónica; la serena firmeza de una marcha de trabajadores en la quietud solemne de la tarde. Diríase que habéis sabido transportar a los rasgos de vuestra fisonomía moral ese mismo carácter de austera y varonil grandeza que el

viajero siente imponerse a su ánimo, en la contemplación del aspecto y la estructura de vuestro suelo: férreamente engastado entre la majestad de la montaña y la majestad del mar; sellado por la expresión de la energía, más que por la expresión de la abundancia, de la voluptuosidad o de la gracia.

Señores:

Interpretando el sentimiento de mi pueblo, yo, antes de descender de esta tribuna, os dejo aquí mis votos por que la estrella de Chile, se levante en cielos cada vez más serenos; por que su resplandor ilumine glorias cada vez más puras, leyes cada vez más sabias, cosechas cada vez más ópimas, generaciones cada vez más fuertes, más libres y más dichosas; y por que, concertando su luz la estrella de Chile con las demás de la constelación hispanoamericana, dentro de la armonía perenne que reposa en el amor y la justicia, mantengan entre todas, para la humanidad de los futuros tiempos, un orden mejor, más bello, más grande, que los que el mundo ha visto formarse y disolverse en el desenvolvimiento de los siglos!

“LA RAZA DE CAIN”

Carta a Carlos Reyes,

Aunque la pequeñez de nuestro mundo literario hace que las impresiones y los juicios que manifestamos verbalmente se difundan con asombrosa facilidad, y aunque creo, por eso, que no necesitaba usted recibir estas líneas mías para saber con cuánta sinceridad y cuánto aplauso le he acompañado en su reciente merecidísimo triunfo, yo quiero enviárselas, siquiera sea para llenar una fórmula de cumplimento y para no dejar sepultadas en las márgenes del ejemplar de *La Raza de Caín* con que usted me ha favorecido, las rápidas anotaciones en que, según acostumbro, apunto los comentarios íntimos de mi lectura.

Escribo para usted, como si departiésemos en uno de nuestros coloquios literarios. El público tendría quizás derecho a que yo le hablase, con más detenimiento y mayor precisión crítica, de su obra; pero es el caso que a mí me urge menos cumplir con el público que con usted: de manera que, defiriendo hasta la ocasión más próxima el compromiso que acepto para con los lectores de *La Raza de Caín*, me apresuro a anticipar al autor un boceto de mi juicio, y sobre todo, mi abrazo amistoso y cordial de enhorabuena.

Lo primero que yo haría resaltar y señalaría a la admiración de sus lectores, si se tratase ahora de escribir ese juicio, sería la doble y excepcional calidad de obra *inspirada* y obra *perfecta* (perfección literaria: orden, regularidad, conveniencia formal), con que se

nos impone la última novela de usted. Para los que creen, vanamente, que hay una oposición y discordia casi irresolubles entre la energía de la inspiración creadora y el arreglo y primor de la ejecución artística; entre la fuerza interna de una obra y la justa proporción de sus apariencias, me imagino que la lectura de esta novela ha de ser una prueba abrumadora de lo falso de tal preocupación. El color y el dibujo lidian a una en tan admirable esfuerzo de arte. *La Raza de Caín*, que es obra de inspiración y de fuerza, es, a la vez, un hermoso modelo de corrección y de *factura*. De corrección en lo que la forma literaria tiene de más interno, de inmediato a la concepción original: en el plan, en el orden, en la armonía de las partes; y de corrección, también, en lo más exterior y plástico de la forma: en el lenguaje, en el estilo, en la expresión.

Desde luego, hay en toda la obra una perfecta regularidad de estructura. Sabe usted *componer*; tiene usted una admirable intuición del desenvolvimiento lógico de un argumento, de la *arquitectura* de la obra novelesca; y esta cualidad, que ya se dejaba percibir en su primera novela, tanto más notablemente cuanto que parece ser una condición de experiencia más que de instinto, se manifiesta ahora con magistral intensidad. Bien sabe usted cuánto significa el reconocimiento de tan preciosa condición literaria. Sin ese claro sentido del orden y la proporción, no hay novelista verdadero. Habrá, a lo sumo, cuentistas, "costumbristas", autores de cuadros o *episodios* más o menos relacionados, por una agregación inorgánica y desproporcionada, dentro de una novela aparente; pero faltarán siempre al conjunto la entereza y la vida que sólo se dan cuando la obra es un verdadero organismo: cuan-

do es un ser animado, sujeto, como todos, a la ley de las correlaciones orgánicas.

La acción de su novela sigue la progresión armónica, el movimiento fácil de la curva, que es la línea expresiva de la agilidad y de la gracia, porque, cambiando constantemente de dirección, cada dirección nueva está indicada por la que la precede. Y no sólo sería imposible señalar episodios inútiles en su obra, o rasgos deficientemente acentuados, o partes que pudieran suprimirse sin perjuicio de la naturalidad o ab interés, sino que hay siempre en ella una feliz y atinada correspondencia entre la fuerza y eficacia de la inspiración y la importancia relativa de los episodios; de manera que el más subido valor artístico en el desempeño corresponde constantemente a los pasajes más significativos e importantes de la acción.

Todo esto representa gran mérito, sin duda; pero mucho más que el acierto que usted ha demostrado al correlacionar los elementos de su novela, atendería yo, en el juicio que escribiese, al valor propio de estos elementos, y muy particularmente, al de los caracteres, que es donde la crítica que quiera hacer a usted plena justicia ha de agotar el capítulo de las alabanzas. No hay facultad artística superior a la de la invención de caracteres. El novelista lo es en más o menos alto grado según la fuerza de su poder característico; y el raro don de crear seres imaginarios que vivan y perduren, como si a la realidad de los que engendra la naturaleza unieran la inmarcesible juventud y frescura de los dioses, es concedido sólo a los que pueden levantarse, como pájaros sobre corrales, por encima del vulgo novelador.

Ha creado usted, por lo menos, *dos* almas que vivirán, que resistirán muchos aletazos del tiempo. La

crítica, que las ha llevado ya a su laboratorio y las ha sometido a todas las pruebas del análisis, ha tenido que reconocer la presencia del indefinible *soplo* vivificador en esas dos criaturas de su fantasía. Extrañas y singulares criaturas, pero vivas y reales, y menos raras quizá, — aun limitando la observación a nuestro propio ambiente, — de lo que la mayoría de sus lectores ha de imaginarse; aparte de que la índole misma de su obra las requería de otra arcilla que la arcilla común y otro modelo que el modelo corriente. Observa, con acierto, Bourget, que para el interés y la fuerza de la novela psicológica, los caracteres medios, normales, — del punto de vista del relieve del carácter mismo, y de la moralidad, — que pueden suministrar tan abundante materia de observación como cualesquiera otros tratándose de la novela de costumbres, valen menos que cualquier tipo de excepción, ya se entienda lo excepcional en el sentido de la superioridad, ya en el de lo degenerado, mórbido o abyecto. La psicología novelesca se alimentará siempre, preferentemente, de lo raro y excepcional, en materia de caracteres humanos.

Guzmán y Cacio son almas de excepción; y además, es fácil descubrir en ellos, sobre su carácter individual, bien determinado y concreto, un significado ideal, de personificaciones o tipos; pero, por magia de su arte, que ha pasado de esta manera sobre la más ardua dificultad de los grandes caracteres dramáticos y novelescos, la *verdad real*, el fondo humano, de ambos caracteres, no aparecen en lo más mínimo empañados por la representación típica e ideal con que resaltan a los ojos de quien penetra en lo íntimo de su concepción. Ha esculpido usted estatuas representativas en carne palpitante: ¡grande hazaña de arte! Y al des-

envolver ante nosotros la tela oscura y rara de esas almas fingidas; al descender a los abismos de este mundo infinito que se abre en la intimidad de cada conciencia, e iluminar sus honduras espantables, y descubrirnos la convulsa y desordenada rotación del pensamiento que ha sido arrebatado por monstruoso egotismo a todo centro de atracción exterior, ¡qué fuerza y qué fineza de análisis; qué justo atrevimiento en los grandes rasgos y qué incisiva delicadeza al herir en ciertas reconditeces; cuánta verdad y cuánta eficacia en la expresión!

El siglo que concluye, siendo en cierta manera el de los grandes y heroicos esfuerzos de la voluntad, el de la triunfal expansión de las energías interiores, es a la vez, por singular antinomia, el que legará a la historia de los males humanos más abundante acopio de observación en cuanto a las enervaciones y enfermedades del carácter, que extinguen o desencaminan aquellas energías. La raza novelesca a que pertenecen sus dos raros y desventurados *protérvos* no es otra que la que, con más o menos profundas modificaciones, ha dado a la literatura de este siglo, — como expresión de uno de los grandes tipos reales que en él se reproducen, — toda una doliente multitud de enfermos de la voluntad, de egoistas desorbitados y rebeldes, almas sin equilibrio y sin luz, llevadas por la dilatación morbosa del propio yo y por la rebelión insensata contra las leyes de la vida, a todos los tormentos del fracaso y la desesperación. Ese tipo fundamental tiene toda la talla medible por el ámbito del mismo siglo. Cien años de distancia separan al René de Chateaubriand del Des Esseintes de Huysmans; la mirada vulgar no alcanzará a percibir las semejanzas en medio de las diferencias; pero restableciendo la sucesión de héroes imaginarios

que se tiende entre ellos, al través de la novela y el drama contemporáneos, sería fácil manifestar claramente su parentesco espiritual, y comprobar que una herencia, acrecentada siempre, de miseria y de culpa, los vincula como el primero al último eslabón de una viva cadena de condenados.

Con acentuada fisonomía individual, con personalidad bien característica y propia, — porque sus criaturas espirituales son verdaderamente suyas, y usted las ha forjado con jugos de su alma y alientos de su fantasía, — Cacicó y Guzmán pertenecen a esa misma multitud inmensa y llorosa, que marcha al porvenir, escudada por la inmortalidad del arte que la ha consagrado, para llevar a la posteridad que nos juzgará la confesión sincera de nuestras flaquezas y las sombras de esta extraña alma de nuestro tiempo, tan contradictoria en su complejidad, tan irreductible, para nosotros, a toda clasificación y todo juicio.

Contribuyen eficazmente, en su obra, a la intensidad del efecto, la justeza y solidez de la expresión. La forma en que está escrita, — austera y *mate* quizá, pero de una adaptación y una conveniencia perfectas respecto a lo que, por sujeción a los términos consagrados, llamaremos *el fondo*, — tiene la fuerza del músculo y el calor de la sangre. Su *escritura* — como hoy suele decirse, — revela que tiene usted siempre presente la relación de dependencia del estilo respecto de la idea, y que la forma literaria se rige para usted, como en el concepto spenceriano, por un principio de economía dinámica. Y sin embargo, en ciertos momentos intensos de la acción, en los fuertes rasgos característicos de un personaje, en los toques vivaces de la descripción o el sentimiento, su *manera* llega a adquirir a veces, independientemente de aquel valor de re-

lación, notas y vibraciones de las que dan a la palabra y a la frase un valor propio e intrínseco, un valor comparable con el que tienen, antes de ser colocadas en sus joyas, las piedras raras que centellean, dispersas, sobre la mesa del artífice que ha de engazarlas en el oro o la plata.

La trascendencia ideal, el pensamiento íntimo de su obra, merecerían ser estudiados tanto más profusamente cuanto que usted nos la presenta, si no con un propósito declarado y prosaico de enseñanza, con el de ejemplo capaz de sugerir ideas saludables. Yo encuentro justificado ese propósito. Aquellos que quisieran sostener que hay en el libro una tesis pesimista, una idea de predestinación fatal, que tiende a poner de relieve lo inevitable de la humillación y el sufrimiento en la raza maldita, nacida para ofrecer, con sus serviles espaldas, vivo escabel a los llamados al triunfo y a la gloria, no carecerán de razones atendibles para justificar esa interpretación, ya que es característico de casi toda tesis trascendental velada en forma de arte la posibilidad de atraerla en más de un sentido y resolverla a favor de más de una idea. Pero aquel mismo valor de saludable ejemplo que usted supone en *La Raza de Caín* es ya una prueba de que, por lo menos, la interpretación personal, la conciencia artística del autor, van por otros caminos; y un examen atento de la relación de los caracteres como el término de la acción conduce, en mi sentir, a un resultado ideal menos desconsolador y más verdadero.

Atendiendo, preferentemente, al carácter de Guzmán, es como aparece ese resultado, claro y distinto. Ha querido y ha conseguido usted enseñar que el cultivo egoísta del propio yo, no dominado por la conciencia de nuestra subordinación a las leyes de la vida y de

nuestra solidaridad con la obra de todos; la perversión de la voluntad, enervada por la ausencia de un objetivo real, viril y fecundo, y por la disconformidad cobarde con la naturaleza y el deber; el engrandecimiento ficticio y vanidoso de la personalidad propia a costa de nuestra ineludible condición de seres sociales, son los seguros antecedentes de la derrota sin honor, en los combates del mundo. Ha querido y ha conseguido usted enseñar que cada destino individual tiene su única posibilidad de paz y de dicha en la adecuada relación de los intentos y las aspiraciones con la fuerza real del propio ánimo, y en la transacción generosa de nuestra voluntad con lo inevitable y lo fatal. Nos ha mostrado usted cómo la estéril soberbia de los egoísmos rebeldes es un motivo de disolución que concluye por destruir y anular la misma voluntad que se consideraba engrandecida y fortificada por la virtud del aislamiento.

Así interpreto yo el sentido de su obra, y por eso creo que no va usted descaminado cuando considera que nuestra impresión será sana y benéfica, aunque amarga. Quizás hubiera sido bien, para que ese sentido apareciese, a los ojos de todos, claro y patente, que hubiera usted opuesto al cuadro de enervación y de egoísmo que ha querido dejar severamente en pie, como una dura lección, un cuadro, un episodio, un personaje, una escena accidental siquiera, que significaran, por contraste, la apoteosis de la vida, del esfuerzo viril, de la actividad valiente, generosa y fecunda. El grupo de los Crocker, con su perfecta, y a las veces antipática, mediocridad, no es suficiente para producir ese efecto de contraste, aunque tiene su significación necesaria y oportuna dentro del conjunto de la acción. Pero, aun sin eso, yo creo que quien quiera

interpretar rectamente la filosofía de su obra, tendrá que hacerlo en un sentido poco diferente del que yo le atribuyo; con lo cual la oportunidad de su dedicación quedará plenamente justificada, y el valor de confianza de su libro resultará tan claro a los ojos del pensador como su valor de ficción a los del artista.

Pongo punto a esta carta, ya larga para lo que es, y que usted sabrá tomar en su exclusivo carácter de esbozo de un estudio futuro, y le estrecho afectuosamente la mano.

1900.

A ANATOLE FRANCE

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL BANQUETE OFRECIDO A ANATOLE FRANCE, A SU PASO POR MONTEVIDEO, EL 16 DE JULIO DE 1909.

Ilustre maestro:

Un pueblo joven, que aspira a orientar su espíritu en dirección a las nobles superioridades de la inteligencia, flor exquisita y tardía de la civilización, saluda en vos al embajador glorioso de esa patria universal, que, por encima de las fronteras y las razas, forman el pensamiento y el arte.

Hermoso triunfo de la solidaridad humana es que las sociedades vinculadas por los principios esenciales de una civilización común, aunque se interpongan entre ellas la distancia material o las diferencias de la raza y la lengua, constituyan ya, para las altas manifestaciones del espíritu, un vasto y único escenario, donde se difunden, del uno al otro extremo, la voz propagadora de verdad o belleza y el coro de simpatía y entusiasmo que responde a esa voz y la multiplica. Las naciones latinoamericanas, últimas, por su poca edad, en incorporarse a esa grande unidad ideal, componen, dentro de ella, un grupo atento y entusiasta, el más entusiasta quizá, porque lo inspira el fervor del noviciado y porque pone en su atención e interés la secreta esperanza de que surgirán de su seno las voces soberanas del porvenir.

Del pueblo en que os encontráis, acaso sólo había llegado hasta vos, en rumor apesgado y confuso, el

eco de las discordias civiles que, renovándose con porfiado encono, han dado tan claras pruebas de nuestro valor como dudosas de nuestra madurez política. Este ha sido ante el mundo el testimonio de nuestra existencia. Testimonio demasiado violento, sin duda! Pero nosotros, que queremos la organización y la paz, y que marchamos definitivamente, y con fe profunda, a conquistarlas, no nos avergonzamos ni nos desalentamos por esos revoltosos comienzos, porque sabemos que ellos son, en los pueblos como en los hombres, la condición de la niñez. Tuvimos el arranque atrevido de optar por la libertad; hacemos su duro aprendizaje: tal es nuestra historia. Y como, entre las cualidades excelsas de vuestro espíritu pensador, cuéntase la de la comprensión amplia y generosa, que mira de lo alto y llega hasta el fondo de las cosas y de las almas, sabemos ya que aplicáis a nuestra indómita inquietud, tan duramente juzgada de ordinario, ese criterio de benevolencia y de esperanza.

Podría personificarse el genio de esta turbulenta América latina, tal como se ha manifestado hasta hoy; en aquel belicoso niño griego que el poeta de las *Orientales* imaginó entre las ruinas calcinadas de Chío, después de pasar el invasor, y que, preguntado por el pasajero sobre la prenda que lograría contentarle, — flor delicada; sabroso fruto o ave melodiosa, — contestaba pidiendo, con ademán heroico, “pólvora y balas”. “Pólvora y balas” nos habéis oído pedir, aquejados de fatal e inaplazable deseo. Pero lo que acaso no conocéis suficientemente es que, a pesar del vértigo que nos ha arrebatado, y aprovechando las treguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, a saber, a comprender, a admirar, y también a producir; hemos

reconstruido cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias; hemos tendido, en una palabra, a la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio oscuro, dirige sus ramas anhelantes hacia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. Y bien: esta conciencia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, a pesar de todo, ha velado en nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en la lucha con los fieros resabios del pasado. *Ceci tuera cela*: esto matará aquello; y ya está cercana la hora en que el niño heroico del poeta no pedirá más al pasajero, con airado gesto, "pólvora y balas", sino que aceptará, sonriente, de sus manos, la flor delicada y el ave melodiosa, símbolos de belleza y mansedumbre.

En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América han sido forzosamente, hasta hoy, tributarios del espíritu europeo. El faro orientador que razas predestinadas fijaron, hace millares de años, en las costas del Mediterráneo, azul y sereno, orlándolo con las ciudades creadoras de la civilización, permanece aún allí, sin que otra luz haya eclipsado sus fulgores. Somos aún, en ciencia y arte, vuestros tributarios; pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestro pensamiento, y hay ya presagios que nos alientan a afirmar que vamos rumbo a ella. Aspirando eficazmente a alcanzarla os demostraremos a los que ejercéis desde vuestras cátedras ilustres el magisterio de nuestra cultura, que hemos aprovechado vuestras lecciones y vuestros ejemplos. Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la indepen-

dencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación espiritual. Os escuchamos y admiramos, pues, a vosotros, los maestros lejanos, no como el siervo que ha abdicado su personalidad, ni como el hipnotizado que tiene su personalidad inhibida, sino como el alumno reflexivo y atento, para quien la palabra magistral, lejos de ser yugo que oprime, es, por el contrario, impulso y sugestión que estimulan a investigar y pensar por cuenta propia.

Maestro: representáis entre nosotros la patria universal del pensamiento y el arte, pero representáis también una patria más concreta y definida: representáis el espíritu de Francia. Acaso no imagináis toda la vibración de amor y de entusiasmo que ese nombre despierta en nuestra mente y en nuestro corazón. Cuando se habla de Francia, no podemos hablar como extranjeros. En el raudal de sus ideas hemos abrevado, de preferencia, nuestro espíritu; con los ejemplos de su historia hemos retemplado constantemente nuestra admiración del heroísmo y nuestra pasión de la libertad. Nos hemos habituado — con justicia, sin duda, — a representar en su nombre cuanto hay de más noble en la criatura humana: la claridad de la razón, el sentimiento del derecho, la belleza del arte, la generosidad del sacrificio. Vemos en ella la suprema florecencia de esta alma latina que vela, en los siglos, sobre el mundo, para mantener, sobre los desbordos de la fuerza y sobre los incentivos de la utilidad, la enseña augusta del ideal desinteresado. En nuestro culto de la historia, en nuestra figuración del porvenir, en la mejor de nuestras pensamientos, en lo más íntimo de nuestro corazón, vive y alienta el alma de Francia: reina, sacerdotisa, conductora in-

mortal, vibrante de simpatía como Antígona, bella y fuerte a la vez como Atenea Victoriosa.

Y ese fascinador espíritu de Francia que, en su manifestación de arte, es gracia, proporción, gusto exquisito, claridad de ideas y de formas; ese espíritu que encarnó en Montaigne, en Voltaire, en Renán, tiene hoy en vos su más alta personificación literaria. La más alta y la más típica. No por vano capricho ostentáis como nombre vuestro el nombre de vuestra nación. La representáis en las cualidades más características de su inteligencia y de su sensibilidad. Vuestro pensamiento es como la flor preciosa y leve en que concentra su escogida esencia la savia espiritual de una raza. Si, como escritor, tenéis la gracia del estilo, como filósofo tenéis un género de gracia, aún más raro y difícil: tenéis la gracia del pensamiento. Véis el mundo al través de la ironía, pero la expresáis por una sonrisa tan fina y tan dulce que ella pierde toda su crueldad. Vuestra ironía vale tanto como el entusiasmo. Es aquella amable y piadosa filosofía de la buena sonrisa, que se traduce en una inagotable indulgencia para todas las debilidades humanas, en un vasto perdón para todas las miserias de nuestra naturaleza pecadora, para todas las vanidades de nuestros sueños. Enseñáis a dudar, pero derramáis un óleo balsámico sobre la duda, porque enseñáis también a comprender y tolerar. Salimos de vuestra dulce cátedra sintiendo que, a pesar de todas las ilusiones de nuestra inteligencia y de todos los enigmas de nuestro destino, es hermoso ser justo, es hermoso ser sabio, es hermoso ser bueno. La admiración que os consagramos está mezclada de afecto y agradecimiento. Y aunque nada más extraño, ciertamente, a vuestra naturaleza intelectual que las líneas

rígidas y austeras del apóstol, bien puede decirse que en tierras como éstas por donde pasáis, donde los caracteres y las pasiones suelen tener la aspereza bravia de los bosques vírgenes, vuestra literatura es propia para ejercer, sin proponérselo, un verdadero apostolado: el apostolado de la tolerancia, de la benevolencia y de la delicadeza, dones supremos de la civilización.

Maestro: no podemos ofrecer nada para vuestra gloria, porque vuestra gloria está completa, y porque, rudos trabajadores de un suelo que es necesario desbrozar, no hemos cosechado todavía las flores con que se tejen las guirnaldas para las frentes elegidas. Pero os ofrecemos, de lo íntimo de nuestro corazón, algo más suave y sencillo que la gloria: la simpatía; la simpatía que quedará, como huella indisipable de vuestra presencia, en la memoria de un pueblo que marcha al porvenir con la aspiración de ennoblecerse por la virtud de las ideas y por el culto de la belleza y la verdad.

MIRANDO AL MAR

¡Cuánto muda de color el mar inmenso!... ¿Quién habló de la monotonía del mar? La dura tierra sólo varía en el espacio; el mar cambia y se transforma en el tiempo. Allí donde hace un instante tuvo una fisonomía, ahora tiene otra diferente. Esa inmensidad es un perpetuo *devenir*, sin punto de reposo, sin veleidad de fijeza. ¿Qué gama como la gama de sus sonidos? ¿Qué paleta como la que le surte de matices? ¿Qué imaginación más rica en formas que la ola, nunca igual a sí misma?... Yo quiero que detengáis el pensamiento en un aspecto, nada más, de esa variedad infinita: en la mudanza del color. ¡Cuán maravillosamente cambia de piel el monstruo enorme! ¡Y qué raras invenciones de tintas las que saca a luz sobre el lomo, ya crespo, ya sumiso! Para estos cambios suele bastar un instante: lo que se tarda en quitar la mirada y devolverla; y ¿qué es lo que obra en ellos como causa? ¿qué es lo que colora de nuevo, y de improviso, la sublime extensión? — A menudo, sólo una nube que cruza por el cielo; sólo un rayo de sol que, rasgando el seno de las brumas, toca el haz de la onda: cosas de allá, de la región de lo leve, de lo vago, de lo inaccesible...

Tengo la imaginación hecha de tal modo que toda apariencia material tiende en mí a descifrarse en idea. La Naturaleza me habla siempre el lenguaje del espíritu. Observando, desde la playa, esto que ahora apunto, yo pensaba en ese otro mar, extraño y tornadizo, que es la multitud de los hombres; y

pensaba luego en las mil cosas ligeras, aéreas, ideales, que flotan a toda hora sobre el mar humano, allá adonde no alcanza la furia de sus olas: concepciones de almas ilusas, candidas de almas puras, ensueños de almas bellas... y me producía una suerte de embeleso considero que basta a veces el toque, leve y sutil, de una de esas cosas delicadas, sobre el lomo del salvaje monstruo inquieto, para colorearlo de nuevo en un instante: para que la muchedumbre, — la formidable fuerza real, — se rinda, como la cera al sello, a la todopoderosa debilidad de una palabra del poeta, de una promesa del visionario, de un ¡ay! del desvalido.

1911.

LA TRADICION INTELCTUAL ARGENTINA

Aquella generación que llegó a la juventud bajo las sombras de la tiranía de Rozas, trajo, entre los maestros de su grupo intelectual, un espíritu ático y fino, en quien todos los refinamientos del gusto, todas las delicadezas de la sensibilidad literaria, se conciliaban con la aplicación infatigable y nimia del investigador. Tenía además — y he nombrado a Juan María Gutiérrez, — la intuición del pasado, el precioso secreto de devolver el movimiento de la vida y el color de la realidad a las cosas muertas. Favorecido por tan altas dotes, escribió sobre la historia literaria argentina páginas que se leerán siempre con interés y provecho, y alguna, entre ellas, que seduce por el encanto del estilo y por la animación dramática, como una resurrección histórica de Taine.

Desde entonces, nadie ha renovado, con tenacidad y amor suficientes para continuar tan luminosas huellas, el estudio de los orígenes del pensamiento argentino y de su desenvolvimiento paralelo al de las energías de la vida activa y del progreso material, hasta la definitiva constitución de la nacionalidad. Nadie ha mostrado gran empeño por que, en este campo de las producciones del espíritu, más fácil de cuidar que los de aquellas actividades que no son, como él, patrimonio de unos pocos, se mantenga la continuidad, el espíritu informante de la tradición, ya perdido y disuelto en otras manifestaciones de la vida, descaracterizadas en toda esta parte de América por

un cosmopolitismo sin crisol y sin norte. La tradición podría ser, sin embargo, y limitándonos ahora a lo que se refiere a la actividad del pensamiento, una fuente de inspiraciones fecundas, que, armonizadas con las influencias legítimas de innovación, darían por resultado el mantenimiento de una originalidad nacional dotada de fuerte energía asimiladora, con la que imprimiría sello propio a todo lo nuevo y extraño que adquiriera.

El encadenamiento, la unidad sucesiva de esa tradición, se perciben fácilmente desde la época en que clarean los albores de la inteligencia argentina, hasta el término del largo proceso de formación de la nacionalidad. Y si se pregunta cuál es el rasgo dominante que reúne en una expresión característica las manifestaciones literarias de tan dilatado espacio de tiempo, yo procuraría mostrarlo en la vinculación estrecha y constante de la obra del escritor y del poeta con las ideas, los afectos y los intereses de cada jornada de la existencia nacional. Toda aquella literatura es milicia; y este carácter permitirá afirmar, acaso, al historiador que la abarque en su conjunto, no su superioridad artística sobre la de otros pueblos de América, donde se trabajó más pulcra y esmeradamente la forma, donde hubo ambiente más árido para la producción del todo desinteresada; pero sí que fue una literatura más de acción y más de ideas.

Carecía el pensamiento argentino, cuando la independencia le puso en aptitud de manifestarse con sinceridad, del precedente de una cultura literaria formada, dentro de la tradición de la colonia, como la había, con arraigo de veces secular, en el Perú, y en México. Pero la ausencia de ese precedente fue para él un beneficio. Así como, en la fisonomía so-

cial, no se vieron en las colonias del Río de la Plata los rasgos cortesanos que, en otros pueblos de América, -opondrían resistentes relieves al cincel de la Revolución, al ser transformados en lineamientos de nuevas democracias, así en el uso de la palabra y de la pluma no existía el hábito de la producción huera, ficticia, única conciliable con un régimen de opresión y aislamiento, al que se agregaban los viciosos influjos de la decadencia metropolitana.

Las más remotas manifestaciones del pensamiento argentino se anticipan en pocos lustros al día de la emancipación; y esas mismas no son sino notas dispersas y triviales, que sólo se dignifican y acuerdan en una expresión armónica cuando llegan las vísperas de Mayo. Entonces, las páginas de los primeros periódicos, movidas por una vaga repercusión de la tempestad de ideas que propagaba, del otro lado del mar, el huracán revolucionario, reflejan un interesante estímulo de *curiosidad* y animación intelectual. Comienza a delinearse el esbozo de una producción literaria. Esta literatura principiante, infantil, en que lo trasparente del alarde erudito, la excesiva e ingenua facilidad de entusiasmo, y el remedo inexperto de la aparatosa retórica que daba entonces el tono del buen gusto, nos impresionan hoy como un certamen de colegio, tiene un sentido histórico que la ennoblece y levanta extraordinariamente sobre su valer de realización artística. Es la venerable literatura de los versos de Labardén, de los artículos de Vieytes, de las memorias consulares de Belgrano. Y toda ella manifiesta tan intensamente la ambición generosa de saber, la noble impaciencia en el ejercicio del pensamiento propio, la intuición y el sentimiento de las responsabilidades que traería consigo la obra de un

futuro inmediato, que yo no la cambiaría, como punto de arranque de una tradición intelectual, por la biblioteca varia y copiosa que la Salamanca mexicana de Ruiz de León y la Bizancio limeña de Peralta y Barnuevo habían acumulado, con sus propios autores, en dos siglos de literatura gongórica y vacía, pompa máscara de la inanidad del pensamiento.

Cuando la vida monótona y pálida de la colonia experimenta por primera vez una conmoción capaz de engendrar alta poesía, inflamándose en el sentimiento de resistencia a un invasor extranjero, levántase un tanto el vuelo mediocre de los versificadores, y el lenguaje de las proclamas alinea en cláusulas palpitantes de vida los tipos de aquella "Imprenta de Expósitos", que dio publicidad a todos estos memorables y candorosos balbuceos. Y cuando la hora suprema va a sonar; cuando el esfuerzo triunfante de la Reconquista ha servido de gimnasia heroica para preparar las voluntades y desentumecer los brazos, el pensamiento de la colonia, sobreponiéndose, en un arranque audaz, a sus tentativas inciertas, se remonta a la plenitud del raciocinio viril y de la exposición maestra con la *Representación de los Hacendados*, que es la tarima sobre que se afirmó muy luego la tribuna de la Revolución.

La gigantesca iniciativa de Mayo, no bien se produce, se levanta sobre la materialidad del hecho, con un programa consciente, en el que la difusión de las luces y el anhelo de adquirir todas las formas intelectuales de la civilización, entran como elementos preferidos. En la trágica solemnidad del primer momento, cuando toda la atención del espíritu debía parecer insuficiente para dirigir la acción marcial, y todas las fuerzas, escasas para ejecutarla, la Junta

de Gobierno resuelve con inoportunidad aparente, — que se convierte para el juicio póstumo en la más alta y significativa oportunidad, — la fundación de la Biblioteca Pública. Y esta confianza enaltecedora en la eficacia de la cultura y de la instrucción popular, sigue iluminando invariablemente, en medio de las borrascas del entusiasmo y el peligro, la marcha de aquella revolución azarosa.

Buenos Aires mantiene con sus tribunales, con sus publicistas, con sus poetas, la propaganda, el pensamiento, el nervio de civilización y cultura de la Revolución, mientras, con no menor grandeza sin duda, la guerra de los campos, que a los orientales tocó principalmente representar y abanderar, complementa y rectifica la magna obra con el empuje de sus energías instintivas. Para la eficiencia de aquel alto ministerio social, bien puede decirse que no fue inútil la palabra alada del poeta, que entonces, en la América estremecida de uno a otro extremo por el impulso revolucionario, como en Europa, — donde la resistencia a las conquistas napoleónicas reanimaba la conciencia nacional de los pueblos, — volvía a ser, como en los tiempos heroicos, el verbo del alma colectiva.

No es su valer de arte, nunca o rara vez superior, lo que realza a la poesía argentina de esta primera hora. Ella no produjo nada que pueda resistir parangón con la alteza lírica de ciertas ráfagas de Olmedo; ni con el clasicismo primoroso del cuadro de naturaleza tropical que Bello trazó, rescatando en él la palidez de los colores por la maestría del dibujo; ni con el grito del alma que anunciaba en los versos tormentosos de Heredia, — inquietos ya bajo el cuntono de la máscara clásica, — la proximidad de una

poesía nueva por el sentimiento y por la forma. La condición superior de la poesía argentina de aquel tiempo está en que ninguna otra sostuvo, en América, un comentario lírico tan asiduo y constante de la acción revolucionaria, con sus encendimientos y desmayos, con sus triunfos y derrotas, desde el himno de 1813 hasta los cantos de Varela, de Lafinur y de Luca. Aquella poesía que hoy sentimos tan poco y consideramos tan artificial y fría, en su tiempo fue verbo palpitante, fue sugestión eficaz. El propio clasicismo solemne de sus formas no era sólo un amaneramiento retórico. El se relacionaba con las inspiraciones más íntimas del genio de la Revolución americana, modelada, como la francesa, en la evocación de las sombras del civismo antiguo. Recuerdo que don Vicente Fidel López dio alguna vez luminosa idea de esta influencia real y honda del modelo clásico, que no domina sólo en las formas de la poesía de la Revolución, sino también en la marcialidad de sus héroes y la actitud estatuaría de sus tribunos.

La intensidad de la tendencia de cultura y de noble idealidad que había movido, desde el primer instante, el espíritu de la revolución de Mayo, se comprueba plenamente cuando, llegada ésta, con el triunfo, a edificar sobre lo que había destruido, produce el breve pero magnífico florecimiento que se personifica en Rivadavia. Acaso, en la historia de América, no haya ejemplo de un período de gobierno en que las ideas hayan ejercido fuerza tan eficiente e imperiosa en la dirección de la sociedad. Y la manifestación escrita y oral de las ideas adquirió de ello superior importancia. Pareció entonces revesar formas reales en la vida de un pueblo aquella imagen de una cultura intelectual vivificada por el sentimiento ef-

vico y la austeridad republicana; por la dignidad de las costumbres y la seriedad de las inteligencias, que había señalado para el porvenir, cuando las pasajeras esperanzas del Directorio, el alma apasionada de Madame de Staël. Toda manifestación del espíritu convergía al centro ideal que fijaba aquel plan superior de gobierno. Adquiría el periodismo político las formas cultas de la impersonalidad y la doctrina. La tribuna se dignificaba al par de él. La instrucción quebrantaba el molde colonial de las viejas aulas de San Carlos, para impregnarse de ideas nuevas. Y la expresión literaria, enaltecida por aquel hermoso y altivo sentimiento de los progresos humanos que había inspirado a la poesía del siglo XVIII el *Hermes* de Chénier y que vibraba en las odas *civiles* de Quintana, cantaba con Juan Cruz Varela las Geórgicas de la tierra fecundada por la paz. Penetradas del mismo espíritu, hasta las formas exteriores y usuales de la sociabilidad desplegaban una elegancia áulica, que, sin quitar a aquel ensayo de republicanismo perfecto su sello de severidad genial, modificaba, en este rasgo también, la fisonomía de la colonia.

La generación que estaba en la infancia o en la primera juventud, cuando así fructificaba la obra de la que la había precedido, ofrece en su figuración histórica ejemplo de esa misma vinculación estrecha y constante entre el pensamiento y la acción. Ella hizo la guerra a la formidable tiranía, con la palabra de sus escritores y el canto de sus poetas. Ella identificó sus entusiasmos literarios con sus propósitos de regeneración política, bajo la enseña gloriosa de aquella "Asociación de Mayo", de donde surgieron a la vez la iniciativa poética de *La Cautiva* y la idea de organización nacional que debía prevalecer sobre los odios

de bando de la época. Ella dio su obra de mayor arranque genial, la más alta y duradera nota de su literatura, en un panfleto caldeado por los entusiasmos del combate: el *Facundo*, que siendo para la posteridad, principalmente, un libro de historia pintoresca, un cuadro de admirable color americano, fue ante todo, en el propósito del autor, la denuncia de la barbarie de la tiranía y el golpe destinado a conmoverla. Ella hizo más aún: cuando salvó, proscripta en sus hombres representativos, las fronteras de la patria, aportó a la libertad y a la cultura intelectual de otros pueblos un consorcio que podría relacionarse, como signo de una persistente vocación nacional, con el que el genio expansivo de la Revolución de 1810 había llevado a la causa de la emancipación, en lejanas latitudes de América.

Nunca será inoportuno insistir en traer a la luz estas tradiciones de la cultura argentina. Sería bastante por sí solo el rango que en la civilización y la riqueza de América está reservado necesariamente a ese gran organismo nacional, cuyo desenvolvimiento no parece muy lejano de la edad de plenitud viril de los pueblos, para que las manifestaciones de su inteligencia y su carácter tengan ya un interés que afecta a la comunidad de las naciones de su origen, y para que en todas ellas merezca ser estudiada, entre los factores del porvenir, la posible influencia de su espíritu.

El pensamiento, la palabra, la pluma, han sido, pues, en las grandes épocas de ese pueblo, fuerzas positivas que han mantenido la perseverancia de su civilización en un derrotero de altivez e idealidad. Esta condición tradicional *obliga*, como todo timbre de *nobleza*. La energía de las generaciones jóvenes

tiene un precioso estímulo en la necesidad de confirmar ese noble rasgo del pasado; y gloria de ellas sería dejar demostrada su permanencia característica, su persistencia en lo íntimo, impidiendo que él se desvanezca y confunda en la vaguedad del cosmopolitismo invasor, como un perfil augusto que se apaga en una vieja moneda por el codicioso roce de las manos.

1903.

EN LA ARMONIA, DISONANCIAS

De una carta a Alberto Nin Frías.

.

La labor intelectual de usted me interesa tanto más cuanto que me ofrece, a menudo, ocasión de ejercitar mi pensamiento, familiarizándolo con ideas distintas de las que le imprimen sello y carácter.

Nuestros puntos de partida son diferentes, casi opuestos. Usted procede del protestantismo, yo del helenismo. Usted espera ver salir el nuevo día de las biblias sin notas, de los templos de paredes desnudas; mientras que yo me atengo a las palabras de Juliano, que usted cita en su libro y que Ernesto Renán, moribundo, murmuraba en el delirio de la agonía: *Que salga el sol del lado del Partenón...* Pero nuestros espíritus se acercan más cada día; convergemos a un mismo término; porque toda grande ruta ideal, no importa cuál sea, lleva en dirección a la armonía, a la amplitud, a la comprensión de todo lo bueno, a la amistad con todo lo hermoso. Un culto de que ambos somos fieles nos reconcilia especialmente: nuestro culto por Taine, que supo unir en su gigante alma el amor de Atenas y la admiración de Inglaterra.

Por mi parte, a medida que vivo, siento mi espíritu más amplio y más sereno. Vinculo mi alma a nuevas cosas bellas. Venzo nuevas limitaciones dentro de mí mismo. Veo dilatarse, con nuevas y singulares perspectivas, el horizonte de la contemplación, de esa contemplación que ambos tenemos por sufi-

ciente objeto de la vida... ¿Ha olvidado usted a Thomas Graindorge?

Tendemos, pues, a la armonía. No deseemos, empero, convertirla en identificación que anule toda peculiaridad individual, toda diferencia. Reservémonos del fondo de nuestras ideas algo propio e indeclinable, con que se sustente el placer de la contradicción. *Las divisiones convienen*, dijo ya San Pablo, a quien usted debe de reverenciar, porque fue, por el espíritu, una especie de protestante profético. Sin alguna discordia y contradicción, la vida del pensamiento sería una vida muy monótona y triste, donde, al cabo, la discordia renacería del seno del fastidio; nos pelearíamos entonces de puro fastidiados.

Su nuevo libro viene lleno de ideas. Hace pensar; hace sentir. ¿Conquistará usted con él muchas almas para su tierra santa y sus profetas? De eso no estoy seguro.

De lo que sí estoy seguro es del aprecio que tengo por su talento; de lo mucho que me complacen y animan su entusiasmo, no vano, sino equilibrado y consciente; la tendencia reflexiva y severa de su espíritu; su perseverancia; el temple de su naturaleza intelectual, sana y fuerte, como educada en país de robustos y tenaces trabajadores.

Su labor de usted, tan sincera, tan progresiva, tan noblemente inspirada, merece citarse como ejemplo. Si yo tuviera autoridad para indicar ejemplos, la indicaría como tal.

1904.

“DE LO MAS HONDO”

COLECCION DE POESIAS DE EMILIO FRUGONI

No ha mucho tiempo que procuraba yo expresar, a propósito de un libro de versos, la sensación que produce en la mayoría de nosotros la comunicación espiritual con un temperamento lírico suficientemente dotado de vida y fuerza interior para limitarse a buscar sus inspiraciones en ellas, sin abrirse a la repercusión de lo exterior y colectivo. Aquellos que tenemos dispersa entre las cosas del mundo una buena parte del alma, y no podemos acariciar por mucho tiempo las dulces emociones de la concentración que nos inquieten y sacudan los hilos espirituales que nos vinculan a esas cosas de afuera, envidiamos aquel privilegio y admiramos aquella facultad del poeta íntimo. Honda y delicada voluptuosidad debe de ser la de vivir perpetuamente sumergido en esas aguas serenas, y llegar a hacer así del propio corazón un algo raro, que, siendo cosa viva, parece flor de artificial o extraño adorno compuesto de sutiles encajes! Los demás sólo disfrutamos por excepción dichosa, tal cual vez, a la manera de regalado convite o paseo encantador, los halagos de esa absorción escogida; pero en el poeta íntimo ella nos parece única y constante.

Tengo ahora ante mí los originales de un nuevo libro de poesía, casi exclusivamente personal, ensimismada, *dulcemente egoísta*, y aquella impresión se reproduce, y se reproduce más intensa, porque me sorprende sumergido del todo en un gran clamoreo

de voces exteriores, que acalla el rumor de las profundas y sumisas que cada uno lleva — como la música de que hablaba Porcia, — dentro de sí.

Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confidencia. No sé si habrá quien, después de conocida la obra, aconseje al autor que atienda a lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo, o con la de una comunión ideal, a la que muevan hondos intereses humanos. Tal hubiera hecho buena parte de la crítica en un tiempo. Pero no lo haré yo, que, en presencia de un temperamento u obra de poeta, nunca me he sentido inclinado sino a apreciarlos en sí mismos, tal cual la naturaleza desempeña en ellos su ley. Siendo el instinto poético una *vocación*, en rigurosa etimología, esto es: un llamamiento, el poeta sabe bien de dónde procede para él la misteriosa voz y cuál es la dirección que ha de tomar para acudir a ella, sin que los rumbos que le indiquemos nosotros puedan darle más fija y feliz orientación. Nuestro deber de críticos es limitarnos a juzgar la obra realizada, en el campo adonde el poeta nos lleva.

Y adviértase que es, quizá, éste de las intimidades el único campo que la poesía podrá reivindicar eternamente como *suyo*. Si yo creo en la perennidad de la forma métrica es porque no concibo cómo sería posible eliminarla de la expresión del sentimiento individual, en lo que ésta tiene de puramente lírico y no adherido accesoriamente a la descripción o al relato. Imaginemos que la querrela de la prosa y el verso haya de resolverse definitivamente de la manera como ella está resuelta con relación a las actuales condiciones de oportunidad literaria, y que persista para siempre la superioridad actual de la pri-

mera como instrumento de la narración, del diálogo dramático y de la imitación descriptiva. Concedamos aún que, por lo que toca a la expresión entonada de los grandes afectos colectivos, quepan, sin inferioridad, dentro de la elocuencia de la prosa, el himno, la imprecación, el credo de fe, el ditirambo y el *pean* de victoria. Pero, aun cuando lo porvenir haya de ser eso, la forma poética conservará el imperio inmutable de las confesiones del sentimiento individual, cuyo interés perecerá, fatalmente, desvanecido en trivialidad y falta de sustancia, cuantas veces intente privársele del *quid ineffabile* del ritmo, de la misteriosa virtud que el ritmo pone en los ápices de la expresión: a la manera como hay vagos y delicados aromas cuyo encanto se disiparía si se les separase del tejido tenue y transparente de las flores de que se exhalan.

Por otra parte, hay veces en que, a pesar de buscar su poesía dentro de sí mismo, el poeta íntimo llega a ser el más universal, — casi diría el más impersonal, — de todos los poetas. Sucede esto siempre que las emociones, los afectos, los estados de alma, que en sus versos encuentran expresión, no son los excepcionales de una naturaleza poética caracterizada por extraña y anómala, ni presentan muy acentuada la *nuance* individual que cada humano corazón imprime al sentimiento. Entonces, dentro de los vagos contornos con que el poeta dibuja la imagen de su vida interior, a todos nos parece ver algo de la propia; reconocemos allí nuestras sensaciones actuales, o aquellas de que sabemos por el recuerdo, o por lo menos nuestras sensaciones virtuales y posibles; y es así como la elegía de Musset, o el *lieder* heiniano, constituyen una poesía más de todos, más impersonal,

más cercana a la universalidad que un día tuvieron las epopeyas y los cantos de gesta, que el himno sagrado de Manzoni o la imprecación política de Barbier.

Íntima de esa manera; íntima y general a la vez, por la índole de los sentimientos que expresa, es la poesía de este hermoso libro. Las impresiones, las tristezas, los sueños, que se dicen en él, son de aquellos que están en la trama misma de nuestra sensibilidad y que aparecen a nuestra mirada apenas la hundimos en la profundidad azul que tenemos dentro. Este género de poesía transparente, como el fondo de su corriente límpida, la identidad fundamental de nuestras almas. En cambio, aquel — no menos legítimo, sin duda, — en que el relieve de la fisonomía individual alcanza a la singularidad y la excepción, hace sensible la idea de la complejidad infinita de que es capaz nuestra naturaleza a pesar de esa fundamental identidad. Pertenece a este último género la mayor intensidad de dominio sobre cierto número de almas, distintas para cada poeta, y que éste agrupa a su alrededor por afinidad electiva; pero el dominio más extenso es del primero. Cada uno siente y admira en la proporción en que es capaz de identificarse con el objeto de su admiración. El sentimiento justo y eficaz, como la plena inteligencia crítica, de una obra, sólo se dan a condición de desprenderse provisionalmente, el lector o el crítico, de una parte de su propia personalidad, para embeberse en la del poeta. En presencia de una naturaleza moral hondamente distinta de la suya, esa mutación relativa de personalidad exige de ellos un esfuerzo, una tensión de simpatía, que no siempre logra ponerlos al unísono con aquella alma discordante. Pero cuando lo que el poeta se propone es desentrañar, del sen-

timiento de todos, el interés y la virtud comunicativa que lo convierten en sustancia poetizable, tal modificación personal no es casi necesaria, o bien es casi insensible. El poeta, entonces, reina sin opresión sobre sus súbditos.

Frugoni interpreta con nativa verdad este género universal de sentimiento, y lo interpreta en algunas de sus manifestaciones más hermosas y delicadas. Tónos suaves y de crepúsculo son los de su lírica. La unidad sentimental de esta colección de versos está en un vago dejo melancólico. Sabido es que el dolor es un voluptuoso *diletantismo* de la adolescencia. Sabido es también que a la sugestión de las tristezas reales, como impulso generador de poesía, se une entonces, en el dolor imaginado, algo de ese hechizo de misterio y leyenda que tienen, para el alma sedienta de aventuras, las tierras raras, desconocidas y remotas. — No hay mucha sombra en la expresión de sus tristezas. Diríase que entre el sentimiento y la expresión, deja pasar — siguiendo un consejo magistral — el tiempo necesario para contemplar en la perspectiva del alma, con mirada serena, la elegancia de las tristezas apacibles o de las emociones de amor, o el desfilar de los sueños, como nubes, o un vuelo de recuerdos, como aves de paso que rozan el horizonte indeciso. Pero hay veces en que la intensidad del sentimiento llega a la nota de la tristeza apasionada, como sucede en las composiciones que llevan por título *Mi tortura* y *Tus rigores*.

Dominada, casi exclusivamente, la atención del poeta por el interés de lo que pasa en su escenario íntimo, poco es lo que le preocupa el escenario de la naturaleza. Sus rasgos descriptivos son, sin embargo, verdaderos y hermosos; pero ellos están subordinados

dos constantemente, como elemento accidental, al personalismo lírico, y no sólo reflejan la naturaleza al través de un estado de alma determinado, sino que señalan ese modo, aun más estricto, de subordinación, en que la naturaleza aparece participando ella misma de los afectos del espíritu que la contempla. Así en *La Chozza*, *Primaveral*, *El regreso* y *Llanto de rosas*.

Todo lo que se refiere a la ejecución, manifiesta en este poeta nuevo un sentido muy fino de lo plástico y de lo musical de su arte. Sabe escoger en el vocabulario poético, y rige con pulso firme y seguro el movimiento de la estrofa. Esculpe el endecasílabo del serventesio o de la silva con clásica limpieza, y el romance se desata, al impulso de su mano, con la desenvuelta gallardía que recuerda los escarceos y arrogancias de un corcel de torneo. Para apreciar, a la vez, la delicadeza de sentimiento y expresión, y la destreza en el gobierno del verso, que es justo reconocer a nuestro poeta, nada más apropiado que la lectura de composiciones como *Súplica*, *Tus pupilas*, *Resurrección*, *Fénix*, *Tus ojos*, o aquella que ocupa el segundo lugar en los *Aletazos* y a la que el autor no ha puesto nombre. Menos me agrada cuando vuelve a los metros y al estilo románticos, como en sus esproncedianas *Siemprevivas*.

Si se me preguntase cuál es, de las composiciones de Frugoni, la que me parece mejor y más característica de las buenas cualidades de su estilo poético, quizá optaría por la *Súplica*. Hay aquí sentimiento intenso y acendrado, belleza de expresión, y el movimiento rítmico da a un mismo tiempo una sensación de gracia y de fuerza. La sensación de palpar el mármol firme y pulido, o de ver ondear en el aire la espada del brazo vencedor.

En ésta y algunas otras de sus composiciones, es fácil reconocer el paso de suaves vientos de Italia. Me parece laudable y digna de ser estimulada esta influencia, que es nueva en nuestro ambiente. A pesar de las similitudes de prosodia y de métrica entre ambas lenguas (lo que importa muchísimo, tratándose de cosa tan subordinada como la expresión poética a los caracteres de la forma); a pesar del paralelismo tradicional en el desenvolvimiento de la poesía de entrambas, desde que al sol del Renacimiento tendieron, como dos velas amigas, su vuelo, y a pesar, también, de la proporción considerable en que contribuyen el espíritu y la sangre de aquel pueblo glorioso a la formación del bronce de nuestra raza futura, sólo como notas excepcionales y perdidas pueden señalarse las influencias de la poesía italiana en la de los poetas de la América de habla española. Por otra parte, todo lo que importe contraponer sugerencias y modelos es una fuerza de originalidad, — por que es una fuerza de emancipación, — cuando se mantienen tan invariables y únicas, no tanto las fuentes de lo antiguo, sino las de lo nuevo y revolucionario.

Verdad de sentimiento; elegancia y delicadeza de expresión; manejo hábil y espontáneo del ritmo: tales son las condiciones con que se adelantan a la luz las armas de este nuevo poeta, que es, en éste y otros conceptos, uno de los espíritus mejor dotados de su generación. Si, como el paladín de la leyenda, hubiera él de poner en la mesa del hada propicia su homenaje, que debía ser también un símbolo de lo que el alma del ofrendador llevaba dentro, pondría, no piedras ricas, tributo de la vanidad, ni flores, dan

EL MIRADOR DE PROSPERO

efímero, sino, como el paladín, estas ofrendas, cuanto más sencillas más hermosas: un vaso del agua intacta de un torrente y una hoja límpida y flexible de acero.

1902.

TUCUMAN

En un álbum publicado en ocasión del centenario de Mayo.

Tucumán es de las pocas ciudades hispanoamericanas cuyo nombre suena a distancia con ese prestigio de leyenda, con esa vibración de idealidad y simpatía, que queda en el espíritu cuando se deja repercutir dulcemente, dentro de él, el nombre de las cosas lejanas con que se ha soñado mucho y que ignoramos si llegaremos a ver... No es principalmente la aureola de los recuerdos históricos; no es el patrimonio de gloria que la ennoblece, lo que determina esa sugestión vinculada a su nombre. Ciertamente es que ella llevará siempre en el blasón nobiliario de su tradición heroica un título de escogida superioridad, que bastaría para diferenciarla de los centros de improvisada civilización cosmopolita y mercantil, con que nuestra democracia americana dilata sus victorias sobre la bárbara poesía del desierto. Pero por encima de este prestigio de la tradición, descuella el de la naturaleza: la leyenda paradisíaca que, tejida por los relatos y las *saudades* del viajero, comunica a quienes la escuchan algo como una nostalgia de aquella tierra encantada, antes de haber estado en ella. Ni siquiera falta a esta nombradía de belleza la consagración de la página de perenne poesía que le dé una suprema expresión en el lenguaje humano. El beso transfigurador con que el arte toca la frente de la naturaleza virgen y la deja como hechizada, fue

puesto en la frente de Tucumán por aquellos gruesos labios de primitivo que diseminaron, a los vientos de América, tanta robusta verdad y tanta estu-penda paradoja y tanta desigual belleza: los labios de Sarmiento. El formidable titán civilizador tuvo para los encantos de Tucumán una página de fragancia exquisita, que asoma, entre las agrestes asperezas del *Facundo*, como una flor delicada en medio del matorral bravío. Yo no sé si las impiedades de la civilización han desgarrado, en torno del Tucumán de hoy, el velo de inefable poesía con que aparece en aquella página imperecedera; pero si acaso fuese así, yo pido a mis amigos de Tucumán que no me lo digan, y que me perdonen la crueldad de desear que su ciudad adelante poco y lentamente, si ha de adquirir su mayor intensidad de civilización a costa de su patrimonio magnífico de poesía.

1910.

FIN DEL TOMO I



I N D I C E

	Pág.
PRÓLOGO	VII
Biografía	CVII
Criterio de la edición	CVIII
EL MIRADOR DE PRÓSPERO	1
Juan Carlos Gómez	3
La vuelta de Juan Carlos Gómez	17
Rumbos nuevos	29
La gesta de la forma	52
El <i>Rat-pick</i>	54
La enseñanza de la literatura	68
Caribaldi	74
El Cristo a la jineta	84
Impresiones de un drama	87
Divina libertad	100
Bolívar	102
Una novela de Galdós	139
Decir las cosas bien	152
El centenario de Chile	154
<i>La raza de Caín</i>	162
A Anatole France	171
Mirando al mar	177
La tradición intelectual argentina	179
<i>De lo más hondo</i>	190
Tucumán	198

